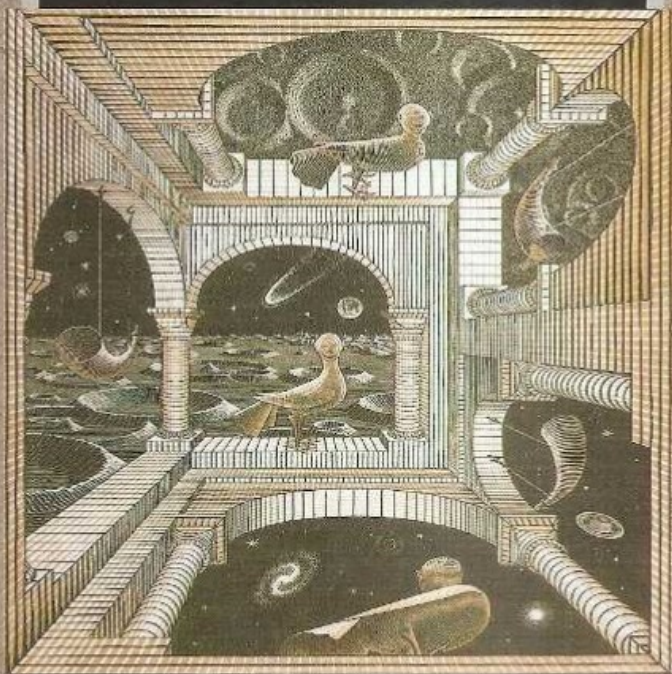




H.G. WELLS

El bacilo robado y otros incidentes
Cuentos del Espacio y del Tiempo

Cuentos del Espacio y del Tiempo



a v a t a r e s

a v a t a r e s

a v a t a r e s

a v a t a r e s

a v a t a r e s

a v a t a r e s

a v a t a r e s



Se reúnen en el presente volumen dos de las grandes colecciones originales de cuentos de H.G. Wells: *El bacilo robado y otros incidentes*, y *Cuentos del Espacio y del Tiempo*.

Ambas colecciones presentan los elementos y temas que han situado a Wells en la cima de los narradores de anticipación científica. Ejercicios de imaginación —como Wells prefería llamar a sus relatos— mediante los cuales el autor rastrea las posibilidades que ofrecía la realidad para ser imaginada por la literatura. El robo de un bacilo capaz de exterminar a gran parte de la población, un huevo de cristal que pone en comunicación dos mundos distantes, un taxidermista que plantea la momificación humana para paliar la desdicha de la muerte, un salvaje que ve en una dinamo un dios a quien ofrecer sacrificios, el huevo de un ave prehistórica encontrado por un náufrago en una isla desierta, una disputa científica que continúa más allá de la muerte de uno de los contendientes, un fabricante de diamantes, un hacedor de milagros, la Edad de Piedra, los tiempos futuros... y muchas otras historias marcadas por el humor, la aventura, la tragedia... e incluso la realidad...



H. G. Wells

**El bacilo robado y otros
incidentes
&
Cuentos del espacio y del tiempo**

ePub r1.6

Titivillus 14.12.15

Título original: *The Stollen Bacillus and Other Incidents*
Tales of Space and Time

H. G. Wells, 1895; 1899

Traducción: Rafael Santervás

Ilustración de portada: M. C. Escher: *Otro mundo II*

Diseño de portada: Cristina Belmonte Paccini

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas:

- r1.5 Mina815
- r1.6 ejbc1971

ePub base r1.2



EL BACILO ROBADO

Y OTROS INCIDENTES

EL BACILO ROBADO

—Ésta, también, es otra preparación del famoso bacilo del cólera —explicó el bacteriólogo colocando el portaobjetos en el microscopio.

El hombre de rostro pálido miró por el microscopio. Evidentemente no estaba acostumbrado a hacerlo, y con una mano blanca y débil tapaba el ojo libre.

—Veo muy poco —observó.

Ajuste este tornillo —indicó el bacteriólogo—, quizás el microscopio esté desenfocado para usted. Los ojos varían tanto... Sólo una fracción de vuelta para este lado o para el otro.

—¡Ah! Ya veo —dijo el visitante—. No hay tanto que ver después de todo. Pequeñas rayas y fragmentos rosa. De todas formas, ¡esas diminutas partículas, esos meros corpúsculos, podrían multiplicarse y devastar una ciudad! ¡Es maravilloso!

Se levantó, y, retirando la preparación del microscopio, la sujetó en dirección a la ventana.

—Apenas visible —comentó mientras observaba minuciosamente la preparación. Dudó.

—¿Están vivos? ¿Son peligrosos?

—Los han matado y teñido —aseguró el bacteriólogo—. Por mi parte me gustaría que pudiéramos matar y teñir a todos los del universo.

—Me imagino —observó el hombre pálido sonriendo levemente — que usted no estará especialmente interesado en tener aquí a su alrededor microbios semejantes en vivo, en estado activo.

—Al contrario, estamos obligados a tenerlos —declaró el bacteriólogo—. Aquí, por ejemplo.

Cruzó la habitación y cogió un tubo entre unos cuantos que estaban sellados.

—Aquí está el microbio vivo. Éste es un cultivo de las auténticas

bacterias de la enfermedad vivas —dudó—. Cólera embotellado, por decirlo así.

Un destello de satisfacción iluminó momentáneamente el rostro del hombre pálido.

—¡Vaya una sustancia mortal para tener en las manos! —exclamó devorando el tubito con los ojos.

El bacteriólogo observó el placer morboso en la expresión de su visitante. Este hombre que había venido a verle esa tarde con una nota de presentación de un viejo amigo le interesaba por el mismísimo contraste de su manera de ser. El pelo negro, largo y lacio; los ojos grises y profundos; el aspecto macilento y el aire nervioso; el vacilante pero genuino interés de su visitante constituían un novedoso cambio frente a las flemáticas deliberaciones de los científicos corrientes con los que se relacionaba principalmente el bacteriólogo. Quizás era natural que, con un oyente evidentemente tan impresionable respecto de la naturaleza letal de su materia, él abordara el lado más efectivo del tema.

Continuó con el tubo en la mano pensativamente:

—Sí, aquí está la peste aprisionada. Basta con romper un tubo tan pequeño como éste en un abastecimiento de agua potable y decir a estas partículas de vida tan diminutas que no se pueden oler ni gustar, e incluso para verlas hay que teñirlas y examinarlas con la mayor potencia del microscopio: Adelante, creced y multiplicaos y llenad las cisternas; y la muerte, una muerte misteriosa, sin rastro, rápida, terrible, llena de dolor y de oprobio se precipitaría sobre la ciudad buscando sus víctimas de un lado para otro. Aquí apartaría al marido de su esposa y al hijo de la madre, allá al gobernante de sus deberes y al trabajador de sus quehaceres. Correría por las principales cañerías, deslizándose por las calles y escogiendo acá y allá para su castigo las casas en las que no hervían el agua. Se arrastraría hasta los pozos de los fabricantes de agua mineral, llegaría, bien lavada, a las ensaladas, y yacería dormida en los cubitos de hielo. Estaría esperando dispuesta para que la bebieran los animales en los abrevaderos y los niños imprudentes en las fuentes públicas. Se sumergiría bajo tierra para reaparecer inesperadamente en los manantiales y pozos de mil lugares. Una vez puesto en el abastecimiento de agua, y antes de que pudiéramos

reducirlo y cogerlo de nuevo, el bacilo habría diezmado la ciudad.

Se detuvo bruscamente. Ya le habían dicho que la retórica era su debilidad.

—Pero aquí está completamente seguro, ¿sabe usted?, completamente seguro.

El hombre de rostro pálido movió la cabeza afirmativamente. Le brillaron los ojos. Se aclaró la garganta.

—Estos anarquistas, los muy granujas —opinó—, son imbéciles, totalmente imbéciles. Utilizar bombas cuando se pueden conseguir cosas como ésta. Vamos, me parece a mí.

Se oyó en la puerta un golpe suave, un ligerísimo toque con las uñas. El bacteriólogo la abrió.

—Un minuto, cariño —susurró su mujer.

Cuando volvió a entrar en el laboratorio, su visitante estaba mirando el reloj.

—No tenía ni idea de que le he hecho perder una hora de su tiempo —se excusó—. Son las cuatro menos veinte. Debería haber salido de aquí a las tres y media. Pero sus explicaciones eran realmente interesantísimas. No, ciertamente no puedo quedarme un minuto más. Tengo una cita a las cuatro.

Salíó de la habitación dando de nuevo las gracias. El bacteriólogo le acompañó hasta la puerta y luego, pensativo, regresó por el corredor hasta el laboratorio. Reflexionaba sobre la raza de su visitante. Desde luego no era de tipo teutónico, pero tampoco latino corriente.

—En cualquier caso un producto morbosos, me temo —dijo para sí el bacteriólogo. ¡Cómo disfrutaba con esos cultivos de gérmenes patógenos! De repente se le ocurrió una idea inquietante. Se volvió hacia el portatubos que estaba junto al vaporizador e inmediatamente hacia la mesa del despacho. Luego se registró apresuradamente los bolsillos y a continuación se lanzó hacia la puerta.

—Quizá lo haya dejado en la mesa del vestíbulo —se dijo.

—¡Minnie! —gritó roncamente desde el vestíbulo.

—Sí, cariño —respondió una voz lejana.

—¿Tenía algo en la mano cuando hablé contigo hace un momento, cariño?

Pausa.

—Nada, cariño, me acuerdo muy bien.

—¡Maldita sea! —gritó el bacteriólogo abalanzándose hacia la puerta y bajando a la carrera las escaleras de la casa hasta la calle.

Al oír el portazo, Minnie corrió alarmada hacia la ventana. Calle abajo, un hombre delgado subía a un coche. El bacteriólogo, sin sombrero y en zapatillas, corría hacia ellos gesticulando alborotadamente. Se le salió una zapatilla, pero no esperó por ella.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo Minnie—. Es esa horrible ciencia suya. Y, abriendo la ventana, le habría llamado, pero en ese momento el hombre delgado miró repentinamente de soslayo y pareció también volverse loco. Señaló precipitadamente al bacteriólogo, dijo algo al cochero, cerró de un portazo, restalló el látigo, sonaron los cascos del caballo y en unos instantes el coche, ardorosamente perseguido por el bacteriólogo, se alejaba calle arriba y desaparecía por la esquina.

Minnie, preocupada, se quedó un momento asomada a la ventana. Luego se volvió hacia la habitación. Estaba desconcertada. Por supuesto que es un excéntrico, pensó. Pero correr por Londres, en plena temporada además, ¡en calcetines! Tuvo una idea feliz. Se puso de prisa el sombrero, cogió los zapatos de su marido, descolgó su sombrero y gabardina de los percheros del vestíbulo, salió al portal e hizo señas a un coche que morosa y oportunamente pasaba por allí.

—Lléveme calle arriba y por Havelock Crescent a ver si encontramos a un caballero corriendo por ahí en chaqueta de pana y sin sombrero.

—Chaqueta de pana y sin sombrero. Muy bien, señora.

Y el cochero hizo restallar el látigo inmediatamente de la manera más normal y cotidiana, como si llevara a los clientes a esa dirección todos los días.

Unos minutos más tarde, el pequeño grupo de cocheros y holgazanes que se reúne en torno a la parada de coches de Haverstock Hill quedaba atónito ante el paso de un coche conducido furiosamente por un caballo color jengibre disparado como una bala.

Permanecieron en silencio mientras pasaba, pero cuando desaparecía empezaron los comentarios:

—Ése era Harry Hicks. ¿Qué le habrá picado? —se preguntó el

grueso caballero conocido por *El Trompetas*.

—Está dándole bien al látigo, sí, le está pegando a fondo —intervino el mozo de cuadra.

—¡Vaya! —exclamó el bueno de Tommy Byles—, aquí tenemos a otro perfecto lunático. Sonado como ninguno.

—Es el viejo George —explicó *El Trompetas*—, y lleva a un lunático como decís muy bien. ¿No va gesticulando fuera del coche? Me pregunto si no irá tras Harry Hicks.

El grupo de la parada se animó y gritaba a coro:

—¡A por ellos, George! ¡Es una carrera! ¡Los cogerás! ¡Dale al látigo!

—Es toda una corredora esa yegua —dijo el mozo de cuadra.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó *El Trompetas*—. Ahí viene otro. ¿No se han vuelto locos esta mañana todos los coches de Hampstead?

—Esta vez es una señora —dijo el mozo de cuadra.

—Está siguiéndolo —añadió *El Trompetas*.

—¿Qué tiene en la mano?

—Parece una chistera.

—¡Qué jaleo tan fantástico! ¡Tres a uno por el viejo George! —gritó el mozo de cuadra—. ¡El siguiente!

Minnie pasó entre todo un estrépito de aplausos. No le gustó, pero pensaba que estaba cumpliendo con su deber, y siguió rodando por Haverstock Hill y la calle mayor de Camden Town con los ojos siempre fijos en la vivaz espalda del viejo George, que de forma tan incomprensible la separaba del haragán de su marido.

El hombre que viajaba en el primer coche iba agazapado en una esquina, con los brazos cruzados bien apretados y agarrando entre las manos el tubito que contenía tan vastas posibilidades de destrucción. Su estado de ánimo era una singular mezcla de temor y de exaltación. Sobre todo temía que lo cogieran antes de poder llevar a cabo su propósito, aunque bajo este temor se ocultaba un miedo más vago, pero mayor ante lo horroroso de su crimen. En todo caso, su alborozo excedía con mucho a su miedo. Ningún anarquista antes que él había tenido esta idea suya. Ravachol, Vaillant, todas aquellas personas distinguidas cuya fama había envidiado, se hundían en la insignificancia comparadas con él. Sólo tenía que asegurarse del abastecimiento de agua y romper el tubito

en un depósito. ¡Con qué brillantez lo había planeado, había falsificado la carta de presentación y había conseguido entrar en el laboratorio! ¡Y qué bien había aprovechado la oportunidad! El mundo tendría por fin noticias suyas. Todas aquellas gentes que se habían mofado de él, que le habían menospreciado, preterido o encontrado su compañía indeseable por fin tendrían que tenerle en cuenta. ¡Muerte, muerte, muerte! Siempre le habían tratado como a un hombre sin importancia. Todo el mundo se había confabulado para mantenerlo en la oscuridad. Ahora les enseñaría lo que es aislar a un hombre. ¿Qué calle era ésta que le resultaba tan familiar? ¡La calle de San Andrés, por supuesto! ¿Cómo iba la persecución? Estiró el cuello por encima del coche. El bacteriólogo les seguía a unas cincuenta yardas escasas. Eso estaba mal. Todavía podían alcanzarle y detenerle. Rebuscó dinero en el bolsillo y encontró medio soberano. Sacó la moneda por la trampilla del techo del coche y se la puso al cochero delante de la cara.

—Más —gritó— si conseguimos escapar.

—De acuerdo —respondió el cochero arrebatándole el dinero de la mano.

La trampilla se cerró de golpe, y el látigo golpeó el lustroso costado del caballo. El coche se tambaleó, y el anarquista, que estaba medio de pie debajo de la trampilla, para mantener el equilibrio apoyó en la puerta la mano con la que sujetaba el tubo de cristal. Oyó el crujido del frágil tubo y el chasquido de la mitad rota sobre el piso del coche. Cayó de espaldas sobre el asiento, maldiciendo, y miró fija y desmayadamente las dos o tres gotas de la poción que quedaban en la puerta.

Se estremeció.

—¡Bien! Supongo que seré el primero. ¡Bah! En cualquier caso seré un mártir. Eso es algo. Pero es una muerte asquerosa a pesar de todo. ¿Será tan dolorosa como dicen?

En aquel instante tuvo una idea. Buscó a tientas entre los pies. Todavía quedaba una gotita en el extremo roto del tubo y se la bebió para asegurarse. De todos modos no fracasaría.

Entonces se le ocurrió que ya no necesitaba escapar del bacteriólogo. En la calle Wellington le dijo al cochero que parara y se apeó. Se resbaló en el peldaño, la cabeza le daba vueltas. Este veneno del cólera parecía una sustancia muy rápida. Despidió al

cochero de su existencia, por decirlo así, y se quedó de pie en la acera con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando la llegada del bacteriólogo. Había algo trágico en su actitud. El sentido de la muerte inminente le confería cierta dignidad. Saludó a su perseguidor con una risa desafiante.

—¡Vive l'Anarchie! Llega demasiado tarde, amigo mío. Me lo he bebido. ¡El cólera está en la calle!

El bacteriólogo le miró desde su coche con curiosidad a través de las gafas.

—¡Se lo ha bebido usted! ¡Un anarquista! Ahora comprendo. — Estuvo a punto de decir algo más, pero se contuvo. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Cuando abrió la puerta del coche, como para apearse, el anarquista le rindió una dramática despedida y se dirigió apresuradamente hacia London Bridge procurando rozar su cuerpo infectado contra el mayor número de gente. El bacteriólogo estaba tan preocupado viéndole que apenas si se sorprendió con la aparición de Minnie sobre la acera, cargada con el sombrero, los zapatos y el abrigo.

—Has tenido una buena idea trayéndome mis cosas —dijo, y continuó abstraído contemplando cómo desaparecía la figura del anarquista.

—Sería mejor que subieras al coche —indicó, todavía mirando.

Minnie estaba ahora totalmente convencida de su locura y, bajo su responsabilidad, ordenó al cochero volver a casa.

—¿Que me ponga los zapatos? Ciertamente, cariño —respondió él al tiempo que el coche comenzaba a girar y hacía desaparecer de su vista la arrogante figura negra empequeñecida por la distancia. Entonces se le ocurrió de repente algo grotesco y se echó a reír. Luego observó:

—No obstante es muy serio. ¿Sabes?, ese hombre vino a casa a verme. Es anarquista. No, no te desmayes o no te podré contar el resto. Yo quería asombrarle, y, sin saber que era anarquista, cogí un cultivo de esa nueva especie de bacteria de la que te he hablado, esa que propaga y creo que produce las manchas azules en varios monos, y a lo tonto le dije que era el cólera asiático. Entonces él escapó con ella para envenenar el agua de Londres, y desde luego podía haber hecho la vida muy triste a los civilizados londinenses. Y ahora se la ha tragado. Por supuesto no sé lo que ocurrirá, pero ya

sabes que volvió azul al gato, y a los tres perritos azules a trozos, y al gorrión de un azul vivo. Pero lo que me fastidia es que tendré que repetir las molestias y los gastos para conseguirla otra vez.

»¡Que me ponga el abrigo en un día tan caluroso! ¿Por qué? ¿Porque podríamos encontrarnos a la señora Jabber? Cariño, la señora Jabber no es una corriente de aire. ¿Y por qué tengo que ponerme el abrigo en un día de calor por culpa de la señora...? ¡Oh!, muy bien...

LA FLORACIÓN DE LA EXTRAÑA ORQUÍDEA

La compra de orquídeas siempre conlleva cierto aire especulativo. Uno tiene delante el marchito pedazo de tejido marrón, y por lo demás debe fiarse de su criterio o del vendedor o de su buena suerte, según se inclinen sus gustos. La planta puede estar moribunda o muerta, o puede que sea una compra respetable, un valor justo a cambio de su dinero, o quizá —pues ha sucedido una y otra vez— lentamente se despliegue día tras día ante los encantados ojos del feliz comprador alguna nueva variedad, alguna nueva riqueza, una rara peculiaridad del *Labellum*, una sutil coloración o un mimetismo inesperado. El orgullo, la belleza y la ganancia florecen juntos en una delicada espiga verde y puede que incluso la inmortalidad. Porque el nuevo milagro de la naturaleza puede andar necesitado de un nuevo nombre específico, y ¿cuál tan conveniente como el de su descubridor? ¡Juangarcía! Nombres peores se han puesto.

Fue quizá la esperanza de un descubrimiento feliz de ese género la que hizo a Wedderburn asistir con tanta asiduidad a esas subastas, esa esperanza y también, quizá, el hecho de que no tenía ninguna otra cosa más interesante que hacer. Era un hombre tímido, solitario, bastante ineficaz, con ingresos suficientes como para mantener alejado el aguijón de la necesidad y sin la suficiente energía nerviosa que le impulsara a buscar cualquier ocupación exigente. Podía haber coleccionado sellos, monedas o traducido a Horacio o encuadernado libros o descubierto alguna nueva especie de diatomeas. Pero de hecho cultivaba orquídeas y disponía de un pequeño pero ambicioso invernadero.

—Tengo la sensación —dijo tomando el café— de que hoy me va a suceder algo.

Hablaba, igual que se movía y pensaba, despacio.

—¡Oh!, no digas eso —dijo el ama de llaves, que era también

prima lejana suya. Pues *suced*er algo era un eufemismo que para ella sólo significaba una cosa.

—No me has entendido bien. No quiero decir nada desagradable... aunque apenas si sé a lo que me refiero.

»Hoy —continuó después de una pausa—, en casa de Peter van a vender un lote de plantas procedentes de las islas Andamán y las Indias. Me acercaré a ver lo que tienen. Quizás haga una buena compra sin saberlo, puede que sea eso.

Le pasó la taza para que se la llenara de café por segunda vez.

—¿Es eso lo que coleccionaba ese pobre joven del que me hablaste el otro día? —preguntó su prima mientras le llenaba la taza.

—Sí —respondió, y se quedó pensativo mientras sostenía un trozo de tostada.

»Nunca me pasa nada —observó al poco tiempo, empezando a pensar en voz alta—. Me pregunto por qué. A otros les pasan bastantes cosas. Ahí está Harvey. Sin ir más lejos, la pasada semana, el lunes encontró seis peniques, el miércoles todos sus pollos tenían la modorra, el viernes su prima volvió a casa desde Australia, y el sábado se rompió el tobillo. ¡Qué torbellino de emociones comparado conmigo!

—Por mi parte preferiría pasar de tanta excitación —dijo el ama de llaves—. No puede ser bueno para uno.

—Supongo que es molesto. Con todo... ya sabes, nunca me pasa nada. De niño nunca tuve ningún accidente. Siendo adolescente nunca me enamoré. Nunca me casé... Me pregunto qué se sentirá cuando te pasa algo, algo realmente notable.

»Ese coleccionista de orquídeas sólo tenía treinta y seis, veinte años más joven que yo, cuando murió. Se había casado dos veces y divorciado una. Había tenido malaria cuatro veces y una vez se fracturó el fémur. En una ocasión mató a un malayo y otra le hirieron con un dardo envenenado. Finalmente lo mataron las sanguijuelas de la jungla. Debe de haber sido todo muy molesto, pero también debe de haber sido muy interesante, sabes, excepto quizá, las sanguijuelas.

—Estoy segura de que no fue bueno para él —dijo la señora con convicción.

—Puede que no.

Entonces Wedderburn miró su reloj.

—Las ocho y veintitrés minutos. Voy a ir en el tren de las doce menos cuarto, así que hay mucho tiempo. Creo que me pondré la chaqueta de alpaca —hace bastante calor—, el sombrero gris de fieltro y los zapatos marrones. Supongo...

Miró por la ventana al cielo sereno y al soleado jardín, y, después, nerviosamente, a la cara de su prima.

—Creo que sería mejor que llevaras el paraguas si vas a Londres —dijo con una voz que no admitía negativa—. A la vuelta tienes todo el trayecto desde la estación hasta aquí.

Cuando volvió se encontraba en un estado de suave excitación. Había hecho una compra. Era raro que lograra decidirse con la rapidez suficiente para comprar, pero esta vez lo había hecho.

—Hay Vandas —explicó—, un Dendrobio y algunas Palaeonophis.

Repasó las compras amorosamente al tiempo que tomaba la sopa. Estaban extendidas delante de él sobre el impoluto mantel y le estaba contando a su prima todo sobre ellas mientras se demoraba lentamente con la comida. Tenía la costumbre de revivir por la tarde todas sus visitas a Londres para entretenimiento propio y de ella.

—Sabía que hoy pasaría algo. Y he comprado todas esas cosas. Algunas, algunas de ellas, estoy seguro, ¿sabes?, de que algunas serán notables. No sé cómo, pero lo siento con tanta seguridad como si alguien me lo hubiera dicho. Ésta —apuntó a un marchito rizoma— no fue identificada. Quizá sea una Palaeonophis o puede que no. Quizá sea una especie nueva o incluso un género nuevo. Fue la última que recogió el pobre Batten.

—No me gusta su aspecto —dijo el ama de llaves—. Tiene una forma tan fea...

—Para mí que apenas si llega a tener forma alguna.

—No me gustan esas cosas que asoman —dijo el ama de llaves.

—Mañana estará fuera en una maceta.

—Parece —continuó el ama de llaves— una araña que se hace la muerta.

Wedderburn sonrió e inspeccionó la raíz ladeando la cabeza.

—Ciertamente no es que sea un bonito pedazo de material. Pero nunca se pueden juzgar estas cosas por su apariencia cuando están

secas. Desde luego puede que termine siendo una orquídea muy hermosa. ¡Qué ocupado estaré mañana! Esta noche tengo que ver exactamente lo que hago con ellas y mañana me pondré a la obra.

»Encontraron al pobre Batten, que yacía muerto o moribundo en un manglar, no recuerdo cuál —continuó de nuevo al poco rato—, con una de estas mismas orquídeas aplastadas bajo su cuerpo. Había estado enfermo durante algunos días con cierto tipo de fiebre nativa y supongo que se desmayó. Esos manglares son muy insalubres. Dicen que las sanguijuelas de la jungla le sacaron hasta la última gota de sangre. Puede que se trate de la mismísima planta que le costó la vida.

—Eso no mejora mi opinión de ella.

—Los hombres tienen que trabajar aunque las mujeres puedan llorar —sentenció Wedderburn con profunda gravedad.

—¡Mira que morir lejos de todas las comodidades en un pantano! ¡Anda que enfermar de fiebre con nada que tomar más que específicos y quinina, y nadie a tu lado más que horribles nativos! Dicen que los nativos de las islas Andamán son unos desgraciados de lo más repugnante, y de todas formas, a duras penas pueden ser buenos enfermeros sin haber tenido la preparación necesaria. ¡Y sólo para que la gente en Inglaterra disponga de orquídeas!

—No creo que fuera agradable, pero algunos hombres parecen disfrutar con ese tipo de cosas —continuó Wedderburn—. En todo caso los nativos de su grupo eran lo suficientemente civilizados para cuidar toda su colección hasta que su colega, que era un ornitólogo, volvió del interior, aunque no conocían la especie de orquídea y la habían dejado marchitarse. Eso hace a estas plantas más interesantes.

—Las hace repugnantes. A mí me daría miedo que tuvieran restos de malaria adheridos. ¡Y sólo pensar que un cuerpo muerto ha estado extendido sobre esa cosa tan fea! No había pensado en eso antes. ¡Se acabó! Te digo que no puedo comer ni un bocado más de la cena.

—Las quitaré de la mesa si te parece y las pondré en el hueco de la ventana. Allí las puedo ver igual.

Los días siguientes estuvo, desde luego, especialmente ocupado en el pequeño invernadero lleno de vapor yendo de acá para allá

con carbón vegetal, trozos de teca, musgo y todos los demás misterios del cultivador de orquídeas. Pensaba que disfrutaba de un tiempo maravillosamente lleno de acontecimientos. Por la tarde hablaba de las nuevas orquídeas a los amigos y una y otra vez insistía en sus expectativas de algo extraño.

Varias de las Vandas y los Dendrobios fenecieron bajo sus cuidados, pero pronto la extraña orquídea empezó a dar señales de vida. Estaba encantado y tan pronto como lo descubrió hizo que el ama de llaves abandonara la elaboración de mermelada para verlo de inmediato.

—Ése es un brote —explicó—, pronto habrá muchas hojas ahí, y esas cositas que salen por aquí son raicillas aéreas.

A mí me parecen deditos blancos asomándose del tejido marrón —opinó el ama de llaves—. No me gustan.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Parecen dedos intentando agarrarte. Lo que me gusta, me gusta, y lo que no me gusta, no me gusta; no puedo remediarlo. —No lo sé seguro, pero creo que ninguna orquídea de las que conozco tiene raicillas aéreas exactamente como éstas. Desde luego pueden ser imaginaciones mías. ¿Ves que están un poco aplanadas en el extremo?

—No me gustan —dijo el ama de llaves temblando repentinamente y dándose la vuelta—. Sé que es estúpido por mi parte, y lo siento mucho especialmente porque te gustan tanto. Pero no puedo por menos de pensar en ese cadáver.

—Pero puede que no fuera esa planta en particular. Eso no fue más que una suposición mía.

El ama de llaves se encogió de hombros.

—De todas maneras, no me gustan —concluyó.

Wedderburn se sintió un poco dolido por su aversión a la planta, pero eso no le impidió hablarle de las orquídeas en general y de ésta en particular siempre que le apeteció.

—Pasan cosas tan curiosas con las orquídeas —le contó un día— ...hay tantas posibilidades de sorpresa. Darwin estudió su fertilización y mostró que toda la estructura de una flor de orquídea común estaba ideada para que las polillas pudieran llevar el polen de una planta a otra. Bueno, pues se conocen cantidades de orquídeas cuya flor no puede ser fertilizada de esa manera. Algunos

Cypripediums, por ejemplo, no hay insecto conocido que pueda fertilizarlos, y a algunos jamás se les ha encontrado semilla.

—Entonces ¿cómo forman las nuevas plantas?

—Con estolones y tubérculos y ese tipo de brotes. Eso tiene fácil explicación. El enigma está en ¿para qué sirven las flores?

»Es muy probable que mi orquídea sea algo extraordinario en ese sentido. Si es así lo estudiaré. A menudo he pensado en hacer investigaciones como Darwin. Pero hasta ahora no he encontrado tiempo o alguna otra cosa me lo ha impedido. ¡Me gustaría mucho que vinieras a verlas!

Pero ella respondió que en el invernadero de las orquídeas hacía tanto calor que le daba dolor de cabeza. Había visto la planta una vez más y las raicillas aéreas —algunas de ellas tenían ahora más de un pie de largas— desgraciadamente le habían recordado tentáculos que se alargaban para agarrar algo. Se metieron en sus sueños y crecían tras ella con una rapidez increíble. Así que había decidido con plena satisfacción no volver a ver la planta y Wedderburn tenía que admirar sus hojas en solitario. Tenían la forma ancha acostumbrada y eran de un verde profundo y lustroso con salpicaduras y puntos de rojo profundo en dirección a la base. No conocía ninguna otra hoja del todo igual. La planta estaba colocada en un banco bajo cerca del termómetro y muy cerca había un dispositivo por medio del cual un grifo goteaba sobre las tuberías de agua caliente y mantenía el ambiente lleno de vapor. Ahora se pasaba las tardes meditando con cierta regularidad sobre la floración ya próxima de la extraña planta.

Finalmente tuvo lugar el gran acontecimiento. Tan pronto como entró en el pequeño invernadero supo que la espiga había eclosionado, aunque su gran *Palaeonophis Lowii* tapaba la esquina donde estaba su nuevo encanto. Había un olor nuevo en el aire, un perfume poderoso, de un intenso dulzor que dominaba a todos los demás de aquel pequeño invernadero abarrotado y lleno de vapor.

Nada más advertirlo se apresuró hasta la extraña orquídea, y, ¡oh, maravilla!, las verdes espigas trepadoras tenían ahora tres grandes manchas de flores de las que procedía la embriagadora dulzura. Se quedó parado ante ellas en un éxtasis de admiración.

Las flores eran blancas con vetas de dorado naranja en los pétalos, el pesado *Labellum* estaba enrollado en una intrincada

proyección y un maravilloso púrpura azulado se mezclaba allí con el oro. Vio de inmediato que se trataba de un género completamente nuevo. ¡Y la inaguantable fragancia! ¡Qué calor hacía allí! Las flores se balanceaban ante sus ojos.

Miraría si la temperatura estaba bien. Dio un paso hacia el termómetro. De repente todo le pareció vacilante. Los ladrillos del suelo bailaban arriba y abajo. Luego las blancas flores, las hojas verdes detrás de ellas, todo el invernadero pareció extenderse por los costados y después curvarse hacia arriba.

A las cuatro y media su prima, siguiendo la invariable costumbre, hizo el té. Pero Wedderburn no vino a tomarlo.

—Está adorando a esa horrible orquídea —se dijo a sí misma y esperó diez minutos—. Se le debe de haber parado el reloj. Iré a llamarlo.

Fue directa al invernadero y, abriendo la puerta, voceó su nombre. No hubo respuesta. Observó que el aire estaba muy enrarecido y cargado de un intenso perfume. Luego vio algo que yacía sobre los ladrillos entre las tuberías del agua caliente.

Durante un minuto quizá, se quedó inmóvil.

Él estaba tumbado con la cara hacia arriba a los pies de la extraña orquídea. Las raicillas aéreas como tentáculos ya no se balanceaban libremente en el aire sino que se habían apiñado todas juntas, una maraña de cuerdas grises, y se estiraban, tensas, con los extremos bien adheridos a su barbilla, cuello y manos.

No lo entendió. Después vio que por debajo de uno de los exultantes tentáculos sobre la mejilla corría un hilillo de sangre.

Con un grito inarticulado corrió hacia él y trató de apartarlo de las ventosas semejantes a sanguijuelas. Rompió bruscamente dos de los tentáculos y de ellos goteó una savia roja.

Luego el embriagador perfume de la flor hizo que le diera vueltas la cabeza. ¡Cómo se agarraban a él! Rasgó las duras cuerdas y él y la blanca florescencia flotaron a su alrededor. Sintió que se desmayaba, pero sabía que no podía permitírselo. Le dejó, rápidamente abrió la puerta más próxima y, después de jadear un momento al aire libre, tuvo una brillante inspiración. Cogió una maceta y rompió las ventanas del extremo del invernadero. Luego

volvió a entrar. Tiró ahora con renovadas fuerzas del cuerpo inmóvil de Wedderburn y estrelló estrepitosamente contra el suelo la extraña orquídea. Ésta todavía se aferraba a su víctima con la más obstinada tenacidad. En un arrebato los arrastró hasta el aire libre.

Entonces pensó en romper las raicillas chupadoras una a una y en un minuto le había liberado y le arrastraba lejos del horror. Estaba blanco y sangraba por una docena de manchas circulares.

El hombre que hacía las chapuzas de la casa subía por el jardín asombrado por la rotura de cristales y la vio emerger arrastrando el cuerpo inanimado con manos manchadas de rojo. Por un instante pensó cosas imposibles.

—¡Trae algo de agua! —gritó ella, y su voz disipó todas sus imaginaciones.

Cuando, con desacostumbrada celeridad, volvió con el agua, la encontró llorando de emoción y con la cabeza de Wedderburn sobre su rodilla limpiándole la sangre de la cara.

—¿Qué pasa? —dijo Wedderburn abriendo los ojos débilmente y cerrándolos de nuevo inmediatamente.

—Ve a decir a Annie que venga aquí fuera y luego ve a buscar al doctor Haddon de inmediato —le dijo al hombre tan pronto como trajo el agua, y añadió al ver que dudaba—: Te lo explicaré todo cuando estés de vuelta.

Pronto Wedderburn abrió de nuevo los ojos, y al verlo molesto por lo sorprendente de su situación, le explicó:

—Te desmayaste en el invernadero. —¿Y la orquídea?

—Yo me encargaré de ella.

Wedderburn había perdido mucha sangre, pero aparte de eso no tenía ninguna lesión grave. Le dieron brandy mezclado con un extracto de carne de color rosado y le subieron a su dormitorio. El ama de llaves contó fragmentariamente la increíble historia al doctor Haddon.

—Venga a ver el invernadero.

El frío aire exterior entraba por la puerta abierta y el empalagoso perfume casi se había desvanecido. La mayoría de las rotas raicillas aéreas, ya marchitas, yacían entre algunas manchas oscuras sobre los ladrillos. El tallo de la floración se rompió con la caída de la planta y las flores crecían con los bordes de los pétalos

mustios y marrones. El doctor se inclinó hacia ella, pero vio que una de las raicillas aéreas todavía se movía débilmente y dudó.

A la mañana siguiente la extraña orquídea todavía estaba allí, ahora negra y putrefacta. La puerta batía intermitentemente con la brisa matinal y toda la colección de orquídeas de Wedderburn estaba reseca y postrada. Pero el propio Wedderburn en su dormitorio estaba radiante y dicharachero con la gloria de su extraña aventura.

EN EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE AVU

El observatorio de Avu, en Borneo, se alza sobre el espolón de la montaña. Al norte se eleva el viejo cráter, negra silueta nocturna contra el insondable azul del cielo. Desde el pequeño edificio circular con su cúpula bulbosa, las laderas descienden abruptamente internándose en los negros misterios del bosque tropical que está debajo. La casita en la que viven el astrónomo y su ayudante está a unas cincuenta yardas del observatorio, y más allá están las chozas de los sirvientes nativos.

Taddy, el astrónomo jefe, estaba indispuesto con una ligera fiebre. Su ayudante, Woodhouse, se detuvo un momento contemplando en silencio la noche tropical antes de comenzar la solitaria vigilia. Era una noche muy serena. De vez en cuando llegaban voces y risas desde las chozas de los nativos, o se oía, procedente del misterioso interior del bosque, el grito de algún animal extraño. Insectos nocturnos aparecían saliendo de la oscuridad de forma fantasmal y revoloteaban en torno a su luz. Pensó, quizá, en todas las posibilidades de descubrimientos que aún existían allá abajo en la negra espesura, pues para el naturalista los bosques vírgenes de Borneo son todavía una tierra sorprendente llena de extraños problemas y medio sospechadas verdades. Woodhouse llevaba en la mano una pequeña linterna cuyo resplandor amarillo contrastaba vivamente con la infinita serie de matices entre el azul lavanda y el negro con los que estaba pintado el paisaje. Tenía las manos y la cara embadurnadas de crema antimosquitos.

Incluso en estos días de fotografía celeste, los trabajos que se llevan a cabo de forma puramente temporal, y únicamente con los más primitivos instrumentos además del telescopio, implican todavía una gran cantidad de observación en posturas inmóviles e incómodas. Suspiró al pensar en las fatigas que le esperaban, se

estiró y entró en el observatorio.

El lector probablemente está familiarizado con la estructura de un observatorio astronómico corriente. El edificio es generalmente de forma cilíndrica, con una cubierta semiesférica y muy ligera que permite girarla desde el interior. El telescopio se apoya sobre un pilar de piedra en el centro, y un artificio mecánico compensa el movimiento de rotación de la Tierra posibilitando la observación continua de una estrella una vez encontrada. Además de esto hay un compacto entramado de ruedas y tornillos en torno a su punto de apoyo, mediante el cual el astrónomo ajusta el aparato. Hay, por supuesto, una ranura en la cubierta móvil, que es la que sigue el ojo del telescopio en su inspección de la bóveda celeste. El observador se sienta o yace sobre un dispositivo inclinado de madera que puede dirigir, mediante ruedas, a cualquier parte del observatorio según lo requiera la posición del telescopio. En el interior es recomendable que el observatorio esté lo más oscuro posible a fin de realzar el brillo de las estrellas observadas.

La linterna brilló cuando Woodhouse se metió en su garito circular y la oscuridad general retrocedió hasta las negras sombras de detrás de la gran máquina, desde donde pareció apoderarse sigilosamente de nuevo de todo el local cuando la luz disminuyó. La ranura mostraba un azul transparente y profundo en el que seis estrellas brillaban con resplandor tropical, y su luz se extendía cual pálido fulgor por el negro tubo del instrumento. Woodhouse movió la cubierta y luego, poniéndose al telescopio, giró primero una rueda y después otra, cambiando lentamente el gran cilindro a una nueva posición. A continuación miró por el rastreador, el pequeño telescopio auxiliar, movió la cubierta un poco más, hizo algunos otros ajustes y puso en marcha el mecanismo. Se quitó la chaqueta, pues la noche era muy calurosa, y puso en posición el incómodo asiento al que estaba condenado durante las cuatro horas siguientes. Luego, con un suspiro, se resignó a la observación de los misterios del espacio.

No había ya ningún ruido en el observatorio, y la linterna se apagaba de forma constante. Fuera se oía el grito ocasional de algún animal asustado, dolorido o llamando a su pareja, y los sonidos intermitentes de los sirvientes malayos y Dyak. Pronto uno de los hombres inició una extraña salmodia en la que los otros

participaban a intervalos. Después de esto se diría que se retiraron a dormir, pues no llegaron más ruidos en esa dirección, y la susurrante quietud se hizo más y más profunda. El mecanismo hacía un tictac constante. El agudo zumbido de un mosquito exploraba el lugar, y se hizo aún más agudo de indignación ante la crema de Woodhouse. Luego la linterna se apagó y todo el observatorio quedó a oscuras.

Woodhouse cambió pronto su posición cuando el lento movimiento del telescopio le hubo llevado más allá de los límites de la comodidad.

Observaba un grupito de estrellas de la Vía Láctea, en una de las cuales su jefe había visto o creído ver una notable variación cromática. No formaba parte del trabajo ordinario para el que se había creado el establecimiento y por esa razón quizá Woodhouse estaba especialmente interesado. Debió de olvidarse de todas las cosas terrenas. Tenía toda la atención concentrada en el gran círculo azul del campo telescópico, un círculo potenciado, al parecer, con una multitud innumerable de estrellas, y pleno de luminosidad frente a la negrura del entorno. Mientras miraba le pareció que se volvía incorpóreo, como si también él flotara en el éter del espacio. ¡Qué infinitamente remota estaba la débil mancha roja que observaba!

De repente las estrellas desaparecieron. Hubo un destello de negrura y de nuevo volvían a ser visibles.

—Qué raro —dijo Woodhouse—. Debe de haber sido un pájaro.

Sucedió lo mismo otra vez, e inmediatamente después el gran tubo vibró como si lo hubieran golpeado. A continuación la cúpula del observatorio resonó con una serie de golpes atronadores. Pareció que las estrellas se retiraban, al tiempo que el telescopio, que había quedado sin sujeción, viraba alejándose de la ranura de la cubierta.

—¡Santo Cielo! —gritó Woodhouse—. ¿Qué pasa?

Una forma negra, vaga y enorme, con algo que batía como un ala, parecía estar forcejeando en la abertura de la cubierta. Al momento la ranura estaba de nuevo despejada y la luminosa bruma de la Vía Láctea relucía cálida y brillante.

El interior de la cubierta estaba completamente negro y sólo el ruido de roces indicaba el paradero de la desconocida criatura.

Woodhouse había caído del asiento en total confusión. Estaba temblando violentamente y sudando con lo repentino del suceso. Aquella cosa, fuera lo que fuese, ¿estaba dentro o fuera? Desde luego era grande, aparte de las demás características que pudiera tener. Algo cruzó como un disparo la luz del cielo y el telescopio se balanceó. Él se sobresaltó y levantó el brazo. Estaba, por tanto, en el observatorio con él. Aparentemente se agarraba a la cubierta. ¿Qué demonios era? ¿Podía verlo a él?

Quedó estupefacto durante quizás un minuto. La bestia, fuera lo que fuera, arañó el interior de la cúpula, y luego algo le aleteó casi en la cara y vio la luz de las estrellas brillar momentáneamente sobre una piel como de cuero aceitado. La botella de agua cayó de la mesita con estrépito.

La presencia de un extraño pájaro cerniéndose a pocas yardas de su rostro en la oscuridad le producía a Woodhouse una indescriptible sensación de desagrado. Cuando recobró el pensamiento decidió que debía de ser algún pájaro nocturno o un murciélago grande. Afrontaría cualquier riesgo para ver de qué se trataba. Sacando una cerilla del bolsillo, intentó encenderla sobre el asiento del telescopio. Hubo un humeante destello de luz fosforescente, la cerilla iluminó un instante y vio una gran ala lanzarse hacia él, un brillo de pelaje color marrón grisáceo y después recibió un golpe en la cara y la cerilla se le cayó de la mano. El golpe iba dirigido a la sien y una garra le hizo un rasguño lateral hasta la mejilla. Se tambaleó y cayó, y oyó cómo se hacía pedazos la apagada linterna. Recibió otro golpe según caía. Medio aturdido, sintió cómo le brotaba la sangre caliente por la cara. Instintivamente percibió que le atacaban a los ojos y, volviendo la cara para protegerlos, intentó meterse a gatas bajo la protección del telescopio.

Recibió otro golpe en la espalda y oyó el rasgarse de la chaqueta, luego la cosa golpeó la cubierta del observatorio. Woodhouse se escurrió como pudo entre el asiento de madera y el ocular del instrumento, y giró el cuerpo de forma que fueran principalmente sus pies los que quedaran expuestos. Con ellos al menos podía dar patadas. Se encontraba todavía en un estado de perplejidad. La extraña bestia andaba dando golpes en la oscuridad, pero en seguida se agarró al telescopio haciendo que se balanceara

y que crujiera el engranaje. Una vez aleteó junto a él y Woodhouse dio patadas como loco y sintió un cuerpo suave con los pies. Entonces estaba terriblemente asustado. Tenía que ser algo realmente grande para balancear el telescopio de esa manera. Durante un momento vio la silueta de una cabeza negra contra la luz de las estrellas, con unas orejas muy afiladas y erectas y una cresta entre ellas. Le pareció tan grande como un mastín. Luego empezó a dar gritos lo más alto que pudo pidiendo ayuda.

A los gritos, el animal respondió bajando de nuevo contra él. Al hacerlo, la mano de Woodhouse tocó algo que estaba junto a él en el suelo. Dio una patada y al instante siguiente su pierna era cogida y sujeta por una fila de aplicados dientes. Gritó de nuevo y trató de liberar la pierna dando patadas con la otra. Entonces se dio cuenta de que tenía a mano la botella de agua rota y, cogiéndola rápidamente, forcejeó hasta lograr una postura sedente; después, palpando en la oscuridad en dirección al pie, agarró una oreja aterciopelada, como la de un gato grande. Había cogido la botella rota por el cuello y con ella asestó un tembloroso golpe contra la cabeza de la extraña bestia. Repitió el golpe y luego la empleó como cuchillo lanzando, en la oscuridad, la parte rota del cristal contra el sitio en que juzgó que podía encontrarse la cara.

Los pequeños dientes relajaron su presión e inmediatamente Woodhouse liberó la pierna y dio fuertes patadas. Sintió la nauseabunda sensación del pelaje y el hueso cediendo bajo su bota. El animal lanzó un mordisco desgarrador al brazo y él le golpeó de nuevo en la cara, según creía, y dio contra un pelaje húmedo.

Hubo una pausa. Luego oyó el ruido de garras y el arrastrarse de un cuerpo pesado alejándose de él por el suelo del observatorio. Siguió un silencio roto sólo por su propia respiración sollozante y un ruido como de lamer. Todo estaba negro salvo el paralelogramo de luz de cielo azul con el luminoso polvo de estrellas contra el que se dibujaba ahora la silueta del telescopio. Esperó, al parecer, un tiempo interminable.

¿Iba a volver de nuevo aquella bestia? Buscó cerillas en el bolsillo del pantalón y encontró una que le quedaba. Intentó encenderla, pero el suelo estaba húmedo y chisporroteó y se apagó. Profirió una maldición. No pudo ver dónde estaba situada la puerta. Con el forcejeo había perdido completamente la idea de su posición.

La extraña bestia, perturbada por el chisporroteo de la cerilla, comenzó a moverse de nuevo.

—¡Ya es hora! —gritó Woodhouse con un repentino destello de jovialidad, pero la bestia ya no venía a acosarle de nuevo. Pensó que debía de haberla herido con la botella rota. Notó un dolor sordo en el tobillo. Probablemente estaba sangrando. Se preguntó si le sostendría si trataba de ponerse de pie. Fuera, la noche estaba muy serena. No se oía un ruido de nada que se moviera. Los estúpidos durmientes no habían oído aquellas alas aporreando la cúpula, ni sus gritos. No servía de nada gastar energías en gritar. La bestia agitó las alas y él, con un sobresalto, se puso en actitud defensiva. Se dio con el codo contra el asiento, y éste cayó haciendo mucho ruido. Maldijo primero al asiento y después a la oscuridad.

De repente la zona rectangular de luz de las estrellas pareció balancearse de un lado a otro. ¿Iba a desmayarse? No le haría ningún bien. Cerró los puños y apretó los dientes para darse fuerzas. ¿Dónde se había metido la puerta? Se le ocurrió que podía saber su posición por medio de las estrellas visibles con la luz del cielo. La banda de estrellas que veía estaba en Sagitario y en dirección sur-este; la puerta estaba al norte, o ¿era al noroeste? Trató de pensar. Si conseguía abrir la puerta podría huir. Quizás el animal estuviera herido. La incertidumbre era terrible.

Atiende —dijo—, si no vienes tú, iré yo.

Entonces el animal empezó a trepar por el lateral del observatorio y él vio cómo su negra silueta tapaba gradualmente la luz del cielo. ¿Estaba huyendo? Olvidó la puerta y observó cómo se movía y crujía la bóveda. De alguna manera, ya no se sentía ni muy asustado ni excitado. Sentía en su interior una curiosa sensación de hundimiento. La zona de luz, perfectamente delimitada, parecía disminuir cada vez más con la forma negra cruzándola. Era curioso. Comenzó a sentir mucha sed, pero no sentía inclinación por conseguir algo de beber. Parecía como si se deslizara por un larguísimo embudo.

Tuvo una sensación ardiente en la garganta y luego se dio cuenta de que estaba a plena luz del día y que uno de los sirvientes Dyak le miraba con expresión curiosa. Después vio la parte superior del rostro de Taddy al revés. Un tipo divertido, Taddy, ¡ir por ahí de esa manera! Entonces captó mejor la situación y percibió que tenía

la cabeza en la rodilla de Taddy, que le estaba dando brandy. A continuación vio el ocular del telescopio, que tenía muchas manchas rojas. Empezó a recordar.

—Has convertido el observatorio en una verdadera maraña —dijo Taddy.

El sirviente Dyak estaba batiendo un huevo en brandy. Woodhouse lo tomó y se incorporó. Sintió una aguda punzada de dolor. Tenía vendado el tobillo y también el brazo y un lado de la cara. Los trozos de cristales rotos manchados de sangre yacían por el suelo, el asiento del telescopio estaba patas arriba, y junto a la pared de enfrente había un charco oscuro. La puerta estaba abierta y vio la cumbre gris de la montaña destacarse contra un brillante trasfondo de cielo azul.

—¡Puaf! —exclamó Woodhouse—. ¿Quién ha estado aquí matando terneros? Sacadme de aquí.

Entonces recordó la bestia y la lucha que había tenido con ella.

—¿Qué era —preguntó a Taddy— esa cosa con la que luché?

—Tú eres el que mejor lo sabe —respondió Taddy—. Pero, de todas formas, no te preocupes por eso ahora. Bebe algo más.

No obstante, Taddy tenía bastante curiosidad y tuvo que soportar una dura lucha entre el deber y la inclinación para mantener a Woodhouse tranquilo hasta que le pusieron decentemente en la cama y hubo dormido con la copiosa dosis de extracto de carne que el consideró aconsejable. Después los dos juntos abordaron el asunto.

—Era —dijo Woodhouse— más parecido a un gran murciélago que a ninguna otra cosa. Tenía orejas pequeñas y afiladas, y un pelaje suave y las alas curtidas. Sus dientes eran pequeños, pero diabólicamente afilados, y su mandíbula no podía ser muy fuerte o de lo contrario me habría destrozado el tobillo.

—Ha estado muy cerca —intervino Taddy.

—Me pareció que golpeaba muy a su gusto con las garras. Eso es prácticamente todo lo que sé de la bestia.

Nuestra conversación fue íntima, por decirlo así, pero sin llegar a la confidencialidad.

—Los sirvientes Dyak hablan de un Gran Colugo, un Klangutang, sea lo que sea. No ataca a menudo al hombre, pero supongo que le puse nervioso. Dicen que hay Gran Colugo, Pequeño Colugo, y algo

distinto que suena como zampar. Todos vuelan de noche. Por mi parte sé que por aquí hay zorros y lémures voladores, pero ninguno de ellos es muy grande.

—Hay más bestias en el cielo y en la tierra —dijo Woodhouse, y Taddy gruñó a la cita bíblica—, y más especialmente en los bosques de Borneo, de las que somos capaces de soñar en nuestras filosofías. En general, si la fauna de Borneo va a desparramar ante mí alguna más de sus novedades, preferiría que lo hiciera cuando no estuviera ocupado en el observatorio por la noche y solo.

LOS TRIUNFOS DE UN TAXIDERMISTA

He aquí algunos de los secretos de la taxidermia. Me los contó un taxidermista en estado de euforia, entre el primero y el cuarto whisky, cuando se ha dejado de ser cauteloso y todavía no se está borracho. Estábamos sentados en su guarida, exactamente en la biblioteca, que era a la vez sala de estar y comedor. Una cortina de cuentas la separaba, por lo que al sentido de la vista se refiere, del maloliente rincón donde ejercía su oficio.

Estaba sentado en una hamaca y, con los pies, en los que llevaba puestas, a modo de sandalias, las reliquias sagradas de un par de zapatillas, daba golpecitos a los carbones que no ardían bien o los quitaba de en medio poniéndolos sobre la chimenea, entre la cristalería. Los pantalones, dicho sea de pasada pues no tienen nada que ver con sus triunfos, eran del más horrible amarillo de tela escocesa, de los que hacían cuando nuestros padres llevaban patillas y había miriñaques en el país. Además tenía el pelo negro, la cara rosada y los ojos de un marrón fiero, y su chaqueta consistía fundamentalmente en grasa sobre una base de pana. La pipa tenía una cazoleta de porcelana con las Tres Gracias, y llevaba siempre las gafas torcidas de forma que el ojo izquierdo, pequeño y penetrante, le fulminaba a uno desde su desnudez, mientras que el derecho aparecía oscuro, engrandecido y suave a través del cristal.

Se expresaba en los siguientes términos:

—No hubo jamás un hombre que disecara como yo, Bellows, jamás. He disecado elefantes, he disecado polillas, y todo lo que he disecado parecía mejor y más animado que al natural. He disecado seres humanos, principalmente ornitólogos aficionados, aunque también disequé una vez a un negro. No, no hay ninguna ley que lo prohiba. Lo hice con todos los dedos extendidos y lo utilicé como percha para sombreros, pero ese tonto de Homersby tuvo una pelea con él una noche, ya muy tarde, y lo estropeó. Fue antes de que

nacieras. Es muy difícil conseguir pieles, si no haría otro.

»¿Desagradable? No lo creo. A mi entender, la taxidermia es una prometedora tercera alternativa a la inhumación y a la cremación. La gente podría mantener a su lado a los seres queridos. Chucherías de ese tipo distribuidas por la casa harían tan buena compañía como la mayor parte de la gente, y mucho más barata. Se les podría poner mecanismos para que hicieran cosas. Por supuesto habría que barnizarlos, pero no tendrían que brillar más de lo que mucha gente brilla por naturaleza. La cabeza calva del viejo Manningtree... De todos modos, se podría hablar con ellos sin que interrumpieran. Incluso las tías. La taxidermia tiene un gran futuro por delante, ya lo verás. Están también los fósiles...

De repente se quedó en silencio.

—No, creo que no debería contarte eso —chupó pensativo la pipa—. Gracias, sí. No demasiada agua. Desde luego, se entiende que lo que te cuente ahora no saldrá de aquí. ¿Sabes que he hecho algunos dodos y una gran alca? ¡No! Evidentemente no eres más que un aficionado a la taxidermia. Mi querido amigo, la mitad de las grandes alcas que hay en el mundo son tan auténticas más o menos como el pañuelo de la Verónica, como la Sagrada Túnica de Tréveris. Los hacemos con plumas de somormujo y cosas así. ¡Y también los huevos de la gran alca!

—¡Santo cielo!

—Sí, los hacemos de porcelana fina. Te aseguro que merece la pena. Llegan a valer... uno llegó a trescientas libras justo el otro día. Ése era realmente auténtico, según creo, pero desde luego nunca se está seguro. Es un trabajo muy fino, y posteriormente hay que envejecerlos porque ningún poseedor de estos preciosos huevos comete jamás la temeridad de limpiarlos. Eso es lo bonito del negocio. Incluso cuando sospechan de un huevo no les gusta examinarlo demasiado detenidamente. En el mejor de los casos es un capital tan frágil...

»No sabías que la taxidermia alcanzara semejantes cimas. Pues, amigo mío, las ha alcanzado mayores. Yo he rivalizado con las manos de la mismísima Naturaleza. Una de las grandes alcas auténticas —su voz se convirtió en un susurro— ...una de las auténticas, la hice yo. »No. Tienes que estudiar ornitología y descubrirlo por ti mismo. Es más, una agrupación de comerciantes

me ha planteado poblar con especímenes uno de los inexplorados islotes rocosos al norte de Islandia. Quizá lo haga... algún día. Pero en estos momentos tengo otra cosita entre manos. ¿Has oído hablar del *Diornis*?

»Es uno de esos grandes pájaros que se han extinguido recientemente en Nueva Zelanda. Comúnmente se les llama *moa*, justo porque están extinguidos: no hay ningún *moa* vivo. ¿Comprendes? Bueno, se conservan huesos, y en algunas marismas han aparecido incluso plumas y fragmentos secos de la piel. Pues bien, yo voy a... bueno, no hay por qué ocultarlo, voy a falsificar un *moa* disecado completo. Conozco a un tipo por ahí que pretenderá haberlo encontrado en una especie de ciénaga antiséptica y dirá que lo disecó inmediatamente porque amenazaba con hacerse pedazos. Las plumas son muy peculiares, pero he logrado un método sencillamente maravilloso de trucar trozos chamuscados de pluma de avestruz. Sí, ése es el nuevo olor que has notado. Sólo pueden descubrir el fraude con un microscopio y difícilmente se molestarán en hacer pedazos un bonito espécimen para eso.

»De esta manera, como ves, apporto mi empujoncito al avance de la ciencia. Pero todo esto es pura imitación de la Naturaleza. En mi carrera profesional he hecho más que eso. La he... vencido.

Quitó los pies de la chimenea y se inclinó confidencialmente hacia mí.

—He creado pájaros —dijo en voz baja—. Pájaros nuevos. Mejoras. Pájaros jamás vistos.

En medio de un silencio impresionante recobró su postura.

—Enriquecer el universo, realmente. Algunos de los pájaros que hice eran clases nuevas de colibríes, y eran animalitos muy bonitos, aunque alguno era simplemente raro. El más raro creo que fue el *Anomalopteryx Jejuna*. Del latín *jejuna* —a —um, vacío, se llamaba así porque realmente no tenía nada, era un pájaro totalmente vacío, salvo el disecado. El viejo Javvers es el que lo tiene ahora, y supongo que está casi tan orgulloso de él como yo mismo. Es una obra maestra, Bellows. Tiene toda la estúpida torpeza de tu pelícano, toda la solemne falta de dignidad de tu loro, toda la desgarrada delgadez de un flamenco con todo el extravagante conflicto cromático de un pato mandarín. ¡Qué pájaro! Lo hice con los esqueletos de una cigüeña y un tucán, y un montón de plumas.

Para un verdadero maestro en el arte, querido Bellows, esa clase de taxidermia es puro gozo.

»¿Que cómo se me ocurrió? De manera bastante sencilla, como ocurre con todos los grandes inventos. Uno de esos jóvenes genios que nos escriben *Notas Científicas* en los periódicos se hizo con un folleto alemán sobre los pájaros de Nueva Zelanda, y tradujo parte de él a base de diccionario y de sentido común —con lo poco común que es este sentido—, y se hizo un lío con el *Apteryx* vivo y el *Anomalopteryx* extinto. Hablaba de un pájaro de cinco pies de altura que vivía en las selvas de la Isla del Norte, raro y asustadizo, cuyos ejemplares eran difíciles de obtener, y cosas así. Javvers, que incluso como coleccionista es una persona terriblemente ignorante, leyó esos párrafos y juró que conseguiría el ejemplar a cualquier precio. Acosó a los comerciantes con pesquisas. Eso muestra lo que puede hacer un hombre persistente, el poder de la voluntad. Ahí estaba un coleccionista de pájaros jurando que conseguiría un espécimen de un pájaro que no existía, que nunca había existido, y que a causa de la mismísima vergüenza de su propia y blasfema inelegancia probablemente no existiría en estos momentos de haber podido impedirlo. Y lo consiguió. Lo consiguió.

»—¿Un poco más de whisky, Bellows? —preguntó el taxidermista despertándose de una pasajera contemplación de los misterios del poder de la voluntad y de las mentes de los coleccionistas. Y una vez llenados de nuevo los vasos, procedió a contarme cómo había montado la más atractiva de las sirenas, y cómo un predicador ambulante que no podía atraer a la audiencia por culpa suya la hizo pedazos en Burslem Wakes diciendo que aquello era idolatría o algo peor. Pero como la conversación de todas las partes implicadas en esta transacción, el creador, el presunto conservador y el destructor no es uniformemente adecuada para la publicación, este jocoso incidente debe permanecer sin imprimir.

El lector no familiarizado con los tortuosos procedimientos de los coleccionistas puede que se incline a dudar de mi taxidermista, pero por lo que respecta a los huevos de la gran alca y los falsos pájaros disecados me he encontrado con que tiene la confirmación de distinguidos escritores de ornitología. Y la nota sobre el pájaro de Nueva Zelanda ciertamente apareció en un periódico matinal de

inmaculada reputación, pues el taxidermista tiene un ejemplar que me ha enseñado.

UN NEGOCIO DE AVESTRUCE

—Hablando de precios de aves, he visto un avestruz que costó trescientas libras —dijo el taxidermista, recordando un viaje de su juventud—. ¡Trescientas libras!

Me miró por encima de las gafas.

—Otro en cambio no lo querían ni por cuatro libras. No, no se trataba de nada extraordinario. Eran avestruces vulgares y corrientes. Algo descoloridas además a causa de la dieta. Y no había tampoco ninguna restricción especial de la demanda. Cualquiera hubiera pensado que cinco avestruces comprados a un indio habrían salido baratos. Pero el problema estaba en que uno de ellos se había tragado un diamante.

»El tipo al que se lo cogió fue Sir Mohini Padisha, un dandy tremendo, un figurín de Piccadilly, podríamos decir que de los pies al cuello, porque luego venía una fea cabeza negra cubierta con un enorme turbante en el que estaba prendido el diamante. El bendito pájaro se lo llevó de un picotazo repentino, y cuando el tipo montó un escándalo, supongo que se dio cuenta de que había obrado mal y fue a mezclarse con los demás para preservar el anonimato. Todo sucedió en un minuto. Yo fui uno de los primeros en llegar, y allí estaba este pagano apelando a sus dioses, y dos marineros y el encargado de las aves muriéndose de risa. Pensándolo bien, era una manera muy rara de perder una joya. El encargado no estaba allí en ese momento, así que no sabía qué avestruz había sido. Estaba completamente perdido, ya me entiende. A decir verdad, no lo sentí mucho. El muy fanfarrón había estado pavoneándose con el diamante desde que subió a bordo.

»Un suceso como ése no tarda un minuto en ir de un extremo a otro del barco. Todo el mundo hablaba de él. Padisha se retiró para ocultar sus sentimientos. A la comida —tragaba a solas con otros dos indios— el capitán trató de animarle respecto del asunto y él se

puso muy excitado. Se volvió y me habló al oído. No compraría las aves, recuperaría su diamante. Exigía sus derechos como ciudadano británico. Tenían que encontrar su diamante. Su postura era inamovible. Apelaría a la Cámara de los Lores. El encargado de las aves era uno de esos cabezas cuadradas a los que no se puede meter una idea nueva en la mollera. Rechazó todas las propuestas de injerencia en la vida de los animales por medio de la medicina. Sus instrucciones eran las de alimentarlos y cuidarlos así y asá, y no iba a jugarse el puesto por no alimentarlos y cuidarlos así y asá. Padisha quería un lavado de estómago... aunque no se puede hacer eso a un pájaro, ya sabe. El tal Padisha defendía cantidad de procedimientos tortuosos, como la mayoría de esos benditos bengalíes, y hablaba de derecho de embargo sobre las aves y cosas así. Pero un abuelito que dijo que tenía un hijo abogado en Londres argumentó que lo que tragaba un pájaro se convertía *ipso facto* en parte del pájaro, y que por tanto la única solución de Padisha estaba en una demanda por daños e incluso en ese caso pudiera ser que se demostrara culpa concurrente. No tenía ningún derecho para actuar sobre un avestruz que no le pertenecía. Eso molestó muchísimo a Padisha, tanto más cuanto que la mayoría de nosotros lo consideró el punto de vista razonable. No había ningún abogado a bordo para resolver el asunto, así que todos hablábamos a nuestras anchas. Por fin, después de pasar Adén, parece que Padisha aceptó la opinión general y, a título personal, se acercó al encargado para hacerle una oferta por los cinco avestruces.

»A la mañana siguiente se armó un buen lío en el desayuno. El encargado no tenía ninguna autoridad para negociar con las aves y por nada en el mundo las vendería, pero parece ser que le comentó a Padisha que un euroasiático llamado Potter le había hecho ya una oferta, por lo que Padisha denunció al tal Potter ante todos nosotros. Pero creo que la mayoría de nosotros pensaba que Potter había sido muy listo, y yo mismo, cuando Potter dijo que había enviado un telegrama desde Adén a Londres para comprar las aves y que tendría la respuesta en Suez, maldije vivamente la pérdida de aquella oportunidad.

»En Suez, Padisha se puso a llorar —auténticas lágrimas— cuando Potter se convirtió en el dueño de las aves y le ofreció directamente doscientas cincuenta libras por los cinco avestruces,

que era más del doscientos por ciento de lo que había pagado Potter. Éste dijo que le colgaran si se deshacía de una sola pluma, que lo que quería era matarlos uno a uno hasta encontrar el diamante; pero más tarde, pensándolo mejor, se ablandó un poco. Era un jugador empedernido, el tal Potter, un poco raro a las cartas; en cambio este tipo de negocio con premio incluido debía de sentarle como un guante. En cualquier caso propuso, como diversión, vender las aves en subasta pública, cada una de ellas por separado a personas distintas y a un precio de salida de ochenta libras por cabeza. Él se quedaría con una de las aves para probar su suerte.

»Debe saber que el diamante era muy valioso —un diminuto judío, dedicado al comercio de diamantes que viajaba con nosotros, lo había tasado en tres o cuatro mil libras cuando Padisha se lo enseñó—, así es que la idea de apostar con los avestruces prendió. Ahora bien, por casualidad yo había mantenido algunas conversaciones sobre temas generales con el encargado de los avestruces, y de forma totalmente casual éste había dicho que uno de los avestruces estaba enfermo, se imaginaba que de indigestión. Tenía una pluma de la cola casi totalmente blanca, señal por la que lo reconocí; de forma que, cuando al día siguiente, la subasta empezó con él, yo superé con noventa libras las ochenta y cinco que ofrecía Padisha. Me imagino que estaba demasiado seguro e impaciente con mi apuesta y alguno de los otros descubrió que yo estaba en el ajo. Entonces Padisha fue por esa ave como un lunático irresponsable. Finalmente el judío comerciante en diamantes lo consiguió por ciento setenta y cinco libras, Padisha ofreció ciento ochenta justo después de caer el martillo, o eso declaró Potter. En todo caso, el comerciante judío se lo quedó y allí mismo sacó una escopeta y lo mató. Potter organizó un escándalo porque, según decía, eso perjudicaría la venta de los otros tres. Padisha, por supuesto, se comportó como un idiota, pero todos estábamos muy excitados. No te cuento lo contento que estaba cuando terminó la disección sin encontrarse el diamante, más contento que unas pascuas. Yo mismo había llegado a ofrecer hasta ciento cuarenta por aquel avestruz.

»El hombrecillo judío se comportó como la mayoría de los judíos y no armó ningún alboroto por su mala suerte, pero Potter desistió

de seguir con la subasta hasta que se aceptara que la mercancía sólo se entregaría una vez terminada la venta. El hombrecillo judío quería demostrar que se trataba de un caso excepcional y como los argumentos andaban muy igualados se pospuso el asunto hasta el día siguiente. Aquella noche tuvimos una cena animada, se lo puedo asegurar, pero finalmente Potter se salió con la suya, puesto que parecía razonable que él estaría más seguro si se quedaba con todas las aves y que nosotros le debíamos cierta consideración por su comportamiento deportivo. Y el caballero que tenía el hijo abogado dijo que había estado dándole vueltas al asunto y pensaba que era muy dudoso si, una vez abierto el pájaro y recobrado el diamante, no debería ser devuelto a su auténtico dueño. Recuerdo haber sugerido que eso caía dentro de la ley de tesoros encontrados, que realmente era lo cierto sobre el tema. Hubo una discusión muy acalorada, pero resolvimos que desde luego era estúpido matar las aves a bordo del barco. Luego el viejo caballero, extendiéndose a su gusto en la charla legal, trató de establecer que la venta era una lotería, y por tanto ilegal, y apeló al capitán, pero Potter dijo que él vendía las aves en tanto que avestruces. Él no quería vender diamantes, decía, ni ofrecía eso como un incentivo. Las tres aves que él subastaba, según todos sus conocimientos y creencias, no contenían ningún diamante. Éste estaba en el que se había reservado, o así lo esperaba.

»De todas formas los precios subieron al día siguiente. El hecho de que ahora hubiera cuatro posibilidades en lugar de cinco originó una subida. Las benditas aves lograron una media de doscientas veintisiete libras, y, lo que es bastante extraño, Padisha no logró adjudicarse ninguna de ellas, ni una siquiera. Armó demasiado escándalo, y cuando debía estar pujando, estaba hablando de embargos, además Potter le trataba con cierta dureza. Un avestruz fue adjudicado a un modesto y callado oficial, otro al hombrecillo judío y el tercero a un grupo de ingenieros. Entonces pareció que Potter de repente lamentaba haberlos vendido, y decía que había tirado por la ventana mil libras claras como el agua y que probablemente no conseguiría nada y que siempre había sido un tonto, pero cuando fui a tener una pequeña charla con él con la idea de convencerle para que protegiera su última oportunidad, me encontré con que ya había vendido el avestruz que se había

reservado a un político que iba a bordo, un tipo que había estado estudiando durante sus vacaciones los problemas sociales y la moralidad de la India. Ese último fue el avestruz de las trescientas libras. Bueno, pues desembarcaron tres de las benditas criaturas en Brindisi, a pesar de que el viejo caballero dijo que era una violación de las regulaciones aduaneras, y Potter y Padisha también desembarcaron. El indio parecía medio loco al ver que su dichoso diamante andaba de acá para allá, por decirlo así. Seguía diciendo que conseguiría una orden judicial (lo de la orden judicial se le había metido en la cabeza) y dando su nombre y dirección a todos los tipos que habían comprado las aves para que supieran adónde tenían que enviar el diamante. Ninguno de ellos quería su nombre y dirección, y ninguno estaba dispuesto a dar los suyos propios. Le digo que hubo un buen jaleo en el andén. Todos ellos partieron en trenes diferentes. Yo continué hasta Southampton, y allí vi al último avestruz cuando desembarcaba. Era el que habían comprado los ingenieros, y estaba de pie junto al puente en una especie de jaula con todo el aspecto de ser el marco más estúpido y zanquilargo de un diamante valioso que se haya visto jamás... si es que era el marco del valioso diamante.

»¿Que cómo terminó? ¡Oh! Pues así. Bueno... quizá. Sí, hay una cosa más que puede arrojar alguna luz. Una semana más o menos después de desembarcar bajaba yo por Regent Street haciendo unas compras, y... ¿a quién veo hombro con hombro y pasándoselo a las mil maravillas sino a Padisha y a Potter? Si lo piensa seriamente...

»Sí. Lo he pensado. Sólo que, sabe usted, no hay duda de que el diamante era auténtico. Y Padisha era un indio eminente. He visto su nombre en los periódicos... a menudo. Pero si el avestruz tragó o no el diamante ciertamente es otro asunto, como usted dice.

POR LA VENTANA

Una vez compuestas sus piernas llevaron a Bailey al estudio y le pusieron en una camilla delante de la ventana abierta. Allí yacía, vivo, aunque con fiebre hasta la cintura y, más abajo, dos cilindros de pura momia envueltos en blancos vendajes. Intentó leer, hasta trató de escribir un poco, pero la mayor parte del tiempo miraba por la ventana.

Había pensado en la ventana como algo alegre para empezar, pero ahora daba gracias a Dios por ella muchas veces al día. Dentro, la habitación era oscura y gris, y en la luz reflejada el deterioro de los muebles quedaba claramente de manifiesto. Tenía la medicina y el agua en la mesita, junto a desperdicios tales como las desnudas ramillas de un racimo de uvas o las cenizas de un cigarro puro en un platito verde o un periódico vespertino del día anterior. La vista exterior estaba inundada de luz y por la esquina llegaba la cabeza de la acacia, y a los pies la parte superior de la barandilla del balcón de hierro forjado. En primer término estaba la ondulante plata del río, nunca quieta, y que sin embargo nunca cansa. Más allá, el cañaveral de la orilla, una amplia extensión de praderas, y luego una línea oscura de árboles que terminaba en un grupo de álamos en el distante recodo del río, y, más alta detrás de ellos, una torre cuadrada de iglesia.

Durante todo el santo día había cosas pasando río arriba y abajo. Ahora era una fila de barcazas a las que la corriente bajaba hacia Londres, cargadas de cal o de barriles de cerveza; luego una lancha de vapor expulsando densas masas de humo negro y perturbando toda la anchura del río con largas, ondulantes olas; después una impetuosa lancha eléctrica; a continuación un barco cargado de turistas; un solitario bote de un remero o uno de cuatro remeros procedente de algún club de remo. Quizás el río estaba más tranquilo de madrugada y ya avanzada la noche. Una noche con luz

de luna unos bajaron con la corriente cantando y tocando la cítara, que sonaba muy bien al otro lado del agua.

En pocos días Bailey empezó a reconocer algunas embarcaciones, en una semana se sabía la historia íntima de media docena. La lancha *Luzón*, de la empresa Fitzgibbon, dos millas más arriba, pasaba apresuradamente hasta tres o cuatro veces al día, muy llamativa con su colorido rojo azulado y amarillo y con sus dos ayudantes orientales; y, un día, para gran diversión de Bailey, el barco-vivienda, *Emperador de Púrpura*, se detuvo fuera y desayunaron con la familiaridad más desvergonzada. Después, una tarde, el capitán de una lenta barcaza empezó una bronca con su mujer según entraban en el área de visión por la izquierda, y la había llevado hasta la violencia personal antes de desaparecer detrás del marco de la ventana por la derecha. Bailey consideraba todo eso como un entretenimiento montado para distraer su enfermedad y aplaudía todos los incidentes más conmovedores. La señora Green, cuando entraba a infrecuentes intervalos con las comidas, le sorprendía batiendo las palmas o llorando silenciosamente. ¡*Más, más!* Pero los actores del río tenían otras cosas que hacer y su *más, más* pasaba inadvertido.

—Nunca hubiera pensado que me tomaría tanto interés en cosas que no me conciernen —dijo Bailey a Wilderspin, quien acostumbraba entrar a su manera, nerviosa y amable, para tratar de consolar al enfermo dejándole hablar.

»Pensaba que esta capacidad de ocio era distintiva de los niños pequeños y de las señoras mayores. Pero son sólo las circunstancias. Yo simplemente no puedo trabajar y las cosas tienen que seguir su curso, es inútil impacientarse y luchar. Así que aquí estoy tumbado y tan divertido como un crío con una carraca con este río y sus asuntos. A veces, desde luego, se pone un poco aburrido, pero no a menudo. Daría cualquier cosa, Wilderspin, por un hundimiento, nada más que uno, una sola vez. Cabezas nadando y una lancha de vapor al rescate y un tipo o alguien sacado con un bichero... ¡Ahí va la lancha de Fitzgibbon! Tienen un bichero nuevo, ya veo, y el negrito todavía tiene morriña. Creo que no está muy bien, Wilderspin. Lleva así dos o tres días, sentado de forma malhumorada y meditando sobre el batir del agua. No es saludable para él estar siempre mirando fijamente a la espuma que sale de la

popa.

Observaron al pequeño vapor que cruzaba apresuradamente la parte del río iluminada por el sol, sufrir una momentánea ocultación a causa de la acacia y escurrirse fuera de la vista tras el oscuro marco de la ventana.

—Estoy consiguiendo un ojo maravilloso para los detalles —dijo Bailey—. Distinguí ese bichero nuevo inmediatamente. El otro negro es un personajillo divertido. Con el bichero viejo nunca solía pavonearse de esa manera.

—¿Son malayos, no? —intervino Wilderspin.

—No sé —respondió Bailey—. Pensaba que toda esa clase de marineros se llamaban *Lascar* o marineros indios.

Luego empezó a contar a Wilderspin lo que sabía de los asuntos privados del barco-vivienda *Emperador de Púrpura*.

—Es curioso —dijo— cómo esa gente viene de los cuatro puntos cardinales, de Oxford y Windsor, de Asia y África, y se juntan y pasan ante la ventana sólo para entretenerme. Anteayer un hombre salió flotando del infinito, cogió enfrente un cangrejo perfecto, perdió y recuperó un cráneo y desapareció de nuevo. Probablemente no vuelva a entrar más en mi vida. Por lo que a mí se refiere ha vivido y ha tenido sus pequeños problemas, quizá treinta, quizá cuarenta años en la tierra sólo para hacer el ridículo durante tres minutos delante de mi ventana. Algo maravilloso, Wilderspin, si lo piensas.

—Sí —corroboró Wilderspin—, ¿verdad?

Un día o dos después de esto, Bailey tuvo una mañana brillante. Desde luego, hacia el final del asunto se volvió casi tan excitante como pudiera serlo cualquier espectáculo visto desde una ventana. Comenzaremos, no obstante, por el principio.

Bailey estaba completamente solo en la casa, pues su ama de llaves había ido a la ciudad, a tres millas de distancia, a pagar recibos y la criada tenía su día libre. La mañana empezó aburrida. Una canoa subió hacia las nueve y media y más tarde bajó una barca cargada de hombres de acampada. Pero fueron cosas puramente marginales. La situación se alegró en torno a las diez.

Empezó con algo blanco que revoloteaba en la lejana distancia, donde los tres álamos señalaban el recodo del río.

—Pañuelo —dijo Bailey cuando lo vio—. No. ¡Demasiado

grande! Bandera, quizá.

Sin embargo no era una bandera porque andaba saltando por allá.

—Hombre vestido de blanco corriendo deprisa hacia aquí —dijo Bailey—. ¡Eso sí que es suerte! Pero para traje es muy amplio.

Entonces sucedió algo especial. Hubo un minúsculo brillo rosado entre los oscuros árboles a lo lejos y una pequeña humareda de color gris pálido que empezó a difuminarse y desaparecer en dirección este. El hombre de blanco saltó y continuó corriendo. Pronto llegó el ruido del disparo.

—¡Qué diablos! —exclamó Bailey—, parece como si alguien le estuviera disparando.

Se irguió rígido y fijó atentamente la mirada. La figura blanca venía por el sendero a través del trigo.

—¡Que me cuelguen si no es uno de esos negros de Fitzgibbon! —dijo Bailey—. Me pregunto por qué sigue moviendo el brazo.

Entonces otras tres figuras se hicieron claramente visibles destacando contra el oscuro fondo de los árboles.

En la orilla opuesta un hombre que caminaba hacía su entrada bruscamente en el cuadro. Tenía una barba negra y vestía pantalones de franela, un cinturón rojo y un amplio sombrero gris de fieltro. Andaba inclinándose muchísimo hacia adelante y balanceando las manos. Detrás de él se podía ver el barrido de la hierba que hacía la soga de remolque de la barca que estaba arrastrando. Miraba atentamente la figura blanca que atravesaba precipitadamente el trigo. De repente se detuvo. Luego Bailey pudo ver que, con un gesto peculiar, empezaba a tirar de la soga de remolque mano sobre mano. Más allá del agua se podían oír las voces de la gente en la todavía invisible barca.

—¿Detrás de qué andas, Hagshot? —preguntó alguien.

El individuo del cinturón rojo gritó algo que era inaudible y continuó tirando de la soga al tiempo que por encima del hombro miraba la figura blanca que avanzaba. Bajó a la orilla y la soga hizo un sendero entre las cañas y azotaba el agua entre tirón y tirón.

Luego pudo ver únicamente la proa de la barca con el palo de remolque y un hombre alto y rubio que estaba en pie tratando de ver por encima de la orilla. La barca chocó inesperadamente entre las cañas y el hombre alto y rubio desapareció de repente habiendo

caído aparentemente hacia atrás en la parte invisible de la barca. Hubo una maldición y carcajadas confusas. Hagshot no se rió, sino que saltó deprisa a la barca y desatraco. Bruscamente, la barca desapareció del área de visión de Bailey.

Pero todavía se la oía. La melodía de las voces sugería que sus ocupantes estaban ocupados en decirse unos a otros lo que tenían que hacer.

La figura que corría se estaba acercando a la orilla. Bailey pudo ver ahora claramente que era uno de los orientales de Fitzgibbon y empezó a darse cuenta de lo que podía ser el objeto sinuoso que llevaba en la mano. Otros tres hombres seguían al primero por el trigo y el más adelantado llevaba lo que con toda probabilidad era el fusil. Estaban quizás a doscientas yardas o más detrás del malayo.

—Se trata de una caza del hombre, ¡por todos los santos! —exclamó Bailey.

El malayo se detuvo un momento a inspeccionar la orilla por la derecha. Luego abandonó el sendero y, atravesando por el trigo, desapareció en aquella dirección. Los tres perseguidores hicieron lo mismo y, después de un breve intervalo, sus cabezas y brazos gesticulantes también desaparecieron del campo de visión de Bailey.

Bailey se olvidó de sí mismo tanto que hasta llegó a jurar.

—¡Justo ahora que las cosas se estaban poniendo interesantes!

Algo parecido al chillido de una mujer llegó por el aire. Luego, gritos, un aullido, un golpe sordo fuera en el balcón que le hizo dar un salto a Bailey y después el sonido de un fusil.

—Esto es muy duro para un inválido —dijo Bailey.

Pero aún iba a suceder más en este cuadro, muchísimo más. El malayo reapareció corriendo ahora por la orilla corriente arriba. Su zancada era más rápida y más corta que antes. Estaba amenazando a alguien que iba delante con el horrible cric que llevaba. El filo —observó Bailey— era romo, no brillaba como debía hacerlo el acero.

Después venía el hombre alto y rubio blandiendo un bichero y tras él otros tres hombres vestidos de marineros corriendo torpemente con remos. El hombre del sombrero gris y el cinturón rojo no estaba con ellos. Después de un intervalo los tres hombres con el fusil reaparecieron todavía en el trigo, pero ahora cerca de la orilla. Surgieron por el sendero de remolcar y se apresuraron detrás

de los otros. La orilla opuesta quedó en blanco y desolada otra vez. La habitación del enfermo fue deshonrada con más tacos.

—Daría mi vida por conocer el final de todo esto —dijo Bailey.

Hubo gritos confusos corriente arriba. Una vez pareció que se acercaban, pero le decepcionaron. Bailey seguía sentado y gruñía. Estaba todavía refunfuñando cuando sus ojos captaron algo negro y redondo entre las olas.

—¡Hola! —exclamó.

Miró con atención y vio dos cuerpos negros de forma triangular echando espuma de vez en cuando a aproximadamente una yarda delante de aquello. Estaba todavía dudoso sobre cuándo aparecería de nuevo a la vista la pequeña banda de perseguidores y empezó a apuntar a ese objeto flotante. Estaban hablando con ansiedad. Luego el hombre del fusil apuntó.

—Está nadando por el río, ¡cielos! —exclamó Bailey.

El malayo miró hacia atrás, vio el fusil y se sumergió. Salió tan cerca de la orilla de Bailey que una de las barras del balcón le ocultó un momento. Cuando emergió, el hombre del fusil disparó. El malayo siguió adelante sin parar. Bailey podía ver ahora el pelo húmedo sobre su frente y el cris entre los dientes, y al poco quedaba oculto por el balcón. Esto le pareció a Bailey un error insufrible. Ahora había perdido al hombre para siempre, eso fue lo que pensó. ¿Por qué el muy bruto no podía haberse dejado coger decentemente en la orilla opuesta o ser alcanzado en el agua?

—Es peor que Edwin.^[1] —criticó Bailey.

Más allá del río, también, las cosas se habían puesto completamente en blanco. Los siete hombres habían ido de nuevo corriente abajo, probablemente por la barca para seguirle cruzando el río. Bailey escuchó y esperó. Hubo silencio.

—Seguramente no termina así —reflexionó Bailey.

Pasaron cinco, diez minutos. Luego un remolcador con dos barcasas subió corriente arriba. La actitud de sus hombres era la de aquellos que no ven nada destacable ni en la tierra ni en el agua ni en el cielo. Claramente todo el asunto había salido del campo de visión del río. Probablemente la caza se había internado en los bosques de hayas de detrás de la casa.

—¡Maldita sea! —exclamó Bailey—. Otra vez el continuará, y esta vez sin ninguna posibilidad de continuación. Esto es maltratar

a un enfermo.

Oyó un paso en la escalera detrás de él y, mirando alrededor, vio la puerta abierta. La señora Green entró y se sentó, jadeando. Todavía tenía puesto el sombrero, el monedero en la mano y la cestita marrón en el brazo.

—¡Oh, menos mal! —exclamó, dejando a Bailey que imaginara el resto.

—Tómese un poco de whisky con agua, señora Green, y cuéntemelo todo —dijo Bailey.

Con unos sorbitos, la señora empezó a recuperar sus capacidades explicativas.

Una de esas criaturas negras de Fitzgibbon se había vuelto loca y andaba corriendo por ahí con un gran cuchillo, matando a la gente. Había matado a un mozo de caballos, acuchillado a un mayordomo y casi le corta el brazo a un caballero que daba un paseo en barca.

—Corriendo alocadamente con un cris —dijo Bailey—. Pensé que de eso era de lo que se trataba.

Y estaba escondido en el bosque cuando ella lo atravesó viniendo de la ciudad.

—¿Qué? ¿La persiguió? —preguntó Bailey con cierto tono de regocijo en la voz.

—No, eso fue lo horrible —explicó la señora Green. Había atravesado completamente el bosque y no supo que estaba allí. Fue únicamente al encontrarse en los arbustos con el joven Fitzgibbon cargado con su fusil cuando se enteró por primera vez.

Aparentemente, lo que molestaba a la señora Green era la emocionante oportunidad perdida. Estaba, sin embargo, decidida a aprovechar al máximo lo que le quedaba.

—¡Pensar que él estaba allí todo el tiempo! —repitió una y otra vez.

Bailey lo soportó con bastante paciencia durante unos diez minutos. Finalmente consideró aconsejable imponerse.

—Es la una y veinte, señora Green, no cree que es hora de que me traiga algo de comer?

Eso puso a la señora Green de rodillas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Oh, señor, no me haga salir de esta habitación hasta que sepa que lo han cogido. Puede que haya entrado en la casa, señor. Pudiera estar arrastrándose, arrastrándose

con ese cuchillo suyo por el comedor en este mismísimo...

Se interrumpió súbitamente y miró aterrada por encima de él hacia la ventana. Se quedó con la boca abierta. Bailey volvió bruscamente la cabeza.

Durante medio segundo las cosas parecieron estar como estaban. Allí estaba el árbol, el balcón, el río reluciente, la distante torre de la iglesia. Luego observó que la acacia estaba desplazada aproximadamente un pie hacia la derecha y que se estremecía y las hojas susurraban. El árbol fue agitado violentamente y se oyó un intenso jadeo.

Al momento siguiente una mano morena y peluda había hecho aparición y agarraba las barandillas del balcón, y a continuación la cara del malayo estaba mirando a través de ellas al hombre en la camilla. Su expresión era una mueca desagradable a causa del crujido que tenía entre los dientes, y sangraba por una fea herida en la mejilla. El pelo húmedo, pero secándose, le sobresalía como cuernos de la cabeza. Estaba desnudo salvo por los empapados pantalones pegados al cuerpo. El primer impulso de Bailey fue saltar de la cama, pero las piernas le recordaron que eso era imposible.

Utilizando el balcón y el árbol, el hombre se elevó lentamente hasta que se hizo visible para la señora Green. Con un grito de ahogo ésta se dirigió a la puerta y manipuló torpemente el manillar. Bailey pensó con rapidez y agarró un frasco de medicinas en cada mano. Uno salió volando y se hizo pedazos contra la acacia. Silenciosa y deliberadamente, manteniendo los brillantes ojos fijos en Bailey, el malayo se subió al balcón. Bailey, agarrando todavía el segundo frasco, pero con una sensación de náusea y desastre en el alma, vio cómo primero una pierna y después la otra superaban la barandilla.

La impresión que tenía Bailey era de que el malayo había tardado en torno a una hora en pasar la segunda pierna por encima de la barandilla. El periodo que transcurrió hasta que la posición de sentado cambiara a posición erecta parecía enorme —días, semanas, quizás un año o así. Sin embargo, Bailey no tenía una impresión clara de nada que se le pasara por la cabeza durante ese vasto periodo, excepto una vaga sorpresa ante su incapacidad para lanzar el segundo frasco de medicinas. De repente el malayo miró por encima del hombro. Sonó el disparo de un fusil. Estiró los brazos y

cayó sobre la camilla. La señora Green inició un chillido tétrico que parecía que se iba a prolongar con toda probabilidad hasta el día del juicio final. Bailey miró al cuerpo moreno con el omóplato perforado que se retorció de dolor entre sus piernas, manchando y empapando rápidamente los impecables vendajes. Luego miró al largo cris con rayas rojizas en la hoja que yacía sobre el suelo a una pulgada de los temblorosos dedos morenos. Después a la señora Green, que había pegado la espalda contra la puerta y miraba fijamente al cuerpo y chillaba en racheados arranques como si fuera a despertar a los muertos. Y entonces un último y convulsivo esfuerzo agitó el cuerpo.

El malayo agarró el cris, intentó levantarse con la mano izquierda y se desplomó. Luego levantó la cabeza, miró un momento fijamente a la señora Green y, retorciendo la cara hacia atrás, miró a Bailey. Con un jadeante quejido, el moribundo logró asir las ropas de la cama con la mano inutilizada y, mediante un violento esfuerzo que produjo un daño extraordinario a Bailey en las piernas, se retorció lateralmente en dirección a la que debía ser su última víctima. Entonces algo pareció desatarse en la mente de Bailey y éste estrelló el segundo frasco con todas sus fuerzas contra la cara del malayo. El cris cayó pesadamente al suelo.

—Cuidado con esas piernas —dijo Bailey cuando el joven Fitzgibbon y uno de la tripulación del barco le quitaron el cuerpo de encima.

El joven Fitzgibbon tenía la cara muy pálida.

—No quería matarlo —se lamentó.

—Tanto da —dijo Bailey.

LA TENTACIÓN DE HARRINGAY

Es completamente imposible decir si esto sucedió en realidad. Depende enteramente de la palabra de R. M. Harringay, que es artista.

Siguiendo su versión del asunto, la narración dispone que Harringay entró en su estudio hacia las diez para ver lo que podía hacer con la cabeza en la que había estado trabajando el día anterior. La cabeza en cuestión era la de un organillero italiano y Harringay pensó, pero no estaba seguro, que el título sería el de Vigilia. Hasta ahí es franco y su narrativa tiene la impronta de la verdad. Había visto al hombre ansioso por unos peniques y con la celeridad que sugiere el genio le hizo entrar de inmediato.

—Arrodíllate. Mira arriba a esa repisa, como si esperaras peniques —dijo Harringay—. No sonrías. No quiero pintar tus encías. Pon aspecto desgraciado.

Ahora, después de una noche de descanso, el cuadro parecía decididamente insatisfactorio.

—Es un buen trabajo —dijo Harringay—, esa pizca en el cuello... Pero...

Paseó por el estudio y miró el cuadro desde distintos puntos. Luego dijo una palabra malvada. El texto original reproduce esa palabra.

—Pintura —dice que dijo—, justo la pintura de un organillero, un puro retrato. Si fuera un organillero vivo no me importaría. Pero en cierto modo nunca hago cosas que tengan vida. Me pregunto si tendré mal la imaginación. Éste también tiene un aire auténtico. Tiene mal la imaginación.

»¡El toque creador! ¡Coger un lienzo y pigmentos y hacer un hombre —como fue hecho Adán de ocre rojo! ¡Pero esto! Si te lo encontraras caminando por las calles sabrías que no era más que un producto de taller. Hasta los niños dirían *que lo lleven a enmarcar a*

Garnome. Un toquecito... Bueno... No servirá tal como está.

Fue hasta las persianas y comenzó a bajarlas. Estaban hechas de Holanda azul con los rodillos de enrollar al fondo de la ventana, así es que se bajaban para tener más luz. Recogió de su mesa la paleta, los pinceles y el bastón. Luego volvió al cuadro y puso una pizca de marrón en la comisura de la boca y de ahí trasladó su atención a la pupila del ojo. Después decidió que la barbilla era un pelo demasiado imperturbable para una *Vigilia*. Al poco posó los utensilios y, encendiendo una pipa, inspeccionó los avances de la obra.

—Que me cuelguen si no se está burlando de mí —comentó Harringay, y todavía cree que se burlaba.

Desde luego la viveza de la figura había aumentado, pero casi nada en la dirección que él quería. No había duda sobre la burla.

—¡*Vigilia del descreído!* —lo tituló Harringay—. ¡Un tanto sutil e ingenioso! Pero la ceja izquierda no es lo bastante cínica.

Fue a retocar la ceja y añadió un poco al lóbulo de la oreja para sugerir materialismo. Otras consideraciones siguieron.

—La *Vigilia* se acabó, me temo —opinó Harringay—. ¿Por qué no *Mefistófeles*? Pero eso es demasiado corriente. *Un amigo del Dogo*, no tan sórdido. La armadura no servirá, no obstante. Demasiado Camelot. ¿Qué tal una túnica escarlata y llamarlo *Uno del Sacro Colegio*? Tiene humor eso, y una clara comprensión de la historia medieval italiana.

»Siempre puede ser *Benvenuto Cellini* —continuó Harringay— con una ingeniosa sugerencia de una copa de oro en una esquina. Pero eso apenas si iría con el color de la piel.

Se describe a sí mismo hablando sin parar de esta manera para dominar una inexplicable y desagradable sensación de miedo. Aquello estaba adquiriendo ciertamente cualquier cosa menos una expresión agradable. Sin embargo no era menos cierto que se estaba volviendo un ser con mucha más vida que antes, si bien siniestra; con mucho, estaba más vivo que nada de lo que había pintado anteriormente.

—Llamémoslo *Retrato de un caballero* —prosiguió Harringay—. *Cierto caballero*.

»No valdrá —decidió Harringay manteniendo todavía el ánimo—. Es eso que llaman *mal gusto*. Esa burla tendrá que manifestarse.

Hecho eso y con un poco más de fuego en el ojo —hasta ahora no me había dado cuenta de lo cálido del ojo— y podría representar ¿qué tal *Peregrino apasionado*? Pero esa cara diabólica no servirá... No a este lado del Canal.

»Cierta imprecisión valdrá —dijo—, las cejas demasiado oblicuas probablemente.

Así que bajó más la persiana para conseguir una luz mejor y retornó a la paleta y los pinceles.

El rostro del lienzo parecía animado por un espíritu propio. Le fue imposible descubrir de dónde le venía la expresión demoníaca. Había que experimentar. Las cejas... A duras penas pueden ser las cejas. Pero las alteró. No, no mejoraba, de hecho, en todo caso una pizca más satánico. ¿La comisura de la boca? ¡Bah! Más que nunca impúdica... y ahora, retocada, era siniestramente macabra... ¿El ojo, entonces? ¡Catástrofe! ¡Había cargado el pincel de bermellón en vez de marrón, y sin embargo estaba seguro de que era marrón! El ojo ahora parecía haberse metido en su cuenca y le escrutaba con visión de fuego en una ráfaga de pasión; posiblemente con algo del valor que da el pánico pasó el pincel lleno de rojo brillante por todo el cuadro. Entonces ocurrió algo muy curioso, extrañísimo ciertamente —si es que ocurrió.

El endemoniado italiano que tenía delante cerró los dos ojos, frunció los labios y se quitó el color de la cara con la mano.

Luego el *ojo rojo* se abrió de nuevo con un sonido como el de separar los labios y el rostro sonrió.

—Eso fue un tanto precipitado por tu parte —dijo el cuadro.

Harringay asegura que ahora que lo peor había sucedido, había recuperado el dominio de sí mismo. Tenía la secreta convicción de que los demonios eran criaturas razonables.

—Entonces, ¿por qué no paras de moverte —dijo Harringay— haciendo muecas y todo eso, burlándote y bizqueando de soslayo mientras te estaba pintando?

—Yo no me muevo —respondió el cuadro.

—Sí lo haces —aseguró Harringay.

—Eres tú —insistió el cuadro.

—Yo no soy —negó Harringay.

—Eres tú —reiteró el cuadro—. ¡No! No te pongas a embadurnarme de pintura otra vez, porque es verdad. Has estado

intentando conseguir por casualidad una expresión para mi rostro toda la mañana. Realmente no tienes ni la menor idea de lo que tu cuadro debería representar.

—Sí la tengo —afirmó Harringay.

—No la tienes —aseguró el cuadro—. Nunca la tienes con tus cuadros. Siempre comienzas con el más vago de los presentimientos sobre lo que vas a hacer, va a ser algo bello —estás seguro de eso—, y devoto quizá, o trágico, pero aparte de eso todo es experimento y suerte. ¡Mi querido amigo! ¿No creerás que se puede pintar un cuadro de esa manera?

En este momento hay que recordar que de lo que sigue no tenemos más que la palabra de Harringay.

—Pintaré un cuadro exactamente como me parezca —dijo Harringay con calma.

Esto pareció desconcertar un poco al cuadro.

—No puedes pintar un cuadro sin inspiración —subrayó.

—Pero yo tenía una inspiración para éste.

—¡Inspiración! —se burló la sardónica figura—. ¡Una fantasía que surgió al ver a un organillero mirando a una ventana! ¡Vigilia! ¡Ja, ja! Empezaste a pintar con la esperanza de que se te ocurriera algo, eso es lo que hiciste. Y cuando te vi manos a la obra vine. Quiero charlar contigo.

»Charlar de arte, contigo —continuó el cuadro—. Es un mal asunto, holgazán. No sé qué te pasa, pero no pareces capaz de poner el alma en ello. Sabes demasiado. Eso estorba. En medio de tus entusiasmos te preguntas si no han hecho antes algo como eso. Y..

—Escucha —dijo Harringay, que había esperado algo mejor que crítica del diablo—. ¿Me vas a hablar de técnicas a mí?

Cargó de pintura el pincel del doce de pelo de cerdo.

—El verdadero artista —explicó el cuadro— es siempre un hombre ignorante. Un artista que teoriza sobre su trabajo ya no es artista sino crítico. Wagner... ¡Oye! ¿Para qué es la pintura roja?

—Te voy a despintar —dijo Harringay—. No quiero oír todas esas tonterías. Si piensas que sólo porque soy un artista voy a hablar de técnicas contigo cometes un gran error.

—Un minuto —exclamó el cuadro evidentemente alarmado—. Quiero hacerte una oferta, una oferta auténtica. Lo que digo es verdad. Te falta inspiración. Bueno. Sin duda has oído hablar de la

Catedral de Colonia y del Puente del Diablo y...

—Tonterías —recalcó Harringay—. ¿Te crees que quiero ir a la perdición simplemente por el placer de pintar un buen cuadro y conseguir que lo seleccionen? ¡Vamos, anda!

La sangre le hervía. El peligro no hacía más que impulsarle a la acción, según dice, así que plantó un brochazo de bermellón en la boca de la criatura. El italiano farfulló y trató de limpiársela, a todas luces terriblemente sorprendido. Y entonces, según Harringay, comenzó una memorable pelea, Harringay salpicando con la pintura roja y el cuadro moviéndose y limpiándola tan rápido como él la ponía.

—Dos obras maestras —ofrecía el diablo—. Dos indiscutibles obras maestras por el alma de un artista de Chelsea. ¿Trato hecho?

Harringay respondió con la brocha de pintar.

Durante algunos minutos no se oyó más que los movimientos del pincel y el farfullar y las exclamaciones del italiano. Muchos de los golpes los recibió en el brazo y en la mano, aunque Harringay venció su guardia con bastante frecuencia. Pronto la pintura de la paleta se acabó y los dos antagonistas se quedaron sin aliento mirándose el uno al otro. El cuadro estaba tan embadurnado de rojo que parecía como si hubiera estado dando vueltas en un matadero, jadeaba dolorosamente y estaba muy incómodo con la pintura húmeda chorreándole por el cuello. Así todo el primer asalto estuvo en conjunto a su favor.

—Piénsalo —dijo aferrándose resueltamente a su punto—, dos obras de arte supremas... en diferentes estilos. Cada una equivalente a la catedral...

—Ya lo sé —dijo Harringay, y salió precipitadamente del estudio dirigiéndose por el pasillo hacia el tocador de su mujer.

Al minuto siguiente estaba de vuelta con una gran lata de esmalte —*color de huevo de gorrión de seto* se llamaba exactamente— y un pincel. Al verlo, el diablo artístico con el ojo rojo empezó a gritar:

—Tres obras maestras, obras maestras definitivas.

Harringay proporcionó el segundo brochazo al diablo y continuó con un tiro al ojo. Hubo un confuso rugido: «Cuatro obras maestras», y ruido de escupir.

Pero Harringay tenía ahora la ventaja y estaba decidido a

mantenerla. Con rápidos y osados golpes continuó pintando el lienzo que se retorció hasta que finalmente era un campo uniforme de brillante color *gorrión de seto*. Una vez la boca reapareció y llegó hasta: «Cinco obras...», antes de que la llenara de barniz, y, cerca ya del final, el ojo rojo se abrió y le lanzó una mirada feroz e indignada. Pero por fin no quedó nada salvo un reluciente panel de barniz secándose. Durante un ratito una leve agitación bajo la superficie lo arrugó ligeramente aquí y allá, pero pronto incluso eso desapareció y el cuadro estuvo perfectamente quieto.

Entonces Harringay —según su propia relación— encendió la pipa, se sentó, miró atentamente el cuadro barnizado y trató de comprender claramente lo sucedido. Luego se dio una vuelta por detrás del cuadro para ver si la parte posterior tenía algo destacable. Fue entonces cuando empezó a lamentar no haber fotografiado al diablo antes de pintarlo.

Ésta es la historia de Harringay, no la mía. La apoya con un pequeño lienzo (24 por 20) barnizado de un verde pálido, y con violentas aseveraciones. También es verdad que nunca ha pintado una obra maestra y en opinión de sus amigos íntimos probablemente no lo haga nunca.

EL HOMBRE QUE VOLABA

El etnólogo miró pensativo a la pluma de bhimaj.

—Parecía que no les gustaba nada separarse de ella —dijo.

—Es sagrada para los jefes —explicó el teniente—, lo mismo que la seda amarilla, ya sabe, lo es para el Emperador de China.

El etnólogo no respondió. Dudó. Luego, abordando bruscamente el tema, preguntó:

—¿Qué diablos es ese cuento increíble que cuentan de un hombre que vuela?

El teniente sonrió levemente.

—¿Qué le contaron?

—Veo —indicó el etnólogo— que está al tanto de su fama.

El teniente lió un cigarrillo.

—No me importa oírlo una vez más. ¿Cómo anda en la actualidad?

—Es tan condenadamente infantil —exclamó el etnólogo ya irritado—. ¿Cómo hizo que se la tragaran?

El teniente no respondió sino que se repantigó en su silla plegable, todavía sonriendo.

Aquí me tiene, recorro cuatrocientas millas lejos de mis asuntos para recoger lo que queda del folklore de esta gente antes de que sean completamente desmoralizados por los misioneros y los militares, y todo lo que encuentro son montones de leyendas imposibles sobre un esmirriado y pelirrojo teniente de infantería. Cómo es invulnerable, cómo salta por encima de los elefantes, cómo vuela. Ésta es la más penosa de todas. Un viejo caballero describía sus alas, decía que tenían un plumaje negro y que no eran tan largas como una mula. Dijo que le veía a usted a menudo a la luz de la luna flotando sobre los picos de las montañas en dirección al país de Shendu, ¡maldita sea, hombre!

El teniente se rió alegremente.

—Continúe —dijo—, continúe.

El etnólogo lo hizo. Al final se enfadó.

—Manipular de esa manera a estas sencillas criaturas de las montañas. ¿Cómo pudo decidirse a hacerlo, hombre?

—Lo siento —explicó el teniente—, pero en realidad me lo impusieron. Le puedo asegurar que me vi obligado a hacerlo. Y entonces yo no tenía la más remota idea de cómo se lo tomaría la imaginación de los Chin. O la curiosidad. Sólo puedo alegar que fue indiscreción y no maldad lo que me hizo reemplazar el folklore por una nueva leyenda. Pero como usted parece ofendido intentaré explicarle el asunto. Fue en la época de la penúltima expedición a Lushai. Walter pensó que esa gente a la que ha estado usted visitando era amistosa. Así que con una ligera confianza en mi capacidad para cuidar de mí mismo me envió desfiladero arriba, catorce millas de desfiladero, con tres de los hombres del condado de Derby y media docena de cipayos, dos mulas y su bendición para ver cuál era el sentir popular en esa aldea que usted visitó. Una fuerza de diez, sin contar las mulas, catorce millas, ¡y en medio de una guerra! ¿Vio usted la carretera?

—¡Carretera! —exclamó el etnólogo.

—Ahora está mejor que entonces. Cuando subimos tuvimos que vadear el río una milla donde el valle se estrecha, con una buena corriente espumando en torno a nuestras rodillas y las piedras resbaladizas como el hielo. Fue allí donde se me cayó el rifle. Posteriormente los zapadores volaron el acantilado con dinamita e hicieron el cómodo camino por el que vino usted. Luego, abajo, donde aparecen esos altos acantilados, tuvimos que andar esquivando por el río, yo diría que lo cruzamos una docena de veces en un par de millas.

»Llegamos a la vista del lugar a la mañana siguiente temprano. Ya sabe cómo está situada sobre un espolón a mitad de camino entre dos montañas, y cuando empezamos a comprender la maldad de la aparente tranquilidad con la que la aldea yacía a la luz del sol nos paramos a pensar.

»Entonces nos dispararon un pedazo de ídolo de latón limado justo para darnos la bienvenida. Bajó bufando por la ladera a nuestra derecha, donde están los cantos; no me alcanzó el hombro por una pulgada o así, y aplastó a la mula que llevaba todas las

provisiones y utensilios. Nunca jamás oí tan mortal estruendo. A consecuencia de eso nos percatamos de la presencia de unos cuantos caballeros que llevaban mosquetes, vestidos con algo parecido a guardapolvos a cuadros, que se movían disimuladamente por el desfiladero entre la aldea y la cresta de la montaña por el este.

»—¡De frente! —ordené—. No demasiado juntos.

»Y con esa expresión de ánimo mi expedición de diez hombres se recuperó y se puso en marcha a buen trote para bajar por el valle de nuevo en esta dirección. No esperamos a rescatar nada de lo que transportaba la mula muerta, pero mantuvimos con nosotros a la segunda mula —transportaba mi tienda y otras tonterías— por un sentimiento de camaradería.

»Así terminó la batalla: ignominiosamente. Mirando hacia atrás vi el valle salpicado de vencedores que gritaban y disparaban hacia nosotros. Pero nadie resultó herido. Estos Chins y sus escopetas no son nada buenos excepto cuando disparan sentados. Se sientan, colocan y vuelven a colocar sobre una piedra, apuntando durante horas, y cuando disparan corriendo lo hacen principalmente por efectos teatrales. Hooker, uno de los hombres del condado de Derby, se encaprichó bastante con el rifle y se quedó detrás medio minuto para probar su suerte cuando volvíamos el recodo. Pero no logró nada.

»No soy Jenofonte para montar una historia increíble sobre mi ejército en retirada. Tuvimos que contener al enemigo dos veces a lo largo de las dos millas siguientes cuando se puso a hostigarnos un poco, intercambiando disparos con él, pero fue un asunto bastante monótono —principalmente fuertes jadeos—, hasta que llegamos cerca del sitio donde las montañas se juntan en dirección al río y aplastan el valle convirtiéndolo en desfiladero. Y allí tuvimos mucha suerte en vislumbrar media docena de cabezas redondas que venían sesgadamente por la montaña a nuestra izquierda —es decir, el este— y casi en paralelo con nosotros. Al verlos mandé hacer alto.

»—Escuchad —dije a Hooker y a los otros ingleses—, ¿qué hacemos ahora? —y apunté a las cabezas.

»—Como que no soy negro que nos decapitarán —dijo uno de los hombres.

»—Lo harán —corroboró otro—. ¿Conoces la costumbre de los Chin, Jorge?

»—Allí donde se estrecha el río —interviene Hooker— pueden dispararnos a cada uno de nosotros a cincuenta yardas. Seguir bajando es un suicidio.

»Miré a la montaña a nuestra derecha. Se volvía más inclinada valle abajo, pero todavía parecía escalable. Y todos los Chin que habíamos visto hasta entonces estaban del otro lado de la corriente.

»—Escalar o pararse, no hay más —dice uno de los cipayos.

»Así que comenzamos a ascender montaña arriba serpenteando. Algo que muy débilmente sugería un camino subía oblicuamente hasta la cara de la montaña y eso fue lo que seguimos. Pronto aparecieron a la vista algunos Chin valle arriba y oí algunos disparos. Después vi que uno de los cipayos estaba sentado a unas treinta yardas por debajo de nosotros. Simplemente se había sentado sin decir palabra, aparentemente con el deseo de no darnos ninguna molestia. Entonces ordené hacer alto de nuevo. Le dije a Hooker que intentara otro disparo y volví atrás, encontrando al hombre herido en una pierna. Cargué con él y lo llevé hasta ponerlo sobre la mula ya muy bien cargada con la tienda y otras cosas que no tuvimos tiempo de retirar. Cuando alcancé a los otros, Hooker tenía en la mano su Martini vacío, sonreía y apuntaba a un punto negro e inmóvil valle arriba. Todos los demás Chins estaban tras las piedras o habían vuelto junto al recodo.

»—Quinientas yardas —dice Hooker—, como me llamo Hooker, y juraría que le he dado en la cabeza.

»Le dije que fuera a repetirlo otra vez, y con eso continuamos de nuevo. Ahora la ladera se iba poniendo cada vez más empinada y, según subíamos, el camino que seguíamos se convertía cada vez más en un saliente. Finalmente no había más que acantilado por encima y por debajo de nosotros.

»A pesar de todo es la mejor carretera que he visto en el país de Chin Lushai —dije para animar a los hombres, aunque estaba temiendo lo que se nos venía encima.

»Y en pocos minutos el camino dobló en torno a una esquina del acantilado. Entonces, punto final. El saliente llegaba a su fin.

»Tan pronto como comprendió la situación, uno de los hombres del condado de Derby empezó a jurar por la trampa en la que

habíamos caído. Los cipayos se detuvieron tranquilamente. Hooker gruñó, recargó el rifle y volvió al recodo. Luego dos de los cipayos ayudaron a su camarada a bajar y empezaron a descargar la mula.

»Ahora bien, cuando di en mirar a mi alrededor empecé a pensar que después de todo no habíamos tenido tan mala suerte. Estábamos en un saliente de quizás unas diez yardas en lo más ancho. Por encima el acantilado sobresalía de forma que no nos podían disparar desde arriba, y por debajo había un precipicio cortado a pico de quizá dos o trescientos pies. Tumbados éramos invisibles para cualquiera a lo largo del desfiladero. La única entrada era por el saliente y en él un solo hombre valía tanto como una multitud. Estábamos en un fuerte natural con una sola desventaja, la de que nuestra única provisión contra el hambre y la sed consistía en una mula viva. De todas formas nos hallábamos, como máximo, a ocho o nueve millas de la expedición principal, y sin duda pasados uno o dos días enviarían por nosotros si no volvíamos.

—Después de un día o así...

El teniente hizo una pausa.

—¿Ha tenido sed alguna vez?

—No de esa clase —respondió el etnólogo.

—Ejem... Nos pasamos todo el día, la noche y el día siguiente sólo con una nada de rocío que escurrimos de nuestras ropas y de la tienda. Y por debajo de nosotros el río ríe que te ríe alrededor de una roca en medio de la corriente. Nunca conocí tamaña ausencia de incidentes y tanta cantidad de sensaciones. A juzgar por el movimiento que veíamos el sol podía estar todavía cumpliendo la orden de Josué y ardía como un horno cercano. Por la tarde del primer día uno de los hombres de Derby dijo algo —nadie oyó qué— y marchó por el recodo del acantilado. Oímos disparos, y cuando Hooker miró por la esquina había desaparecido. Y por la mañana el cipayo con la pierna herida deliraba y saltó o cayó por el acantilado. Luego cogimos la mula y le disparamos. Dando sus últimos forcejeos tuvo necesariamente que ir por el acantilado también, con lo que quedamos ocho de nosotros.

»Podíamos ver el cuerpo del cipayo allá abajo con la cabeza en el agua. Yacía con la cara boca abajo y por lo que pude colegir apenas si tenía alguna fractura. Por mucho que los Chin codiciaran

su cabeza, tuvieron la sensatez de dejarlo solo hasta que llegara la oscuridad.

»Al principio hablábamos de las posibilidades que había de que el cuerpo principal de la expedición oyera los disparos y especulábamos sobre cuándo empezarían a echarnos de menos y todo eso, pero al llegar la tarde habíamos agotado el tema. Los cipayos jugaban entre ellos a juegos con piedrecitas y después contaban historias. La noche fue bastante fría. El segundo día nadie hablaba. Teníamos los labios negros y las gargantas ardientes, y estábamos tumbados por el saliente mirándonos fijamente unos a otros. Quizá daba lo mismo que nos guardáramos nuestros pensamientos. Uno de los soldados británicos, sirviéndose de un trozo de caliza, empezó a escribir en la roca alguna tontería blasfema sobre sus últimas voluntades, hasta que lo paré. Cuando miré por el borde al valle y vi el río haciendo rizos casi estuve tentado de seguir al cipayo. Parecía algo agradable y deseable lanzarse abajo por el aire con algo de beber al fondo, o en todo caso no más sed. No obstante recordé a tiempo que yo era el oficial al mando y mi deber de dar ejemplo y todo eso me apartó de semejante locura.

»Sin embargo, pensar en eso me trajo una idea a la cabeza. Me levanté y miré la tienda y sus cuerdas, y me pregunté por qué no se me había ocurrido antes. Luego me acerqué a ver de nuevo el acantilado. Esta vez la altura parecía mayor y la postura del cipayo bastante más dolorosa. Pero era eso o nada. Y, resumiendo, descendí en paracaídas.

»Hice con la tienda un gran círculo de lona, de unas tres veces el tamaño de ese mantel, abrí un agujero en el centro y até ocho cuerdas a su alrededor convergiendo en el medio para montar un paracaídas. Los demás, que estaban tumbados por allí, me miraban como si se tratara de una nueva clase de delirio. Luego expliqué mi idea a los dos soldados británicos y cómo pensaba hacerlo, y tan pronto como el breve crepúsculo se oscureció dando paso a la noche, me arriesgué. Ellos lo sostuvieron en alto y yo di una carrera por todo el ancho del saliente. El artillugio se llenó de aire como una vela, pero he de confesar que en el borde tuve miedo y me detuve. Tan pronto como me detuve, me avergoncé de mí mismo —como si estuviera delante de soldados rasos— y volví a intentarlo de nuevo.

Allá salté esta vez —recuerdo que con una especie de sollozo—, completamente en el aire con la gran vela blanca llena de viento por encima de mí. Debo de haber pensado a un ritmo terrible. Me pareció que pasaba mucho tiempo hasta que estuve seguro de que el artefacto tenía la intención de mantener la estabilidad. Al principio se escoró lateralmente. Luego observé la cara de la roca, que parecía como si me pasara flotando y yo estuviera inmóvil. Entonces miré abajo y vi en la oscuridad el río y el cipayo muerto precipitándose hacia mí. Pero en la confusa luz vi también a tres Chin aparentemente pasmados al verme, y que al cipayo le habían decapitado. Ante eso deseé volverme de nuevo.

»Luego mi bota estaba en la boca de uno de ellos, y en un instante él y yo éramos un montón con la lona que caía aleteando encima de nosotros. Me imagino que le machaqué el cerebro con el pie. No esperaba otra cosa de los demás sino que me rompieran a mí la crisma, pero los pobres infieles no habían oído hablar nunca de Baldwin y huyeron sin que nadie les pudiera contener.

»Forcejeando, salí de la maraña del Chin muerto y de la lona, y miré a mi alrededor. A unos diez pasos yacía la cabeza del cipayo mirando fijamente a la luz de la luna. Entonces vi el agua y fui a beber. No había ni un ruido en el mundo salvo por las pisadas de los Chins que huían, un débil grito desde arriba y el gluglú del agua. Tan pronto como hube bebido todo lo que me cabía me puse en marcha río abajo.

»Eso prácticamente termina la explicación de la historia del hombre que volaba. No encontré un alma en las ocho millas de camino. Llegué al campamento de Walter a las diez, y el tonto de nacimiento del centinela tuvo la cara de dispararme cuando aparecí saliendo de la oscuridad a la carrera. Tan pronto como logré meter en el duro cráneo de Winter mi historia, unos cincuenta hombres se pusieron en camino valle arriba para ahuyentar a los Chin y bajar a nuestros hombres. En cuanto a mí, tenía demasiada sed como para provocarla yéndome con ellos.

»Usted ha oído las historias increíbles que los Chin han hecho con esto. Alas tan grandes como una mula, ¿eh? ¡Y plumas negras! ¡El alegre teniente pájaro! Bueno, bueno...

El teniente meditó alegremente un momento. Luego añadió:

—Difícilmente lo creería usted, pero cuando llegaron por fin a la

cresta se encontraron con que dos cipayos más habían saltado al vacío.

—¿Los demás estaban bien? —preguntó el etnólogo.

—Sí —respondió el teniente—, los demás estaban bien, aunque un poco sedientos, ya sabe.

Y al recordarlo se sirvió otro whisky con soda.

EL FABRICANTE DE DIAMANTES

Ciertos asuntos me habían retenido en la calle Chancery hasta las nueve de la noche, y después, un incipiente dolor de cabeza me quitó las ganas tanto de divertirme como de seguir trabajando. Todo el escaso cielo que los altos acantilados de ese estrecho desfiladero de tráfico dejaban visible hablaba de una noche serena, así que me decidí a caminar hasta el Embankment a descansar la vista y refrescar la cabeza contemplando las abigarradas luces del río. La noche es, sin comparación, el momento más esplendoroso de este lugar. Una piadosa oscuridad oculta la suciedad de las aguas, y las luces de este momento de transición —rojo, naranja brillante, amarillo de gas, blanco eléctrico— se despliegan en vagos contornos con todos los matices posibles entre el gris y el púrpura intenso. Por los arcos del puente de Waterloo cien puntos de luz señalan la curva del Embankment, y sobre su parapeto se levantan las torres de Westminster, cálido gris contra la fría luz de las estrellas. El negro río discurre prácticamente sin un rizo que rompa su silencio y altere las reflexiones de las luces que flotan en su superficie.

—Una noche calurosa —dijo una voz a mi lado.

Volví la cabeza y vi el perfil de un hombre apoyado sobre el parapeto junto a mí. Tenía un rostro fino, no carente de atractivo, aunque bastante delgado y pálido; y el cuello del abrigo, levantado y ajustado alrededor de la garganta, definía su posición social con la precisión de un uniforme. Pensé que si le contestaba me vería en el compromiso de pagarle la cama y el desayuno.

Lo miré con curiosidad. ¿Tendría algo que contarme que valiera el dinero, o sería el vulgar incapaz... incapaz de contar su propia historia? Cierta aire de inteligencia en la mirada y en la frente, y un labio inferior algo tembloroso me decidieron a responderle.

—Muy calurosa —respondí yo—, pero no demasiado aquí donde estamos.

—No —dijo todavía mirando al agua—, se está bastante bien aquí... ahora mismo.

—Es agradable —continuó tras una pausa— encontrar un lugar tan tranquilo como éste en Londres. Después de estar todo el día bregando en los negocios, tratando de salir adelante, enfrentándose a las obligaciones y esquivando los peligros, no sé qué haría uno si no fuera por estos pacíficos rincones.

Separaba las frases con prolongadas pausas.

—Usted debe de conocer un poco el pesado quehacer mundano, o no estaría aquí. Pero dudo que tenga la cabeza y los pies tan doloridos como yo... ¡Bah! A veces dudo que tanto esfuerzo merezca la pena. Siento impulsos de tirarlo todo por la ventana — nombre, riqueza y posición— y dedicarme a un oficio modesto. Pero sé que si abandonara mi ambición, a pesar de lo mal que me trata, no me quedarían más que remordimientos para el resto de mi vida.

Se calló. Yo lo miraba asombrado. Si alguna vez había visto a un hombre desesperadamente apurado de dinero ése era precisamente el que tenía delante de mí. Andrajoso y sucio, sin afeitarse y despeinado, parecía como si hubiera estado abandonado una semana en un basurero. Y me hablaba a mí de las enojosas preocupaciones de un gran negocio. Casi suelto una carcajada. O estaba loco o bromeaba ridículamente con su propia pobreza.

—Aunque los objetivos y los puestos elevados —respondí— tengan los inconvenientes y la ansiedad del trabajo duro, también tienen sus compensaciones. La influencia, el poder para hacer el bien y ayudar a los más débiles y pobres que nosotros, y hasta se siente cierta gratificación en lucir...

Dadas las circunstancias, mi insinuación era de muy mal gusto. Hablé espoleado por el contraste entre su aspecto y su lenguaje. Me pesó incluso cuando lo estaba diciendo. Volvió hacia mí un rostro ojeroso, pero sereno, y comentó:

—Me he olvidado de mí mismo. Por supuesto que usted no lo entendería.

Me estuvo calibrando durante unos instantes.

—Sin duda es muy absurdo. Aunque se lo cuente usted no me creerá, así que no corro muchos riesgos haciéndolo. Y será un alivio contárselo a alguien. Realmente tengo entre manos un gran

negocio, un negocio muy grande. Pero hay problemas ahora mismo. El hecho es que fabrico diamantes.

—Me imagino —intervine yo— que está en el paro en este momento.

—Estoy harto de que no me crean —respondió impaciente, y de repente, desabotonando el miserable abrigo, sacó una pequeña bolsa de lona que le colgaba de un cordón alrededor del cuello. Extrajo de la bolsa una piedra de color marrón.

—No sé si tiene los conocimientos suficientes como para saber lo que es.

Me lo pasó.

Pues bien, hacía más o menos un año había dedicado mi tiempo libre a conseguir un diploma de ciencias en Londres, así que tengo algunas nociones de física y mineralogía. Aquello semejaba un diamante sin cortar, del tipo más oscuro, aunque demasiado grande, porque tenía casi el mismo tamaño que el extremo de mi pulgar. Lo cogí y vi que tenía la forma de un octaedro regular, con las caras talladas características del más precioso de los minerales. Saqué mi navaja e intenté rayarlo, pero fue en vano. Incliné hacia adelante en dirección a la farola de gas, lo probé sobre el cristal de mi reloj y logré hacer una raya blanca con la mayor facilidad. Miré a mi interlocutor con creciente curiosidad.

—Ciertamente es bastante parecido a un diamante. Pero, de serlo de verdad, es un diamante gigante. ¿Dónde lo consiguió?

—Le digo que lo fabriqué —contestó—. Devuélvame.

Volvió a ponerlo en la bolsa rápidamente y abotonó la chaqueta.

—Se lo venderé por cien libras —murmuró de repente con impaciencia.

Eso me hizo volver a sospechar. Después de todo, aquello podía ser simplemente un trozo de esa sustancia casi igual de dura, el corindón, que accidentalmente tiene una forma similar a la del diamante. O si realmente era un diamante, ¿cómo se había hecho con él y por qué lo vendía por cien libras?

Nos miramos a los ojos. Parecía impaciente, pero con una impaciencia honrada. En aquel momento creí de verdad que lo que trataba de vender era un diamante. Sin embargo, yo soy pobre. Cien libras dejarían un visible agujero en mi economía y nadie en su sano juicio compraría un diamante a la luz de una farola a un

vagabundo andrajoso fiándose únicamente de su garantía personal. De todas formas, un diamante de aquel tamaño evocaba una visión de muchos miles de libras. Luego pensé que una piedra semejante a duras penas podía existir sin que fuera mencionada en todos los libros de gemas, y de nuevo recordé las historias de contrabando y robo de los mineros de El Cabo. Dejé a un lado la cuestión de la compra.

—¿Cómo lo consiguió? —pregunté.

—Lo fabriqué.

Yo había oído hablar de Moissan, pero sabía que sus diamantes artificiales eran muy pequeños. Negué con la cabeza.

—Usted parece que sabe algo de esto. Le contaré algo sobre mí. Quizá después mejore su opinión sobre la compra.

Se volvió dando la espalda al río y metió las manos en los bolsillos. Suspiró.

—Se que no me creará... Los diamantes —comenzó, y al hablar su voz iba perdiendo el desmayado tono del vagabundo y adquiriendo la dicción fácil del hombre educado— se fabrican echando una mezcla de carbón en un fundente adecuado y a la presión conveniente; el carbón cristaliza entonces no en grafito o polvo de carbón, sino en pequeños diamantes. Todo eso lo saben los químicos desde hace años, pero ninguno ha dado todavía exactamente con el fundente correcto en el que fundir el carbón, o con la presión adecuada para obtener los mejores resultados. Por consiguiente los diamantes fabricados por químicos son pequeños y oscuros, y sin valor como joyas. Pues bien, yo, sabe usted, he dedicado toda mi vida a este problema... le he sacrificado toda mi vida.

»Comencé a trabajar en todo lo referente a la fabricación de diamantes cuando tenía diecisiete años, y ahora tengo treinta y dos. Me pareció que la tarea podría absorber el pensamiento y las energías de un hombre durante diez o incluso veinte años, pero, aun así, el esfuerzo todavía habría valido la pena. Suponga que alguien diera por fin con el procedimiento correcto, antes de que se conociera el secreto y de que los diamantes fueran tan corrientes como el cartón: habría hecho millones. ¡Millones!

Hizo una pausa y buscó mi comprensión. Le brillaron los ojos con avidez.

—Y pensar —dijo— que estoy a punto de conseguirlo, y aquí me tiene usted.

»A los veintiún años —prosiguió— tenía mil libras y pensé que esa cantidad completada con algunas clases sería suficiente para mantener mis investigaciones. Pasé un año o dos estudiando, principalmente en Berlín, y luego continué por mi cuenta. El problema estaba en el secreto. Ya sabe, si alguna vez hubiera dado a conocer lo que estaba haciendo, mi creencia en la viabilidad de la idea podría haber espoleado a otros hombres, y no me considero un genio de tanta categoría como para estar seguro de llegar el primero en caso de una carrera por el descubrimiento. Y ya sabe lo importante que era, si de verdad quería amasar una gran cantidad de dinero, que la gente no supiera que se trataba de un proceso artificial y capaz de producir diamantes por toneladas. Así que tuve que trabajar completamente solo. Al principio tenía un pequeño laboratorio, pero cuando empecé a quedarme sin recursos tuve que realizar mis experimentos en una miserable habitación sin amueblar en Kentish Town, donde terminé durmiendo en un colchón de paja sobre el suelo entre todos mis aparatos. El dinero se evaporó sin más. Yo me lo escatimaba todo excepto los instrumentos científicos. Intenté mantener la situación con algunas clases, pero no soy un profesor muy bueno, no tengo diploma universitario, ni muchos conocimientos excepto en química, y me encontré con que tenía que dedicar mucho trabajo y mucho tiempo a cambio de muy poco dinero. Pero conseguí acercarme cada vez más a la solución. Hace tres años que resolví el problema de la composición del fundente, y me aproximé mucho al de la presión poniendo este fundente mío y cierta mezcla de carbón dentro de un cañón completamente cerrado, lo llené de agua, lo sellé bien y lo calenté.

Se detuvo.

—Bastante arriesgado —le dije.

—Sí. Estalló, hizo pedazos todas las ventanas y gran parte de mis aparatos, pero conseguí una especie de polvo de diamantes a pesar de todo. Estudiando el problema de cómo conseguir una fuerte presión sobre la mezcla fundida que había de cristalizar en diamantes, me encontré con unas investigaciones de Daubre en el *Laboratoire des Poudres et Salpêtres* de París. Hacía estallar dinamita en un cilindro de acero bien atornillado y demasiado fuerte para

reventar, y me enteré de que de este modo podía pulverizar rocas convirtiéndolas en un limo no muy distinto al de los yacimientos sudafricanos en los que se encuentran los diamantes. Constituyó un golpe tremendo para mis recursos, pero logré que, siguiendo su modelo, me hicieran un cilindro de acero para mis objetivos. Puse dentro del cilindro todo el material y los explosivos, encendí un buen fuego en el fogón, coloqué dentro el cilindro y... me fui a dar un paseo.

No pude por menos de reírme de su forma realista y desconsiderada de actuar.

—¿No pensó que podía volar la casa? ¿Había más gente en el edificio?

—Era una cuestión de interés científico —dijo finalmente—. En el piso de abajo vivía la familia de un vendedor ambulante, en la habitación de detrás de la mía un escritor que pedía dinero por carta y dos vendedoras de flores en el piso de arriba. Quizá fue un poco descuidado. Pero posiblemente algunos estaban fuera.

—Cuando volví el cilindro estaba exactamente donde lo había dejado, entre carbones ardiendo al rojo blanco. El explosivo no lo había reventado. Por consiguiente tenía que enfrentarme a otro problema. Como usted sabe, el tiempo es un elemento importante en la cristalización. Si se precipita el proceso los cristales son pequeños, sólo mediante una acción prolongada se consigue cierto tamaño. Decidí dejar enfriar el aparato durante dos años, disminuyendo lentamente la temperatura durante ese tiempo. Por entonces mi dinero se había agotado ya, y teniendo que atender un gran fuego, la renta de mi habitación y mi propia hambre apenas si me quedaba un penique.

»Difícilmente podría contarle todas las chapuzas a las que he tenido que dedicarme mientras fabricaba los diamantes. He vendido periódicos, cuidado de caballos, abierto las puertas de los coches. Estuve muchas semanas poniendo direcciones en sobres. Fui ayudante de un hombre que tenía una carreta, y yo hacía un lado de la calle mientras él hacía el otro. En una ocasión no me salió nada durante toda la semana y mendigué. ¡Qué semana aquélla! Un día el fuego se estaba apagando y yo no había comido nada en todo el día, y un hombrecillo que sacaba a pasear a su pequeña me dio seis peniques... para lucirse. ¡Gracias a Dios por la vanidad! ¡Cómo

olían los puestos de pescado frito! Pero fui y me lo gasté todo en carbón, y puse el fogón al rojo vivo de nuevo, y luego... bueno, el hambre nos atonta.

»Por fin, hace tres semanas, dejé que el fuego se apagara. Cogí el cilindro y lo desatornillé cuando estaba todavía tan caliente que me quemó las manos, saqué la desmenuzada masa semejante a la lava raspando con un cincel y la pulvericé a martillazos sobre una placa de hierro. Encontré tres diamantes grandes y cinco pequeños. Mientras martilleaba en el suelo se abrió la puerta y entró mi vecino, el escritor de cartas pidiendo dinero. Estaba borracho como de costumbre.

»—¡Narquista! —farfulló.

»—Estás borracho —le dije.

»—Sinvergüenza destructor —exclamó.

»—Vete con tu padre —le respondí, queriendo decir al diablo.

»—No importa —contestó.

»Me hizo un guiño socarrón y soltó un hipo. Apoyado sobre la puerta, con el otro ojo contra el marco, comenzó a farfullar que había estado figsando en mi habitación y que había ido a la policía aquella mañana, y que ellos habían anotado todas sus palabras, *como si fueran perlas*, dijo.

»Entonces me di cuenta de repente de que estaba en un aprieto. O contaba a los policías mi secreto y todo se sabría, o pasaría por anarquista. Así que me acerqué a mi vecino, lo cogí por el cuello y lo zarandeeé un poco; luego recogí mis diamantes y me largué. Los periódicos de la tarde llamaban a mi cuchitril la fábrica de bombas de Kentish Town. Y ahora no puedo desprenderme de los diamantes ni por amor ni por dinero.

»Cuando voy a los joyeros respetables me dicen que espere, y en voz baja mandan al dependiente a buscar a la policía; yo entonces digo que no puedo esperar. Descubrí a uno que recogía cosas robadas, y sencillamente agarró el que le di y me dijo que si lo quería tendría que llevarle a juicio. Ahora voy por ahí con varios cientos de miles de libras en diamantes alrededor del cuello y sin cobijo ni comida. Usted es la primera persona a la que he contado mi secreto. Pero me gusta su cara y estoy muy apurado.

Me miró a los ojos.

—Sería una locura —le dije— comprarle un diamante en estas

circunstancias. Además yo no voy por ahí con cientos de libras en el bolsillo. Sin embargo, me inclino más bien a creer en su historia. Si le parece bien, haré lo siguiente: venga mañana a mi oficina...

—¡Usted cree que soy un ladrón! —dijo con viveza—. Usted se lo dirá a la policía. No voy a meterme en una trampa.

—De alguna forma estoy seguro de que usted no es un ladrón. Aquí tiene mi tarjeta. Cójala de todas formas. No tiene que presentarse a una cita. Venga cuando quiera.

Cogió la tarjeta con mis mejores promesas de buena voluntad.

—Piénselo mejor y venga —le dije.

Movió dubitativamente la cabeza.

—Algún día le devolveré la media corona con intereses, unos intereses tales que le dejarán boquiabierto —me dijo.

—De todas formas, ¿guardará el secreto?... No me siga.

Cruzó la calle y se dirigió en la oscuridad hacia los pequeños peldaños que, bajo el arco, llevan a la calle de Essex. Dejé que se fuera. Y fue la última vez que lo vi.

Posteriormente recibí dos cartas tuyas pidiéndome que le enviara billetes de banco, nada de cheques, a ciertas direcciones. Yo sopesé el asunto e hice lo que consideré más prudente. Una vez vino a casa cuando estaba fuera. Mi hijo lo describió como un hombre delgado, sucio, harapiento y con una tos horrible. No dejó ningún mensaje. En lo que a mi historia concierne, ése fue el punto final. Nunca más volví a tener noticias tuyas. A veces me pregunto qué habrá sido de él. ¿Era un monomaniaco ingenioso, un fraudulento comerciante de bisutería, o había fabricado realmente los diamantes como aseguraba? Esto último es lo suficientemente creíble como para hacerme pensar a veces que he perdido la oportunidad más brillante de mi vida. Quizás esté muerto y sus diamantes tirados por ahí... Uno, repito, era casi tan grande como mi pulgar. Quizás aún esté intentando vender los diamantes. También es posible que vuelva todavía triunfante a la sociedad y, al pasar por mi casa con la serena altivez sagrada de los ricos y famosos, me reproche en silencio mi falta de valor. A veces pienso que al menos podía haber arriesgado cinco libras.

LA ISLA DE ÆIORNIS

El hombre de la cicatriz en la cara se inclinó sobre la mesa y miró mi fardo.

—¿Orquídeas? —preguntó.

—Unas cuantas —respondí.

—¿Cypripedios? —continuó.

—Principalmente.

—¿Alguno nuevo? Yo pensaba que no. Hice esas islas hace veinticinco... veintisiete años. Si encuentra usted algo nuevo aquí, bueno, entonces es novísimo. No dejé gran cosa.

—No soy coleccionista —aclaré.

—Entonces era joven —continuó—. ¡Cielos, cómo solía volar por ahí!

Parecía estar tomándome la medida.

—Estuve en las Indias Occidentales dos años y en Brasil siete. Luego fui a Madagascar.

—Conozco de nombre a algunos exploradores —expliqué previendo una historia increíble—. ¿Para quién recogía usted?

—Para Dawson. ¿Ha oído alguna vez el nombre de Butcher?

Butcher... Butcher... El nombre parecía vagamente presente en mi memoria. Entonces recordé: *Butcher contra Dawson*.

—¡Anda! —exclamé yo—, usted es el hombre que los demandó por el sueldo de cuatro años... naufragó y arribó a una isla desierta...

—Servidor —dijo el hombre de la cicatriz haciendo una inclinación—. Un caso divertido, ¿verdad? Ahí estaba yo, ganando una pequeña fortuna en esa isla, no haciendo tampoco nada para ganarla, y ellos completamente incapaces de avisarme. A menudo solía divertirme pensando en eso mientras estaba allí. Hice cálculos sobre ello —grandes—, por todo el bendito atolón con figuras decorativas.

—¿Cómo ocurrió?

—Bueno... ¿Ha oído hablar del *Æpiornis*?

—Bastante. Andrews me contaba de una nueva especie en la que estaba trabajando hace sólo un mes o así. Justo antes de embarcarme. Consiguieron, según parece, un fémur de casi una yarda de largo. ¡Un monstruo debió de ser el animal!

—Le creo —dijo el hombre de la cicatriz—. Era realmente un monstruo. El ave gigantesca de Simbad no era más que una leyenda sobre ellos. Pero ¿cuándo encontraron esos huesos?

—Hace unos tres o cuatro años, en el 91 creo. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque fui yo el que los encontró... ¡Cielos! Hace casi veinte años. Si Dawson no se hubiera comportado estúpidamente sobre ese sueldo podían haber hecho un buen negocio con ellos. No pude evitar que el infernal bote se fuera a la deriva.

Hizo una pausa.

—Supongo que es el mismo sitio. Una especie de ciénaga a unas noventa millas al norte de Antananarivo. ¿Lo conoce acaso? Hay que ir por la costa en barca. ¿No lo recordará usted por casualidad, quizá?

—No. Creo que Andrews dijo algo sobre una ciénaga.

—Debe de ser la misma. Está en la costa este. Y de todas formas hay algo en el agua que impide que las cosas se descompongan. Huele como a creosota. Me recordó a Trinidad. ¿Siguen consiguiendo huevos? Algunos de los que yo encontré medían pie y medio de largo. La ciénaga lo rodea todo alrededor, sabe, y deja aislado este trozo. La mayor parte es sal, también. Bueno... ¡Qué mal lo pasé! Los encontré totalmente por casualidad. Íbamos buscando huevos, yo y los dos nativos, en una de esas extrañas canoas, todos apretujados, y encontramos los huesos al mismo tiempo. Teníamos una tienda y provisiones para cuatro días, y acampamos en uno de los sitios más firmes. Pensar en ello me trae a la memoria aquel extraño olor a brea incluso ahora. Es un trabajo curioso. Se va sondeando el barro con barras de hierro, sabe. Generalmente el huevo termina hecho pedazos. Me pregunto cuánto tiempo hace que vivieron realmente estos *Æpiornis*. Los misioneros dicen que los nativos tienen leyendas de cuando estaban vivos, aunque yo jamás oí esas historias^[2]. Pero, desde luego, los huevos

que conseguimos estaban tan frescos como si los acabaran de poner. ¡Frescos! Al llevarlos a la canoa, uno de mis negros dejó caer uno contra una roca y se hizo pedazos. ¡Qué paliza le di al desgraciado! Pero el huevo era fresco como recién puesto, ni siquiera olía, y su madre llevaba muerta los últimos cuatrocientos años, quizá. Dijo que un ciempiés le había mordido. Pero voy a contar la historia seguida. Nos había llevado todo el día cavar en el fango para conseguir esos huevos enteros y estábamos todos embadurnados de ese bestial barro negro, y naturalmente yo estaba cabreado. Por lo que yo sabía eran los únicos huevos que se habían sacado, y además enteros. Posteriormente fui a ver los que tienen en el Museo de Historia Natural de Londres. Todos ellos estaban rotos y pegados como un mosaico y con fragmentos que faltaban. Los míos era perfectos, y yo tenía la intención de abrirlos cuando estuviera de vuelta. Naturalmente me molestó que el estúpido inútil dejara caer tres horas de trabajo por culpa de un ciempiés. Le golpeé bastante.

El hombre de la cicatriz sacó una pipa de arcilla. Yo puse mi petaca delante de él y llenó la pipa distraídamente.

—¿Qué pasó con los otros? ¿Los traje a casa? No recuerdo...

—Ésa es la parte curiosa de la historia. Tenía otros tres. Huevos absolutamente frescos. Bueno, los pusimos en el bote y luego yo subí a la tienda a hacer algo de café, dejando a mis dos infieles abajo en la playa, uno tonteando con la picadura y el otro ayudándole. Nunca se me ocurrió que el desgraciado se aprovecharía de la posición especial en que me encontraba para montar una bronca. Pero supongo que el veneno del ciempiés y las patadas que le había dado le habían trastornado —siempre fue un tipo pendenciero— y persuadió al otro.

»Recuerdo que estaba sentado, fumando e hirviendo el agua en una lámpara de alcohol que solía llevar en estas expediciones. Casualmente admiraba la ciénaga en la puesta de sol. Estaba toda negra y rojo sangre a rayas, una hermosa vista. Y más allá la tierra se elevaba gris y brumosa hasta las montañas, y el cielo detrás de ellas estaba rojo como boca de horno. Y cincuenta yardas a mis espaldas estaban estos benditos paganos —sin pensar para nada en la tranquila aura de las cosas— conspirando para marcharse con la barca y dejarme completamente solo con provisiones para tres días, una tienda de lona y nada de beber en absoluto salvo un pequeño

barril de agua. Oí una especie de alarido detrás de mí, y allá estaban en esa especie de canoa —no era propiamente una barca— y, quizás a veinte yardas de tierra. Me di cuenta de lo que pasaba al instante. Tenía la escopeta en la tienda, y además no tenía balas, sólo perdigones para patos salvajes. Ellos lo sabían. Pero tenía un pequeño revólver en el bolsillo y lo saqué al tiempo que bajaba corriendo a la playa.

»—Volved —grité yo, blandiendo el revólver.

»—Me chapurrearon algo, y el que había roto el huevo se burló. Apunté al otro porque no estaba herido y llevaba el remo, y fallé. Se rieron. Pero yo no estaba vencido. Sabía que tenía que mantener la calma. Lo intenté de nuevo y le hice saltar con el golpe. Esa vez no se rió. La tercera le alcancé en la cabeza y se fue por la borda, y el remo con él. Fue un bonito disparo con suerte para un revólver. Calculo que serían cincuenta yardas. Se hundió directamente. No sé si le di o simplemente se aturdió y se ahogó. Luego empecé a gritar al otro que volviera, pero él se acurrucó en la canoa y no quiso contestar. Así que disparé mi revólver contra él, pero no conseguí alcanzarle.

»Le digo que me sentí como un completo idiota. Allí estaba yo en esa podrida playa negra, toda una ciénaga plana a mis espaldas y el mar liso, frío tras la puesta de sol, y sólo esta negra canoa deslizándose a la deriva hacia alta mar. Le digo que maldije a Dawson y a Jamrach y a los museos y a todo eso por igual. Me desgañité diciéndole al negro que volviera hasta que mi voz se convirtió en un chillido.

»No había otra solución que nadar tras él y arriesgarme con los tiburones. Así que abrí la navaja, me la puse en la boca, me quité la ropa y entré vadeando. Tan pronto como estuve en el agua perdí de vista a la canoa, pero tomé el rumbo que juzgué adecuado para interceptarla. Esperaba que el hombre que iba en ella estuviera demasiado mal para dirigirla y que seguiría a la deriva en la misma dirección. Pronto apareció de nuevo en el horizonte en dirección suroeste. El resplandor del crepúsculo se había extinguido ya completamente y avanzaba la oscuridad de la noche. Las estrellas hacían su aparición en el azul. Nadé como un campeón aunque pronto empezaron a dolerme los brazos y las piernas.

»A pesar de todo, cuando casi todas las estrellas habían salido

ya, llegué hasta él. Según oscurecía empecé a ver todo tipo de cosas resplandecientes en el agua, fosforescencias, ¿sabe? A veces me daban mareos. Apenas si podía distinguir las estrellas de las fosforescencias, y si nadaba hacia adelante o hacia atrás. La canoa era negra como el pecado y los rizos del agua bajo la proa parecían fuego líquido. Naturalmente fui muy cauteloso para subirme a ella. Ante todo estaba ansioso por ver lo que tramaba. Parecía estar acurrucado hecho un ovillo en la proa y la popa estaba toda fuera del agua. La canoa seguía girando alrededor lentamente al tiempo que derivaba, como bailando una especie de vals, ¿sabe? Fui hasta la popa y tiré de ella hacia abajo esperando que despertara. Luego empecé a subirme con la navaja en la mano y preparado para un ataque. Pero no se movió. Así que allí me senté, en la popa de la pequeña canoa a la deriva por un mar calmo y fosforescente, y con todas las estrellas encima de mí, esperando que sucediera algo.

»Después de mucho tiempo le llamé por su nombre, pero no respondió. Yo estaba demasiado cansado para arriesgarme a llegar hasta donde estaba él. Así que allá seguimos sentados. Creo que me quedé dormido dos o tres veces. Cuando llegó la aurora vi que estaba tan muerto como un clavo, todo hinchado y color púrpura. Mis tres huevos y los huesos yacían en medio de la canoa, y el barrilillo de agua, algo de café y las galletas envueltas en un ejemplar del Argus del Cabo estaban a sus pies, y una lata de alcohol metílico debajo de él. No había ningún remo, ni de hecho nada que pudiera emplear como tal a no ser la lata de alcohol, por lo que decidí seguir a la deriva hasta que me recogieran. Le inspeccioné, establecí un veredicto contra la serpiente, escorpión o ciempiés desconocido y lo envié por la borda. Después tomé un trago de agua y unas galletas y eché un vistazo alrededor. Supongo que alguien en una posición baja como estaba yo no ve muy lejos, de todos modos Madagascar no se veía por ninguna parte, ni tampoco rastro de tierra. Vi una vela que iba en dirección suroeste, parecía una goleta, pero nunca llegué a ver el casco. Pronto el sol estuvo alto en el cielo y empezó a caer sobre mí. ¡Cielos! Casi me hacía hervir el cerebro. Traté de mojar la cabeza en el mar, pero después de un rato me fijé por casualidad en el Argus del Cabo, me tumbé en la canoa y lo extendí sobre mí. ¡Qué maravillosos son los periódicos! Nunca había leído uno de cabo a rabo, pero es curioso

las cosas que hace uno cuando está solo como lo estaba yo. Supongo que leí ese bendito Argus del Cabo atrasado veinte veces. La pez de la canoa simplemente humeaba con el calor y estalló en grandes ampollas.

»Estuve a la deriva diez días —prosiguió el hombre de la cicatriz—. Es poca cosa cuando se cuenta, ¿verdad? Cada día como el anterior. Excepto de madrugada y ya avanzada la tarde nunca mantuve una vigilancia constante, tan infernal era el resplandor. No vi una vela hasta pasados los tres primeros días, y las que vi no me hicieron caso. Hacia la sexta noche un barco pasó apenas a media milla de mí con todas las luces encendidas y las portillas abiertas, parecía una gran luciérnaga. Había música a bordo. Me puse en pie y voceé y chillé. El segundo día abrí uno de los huevos de *Æpiornis*, quité el extremo de la cáscara raspándola poco a poco y lo probé y me alegré al comprobar que era lo bastante bueno para comer. Un poco fuerte —no malo, quiero decir—, pero con algo del sabor de los huevos de pato. Había una especie de mancha circular, de unas seis pulgadas, en un lado de la yema, y con rayas de sangre y una mancha blanca como una escalera que me pareció extraña, pero no entendí lo que significaba en aquel momento, y no estaba para quisquillosidades.

»El huevo me duró tres días con galletas y un trago de agua. Masqué granos de café también... vigorizante sustancia. El segundo huevo lo abrí hacia el octavo día, y me escamó.

El hombre de la cicatriz hizo una pausa.

—Sí —dijo—, estaba empollando. Me atrevería a decir que lo encuentra difícil de creer. Yo no lo creía ni con la cosa delante de mí. Ahí había estado el huevo, hundido en ese frío lodo negro, quizá trescientos años. Pero no cabía error. Allí estaba —¿cómo se llama?— el embrión con su gran cabeza y la espalda curvada y el corazón latiendo bajo la garganta y la yema apergaminada y grandes membranas extendiéndose dentro de la cáscara y por toda la yema. Y allí estaba yo incubando los huevos del mayor de todos los pájaros extinguidos en una pequeña canoa en medio del océano índico. ¡Si el viejo Dawson lo hubiera sabido! Eso merecía el sueldo de cuatro años. ¿Qué piensa usted? A pesar de todo tuve que comerme esa maravilla completamente, hasta la última pizca, antes de avistar el arrecife y algunos de los bocados fueron bestialmente

desagradables. No comí el tercero. Lo levanté y miré al trasluz, pero la cáscara era demasiado gruesa para sacar ninguna idea de lo que pudiera estar ocurriendo dentro, y aunque yo me imaginé que oía latir la sangre, podía haber sido el ruido de mis propias orejas, como ocurre cuando se escucha el sonido de una concha.

»Entonces apareció el atolón. Surgió con la salida del sol, como si dijéramos, de repente junto a mí. Me deslicé directamente hacia él hasta que estuve a una media milla de la costa, no más, y luego la corriente dio un giro y tuve que remar todo lo que pude con las manos y los trozos de cáscara de *Æpiornis* para alcanzar la playa. A pesar de todo llegué. No era más que un atolón corriente de unas cuatro millas a la redonda con unos cuantos árboles, un manantial en un sitio y la laguna llena de peces de colores. Llevé a tierra el huevo y lo puse en un buen sitio, muy por encima de la línea de las olas, y al sol para darle todas las oportunidades que pudiera, subí la canoa hasta un sitio seguro y anduve por allí explorando. Es extraño lo aburrido que es un atolón. Tan pronto como encontré un manantial, todo el interés pareció desvanecerse. Cuando era niño pensaba que nada podía ser más bello o más aventurero que la peripecia de Robinson Crusoe, pero ese lugar era tan monótono como un libro de sermones. Anduve por allí en busca de cosas comestibles y en general pensando, pero le digo que me aburrí mortalmente antes de que terminara el primer día. Una muestra de la suerte que tengo es que el mismísimo día que desembarqué cambió el tiempo. Una tormenta pasó hacia el norte rozando levemente la isla con una de sus alas, y por la noche cayó un aguacero torrencial y azotó un viento que bramaba. No se había necesitado mucho, ya sabe, para volcar aquella canoa. Yo dormía bajo la canoa y el huevo estaba afortunadamente en la arena, más arriba en la playa, y lo primero que recuerdo fue un sonido como de cien guijarros golpeando el bote al mismo tiempo y una avalancha de agua sobre mi cuerpo. Había estado soñando con Antananarivo y me erguí y apelé a Intoshi para preguntarle qué demonios pasaba y arañé la silla donde solían estar las cerillas. Entonces recordé dónde estaba. Había unas olas fosforescentes y encrespadas que se enroscaban como si quisieran tragarme, y todo lo demás de la noche tan negro como un pozo. El aire simplemente rugía. Las nubes parecían estar sobre la cabeza de uno y la lluvia caía como si el

cielo se estuviera hundiendo y estuvieran achicando las aguas por encima del firmamento. Una gran ola vino retorciéndose hacia mí como una serpiente de fuego y yo salí disparado.

»Luego pensé en la canoa y bajé corriendo hasta ella al tiempo que el agua se retiraba de nuevo silbando, pero había desaparecido. Me pregunté entonces por el huevo y fui a tientas hasta él. Estaba perfectamente y fuera del alcance de las olas más furiosas, así que me senté junto a él y le abracé para tener compañía. ¡Cielos! ¡Qué noche aquélla!

»La tormenta cesó antes de la mañana. Cuando llegó la aurora no quedaba ni un jirón de nube en el cielo y por toda la playa había trozos de tabla esparcidos, que constituían el desarticulado esqueleto, por así decirlo, de mi canoa. No obstante, eso me dio algo que hacer, pues aprovechando que dos de los árboles estaban juntos improvisé una especie de refugio contra tormentas con esos vestigios. Y ese día el pollo rompió el cascarón. Rompió el cascarón, oiga, cuando tenía puesta la cabeza en él a modo de almohada y estaba dormido. Oí un golpazo y sentí una sacudida y me erguí, y ahí estaba el extremo del huevo picoteado y una extraña cabecita marrón que me miraba. ¡Cielos! —exclamé—. ¡Bienvenido! Y con alguna pequeña dificultad salió.

»Al principio era un tipo simpático y amistoso del tamaño de una gallina pequeña, muy similar a la mayoría de los otros pájaros jóvenes, sólo que más grande. Tenía para empezar un plumaje color castaño sucio con una especie de roña que se desprendió muy pronto y apenas si disponía de plumas —una especie de plumón. Difícilmente puedo expresar lo contento que estaba de verlo. Le digo a usted que Robinson Crusoe no cuenta ni la mitad de su soledad. Pero aquí tenía una compañía interesante. Me miró, parpadeó desde la parte delantera hacia atrás como hacen las gallinas, pió y empezó a picotear por allí de inmediato como si salir del cascarón con trescientos años de retraso fuera cosa de nada.

»—¡Encantado de verte, Viernes! —digo yo—. Pues, naturalmente, tan pronto como descubrí el huevo empollado en la canoa había decidido que si alguna vez salía del cascarón tenía que llamarse Viernes. Estaba un poco preocupado por su comida. Así que de inmediato le di un trozo de pescado crudo. Lo comió y abrió el pico por más. Me alegré de ello, pues en aquellas circunstancias,

de haber sido mínimamente caprichoso, habría tenido que comérmelo después de todo.

»Le sorprendería lo interesante que era aquel pollo de *Æpiornis*. Me siguió desde el mismo principio. Solía quedarse á mi lado mientras pescaba en la laguna y compartíamos todo lo que cogía. Y era sensato también. Había unas cosas verdes, verrugosas y repugnantes, parecidas a pepinillos en vinagre, que solían yacer por la playa; probó una de ellas y no le sentó bien. Nunca volvió siquiera a mirarlas.

»Y creció. Casi se podía verle crecer. Y, como nunca fui muy sociable, sus maneras tranquilas, amistosas, me iban como un guante. Durante casi dos años fuimos todo lo felices que podíamos serlo en aquella isla. No me preocupaban los negocios porque sabía que mi sueldo se estaba amontonando en la empresa Dawson. Veíamos alguna vela de vez en cuando, pero nadie se acercó jamás a nosotros. Yo me divertía, también, decorando la isla con diseños hechos con erizos de mar y caprichosas conchas de diferentes tipos. Puse ISLA *ÆPIORNIS* en letras grandes por todo el lugar, de forma casi igual a la que hacen con piedras de colores en las estaciones del ferrocarril de las zonas rurales, y cálculos matemáticos y dibujos de varios tipos. Solía estar tumbado viendo al bendito pájaro dar vueltas por ahí con paso majestuoso y crecer y crecer, y pensar en cómo podía ganarme la vida con él mostrándole por ahí si algún día me sacaban de allí. Después de mudar empezó a ponerse hermoso, con cresta y una barba azul y muchas plumas verdes en la parte posterior. Entonces solía preguntarme si Dawson tendría algún derecho sobre él o no. Cuando había tormenta y en la estación de las lluvias, nos poníamos cómodamente al abrigo del refugio que había hecho con la vieja canoa y acostumbraba contarle mentiras sobre mis amigos en casa. Después de una tormenta solíamos ir a dar una vuelta juntos por la isla para ver si había habido algún naufragio. Era una especie de idilio, se podía decir. Sólo con que hubiera tenido algo de tabaco habría sido simplemente como el cielo.

»Fue hacia el final del segundo año cuando nuestro pequeño paraíso se vino abajo. Viernes tenía por entonces unos catorce pies de alto, con una cabeza grande y ancha como el extremo de una piqueta, y dos enormes ojos oscuros con los bordes amarillos,

colocados juntos como los de un hombre, no mirando cada uno a su lado como los de una gallina. Su plumaje era fino, nada del estilo de medio luto de las avestruces, más parecido al de un casuario por lo que a color y textura se refiere. Y entonces empezó a ponerse arrogante y a darse aires y mostrar señales de un horrible temperamento...

»Finalmente llegó un momento en que había tenido poca suerte pescando y empezó a dar vueltas a mi alrededor de forma extraña y pensativa. Pensé que quizás había estado comiendo pepinillos marinos o algo, pero realmente no era más que descontento por su parte. Yo también tenía hambre, y cuando por fin pesqué un pez lo quería para mí. Aquella mañana los dos andábamos de mal humor. Lo picoteó y lo cogió, y yo le di un golpe en la cabeza para que lo soltara, a lo que se lanzó contra mí. ¡Cielos!...

»Me hizo esto en la cara —indicó su cicatriz—. Luego me dio patadas. Era como un caballo de tiro. Me levanté y, viendo que no había terminado conmigo, salí zumbando protegiéndome la cara con los brazos. Pero él corría con aquellas desgarradas patas suyas más rápido que un caballo de carreras y seguía propinándome patadas como mazas y picándome la parte posterior de la cabeza con su cabeza de piqueta. Me dirigí a la laguna y me sumergí hasta el cuello. Él se detuvo ante el agua, porque odiaba que se le mojaran las patas. Empezó a hacer un canto, algo parecido al pavo real, pero más ronco. Comenzó a pavonearse playa arriba y abajo. Admito que me sentí pequeño al ver a este bendito fósil señoreando por allí. Y tenía la cabeza y la cara todas sangrando, y bueno... el cuerpo como una jalea de magulladuras.

»Decidí cruzar a nado la laguna y dejarle solo un rato, hasta que el asunto se calmara. Trepé a la palmera más alta y me senté allí pensando en todo ello. No creo que me sintiera tan dolido por nada ni antes ni después. Era la brutal ingratitud de la criatura. Había sido más que un hermano para él. Le incubé, le eduqué. ¡Un gran pájaro desgarrado y anticuado! Y yo un ser humano, heredero de siglos y todo eso.

»Después de un rato pensé que él mismo empezaría a ver las cosas de esa manera y a sentirse un poco apesadumbrado por su conducta. Creí que, quizá, si cogía unos buenos peces, y de inmediato me llegaba hasta él de forma casual y se los ofrecía,

pudiera ser que se comportara sensatamente. Me llevó algún tiempo aprender lo implacable y pendenciero que puede ser un pájaro extinguido. ¡Maldad!

»No le contaré todos los pequeños trucos que intenté para convencerle de nuevo. Sencillamente no puedo. Me pone la cara roja de vergüenza incluso ahora pensar en los desaires y golpes que recibí por culpa de esta curiosidad infernal. Probé con la violencia. Le lancé trozos de coral desde una distancia segura, pero no hizo más que tragárselos. Le arrojé mi navaja abierta y casi la pierdo, aunque era muy grande para que la tragara. Intenté matarlo de hambre y dejé de pescar, pero se aficionó a picotear por la playa con marea baja en busca de gusanos, y con eso iba tirando. La mitad del tiempo la pasaba en la laguna con agua hasta el cuello y el resto subido a las palmeras. Una de ellas apenas si era lo suficientemente alta y cuando me cogió subido a ella disfrutó a sus anchas con mis pantorrillas. Se hizo insoportable. No sé si ha intentado alguna vez dormir subido a una palmera. A mí me produjo las pesadillas más horribles. Piense también en lo vergonzoso de todo ello. Ahí estaba ese animal extinguido andando por mi isla sin objetivo alguno con cara de duque malhumorado, y a mí no se me permitía ni siquiera poner la planta del pie en el lugar. Solía llorar de hastío y vejación. Le dije sin rodeos que no estaba dispuesto a que me persiguiera por una isla desierta un maldito anacronismo. Le dije que fuera a picotear a un navegante de su misma época. Pero lo único que hizo fue darme con el pico. ¡El gran pajarraco, todo cuello y piernas!

»No me gustaría decir cuánto se prolongó esa situación. Le habría matado antes si hubiera sabido cómo hacerlo. No obstante, por fin di con una manera de liquidarle. Es un ardid empleado en Sudamérica. Uní todas las cuerdas de pescar con tallos de algas y cosas, consiguiendo un cordel fuerte de unas doce yardas de largo o más, y até a los extremos dos trozos de roca de coral. Me llevó cierto tiempo hacerlo, porque una y otra vez tenía que meterme en la laguna o subirme a un árbol, según me diera. Lo hice girar con rapidez sobre mi cabeza y luego lo solté contra él. La primera vez fallé, pero la siguiente el cordel se agarró perfectamente a sus patas y se enrolló a ellas una y otra vez. Cayó. Hice el lanzamiento desde la laguna con agua hasta la cintura, y tan pronto como cayó estaba

fuera del agua cortándole el cuello con la navaja...

»No me gusta pensar en eso ni siquiera ahora. Me sentí como un asesino mientras estaba haciéndolo, a pesar de que estaba rabioso contra él. Cuando estuve de pie sobre él y lo vi sangrando sobre la blanca arena con las largas y hermosas patas y su largo cuello retorciéndose en la última agonía... ¡Bah!

»Después de esa tragedia la soledad me invadió como una maldición. ¡Dios mío! No puede imaginarse lo que echaba de menos a aquel pájaro. Me senté junto a su cadáver y le lloré y me estremecí al contemplar aquel desolado y silencioso arrecife. Pensé en el alegre pajarillo que había sido cuando nació y en las mil agradables travesuras que había hecho antes de torcerse. Pensé que si únicamente le hubiera herido podría haberle cuidado y llegar así a un mejor entendimiento. Si hubiera tenido medios para cavar la roca de coral le habría enterrado. Le sentía exactamente igual que si fuera humano. Estando así las cosas no podía pensar en comérmelo, de modo que lo puse en la laguna y los pececillos dieron buena cuenta de él. Ni siquiera guardé las plumas. Luego, un buen día, a un tipo que hacía un crucero en yate le dio por echar un vistazo a ver si mi atolón existía todavía.

»Llegó justo en el momento preciso, porque ya estaba completamente harto de aquella desolación y sólo dudaba si terminar mis días adentrándome en el mar o tumbándome de espaldas sobre aquellas cosas verdes.

»Vendí los huesos a un hombre llamado Winslow, un negociante cerca del Museo Británico, y él dice que se los vendió al viejo Havers. Parece ser que Havers no se enteró de que eran de un tamaño extra y fue únicamente después de su muerte cuando atrajeron la atención. Los llamaron *Æpiornis*. ¿Qué era eso?

—*Æpiornis vastus* —respondí yo—. Es curioso, pero eso mismo me contó un amigo mío. Cuando encontraron un *Æpiornis* con un fémur de una yarda de largo creyeron que habían alcanzado el tope de la escala y le llamaron *Æpiornis maximus*. Después alguien se presentó con otro fémur de cuatro pies y seis pulgadas o más y lo llamaron *Æpiornis titan*. Luego encontraron su *Æpiornis vastus* en la colección del viejo Havers cuando murió, y a continuación apareció un *vastissimus*.

—Eso mismo me contaba Winslow —dijo el hombre de la

cicatriz—. Piensa que como consigan algún *Æpiornis* más habrá cierta marejada científica que hará estallar algún vaso sanguíneo. Pero, en general, fue algo extraño para sucederle a alguien, ¿verdad?

EL EXTRAORDINARIO CASO DE LOS OJOS DE DAVIDSON

El transitorio extravío mental de Sidney Davidson, notable ya de por sí, es todavía más extraordinario si hemos de dar crédito a la explicación de Wade. Ésta nos hace soñar con las más raras posibilidades de intercomunicación del futuro, con pasar cinco minutos intercalares al otro lado del mundo, con ser observados hasta en nuestros actos más secretos por insospechados ojos. Por casualidad yo fui el testigo inmediato del acceso de Davidson, por tanto, naturalmente me corresponde a mí poner la historia por escrito.

Cuando digo que fui el testigo inmediato de su acceso quiero decir que fui el primero en aparecer en escena. El caso ocurrió en la Escuela Técnica de Harlow, que está nada más pasar el arco de Highgate. Davidson estaba solo en el laboratorio grande cuando sucedió. Yo me encontraba en una habitación más pequeña, donde están las balanzas, terminando de escribir unas notas. La tormenta, desde luego, había alterado completamente mi trabajo. Fue precisamente después de uno de los truenos más estrepitosos cuando creí oír una rotura de cristales en la otra habitación. Dejé de escribir y me volví para escuchar. Durante un rato no oí nada. El granizo repicaba estruendosamente sobre el tejado de zinc ondulado. Luego sonó otro ruido, la rotura de algo... esta vez no había duda. Habían tirado de los estantes algo pesado. Me incorporé al instante y fui a abrir la puerta que daba al laboratorio grande.

Me sorprendió oír un tipo de risa muy peculiar, y vi a Davidson tambaleándose en medio de la habitación, con el rostro como deslumbrado. Mi primera impresión fue que estaba borracho. No advirtió mi presencia. Trató de agarrar algo invisible que estaba a

una yarda delante de él. Alargó despacio la mano, dubitativamente, y después la cerró sin haber cogido nada.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó—. ¡Por el gran Scott! —gritó.

La historia sucedió hace tres o cuatro años, cuando todo el mundo juraba por ese personaje. Luego empezó a levantar los pies torpemente, como si pensara que los tenía pegados al suelo.

—¡Davidson! —grité—. ¿Qué te pasa?

Se volvió hacia mí y miró alrededor para localizarme. Me miró, me miró de arriba abajo y a ambos lados, pero sin la menor señal de verme.

—Olas —dijo—, y una goleta extraordinariamente nítida. juraría que era la voz de Bellows. ¡Hola! —gritó de repente con todas sus fuerzas.

Pensé que estaba tramando alguna broma. Entonces vi, esparcidos a sus pies, los destrozados restos de nuestro mejor electrómetro.

—¿Qué pasa? —exclamé—. ¡Has hecho pedazos el electrómetro!

—¡Otra vez Bellows! —dijo—. Los amigos marcharon, si mis manos han desaparecido. Algo sobre electrómetros. ¿Por dónde andas, Bellows?

De repente vino hacia mí tambaleándose.

—Condenado material, se corta como la mantequilla —comentó. Avanzó directamente contra el banco y retrocedió.

—¡Qué golpe! No tiene nada que ver con la mantequilla —explicó mientras se tambaleaba.

Yo estaba mosqueado.

—Davidson —le pregunté—, ¿qué diablos te pasa?

Miró a su alrededor por todas partes.

—Juraría que era Bellows. ¿Por qué no das la cara como un hombre, Bellows?

Se me ocurrió que debía de haberse quedado ciego de repente. Di la vuelta a la mesa y le puse la mano en el brazo. Jamás en toda mi vida vi un hombre tan alarmado. Se separó de mí bruscamente, adoptando una actitud defensiva, con la cara descompuesta por el terror.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Qué ha sido eso?

—Soy yo, Bellows. ¡Maldita sea, Davidson!

Dio un salto cuando le respondí y miró fijamente, ¿cómo lo

diría?, a través de mí. Comenzó a hablar, no a mí, sino consigo mismo.

—Aquí, a plena luz del día en una playa abierta. Ni un sitio donde esconderse —miró a su alrededor desesperadamente—. ¡Aquí! Ya no se me ve.

De repente se volvió y fue a darse de bruces contra el electroimán grande, con tanta fuerza que, como descubrimos después, se hizo serias magulladuras en los hombros y la mandíbula. Al hacerlo retrocedió un paso y gritó casi sollozando:

—¡Santo cielo! ¿Qué me ha pasado?

Estaba de pie, pálido de terror y temblando violentamente, con el brazo derecho apretando el izquierdo en la parte golpeada contra el imán.

Por entonces yo estaba excitado y bastante asustado.

—Davidson —le dije—, no temas.

Mi voz le sorprendió, pero no tan exageradamente como antes. Repetí las palabras en el tono más claro y firme que pude.

—Bellows —preguntó—, ¿eres tú?

—¿No ves que soy yo?

Se rió.

—No puedo verme ni siquiera a mí mismo. ¿Dónde diablos estamos?

—Aquí —le respondí—, en el laboratorio.

—¡El laboratorio! —exclamó en tono perplejo llevándose la mano a la frente—. Estaba en el laboratorio hasta que brilló aquel relámpago, pero que me cuelguen si estoy allí ahora. ¿Qué barco es ése?

—No hay ningún barco —le dije—, sé razonable, amigo.

—¡Ningún barco! —repitió, y pareció olvidarse sin más de mi negativa.

—Supongo —dijo despacio— que estamos los dos muertos. Pero lo extraño es que me siento exactamente igual que si tuviera un cuerpo. Uno no se acostumbra de inmediato, me imagino. El viejo barco fue alcanzado por el rayo, supongo. Algo muy rápido, ¿eh, Bellows?

—No digas tonterías. Estás tan vivo como el que más. Estás en el laboratorio diciendo disparates. Acabas de hacer pedazos un electrómetro nuevo. No te envidio cuando llegue Boyce.

Apartó de mí la mirada y la fijó en los diagramas de criohidratos.

—Debo de estar sordo —dijo—; han disparado un cañón, porque ahí va la nubecilla de humo y yo no he oído ni un ruido.

Le puse de nuevo la mano en el hombro y esta vez se alarmó menos.

—Parece que tenemos una especie de cuerpos invisibles —comentó—. ¡Por Júpiter! Hay un bote que viene por detrás del promontorio. Esto es casi como la vida anterior, después de todo, aunque en un clima diferente.

Le sacudí el brazo.

—¡Davidson —grité—, despierta!

Fue entonces cuando entró Boyce. Tan pronto como habló, Davidson exclamó:

—El viejo Boyce, ¡muerto también! ¡Qué divertido!

Me apresuré a explicar que Davidson estaba en una especie de trance sonámbulo y Boyce se interesó al instante. Los dos hicimos lo que pudimos para sacarle de aquel estado singular. Él respondía a nuestras preguntas y, a su vez, nos hacía otras, pero su atención parecía dominada por la alucinación sobre una playa y un barco. Seguía interpolando observaciones referentes a un bote y a los pescantes, y a las velas hinchidas por el viento. Oírle decir cosas semejantes en aquel oscuro laboratorio le hacía a uno sentirse raro.

Estaba ciego y desvalido. Tuvimos que caminar con él por el pasillo, sujetándolo a cada lado hasta el despacho de Boyce, y mientras Boyce charlaba allí con él, bromeando sobre la idea del barco, yo fui por el corredor a pedir al viejo Wade que viniera a verlo. La voz de nuestro decano le serenó un poco, pero no mucho. Le preguntó dónde tenía las manos, y por qué tenía que caminar con tierra hasta la cintura. Wade reflexionó sobre él durante un buen rato —ya sabéis cómo frunce el ceño—, y luego le hizo tocar el sofá llevándole las manos.

—Es un sofá —dijo Wade—. El sofá del despacho del profesor Boyce. Relleno con crines de caballo.

Davidson lo palpó, se extrañó, y a continuación respondió que podía sentirlo perfectamente, pero que no podía verlo.

—¿Qué ves? —preguntó Wade.

Davidson dijo que no podía ver más que cantidad de arena y

conchas rotas. Wade le dio a tocar otras cosas, diciéndole lo que eran y observándolo atentamente.

—El barco tiene el casco casi hundido —dijo al poco Davidson sin venir a cuento.

—No te preocupes por el barco —le dijo Wade—. Escúchame, Davidson, ¿sabes lo que significa alucinación?

—Más bien —respondió Davidson.

—Bueno, pues todo lo que ves son alucinaciones.

—Teorías del obispo Berkeley —observó Davidson.

—No me malinterpretes —explicó Wade—. Estás vivo y en el despacho de Boyce. Pero algo les ha sucedido a tus ojos. No puedes ver, puedes sentir y oír, pero no ver. ¿Me sigues?

—A mí me parece que veo demasiado —Davidson se frotó los ojos con los nudillos de la mano—. ¿Y bien? —preguntó.

—Eso es todo. No dejes que te aturda. Aquí Bellows y yo te llevaremos a casa en un taxi.

—Un momento —dijo Davidson pensativo—. Ayúdeme a sentarme —continuó de inmediato—; y ahora, siento molestarle, pero ¿quiere repetírmelo todo otra vez?

Wade se lo repitió con mucha paciencia. Davidson cerró los ojos y apretó las manos contra la frente.

—Sí —dijo—. Es verdad. Ahora, con los ojos cerrados, sé que tiene razón. Éste eres tú, Bellows, que estás sentado junto a mí en el sofá. Estoy en Inglaterra de nuevo. Y estamos a oscuras.

Luego abrió los ojos.

—Y ahí —continuó— está justo saliendo el sol, y las vergas del barco, y un mar ondulante y un par de pájaros volando. Nunca vi algo tan real. Y estoy sentado en un banco de arena cubierto hasta el cuello.

Se inclinó hacia adelante tapándose la cara con las manos. Después abrió los ojos de nuevo.

—¡Tenebroso mar y salida del sol! ¡Y sin embargo estoy sentado en un sofá en el despacho del viejo Boyce! ¡Que Dios me ayude!

Ése fue sólo el comienzo, pues la extraña afección de los ojos de Davidson continuó sin remitir durante tres semanas. Era mucho peor que estar ciego. Se encontraba absolutamente desvalido: había que darle de comer como a un pájaro recién salido del cascarón, ayudarle a caminar y desvestirlo. Si intentaba moverse tropezaba

contra las cosas o se daba contra las paredes o las puertas. Pasado un día más o menos se acostumbró a oír nuestras voces sin vernos, y de buena gana admitía que estaba en casa y que Wade tenía razón en lo que le había dicho. Mi hermana, con la que estaba prometido, insistía en venir a verlo, y todos los días se pasaba horas sentada mientras él hablaba de aquella playa suya. Estrechar su mano parecía darle un gran consuelo. Contaba que cuando salimos de la escuela en dirección a su casa —él vivía en Hampstead—, le pareció como si lo estuviéramos llevando por una montaña de arena —todo estaba completamente oscuro hasta que emergió de nuevo—, y atravesando rocas, árboles y obstáculos sólidos, y cuando le subieron a su habitación estaba aturdido y casi frenético de miedo a caerse, porque subir al piso de arriba era como levantarlo treinta o cuarenta pies por encima de las rocas de su isla imaginaria. Repetía una y otra vez que rompería todos los huevos. Al final hubo que bajarlo a la sala de consulta de su padre y acostarlo en un sofá que había allí.

Describía la isla como un lugar desértico en su conjunto, con muy poca vegetación, excepto algo de turba, y llena de rocas desnudas. Había multitud de pingüinos, lo que hacía las rocas más blancas y desagradables a la vista. El mar estaba encrespado a menudo, y una vez hubo una tormenta y él se resguardó y gritaba a los relámpagos silenciosos. Una o dos veces las focas se detuvieron en la playa, pero sólo durante los dos o tres primeros días. Dijo que resultaba muy divertida la manera en que los pingüinos solían moverse atravesándolo, y cómo él parecía estar entre ellos sin molestarlos.

Recuerdo algo raro que sucedió cuando le entraron unas ganas desesperadas de fumar. Le pusimos una pipa en las manos, casi se saca un ojo con ella, y la encendió. Pero no le sabía a nada. Desde entonces he descubierto que a mí me ocurre lo mismo, no sé si se trata de un caso habitual, y es que no disfruto del tabaco en absoluto si no veo el humo.

Pero el aspecto más curioso de su alucinación se presentó cuando Wade mandó sacarle en una silla de ruedas para que respirase aire puro. Los Davidson alquilaron una silla y consiguieron que aquel criado suyo, sordo y obstinado, Widgery, se hiciera cargo de ella. Widgery tenía ideas muy particulares sobre las

expediciones saludables. Mi hermana, que había estado en casa de los Dog, se los encontró en Camden Town, en dirección a King's Cross; Widgery trotando complacientemente y Davidson visiblemente angustiado, intentando, a su manera ciega y débil, atraer la atención de Widgery.

Se echó realmente a llorar cuando mi hermana le habló.

—¡Oh, sácame de esta oscuridad horrible! —gritó buscando a tientas su mano—. Tengo que librarme de ella o moriré.

Fue completamente incapaz de explicar lo que pasaba, pero mi hermana decidió que debía volver a casa, y al poco tiempo, según subían la cuesta hacia Hampstead, parecía que la sensación de horror le iba desapareciendo. Dijo que era bueno ver las estrellas de nuevo, aunque entonces era casi mediodía y el cielo deslumbraba.

—Parecía —me contó después— como si me estuvieran llevando irresistiblemente hacia el agua. Al principio no estaba muy alarmado. Por supuesto que allí era de noche, una noche maravillosa.

—¿Por supuesto? —le pregunté, porque me sorprendió una afirmación tan rara.

—Por supuesto —contestó—. Siempre es de noche allí cuando aquí es de día... Bueno, nos metimos directamente en el agua que estaba en calma y brillaba a la luz de la luna, sólo una ligera ondulación que parecía hacerse más débil y más plana cuando entramos. La superficie brillaba como la piel, debajo podría estar el espacio vacío por más que sabía que no era verdad. Muy despacio, puesto que entraba al través, el agua me llegó a los ojos. Luego me sumergí y la piel pareció romperse y cicatrizar de nuevo en torno a los ojos. La luna dio un quiebro allá en el cielo y se volvió verde y borrosa, y los peces, que brillaban débilmente, se precipitaban a mi alrededor, y también cosas que parecían estar hechas de cristal luminoso, y atravesé una maraña de algas marinas que resplandecían con un brillo graso. De esta forma me fui adentrando en el mar, y las estrellas desaparecieron una a una, y la luna se tornó más verde y oscura, y las algas marinas cambiaron a un luminoso color rojo púrpura. Todo era tenue y misterioso, y parecía que todas las cosas temblaban. Y mientras tanto podía oír los chirridos de la silla de ruedas, y las pisadas de la gente que pasaba y a un vendedor de periódicos voceando a lo lejos el especial de la

revista *Pall Mall*.

Continué sumergiéndome más y más en las profundidades marinas. A mi alrededor la oscuridad se volvió negra como la tinta, ni un rayo de luz celeste penetraba aquellas tinieblas, y las cosas fosforescentes brillaban cada vez más. Las serpentinadas ramas de las algas más profundas flameaban como las llamas de lámparas de alcohol. Los peces venían hacia mí con la mirada fija y la boca abierta, y se metían dentro de mí y me atravesaban. Jamás había imaginado peces semejantes. Tenían líneas de fuego a lo largo de los costados como si los hubieran marcado con un lápiz luminoso. Y había una cosa horrible que nadaba hacia atrás con muchos brazos que se enroscaban. Y luego, dirigiéndose hacia mí muy despacio a través de la oscuridad, vi una brumosa masa de luz que al acercarse resultó ser una multitud de peces que forcejeaban y se lanzaban sobre algo que flotaba. Me dirigí directamente hacia ello y pronto vi, en medio del tumulto y a la luz de los peces, un trozo de mástil astillado flotando ominoso sobre mí, un oscuro casco de barco ladeándose, y unas formas con luz fosforescente que se agitaban y contorsionaban cuando los peces las mordían. Fue entonces cuando comencé a intentar atraer la atención de Widgery. El horror me sobrecogió. ¡Uf? ¡Me habría metido directamente en esas cosas medio comidas de no llegar tu hermana! Les habían hecho grandes agujeros, Bellows, y mejor no pensarlo. ¡Pero fue horrible!

Durante tres semanas permaneció Davidson en este singular estado, viendo lo que entonces nosotros imaginábamos un mundo totalmente fantasmagórico, y completamente ciego para el mundo que le rodeaba. Luego, un martes, cuando fui a verlo, me encontré en el pasillo al viejo Davidson.

—¡Puede ver su pulgar! —me dijo en pleno arrebató el buen señor que forcejeaba para ponerse el abrigo—. ¡Puede ver su pulgar, Bellows! —repitió con lágrimas en los ojos—. El muchacho se pondrá bien.

Me apresuré a ver a Davidson. Tenía un librito delante de la cara y estaba mirándolo y riéndose levemente.

—Es sorprendente —dijo—. Hay como un parche puesto allí —apuntó con el dedo—. Estoy como de costumbre sobre las rocas, y los pingüinos están tambaleándose y aleteando como siempre, y ha estado apareciendo una ballena de vez en cuando, pero se ha puesto

demasiado oscuro para divisarla. Sin embargo pon algo allí, y lo veo, de veras que lo veo. Está muy borroso y con fisuras en algunas partes, pero a pesar de todo lo veo, como un tenue espectro de sí mismo. Lo descubrí esta tarde cuando me estaban vistiendo. Es como un agujero en este mundo fantástico. Pon tu mano junto a la mía. No, ahí no. ¡Ah, sí, la veo! ¡La base del pulgar y un poco del puño de la camisa! Parece el fantasma de un trozo de tu mano asomándose en el oscuro cielo. Justo a su lado está saliendo un grupo de estrellas como una cruz.

Desde este momento Davidson comenzó a sanar. Su relato del cambio, como la descripción de su alucinación, era extrañamente convincente. Por los parches de su campo de visión el mundo fantástico se fue debilitando y transparentándose, por decirlo así, y a través de estas brechas traslúcidas comenzó a ver borrosamente el mundo real en torno suyo. Los parches aumentaron en cantidad y tamaño, se juntaron y extendieron hasta que sólo quedaron acá y allá algunos puntos ciegos en su vista. Podía levantarse y moverse, comer sin ayuda otra vez, leer, fumar y comportarse de nuevo como un ciudadano normal. Al principio le resultaba muy confuso tener estos dos cuadros sobreponiéndose el uno al otro como las vistas cambiantes de un foco, pero muy pronto comenzó a distinguir lo real de lo ilusorio.

Cuando empezó a sanar estaba contento de verdad y no parecía más que impaciente por completar su curación haciendo ejercicio y tomando tónicos. Pero al tiempo que aquella extraña isla suya empezó a desvanecerse él se volvió extrañamente interesado en ella. Especialmente deseaba bajar de nuevo a las profundidades marinas y se pasaba la mitad del tiempo deambulando por las partes bajas de Londres, intentando encontrar el barco naufragado que había visto a la deriva. El resplandor de la auténtica luz del día muy pronto le impresionó tan vivamente que borró todos los rastros de su mundo visionario, aunque, por la noche, en su habitación a oscuras, todavía podía ver las blancas rocas de la isla batidas por el agua y a los torpes pingüinos tambaleándose de acá para allá. Pero incluso estas imágenes se debilitaron cada vez más, y, por fin, poco después de casarse con mi hermana, las vio por última vez. Y ahora tengo que contar lo más extraño de todo. Unos dos años después de la curación cené con los Davidson, y, terminada la cena, se presentó

un hombre llamado Atkins. Es teniente de la marina y una persona agradable y habladora. Tenía una relación de amistad con mi cuñado y pronto la tuvo conmigo. Resultó que estaba prometido con la prima de Davidson y casualmente sacó una especie de cartera con fotografías para enseñarnos un retrato nuevo de su novia.

—Y por cierto —dijo— aquí está el viejo *Fulmar*.

Davidson lo miró de pasada. Luego, de repente, se le iluminó la cara:

—¡Cielos! —exclamó—, casi podría jurar...

—¿Qué? —preguntó Atkins.

—Que había visto ese barco antes.

—No sé cómo lo has podido ver. No ha salido de los mares del sur en seis años y antes...

—Pero... —comenzó Davidson y siguió—. Sí, ése es el barco con el que soñé. Estoy seguro de que es el barco con el que soñé. Estaba junto a una isla de pingüinos y disparó un cañón.

—¡Dios mío! —exclamó Atkins, que ya estaba enterado de los detalles de la alucinación—, ¿cómo diantres podías soñar con eso?

Luego, poco a poco, nos fuimos enterando de que el mismísimo día del acceso de Davidson el *Fulmar* había estado frente a un islote al sur de la Isla de las Antípodas. Un bote había desembarcado durante la noche para conseguir huevos de pingüino, se había retrasado y, habiendo estallado una tormenta, la tripulación del bote había decidido esperar hasta la mañana para retornar al barco. Atkins había sido uno de ellos y corroboró, palabra por palabra, las descripciones que Davidson había hecho de la isla y del bote. No nos cabe la menor duda de que Davidson ha visto realmente el lugar. De alguna forma indescriptible, mientras iba de acá para allá en Londres, su vista se movía paralelamente de acá para allá en esa isla distante. El cómo es absolutamente un misterio.

Esto completa la extraordinaria historia de los ojos de Davidson. Quizás es el caso mejor autenticado que existe de verdadera visión a distancia. No sé de ninguna explicación excepto la que ha lanzado el profesor Wade. Pero su teoría implica la cuarta dimensión, y una disertación sobre tipos teóricos de espacio. Hablar de una torsión en el espacio me parece una tontería, quizá se deba a que no soy matemático. Cuando dije que nada alteraría el hecho de que el lugar está a ocho mil millas, respondió que dos puntos pueden estar

a una yarda de distancia en una hoja de papel y, sin embargo, se los puede juntar doblando el papel. El lector quizá comprenda este argumento, yo ciertamente no. Su idea parece consistir en que Davidson, al inclinarse entre los polos del gran electroimán, recibió una sacudida extraordinaria en sus elementos retinales a través del repentino cambio en el campo de fuerza debido al rayo.

En consecuencia, piensa que quizá sea posible vivir visualmente en una parte del mundo, mientras se vive corporalmente en otra. Hasta ha realizado algunos experimentos para apoyar sus puntos de vista, pero hasta ahora sólo ha conseguido dejar ciegos a unos cuantos perros. Creo que ése es el único resultado de su trabajo, aunque hace algunas semanas que no lo veo. Últimamente he estado tan ocupado con el trabajo relacionado con la instalación de Saint Pancras que no he tenido oportunidad de visitarlo. Pero toda su teoría me parece fantástica. Los hechos concernientes a Davidson van por otros derroteros completamente diferentes, y personalmente puedo atestiguar la exactitud de cada uno de los detalles que he referido.

EL DIOS DE LAS DINAMOS

El encargado jefe de las tres dinamos que zumbaban y rechinaban en Camberwell para mantener en marcha el ferrocarril eléctrico procedía del condado de York, y se llamaba James Holroyd. Era un electricista práctico, pero aficionado al whisky, un bruto pelirrojo y pesado con una dentadura irregular. Dudaba de la existencia de Dios, pero aceptaba el ciclo de Carnot y había leído a Shakespeare, encontrándolo flojo en química. Su ayudante procedía del misterioso Este y se llamaba Azuma-zi. Pero Holroyd le llamaba Pooh-bah. A Holroyd le gustaban los ayudantes negros porque soportaban las patadas —una costumbre de Holroyd—, y no fisgaban en la maquinaria ni trataban de aprender su funcionamiento. Holroyd nunca fue plenamente consciente de algunas raras potencialidades de la mente negra al entrar en contacto con la quintaesencia de nuestra civilización, aunque justo al final de su vida alcanzara a atisbarlas.

Describir a Azuma-zi sobrepasaba cualquier etnología. Era, quizá, más negroide que otra cosa, aunque tenía el pelo rizado más que apelmazado, y su nariz disponía de caballete. Además tenía la piel más morena que negra y el blanco de sus ojos era de color amarillo. Los anchos pómulos y el estrecho mentón daban a su rostro la forma de una V viperina. También tenía la cabeza ancha en la parte posterior y baja y angosta en la frente, como si le hubieran embutido el cerebro a la inversa que a un europeo. Bajo de estatura, su inglés era todavía más reducido que su altura. Al hablar producía numerosos ruidos extraños sin valor comercial conocido, y sus escasas palabras estaban esculpidas y vaciadas en grotescos gestos heráldicos. Holroyd intentó aclarar sus creencias religiosas y, especialmente después del whisky, le sermoneaba contra la superstición y los misioneros. Azuma-zi, sin embargo, evadía la discusión sobre sus dioses aunque por ello recibiera

buenos puntapiés.

Azuma-zi, vestido con blanca pero insuficiente indumentaria, había venido a Londres en la bodega del *Lord Clive* procedente de los Estrechos y aun de más allá. Ya en su juventud había oído hablar de la grandeza y las riquezas de Londres, donde todas las mujeres son blancas y rubias, y hasta los mendigos callejeros son blancos. Así que había llegado, con unas monedas de oro recién ganadas en los bolsillos, para adorar en el santuario de la civilización. El día de su llegada era sombrío: el cielo estaba cubierto y una llovizna movida por el viento se filtraba hasta las calles grasientas, pero él se sumergió temerariamente en los deleites de Shadwell. Civilizado sólo en el vestido, con la salud destrozada, sin dinero y prácticamente una bestia si exceptuamos lo más elemental, pronto se vio obligado a trabajar para James Holroyd y a soportar sus malos tratos en el cobertizo de las dinamos de Camberwell. Y para James Holroyd los malos tratos eran una muestra de cariño.

En Camberwell había tres dinamos con sus motores. Las dos que estaban desde el principio eran máquinas pequeñas. La mayor era nueva. Las máquinas pequeñas hacían un ruido razonable, sus correas zumbaban sobre los tambores, de vez en cuando las escobillas ronroneaban sordamente y el aire rugía constante entre los polos, uhuu, uhuu, uhuu. Una tenía las sujeciones sueltas y hacía vibrar el cobertizo. Pero la dinamo grande ahogaba todos estos pequeños ruidos con el continuo zumbido de su cilindro de hierro que, de alguna manera, hacía zumbar parte de la estructura metálica. El lugar hacía tambalear las cabezas de los visitantes con el sordo, monótono y constante latido de las máquinas, la rotación de las grandes ruedas, los giros de la válvula de bola, las ocasionales expulsiones del vapor, y, sobre todo, la nota profunda, incesante, como de rompeolas, de la gran dinamo. Este último ruido era un defecto desde el punto de vista de la ingeniería, pero Azuma-zi lo atribuía al poder y orgullo del monstruo.

Si fuera posible, haríamos que el lector estuviera escuchando los ruidos de ese cobertizo en cada una de estas páginas, contaríamos toda nuestra historia al compás de semejante acompañamiento. Era como una corriente constante de estrépito en la que el oído distinguía primero un ruido y después otro; se podía oír el

intermitente resoplar, jadear y bullir de las máquinas de vapor, la succión y el golpe seco de los pistones, el sordo zumbido del aire entre los radios de las grandes ruedas motrices, el restallar de las correas de cuero al tensarse y aflojarse, el irritante bullicio de las dinamos, y, sobre todos los demás, inaudible a veces, como si el oído se cansara de ella para volver de nuevo furtivamente a los sentidos, estaba la nota de trombón de la gran máquina. Al pisar, el suelo nunca parecía firme y seguro, sino que temblaba y trepidaba. El lugar desorientaba y aturdí lo suficiente como para reducir los pensamientos de cualquiera a extraños zigzags. Y en los tres meses que duraba la gran huelga de los mecánicos ni Holroyd, que era un esquírol, ni Azuma-zi, que era un simple negro, habían salido de aquel agitado remolino, sino que dormían y comían en la pequeña garita de madera situada entre el cobertizo y los portones de entrada.

Holroyd hizo una disertación teológica sobre la gran máquina poco después de llegar Azuma-zi. Tenía que gritar para hacerse oír: —Mira eso —decía Holroyd—. ¿Dónde está tu ídolo pagano que pueda igualársele?

Y Azuma-zi miraba. Durante unos momentos la voz de Holroyd fue inaudible, luego Azuma-zi oyó:

—Mata cien hombres. Doce por ciento mejores que los corrientes —dijo Holroyd—, y eso es algo muy parecido a un dios.

Holroyd estaba orgulloso de su gran dinamo, y habló tanto a Azuma-zi de su tamaño y potencia que Dios sabe qué extrañas representaciones mentales desataron dentro del negro y rizado cráneo su conversación y el estruendo incesante. Explicó del modo más gráfico la aproximadamente docena de maneras con las que la máquina podía matar a un hombre, y una vez le dio un buen susto como muestra. Desde entonces, en los descansos del trabajo —un trabajo pesado puesto que no sólo hacía el suyo, sino la mayor parte del de Holroyd—, Azuma-zi se sentaba a observar la gran máquina. De vez en cuando las escobillas chispeaban y lanzaban destellos azulados, lo que hacía proferir maldiciones a Holroyd, pero todo lo demás era tan suave y rítmico como la respiración. La rueda de transmisión corría zumbando sobre el eje, y siempre a las espaldas del que miraba se oía el complaciente golpe sordo del pistón. Así es que la máquina pasaba todo el día en ese ligero y amplio cobertizo,

siendo atendida por él y por Holroyd. No se hallaba aprisionada ni esclavizada para mover un barco como las otras máquinas que conocía —simples demonios cautivos del salomón británico—, sino que ésta estaba entronizada. Azuma-zi despreciaba por la pura fuerza del contraste las dos dinamos más pequeñas, y a la grande la bautizó secretamente con el título de *Dios de las dinamos*. Las pequeñas eran inquietas e irregulares, pero la grande era segura. ¡Qué grande era! ¡Qué fácil y sereno su funcionamiento! Mayor y más sosegada incluso que los budas que había visto en Rangún, y además no inmóvil, sino ¡viva! Las grandes bobinas negras giraban, giraban, giraban, los anillos daban vueltas bajo las escobillas y la profunda nota de su muelle fortalecía el conjunto. Esto afectó misteriosamente a Azuma-zi.

Azuma-zi no amaba el trabajo. Cuando Holroyd se marchaba a convencer al mozo del patio para que le trajera whisky, se sentaba por allí a observar al Dios de las dinamos, aunque su puesto no estaba en el cobertizo de la dinamo, sino detrás de las máquinas, y, además, si Holroyd le pillaba remoloneando le golpeaba con una vara de grueso alambre de cobre. Se acercaba al coloso y se quedaba allí de pie mirando la gran correa de cuero que corría por encima. La correa tenía un parche negro y a él, por alguna razón, le gustaba contemplar en medio de todo aquel estruendo cómo volvía el parche una y otra vez. Extraños pensamientos bailaban al compás de aquella rotación. Los científicos nos cuentan que los salvajes atribuyen almas a las rocas y a los árboles, y una máquina es algo mil veces más vivo que una roca o un árbol. Azuma-zi era todavía prácticamente un salvaje, la civilización no había calado más allá de las baratas vestimentas, las magulladuras y las manos y la cara tiznadas de carbón. Su padre antes que él había adorado a un meteorito y quizá la sangre de sus parientes había salpicado las grandes ruedas del carro de Krishna.

Aprovechaba todas las oportunidades que le daba Holroyd para tocar y manejar la gran dinamo que le fascinaba. La pulía y limpiaba hasta que las partes metálicas deslumbaban con el sol, y, al hacerlo, experimentaba una misteriosa sensación de servicio. Solía acercarse a la máquina para tocar las bobinas suavemente. Los dioses que había adorado estaban todos muy lejos. Las gentes de Londres escondían a sus dioses.

Al fin sus oscuros sentimientos se fueron aclarando, convirtiéndose en ideas primero y en actos después. Una mañana, al entrar en el rugiente cobertizo, saludó reverentemente al Dios de las dinamos y después, cuando Holroyd estaba fuera, se acercó a la atronadora máquina para susurrarle que él era su servidor, y pedirle que tuviera piedad de él y lo librara de Holroyd. En ese momento un raro rayo de luz entró por el arco del trepidante cobertizo y el Dios de las dinamos, que giraba y rugía, parecía radiante con el dorado resplandor. Azuma-zi supo entonces que sus servicios eran del agrado de su Señor. Desde aquel momento ya no se sintió tan solo, porque verdaderamente había estado muy solo en Londres hasta entonces. Incluso después de terminado su trabajo, lo que no sucedía a menudo, vagaba por el cobertizo.

La próxima vez que Holroyd lo maltrató, Azuma-zi se fue inmediatamente a rezar al Dios de las dinamos:

—Contempla a tu siervo maltratado, ¡oh Dios mío!

Y el airado zumbido de la maquinaria pareció responderle. Después dio en creer que cada vez que Holroyd entraba en el cobertizo una nota diferente se incorporaba al sonido de la dinamo.

—Mi Señor aguarda el momento oportuno —se decía—. La iniquidad del necio no es todavía completa.

Y vigilaba a la espera del ajuste final. Un día había muestras de cortocircuito y Holroyd, al hacer una revisión imprudente —era por la tarde—, recibió una sacudida bastante fuerte. Azuma-zi, que estaba detrás de la máquina, le vio saltar y maldecir a la pecadora bobina.

—Ya está avisado —se dijo Azuma-zi—. Ciertamente mi Señor es muy paciente.

Al principio Holroyd había iniciado a su negro en aquellos aspectos elementales del funcionamiento de la dinamo que le permitieran hacerse cargo del cobertizo temporalmente durante su ausencia. Pero cuando observó el comportamiento de Azuma-zi con el monstruo empezó a sospechar. Se dio cuenta veladamente de que su ayudante tramaba algo, y relacionándole con la utilización de aceite en las bobinas que había dañado al barniz protector en una parte, dictó la siguiente orden voceada sobre el ruido de la maquinaria:

—¡No te acerques más a la dinamo grande, Pooh-bah, o te

desuello vivo!

Además, precisamente porque a Azuma-zi le gustaba estar junto a la gran máquina, era de puro sentido común el mantenerlo alejado de ella.

Azuma-zi obedeció entonces, pero más tarde Holroyd le sorprendió haciendo reverencias al Dios de las dinamos, así que le dobló el brazo y lo pateó cuando se volvió para marcharse. Tan pronto como Azuma-zi estuvo detrás de la máquina con la mirada fija en la espalda del odiado Holroyd, los ruidos de la maquinaria adoptaron nuevos ritmos y sonaban como cuatro palabras de su idioma nativo.

Es difícil decir con cierta exactitud qué es la locura, pero me imagino que Azuma-zi estaba loco. Los ruidos y las rotaciones incesantes del cobertizo de las dinamos quizás habían revuelto completamente sus pocos conocimientos y sus muchas supersticiones produciendo finalmente una especie de delirio. En cualquier caso, cuando en medio de ese frenesí vislumbró la idea de hacer con Holroyd un sacrificio humano a la dinamo-ídolo, le invadió un tumultuoso y extraño regocijo.

Esa noche los dos hombres con sus negras sombras estaban solos en el cobertizo que, iluminado con una gran lámpara, centelleaba trémulos destellos rojizos. Las sombras oscurecían la parte posterior de las dinamos, así que las bolas reguladoras de las máquinas iban de la luz a las tinieblas y los pistones golpeaban estrepitosa y regularmente. El mundo exterior, visto desde el extremo abierto del cobertizo, parecía increíblemente incierto y remoto. Parecía, también, absolutamente silencioso, puesto que el estruendo de la maquinaria ahogaba todo sonido exterior. A lo lejos quedaba la negra valla del patio, y tras ella las casas grises y borrosas, y encima el profundo cielo azul y las diminutas y pálidas estrellas. De repente Azuma-zi cruzó el centro del cobertizo sobre el que se desplazaban las correas de cuero y se metió en la sombra de la gran dinamo. Holroyd oyó un chasquido, y el giro del inducido cambió.

—¿Qué diablos estás haciendo con ese interruptor? —gritó sorprendido—. ¿No te había dicho...?

Luego vio la resuelta expresión en la mirada de Azuma-zi cuando el asiático salió de la sombra y avanzó hacia él.

A continuación los dos hombres peleaban ferozmente delante de

la gran dinamo.

—¡Tú, idiota, cabeza de café! —jadeó Holroyd con la mano del negro en la garganta—. ¡Aparta esos anillos de contacto!

Al instante una zancadilla le tambaleaba de espaldas sobre el Dios de las dinamos. Instintivamente retiró las manos de su antagonista para protegerse de la máquina.

El mensajero enviado a toda prisa desde la planta para averiguar lo que había sucedido en el cobertizo de las dinamos se encontró a Azuma-zi en la caseta del portero junto a la entrada. Azuma-zi intentaba explicar algo, pero el mensajero no lograba sacar nada en claro del incoherente inglés del negro y continuó apresuradamente hasta el cobertizo. Las máquinas estaban todas funcionando ruidosamente y nada parecía desajustado. Se apreciaba, no obstante, un peculiar olor a pelo chamuscado. Luego vio una gran masa arrugada, de aspecto extraño, que colgaba de la parte delantera de la gran dinamo, y, al acercarse, reconoció los deformados restos de Holroyd.

El hombre miró fijamente y dudó un momento. Luego vio la cara y cerró los ojos convulsivamente, dándose la vuelta antes de abrirlos de nuevo para no volver a ver a Holroyd, y salió del cobertizo en busca de asesoramiento y ayuda.

Cuando Azuma-zi vio morir a Holroyd atrapado por la gran dinamo, las consecuencias de su acto le alarmaron algo. Sin embargo sentía un gozo extraño y sabía que el Dios de las dinamos tenía puesta en él su predilección. Cuando encontró al hombre que venía de la planta ya tenía el plan decidido, y el director técnico, que llegó rápidamente al lugar de los hechos, sacó precipitadamente la conclusión obvia de suicidio. Este experto apenas si reparó en Azuma-zi excepto para hacerle unas preguntas.

—¿Vio a Holroyd suicidarse?

Azuma-zi explicó que había estado fuera de allí, en el fogón de la máquina, hasta que notó un ruido diferente en las dinamos. No fue un examen difícil al no estar influido por la sospecha.

Los deformados restos de Holroyd, que el electricista retiró de la máquina, fueron rápidamente cubiertos por el portero con un mantel manchado de café. Alguien tuvo la feliz ocurrencia de ir a buscar un médico. Lo que realmente preocupaba al experto era poner de nuevo en funcionamiento la máquina, pues siete u ocho

trenes estaban parados en medio de los sofocantes túneles del ferrocarril eléctrico. Así que hizo volver rápidamente al fogón a Azuma-zi, que estaba respondiendo o equivocando las preguntas de la gente que por autoridad o atrevimiento había entrado en el cobertizo. Por supuesto una muchedumbre se congregó a las puertas del patio —en Londres, por razones desconocidas, siempre hay una multitud rondando durante un día o dos junto al escenario de una muerte repentina—, dos o tres reporteros se colaron de alguna forma en el cobertizo, y uno llegó hasta Azuma-zi, pero el experto, que era también periodista aficionado, los sacó de allí.

Luego se llevaron el cadáver, y el interés de la gente desapareció con él. Azuma-zi permaneció inmóvil y silencioso junto a su fogón viendo una y otra vez entre los carbones una figura que se retorció violentamente y luego se quedaba quieta. Una hora después del asesinato cualquiera que entrara en el cobertizo tendría la impresión de que allí nunca había pasado nada extraordinario. Poco después, fisgando desde su rincón, el negro veía al Dios de las dinamos girar y rotar junto a sus hermanos menores, y las ruedas motoras se movían con fuerza y los pistones de vapor golpeaban con su ruido acostumbrado, exactamente igual que al comienzo de la noche. Después de todo, desde el punto de vista mecánico había sido un incidente de lo más insignificante, la simple desviación de una corriente. Pero ahora la sólida corpulencia de Holroyd estaba reemplazada por la delgada figura y la escasa sombra del director técnico que iba y venía por la línea de luz sobre el suelo trepidante debajo de las correas entre los motores y las dinamos.

—¿No he servido a mi Señor? —susurró Azuma-zi desde la oscuridad, y la nota de la gran dinamo sonó plena y clara.

Mientras contemplaba el gran mecanismo rotatorio, la extraña fascinación que ejercía sobre él, un tanto paralizada desde la muerte de Holroyd, volvía a adquirir toda su fuerza. Jamás había visto Azuma-zi a un hombre asesinado tan rápida y despiadadamente. La gran máquina rugiente había aniquilado a su víctima sin vacilar un segundo en su golpear incesante. Ciertamente era un gran dios.

El director técnico, ajeno a los pensamientos de Azuma-zi, estaba de pie dándole la espalda. Su sombra se proyectaba sobre los pies del monstruo.

¿Estaba el Dios de las dinamos todavía hambriento? Su servidor estaba dispuesto.

Azuma-zi dio un cauteloso paso hacia adelante, luego se detuvo. El director técnico de repente dejó de escribir, caminó por el cobertizo hasta el final de las dinamos y comenzó a examinar las escobillas.

Azuma-zi dudó un momento y luego se deslizó silenciosamente hasta la sombra junto al interruptor. Allí esperó. Al poco tiempo se podían oír los pasos del director técnico que volvía. Se detuvo en el mismo sitio que antes sin advertir al fogonero, agazapado a tres metros de distancia. Entonces la gran dinamo silbó de repente, y al instante, Azuma-zi se abalanzaba sobre él desde la oscuridad.

El director técnico se vio agarrado y empujado hacia la gran dinamo. Pateando con las rodillas y forzando con las manos la cabeza de su antagonista, logró liberar la cintura y evitar la máquina con un balanceo. Luego el negro lo cogió de nuevo, poniéndole la cabeza rizada contra el pecho, y estuvieron tambaleándose y jadeando durante lo que pareció un siglo. A continuación el director técnico se sintió impelido a colocar una oreja negra entre sus dientes y morder furiosamente. El negro dio un grito espantoso.

Rodaron por el suelo, y el negro, que aparentemente se había zafado de la maldad de los dientes o desprendido de una oreja —el director técnico no sabía en aquel momento cuál de las dos—, intentó estrangularlo. El director técnico estaba haciendo vanos esfuerzos para coger algo con las manos y dar puntapiés, cuando se oyó el grato sonido de rápidos pasos sobre el suelo. Al momento Azuma-zi lo dejó y se precipitó hacia la gran dinamo. Hubo un chisporroteo en medio del ruido.

El empleado de la empresa que había entrado se quedó mirando cómo Azuma-zi cogía con sus manos los terminales al descubierto, sufría una horrible convulsión y luego colgaba inmóvil de la máquina con la cara violentamente deformada.

—Me alegro muchísimo de que llegaras cuando lo hiciste —dijo el director técnico todavía sentado en el suelo.

Miró a la figura aún palpitante.

—No es una muerte agradable, aparentemente, pero es rápida.

El empleado todavía miraba fijamente el cadáver. Era un

hombre de comprensión lenta.

Hubo una pausa.

El director técnico se puso en pie torpemente. Se pasó los dedos por el cuello con cuidado y movió la cabeza varias veces.

—¡Pobre Holroyd! Ahora comprendo.

Luego, casi mecánicamente, se dirigió al interruptor que estaba en la oscuridad y volvió de nuevo la corriente al circuito del ferrocarril. Al hacerlo, el cuerpo chamuscado se soltó de la máquina y cayó de cara hacia adelante. El cilindro de la dinamo rugió alto y claro, y el inducido batió el aire.

Así terminó prematuramente el culto al Dios de las dinamos, quizá la más efímera de todas las religiones. A pesar de su brevedad también pudo vanagloriarse de al menos un martirio y un sacrificio humano.

EL ROBO EN EL PARQUE DE HAMMERPOND

Es un punto controvertido si el robo en domicilios ha de considerarse un deporte, un oficio o un arte. Para oficio la técnica es muy poco rigurosa, y sus pretensiones de que se lo considere un arte están viciadas por el elemento mercenario que determina sus triunfos. En general lo más apropiado parece ser clasificarlo como deporte, un deporte para el que en la actualidad todavía no se han formulado las reglas y cuyos premios se distribuyen de una manera extremadamente informal. Fue esta informalidad del robo domiciliario lo que llevó a la lamentable extinción de dos prometedores novatos en el parque de Hammerpond.

Los premios ofrecidos en este asunto consistían principalmente en diamantes y otros diversos objetos personales propiedad de la recién casada Lady Aveling. Dicha señora, como recordará el lector, era la hija única de la señora Montague Pangs, la famosa anfitriona. Su enlace matrimonial con Lord Aveling fue extensamente anunciado en los periódicos, así como la cantidad y calidad de los regalos de boda, y el hecho de que la luna de miel la iban a pasar en Hammerpond. El anuncio de estos valiosos premios creó una gran sensación en el pequeño círculo cuyo líder indiscutible era el señor Teddy Watkins y se decidió que, acompañado por un ayudante debidamente cualificado, visitaría la aldea de Hammerpond en plan profesional.

Siendo como era hombre de natural retraído y modesto, el señor Watkins decidió realizar la visita de incógnito y, tras considerar debidamente las condiciones de la empresa, escogió el papel de pintor de paisajes y el nada comprometido apellido de Smith. Precedió a su ayudante, quien, según se decidió, no se le uniría hasta la última tarde de su estancia en Hammerpond.

Ahora bien, el pueblecito de Hammerpond es uno de los rincones más bellos de Sussex. Todavía sobreviven muchas casas

con tejado de paja; la iglesia, construida en pedernal y con la alta aguja de la torre anidando bajo la colina es una de las más finas y menos restauradas del país, y los bosques de hayas y junglas de helecho por los que discurre la carretera hasta la gran mansión son especialmente ricos en lo que los artistas y fotógrafos vulgares llaman *estampitas*. De forma que cuando llegó el señor Watkins con dos lienzos vírgenes, un caballete flamante, una caja de pintura, baúl de viaje, una ingeniosa escalerilla construida por secciones —siguiendo el modelo del difunto y llorado maestro Charles Peace—, palanca y rollos de alambre se encontró con que le daban la bienvenida con efusión y cierta curiosidad media docena de otros hermanos del pincel. Esto convirtió en inesperadamente plausible el disfraz que había escogido, pero le obligó a soportar una cantidad considerable de conversación estética para la que estaba muy mal preparado.

—¿Ha hecho muchas exposiciones? —preguntó el joven Porson en el bar *Coches y Caballos*, donde el señor Watkins acumulaba hábilmente información local la noche de su llegada.

—Muy pocas —respondió Watkins—, sólo alguna que otra.

—¿En la Academia?

—En su momento. Y en el Palacio de Cristal.

—¿Le colgaron bien? —preguntó Porson.

—No diga tonterías —dijo el señor Watkins—. Eso no me gusta.

—Quería decir si le pusieron los cuadros en un buen sitio.

—¿Qué insinúa? —preguntó suspicaz el señor Watkins—. Se diría que estaba tratando de averiguar si me habían puesto a la sombra.

Porson había sido criado por unas tías y, a pesar de ser artista, era un joven educado. No sabía lo que significaba *ser puesto a la sombra*, pero pensó que lo mejor era indicar que no pretendía nada de eso. Como la cuestión de colgar parecía un punto doloroso para el señor Watkins, trató de desviar un poco la conversación.

—¿Hace usted pintura figurativa?

—No, nunca se me dieron los números^[3] —respondió el señor Watkins—. Mi señora, la señora Smith, quiero decir, se encarga de todo eso.

—¡Ella pinta también! —exclamó Porson—. Eso es bastante divertido.

—Mucho —opinó el señor Watkins, aunque realmente no lo pensaba, y, sintiendo que la conversación se le estaba yendo un poco de las manos, añadió—: He venido aquí para pintar la mansión de Hammerpond a la luz de la luna.

—¡Hombre! —exclamó Porson—, es una idea bastante novedosa.

—Sí —aseguró el señor Watkins—. Me pareció una idea bastante buena cuando se me ocurrió. Espero empezar mañana por la noche.

—¿Qué? No pretenderá pintar al aire libre de noche.

—Sí, eso es lo que pretendo no obstante.

—Pero ¿cómo verá el lienzo?

—Con una maldita linterna de policía... —comenzó el señor Watkins respondiendo demasiado rápidamente a la pregunta, y luego, dándose cuenta de ello, le pidió a voces otro vaso de cerveza a la señorita Durgan.

—Voy a utilizar algo llamado linterna oscura —le dijo a Porson.

—Pero ahora estamos a punto de luna nueva —objetó Porson—. No habrá luna.

—En cualquier caso la mansión estará allí. Yo voy, ya sabe, a pintar primero la casa y después la luna.

—¡Oh! —exclamó Porson demasiado sorprendido para continuar la conversación.

—Aseguran —intervino el viejo Durgan, el dueño del bar, que había mantenido un respetuoso silencio durante la conversación técnica— que hay no menos de tres policías procedentes de Hazelworth de servicio en la mansión a causa de las joyas de la tal Lady Aveling. Uno de ellos le ganó cuatro chelines y seis peniques al segundo mayordomo a cara o cruz.

Al día siguiente hacia el crepúsculo el señor Watkins, lienzo virgen, caballete y una caja muy considerable con otros utensilios en la mano, caminó por el agradable sendero a través de los bosques de hayas hacia el parque de Hammerpond y clavó su aparato en una posición que dominaba la mansión. Allí fue observado por el señor Raphael Sant, que volvía de un estudio de las canteras de creta cruzando el parque. Habiéndole picado la curiosidad lo que Porson relataba del recién llegado, se dio la vuelta con la idea de discutir el arte nocturno.

El señor Watkins aparentemente no se dio cuenta de su llegada. Acababa de terminar una conversación amistosa con el mayordomo

de Lady Hammerpond y aquel sujeto se alejaba rodeado de los tres perros favoritos una vez cumplida la obligación que tenía de pasearlos después de la cena. El señor Watkins estaba mezclando colores con aire de gran concentración. Sant, acercándose más, quedó sorprendido al ver que el color en cuestión era un verde esmeralda tan fuerte y brillante como es posible imaginar. Habiendo cultivado una extrema sensibilidad al color desde su más temprana edad, expulsó el aire bruscamente entre los dientes tan pronto como vislumbró esa mezcla. El señor Watkins se volvió. Parecía molesto.

—¿Qué diablos va a hacer usted con ese verde brutal? —preguntó Sant.

El señor Watkins comprendió que su celo en aparecer ocupado a los ojos del mayordomo evidentemente le había traicionado haciéndole cometer algún error técnico. Miró a Sant y dudó.

—Perdone mi rudeza —dijo Sant—, pero realmente ese verde es demasiado sorprendente. Me conmovió. ¿Qué pretende hacer con él?

El señor Watkins hacía acopio de fuerzas. Sólo una actitud decidida podía salvar la situación.

—Si viene aquí a interrumpir mi trabajo —dijo—, le voy a pintar la cara con él.

Sant se retiró, pues tenía sentido del humor y era hombre pacífico. Bajando el monte se encontró con Porson y Wainwright.

—Una de dos, ese hombre es un genio o un lunático peligroso —explicó—, subid aunque sólo sea a ver su color verde.

Y continuó su camino, el semblante iluminado por la agradable premonición de una animada refriega en torno a un caballete al anochecer y el derramamiento de mucha pintura verde.

Pero con Porson y Wainwright el señor Watkins fue menos agresivo y les explicó que el verde estaba pensado para ser la primera capa del cuadro. Se trataba, según admitió en respuesta a una observación, de un método absolutamente nuevo, inventado por el mismo. Pero a continuación se hizo más reticente, explicó que no iba a contar a todo el que pasara el secreto de su propio y particular estilo y añadió algunos comentarios sobre la bajeza de alguna gente que remoloneaba por allí para enterarse de los trucos que podía de los maestros, lo que inmediatamente le alivió de su

compañía.

El anochecer se hizo más oscuro, primero apareció una estrella y después otra. Las cornejas de los altos árboles a la izquierda de la mansión hacía tiempo que habían caído en soporífero silencio, la mansión misma había perdido todos los detalles de su arquitectura convirtiéndose en un contorno gris oscuro, y entonces las ventanas del salón lucieron brillantes, se iluminó la galería de las plantas y aquí y allá amarilleó alguna que otra ventana de dormitorio.

Si alguien se hubiera acercado al caballete en el parque lo habría encontrado abandonado. Una palabra breve y grosera en un verde brillante manchaba la pureza del lienzo. El señor Watkins estaba ocupado en los arbustos con su ayudante, que se le había unido directamente desde la carretera. El señor Watkins tendía a autofelicitarse por el ingenioso ardid que había empleado para transportar su aparato descaradamente a la vista de todos justo hasta el teatro de operaciones.

—Ése es el vestidor —explicó a su ayudante—, y tan pronto como la doncella se lleve la vela y baje a cenar haremos una visita. ¡Caramba! ¡Qué bonita está la mansión a la luz de las estrellas y con todas las ventanas y luces! Que me aspen, Jim, si ahora no me gustaría ser un pintor de éstos. Encárgate de poner el alambre cruzando el sendero desde la lavandería. Se acercó cautelosamente a la mansión hasta que estuvo bajo la ventana del vestidor y comenzó a ensamblar la escalera plegable. Era un profesional demasiado experimentado para sentir ninguna excitación desacostumbrada. Jim estaba explorando el salón de fumar. De repente, muy cerca del señor Watkins, en los arbustos, hubo un choque violento y una maldición sofocada. Alguien había tropezado con el alambre que su ayudante acababa de poner. Oyó pies que corrían por el sendero de grava de más allá. El señor Watkins, como todo buen artista, era particularmente tímido, y sin poder contenerse dejó caer la escalera plegable y empezó a correr prudentemente por los arbustos. Era confusamente consciente de que dos personas venían pisándole los talones y creyó que distinguía el contorno de su ayudante delante de él. En otro instante había saltado el bajo muro de piedra que deslindaba los arbustos y estaba en parque abierto. Dos golpes secos sobre el césped siguieron a su propio salto.

Se trataba de una ceñida persecución en la oscuridad a través de los árboles. El señor Watkins, de constitución ágil y bien entrenado, ganó, golpe a golpe, a la figura que jadeaba trabajosamente por delante. Ninguno habló, pero como el señor Watkins se puso de prisa a su lado, le sobrevino un escrúpulo de duda terrible. El otro hombre volvió la cabeza al mismo tiempo y profirió una exclamación de sorpresa.

—No es Jim —pensó el señor Watkins, y simultáneamente el extraño se lanzó, como si dijéramos, a las rodillas de Watkins y directamente estaban luchando a brazo partido los dos juntos en el suelo.

—Échame una mano, Bill —gritó el extraño cuando llegó el tercer hombre.

Y Bill lo hizo, de hecho, con las dos manos y recalcando con algunos pies. El cuarto hombre, presumiblemente Jim, al parecer se había dado la vuelta y dirigido en una dirección diferente. En cualquier caso no se unió al trío.

La memoria del señor Watkins sobre los incidentes ocurridos en los dos minutos siguientes es extremadamente vaga. Se acuerda oscuramente de tener el pulgar en la comisura de la boca del primer hombre y de que, sintiendo ansiedad por su seguridad y durante unos segundos al menos, mantuvo contra el suelo la cabeza del caballero que respondía al nombre de Bill agarrándole por el cuello. También fue pateado en gran número de sitios diferentes aparentemente por una ingente multitud. Después el caballero que no era Bill logró poner la rodilla bajo el diafragma de Watkins y trató de doblarle sobre ella.

Cuando sus sensaciones se hicieron menos confusas estaba sentado sobre el césped y ocho o diez hombres —la noche era oscura y estaba demasiado confuso para contar— estaban de pie a su alrededor, aparentemente esperando a que se recuperara. Tristemente llegó a la conclusión de que había sido capturado y probablemente habría hecho algunas reflexiones filosóficas sobre la veleidad de la fortuna si sus sensaciones internas no le hubieran quitado las ganas de hablar.

Rápidamente observó que no tenía las manos esposadas y luego le pusieron en ellas un frasco de brandy. Esto le emocionó un poco —era una amabilidad tan inesperada.

—Está volviendo en sí —dijo una voz que se imaginó pertenecía al segundo lacayo de Hammerpond.

—Los tenemos, señor, a los dos —dijo el mayordomo de Hammerpond, el hombre que le había ofrecido el frasco—. Gracias a usted.

Nadie respondió a esta observación. Sin embargo no llegó a comprender cómo se la aplicaban a él.

—Está bastante aturdido —dijo una voz extraña—, el bribón casi lo mata.

El señor Teddy Watkins decidió seguir bastante aturdido hasta comprender mejor la situación. Se percató de que dos de las negras figuras que le rodeaban estaban en pie una junto a la otra con aire abatido y había algo en la posición de los hombros que sugirió a sus experimentados ojos que tenían las manos atadas. ¡Dos! Se irguió con la rapidez del rayo. Vació el pequeño frasco y se tambaleó hasta ponerse en pie con la ayuda de unas manos serviciales. Hubo un murmullo de simpatía.

—Deme la mano, señor, deme la mano —dijo una de las figuras junto a él—. Permítame que me presente. Tengo una gran deuda con usted. Eran las joyas de mi mujer, Lady Aveling, las que atrajeron a estos dos bribones a la mansión.

—Encantado de conocer a su excelencia —dijo Teddy Watkins.

—Supongo que vio a los bribones dirigiéndose a los arbustos y cayó sobre ellos.

—Eso es exactamente lo que pasó —dijo el señor Watkins.

—Debería usted haber esperado a que entraran por la ventana —explicó Lord Aveling—. Lo habrían tenido mucho peor si de hecho hubieran cometido el robo. Y tuvo suerte de que dos policías estuvieran fuera junto a la verja y les siguieran a ustedes tres. Dudo que usted solo hubiera podido apresar a los dos, aunque fue condenadamente valiente por su parte de todas formas.

—Sí, debí haber pensado en todo eso —dijo el señor Watkins—, pero no se puede pensar en todo.

—Desde luego que no —asintió Lord Aveling—. Siento que le hayan magullado un poco —añadió.

La partida se dirigía ahora hacia la mansión.

—Cojea bastante. ¿Puedo ofrecerle mi brazo?

Y en lugar de acceder a la mansión de Hammerpond por la

ventana del vestidor, el señor Watkins entró en ella —ligeramente intoxicado y ahora propenso de nuevo a la alegría— del brazo de un auténtico par del reino de carne y hueso y por la puerta principal.

—¡Esto —pensó el señor Watkins— es robar con estilo!

Los bribones, vistos a la luz de gas, demostraron ser puros aficionados locales, desconocidos para el señor Watkins. Les bajaron a la despensa, siendo allí vigilados por tres policías, dos guardas con las escopetas cargadas, el mayordomo, un mozo de cuadra y un carretero, hasta que el amanecer permitió su traslado a la comisaría de policía de Hazelworth. Al señor Watkins le obsequiaron en el salón. Le dedicaron todo un sofá y no quisieron ni oír hablar de su vuelta al pueblo esa noche. Lady Aveling estaba segura de que era brillantemente original y expuso su idea de que Turner era otro tipo semejante, tosco, medio borracho, de mirada profunda e ingenioso. Alguien trajo una notable escalerilla plegable que había sido recogida en los arbustos y le mostró cómo se ensamblaba. También le describieron cómo se habían encontrado alambres en los arbustos, evidentemente colocados allí para hacer caer a perseguidores incautos. Había tenido suerte de haberse librado de esas trampas. Y le enseñaron las joyas.

El señor Watkins tuvo el sentido común de no hablar demasiado y ante cualquier dificultad en la conversación se refugiaba en sus dolores internos. Al final la rigidez de espalda y el bostezo se apoderaron de él. De repente todo el mundo cayó en la cuenta de que era una vergüenza tenerle allí hablando después de la refriega, así que se retiró temprano a su habitación, la habitacioncita roja contigua a la suite de Lord Aveling.

La aurora encontró un caballete abandonado que soportaba un lienzo con una inscripción verde en el parque de Hammerpond y encontró la mansión de Hammerpond alborotada. Pero si encontró al señor Watkins y a los diamantes de Lady Aveling no comunicó la información a la policía.

LA POLILLA

Probablemente haya oído hablar de Hapley, no WT Hapley, el hijo, sino el célebre Hapley, el Hapley de *Periplaneta Hapliia*, Hapley el entomólogo.

Si así es, conocerá al menos la gran enemistad entre Hapley y el profesor Pawkins, aunque algunas de sus consecuencias sean nuevas para usted. Para aquellos que no están al tanto serán necesarias dos o tres palabras de explicación que el lector perezoso puede repasar de un vistazo si así se lo pide su indolencia.

Es sorprendente lo ampliamente extendida que está la ignorancia de asuntos de tantísima importancia como esta enemistad Hapley-Pawkins. Lo mismo sucede con esas controversias que hacen época, esas que han convulsionado a la Sociedad Geográfica, son, lo creo de veras, casi completamente desconocidas fuera de los socios que constituyen esa institución. He oído a hombres bastante cultos referirse a las grandes escenas de esas reuniones como *riñas de sacristía*. Sin embargo, el gran odio entre los geólogos ingleses y escoceses ha durado ya medio siglo y ha dejado profundas y abundantes marcas en el cuerpo de la ciencia. Y este asunto entre Hapley y Pawkins, aunque quizás una cuestión más personal, levantó pasiones tan profundas, incluso más profundas. El hombre de la calle no tiene ni idea del celo que anima a un investigador científico, la furia de contradicción que se puede provocar en él. Es una nueva forma del *odium teologicum*. Hay hombres, por ejemplo, que estarían contentos de quemar a Sir Ray Lankaster en Smithfield por su tratamiento de los Moluscos en la Enciclopedia Británica. Esa fantástica extensión de los cefalópodos para cubrir los Pteropodos... Pero me estoy desviando de Hapley y Pawkins. Esta enemistad comenzó hace muchos años con una revisión de los Microlepidópteros —sean lo que sean— por Pawkins, en la que extinguió una nueva especie creada por Hapley. Hapley,

que siempre fue peleón, respondió con una mordaz denuncia de toda la clasificación de Pawkins^[4]. Pawkins, en su *Réplica*^[5], sugirió que el microscopio de Hapley era tan defectuoso como su capacidad de observación y le llamaba *entrometido irresponsable* —Hapley en esa época no era catedrático. En su contestación^[6] Hapley hablaba de *torpes coleccionistas* y describía, como por error, la revisión de Pawkins como un *milagro de ineptitud*. Era la guerra a cuchillo. Sin embargo apenas si interesaría al lector entrar en los detalles de la disputa entre estos dos grandes hombres y cómo la ruptura entre ellos se fue haciendo más profunda hasta que partiendo de los microlepidópteros estuvieron en guerra en cualquier cuestión abierta en entomología. Hubo ocasiones memorables. A veces las reuniones de la Real Sociedad de Entomología se parecían más que nada al Congreso de los Diputados. En conjunto creo que Pawkins estaba más cerca de la verdad que Hapley. Pero Hapley era muy hábil con su retórica, tenía un talento para ridiculizar raro en un hombre de ciencia, estaba dotado de una gran energía y tenía una aguda susceptibilidad para la ofensa en el asunto de las especies extinguidas, mientras que Pawkins era un hombre de presencia aburrida, monótono al hablar, de constitución no muy distinta a un barril de agua, excesivamente escrupuloso con los testimonios y se sospecha que intermediario en los nombramientos para puestos en los museos. Así que los jóvenes se agruparon en torno a Hapley y le aplaudieron. Fue una gran lucha, cruel desde el principio, y que llegó finalmente a un antagonismo implacable. Los sucesivos giros de la fortuna con ventajas primero para uno y después para el otro, con Hapley atormentado por algún éxito de Pawkins o Pawkins ensombrecido por Hapley, pertenecen más bien a la historia de la entomología que a esta narración.

Pero en 1891 Pawkins, que no había estado bien de salud durante algún tiempo, publicó un trabajo sobre el mesoblasto de la polilla *Cabeza de Muerte*. Lo que pueda ser el mesoblasto no importa un pito a esta historia. Pero el trabajo estaba muy por debajo de su nivel habitual y le dio a Hapley la oportunidad que había codiciado durante años. Debe de haber trabajado día y noche para explotar la situación al máximo. En una elaborada crítica le hizo trizas. Se puede uno imaginar su desordenado pelo negro y sus raros ojos oscuros echando chispas al tiempo que atacaba a su antagonista. Y

Pawkins dio una respuesta titubeante, ineficaz, con dolorosos intervalos de silencio, y, con todo, maligna. No hubo error sobre su voluntad de herir a Hapley ni en su incapacidad para hacerlo. Pero pocos de los que le oyeron —yo estuve ausente de la reunión— se dieron cuenta de lo enfermo que estaba el hombre.

Hapley derribó a su adversario y quiso acabar con él. Continuó con un ataque brutal a Pawkins en forma de disertación sobre la evolución de las polillas en general, un estudio que daba pruebas de una extraordinaria cantidad de trabajo, redactado en un tono violentamente polémico. Debe de haber cubierto el rostro de Pawkins de vergüenza y confusión. No dejaba escapatoria, era asesino en la argumentación y absolutamente despectivo en el tono, algo horrible para los últimos años de la carrera profesional de alguien.

El mundo de los entomólogos esperó expectante la réplica de Pawkins. Éste intentaría dar una, porque Pawkins siempre había estado dispuesto a pelear. Cuando llegó les sorprendió. Pues la réplica de Pawkins fue coger la gripe, que se convirtió en neumonía, y murió.

Fue quizá la réplica más eficaz que podía hacer en aquellas circunstancias, y en gran manera cambió la corriente de sentimiento contra Hapley. La misma gente que había jaleado con la mayor alegría a aquellos gladiadores se puso seria ante las consecuencias. No cabía ninguna duda razonable de que el enojo de la derrota había contribuido a la muerte de Pawkins. Incluso las controversias científicas tenían un límite, decía la gente seria. Otro ataque demoledor estaba ya en prensa y apareció el día antes del funeral. No creo que Hapley hiciera nada por pararlo. La gente recordó cómo Hapley había acosado a su rival y olvidó sus defectos. La sátira mordaz compagina mal con las cenizas frescas. El asunto provocó comentarios en la prensa diaria. Eso fue lo que me hizo pensar que probablemente usted hubiera oído hablar de Hapley y de la controversia. Pero, como ya he observado, los profesionales de la ciencia viven absortos en un mundo propio. Me atrevería a decir que la mitad de la gente que va por Piccadilly a la Academia cada año no sabría indicarle la sede de las sabias instituciones. Muchos incluso piensan que la investigación es una especie de jaula de familia feliz en la que toda clase de hombres viven juntos en paz.

En su interior, Hapley no pudo perdonar a Pawkins por morirle. En primer lugar era un mezquino ardid para escapar a la absoluta pulverización que le tenía preparada, y en segundo lugar dejó un extraño vacío en la mente de Hapley. Durante veinte años había trabajado mucho, a veces hasta altas horas de la noche y los siete días de la semana con microscopio, bisturí, red de recogida de insectos y pluma casi exclusivamente con referencia a Pawkins. La reputación europea que había ganado había llegado como un incidente de esa gran antipatía. Había conseguido llegar gradualmente a un clímax en esta última controversia. Había matado a Pawkins, pero también había dejado fuera de juego, por decirlo así, a Hapley, y su médico le aconsejó que abandonara el trabajo durante algún tiempo y descansara. Así que Hapley se fue a un pueblecito tranquilo de Kent y pensó día y noche en Pawkins y en las cosas buenas que ya era imposible decir sobre él.

Finalmente Hapley empezó a darse cuenta de en qué dirección iban sus preocupaciones. Decidió luchar contra ellas y comenzó intentando leer novelas. Pero no podía quitarse de la cabeza a Pawkins, con la cara pálida y en su último discurso —cada frase del cual era una hermosa oportunidad para Hapley. Se dedicó a la ficción, pero encontró que no le decía nada. Leyó *Island Nights Entertainments*^[7] hasta que su sentido de la causalidad quedó conmovido sin poderlo remediar de ninguna manera por *Bottle Imp*. Luego pasó a Kipling y observó que no probaba nada además de ser irreverente y vulgar. Los científicos tienen sus limitaciones. Entonces desgraciadamente probó con *Inner House*, de Besant, y el capítulo inicial le hizo pensar de inmediato en las sociedades científicas y en Pawkins.

Así que Hapley se dedicó al ajedrez y lo encontró algo más tranquilizador. Pronto dominó los movimientos, las principales tácticas y los cierres más frecuentes y empezó a ganar al Vicario. Pero entonces los contornos cilíndricos del rey que tenía enfrente empezaron a asemejarse a Pawkins de pie, hablando con voz entrecortada e ineficaz contra el jaque mate, y Hapley decidió dejar de jugar al ajedrez.

Quizás el estudio de alguna nueva rama de las ciencias fuera, después de todo, una diversión mejor. El mejor descanso es el cambio de ocupación. Hapley decidió enfrascarse en las diatomeas e

hizo que le trajeran de Londres uno de sus microscopios más pequeños y la monografía de Halibut. Pensó que quizá si pudiera establecer una vigorosa controversia con Halibut, sería capaz de empezar una vida nueva y olvidarse de Pawkins. Y muy pronto estaba trabajando duro a su enérgico estilo habitual en esos microscópicos moradores de las charcas de las cunetas.

Fue al tercer día dedicado a las diatomeas cuando Hapley tuvo conciencia de una nueva adición a la fauna local. Estaba trabajando tarde en el microscopio y la única luz en la habitación era la de la brillante lamparita con la forma especial de pantalla verde. Como todos los experimentados microscopistas, mantenía los dos ojos abiertos. Es la única forma de evitar fatiga excesiva. Tenía un ojo sobre el instrumento y delante de él, brillante y diferenciado, estaba el campo circular del microscopio a través del cual se movía lentamente una diatomea marrón. Con el otro ojo Hapley veía, por decirlo así, sin ver. Sólo era vagamente consciente del lateral metálico del instrumento, la parte iluminada del mantel, una hoja de notas, el pie de la lámpara y más allá la oscurecida habitación. De repente su atención se deslizó de un ojo al otro. El mantel era de un material llamado por los tenderos «de tapicería» y de colores bastante brillantes. El dibujo estaba en oro con una pequeña cantidad de carmesí y azul pálido sobre un fondo grisáceo. En algún punto el dibujo parecía desplazado y había en ese punto un movimiento de vibración de los colores.

Hapley echó bruscamente hacia atrás la cabeza y miró con los dos ojos. Se quedó con la boca abierta de asombro.

¡Era una polilla o mariposa grande con las alas extendidas al estilo de una mariposa!

Era raro que estuviera en la habitación, pues las ventanas estaban cerradas. Raro que no hubiera atraído su atención cuando revoloteaba hacia su posición actual. Raro que hiciera juego con el mantel. Todavía más raro para él, Hapley, el gran entomólogo que le fuera completamente desconocida. No había error. Gateaba lentamente hacia el pie de la lámpara.

—Un nuevo género. ¡Cielos! Y en Inglaterra —exclamó Hapley mirando fijamente.

Entonces pensó súbitamente en Pawkins. Nada le habría enloquecido más a Pawkins... Pero Pawkins estaba muerto.

Algo en torno a la cabeza y el cuerpo del insecto le sugería extraordinariamente a Pawkins, igual que había pasado con el rey del ajedrez.

—¡Maldito Pawkins! —dijo Hapley—, pero tengo que cogerlo. Y buscando a su alrededor algún medio de capturar la polilla, se levantó despacio de la silla. De repente el insecto se elevó, golpeó el borde de la pantalla —Hapley oyó el «ping»— y se desvaneció en la sombra.

En un momento Hapley había quitado la pantalla de un mandoble, de manera que toda la habitación estaba iluminada. La cosa había desaparecido, pero pronto su experimentado ojo la detectó sobre el papel de la pared junto a la puerta. Fue hacia ella utilizando la pantalla para capturarla. Sin embargo, antes de que estuviera a la distancia adecuada para descargar el golpe, se había elevado y estaba revoloteando por la habitación. Voló, como las de su especie, con repentinas arrancadas y giros que parecían esfumarse por aquí y reaparecer por allá. Una vez Hapley golpeó y falló, y después otra. La tercera vez dio al microscopio. El instrumento se balanceó, golpeó y tiró la lámpara y cayó ruidosamente al suelo. La lámpara cayó sobre la mesa, y, afortunadamente, se apagó. Hapley quedó a oscuras. Con un sobresalto, sintió a la extraña polilla chocando contra su cara.

Era enloquecedor. No tenía luz. Si abría la puerta de la habitación el insecto se escaparía. En la oscuridad vio con toda claridad a Pawkins riéndose de él. Pawkins siempre había tenido una risa hipócrita. Juró furiosamente y dio un pisotón contra el suelo. Sonaron tímidos golpes a la puerta. Luego ésta se abrió muy despacio, aproximadamente un pie quizá. El alarmado rostro de la patrona apareció tras la llama rosa de la vela. Llevaba puesto un gorro de dormir sobre el pelo gris y cierta prenda color púrpura sobre los hombros.

—¿Qué fue ese espantoso golpe? —preguntó—. ¿Se ha...?

La extraña polilla apareció revoloteando por el resquicio de la puerta.

—¡Cierre la puerta! —gritó Hapley, y bruscamente se abalanzó sobre ella.

La puerta se cerró con un rápido portazo. Hapley se quedó solo en la oscuridad. Luego en la pausa oyó a la patrona subir corriendo

las escaleras, cerrar la puerta con llave, arrastrar algo pesado por la habitación y ponerlo contra ella.

Hapley se dio cuenta de que su conducta y su aspecto habían sido extraordinarios y alarmantes.

—¡Maldita polilla! ¡Maldito Pawkins!

No obstante era una pena perder ahora la polilla. Fue a tientas al vestíbulo y encontró las cerillas después de mandar su sombrero al suelo con un ruido como el de un tambor. Con la vela encendida volvió a la sala de estar. No se veía polilla alguna. Sin embargo, una vez pareció por un momento que la cosa estaba revoloteando en torno a su cabeza. De manera totalmente repentina, Hapley decidió dejar la polilla e irse a la cama. Pero estaba excitado. Toda la santa noche el sueño fue interrumpido por pesadillas de la polilla, Pawkins y la patrona. Durante la noche se levantó de la cama dos veces y metió la cabeza en agua fría.

Una cosa tenía clara. Su patrona no podría entender nada de la polilla, especialmente dado que había fracasado en su captura. Nadie más que un entomólogo entendería bien cómo se sentía. Probablemente estaba aterrorizada por su comportamiento, y sin embargo no veía cómo podía explicárselo. Decidió no decir nada más sobre los sucesos de la última noche. Después del desayuno la vio en el jardín y decidió salir a hablar con ella para tranquilizarla. Le habló de habas, patatas, abejas, orugas y el precio de la fruta. Ella respondió a su manera habitual, pero le miró algo sospechosamente y siguió caminando al tiempo que él avanzaba de forma que siempre había una mata de flores o una hilera de habas o algo de ese tipo entre ellos. Después de un rato comenzó a sentirse particularmente irritado por esto, y para ocultar su vejación entró en casa y pronto salió a dar un paseo.

La polilla o mariposa, arrastrando un extraño sabor a Pawkins con ella, siguió entrometiéndose en ese paseo, aunque hizo todo lo que pudo para mantener la mente alejada de ella. Una vez la vio con toda claridad, con las alas aplastadas contra el viejo muro de piedra que corre por el límite oeste del parque, pero al acercarse a él observó que se trataba sólo de dos trozos de liquen gris y amarillo.

—Esto —dijo Hapley— es lo contrario del mimetismo. En lugar de una mariposa con aspecto de piedra, he aquí una piedra que se

parece a una mariposa.

Una vez algo saltó y revoloteó alrededor de su cabeza, pero mediante un esfuerzo de la voluntad se quitó de nuevo esa impresión del pensamiento. Por la tarde Hapley hizo una visita al Vicario y discutió con él de cuestiones teológicas. Estaban sentados en la pequeña pérgola cubierta de brezo y fumaban mientras discutían.

—Mire esa polilla —indicó Hapley bruscamente apuntando al borde de la mesa de madera.

—¿Dónde? —preguntó el Vicario.

—¿No ve una polilla sobre el borde de la mesa, allí? —inquirió Hapley.

—Desde luego que no —respondió el Vicario.

Hapley quedó como partido por un rayo. Jadeó. El vicario le miraba fijamente. Estaba claro que el hombre no veía nada.

—El ojo de la fe no es mejor que el ojo de la ciencia —dijo Hapley con torpeza.

—No comprendo su punto de vista —intervino el vicario pensando que era parte de la discusión.

Esa noche Hapley encontró la polilla gateando por la colcha. Se sentó en el borde de la cama en mangas de camisa y razonó consigo mismo. ¿Era una pura alucinación? Él sabía que estaba durmiendo y luchaba por su cordura con la misma silenciosa energía que anteriormente había desplegado con Pawkins. Los hábitos mentales son tan persistentes que él sentía como si todavía se tratara de la lucha con Pawkins. Conocía bien la Psicología. Sabía que semejantes ilusiones visuales ciertamente aparecen como resultado de tensiones mentales. Pero la cuestión estaba en que él no sólo vio la polilla, la había oído cuando tocó el borde de la pantalla y después cuando golpeó contra la pared, y había sentido que le golpeaba la cara en la oscuridad.

La miró. No era en absoluto como un sueño, sino perfectamente clara y con aspecto sólido a la luz de la vela. Vio el peludo cuerpo, las cortas antenas plumosas, las articuladas patas, incluso un sitio donde el plumón estaba borrado por el ala. Repentinamente se sintió furioso contra sí mismo por tener miedo de un pequeño insecto.

La patrona había hecho dormir a la sirvienta con ella esa noche

porque tenía miedo de estar sola. Además había cerrado la puerta con llave y puesto la cómoda contra ella. Escuchaban y hablaban en susurros después de ir a la cama, pero no ocurrió nada que las alarmara. Hacia las once se habían aventurado a apagar la vela y las dos se habían quedado dormidas. Despertaron con un sobresalto y se irguieron en la cama escuchando en la oscuridad.

Entonces oyeron ruido de zapatillas que iban de acá para allá en la habitación de Hapley. Cayó una silla y hubo un violento raspado de la pared. Luego un adorno de porcelana de la chimenea se hizo pedazos contra el guardafuego. De repente la puerta de la habitación se abrió y le oyeron en el descanso. Se pegaron la una a la otra, escuchando. Parecía que estaba bailando en la escalera. Ya bajaba tres o cuatro peldaños rápidamente ya los subía de nuevo, luego bajaba apresuradamente hasta el vestíbulo. Oyeron caer al paragüero y romperse el montante de la puerta. Después el cerrojo saltó y sonó el ruido de la cadena. Estaba abriendo la puerta.

Corrieron a la ventana. Era una noche gris y oscura. Una lámina casi continua de acuosas nubes cruzaba la luna y el seto y los árboles de delante de la casa destacaban en negro contra la carretera pálida. Vieron a Hapley con aspecto de fantasma en camisa y pantalones blancos corriendo de acá para allá en la carretera dando golpes al aire. Ya se paraba, ya se lanzaba rápidamente contra algo invisible, ya se movía sobre ello con sigilosas zancadas. Finalmente desapareció de la vista carretera arriba hacia la colina. Luego, mientras discutían quién debía bajar a cerrar la puerta con llave, volvió. Caminaba muy deprisa, entró directamente en la casa, cerró la puerta con cuidado y subió tranquilamente a su dormitorio. Entonces todo quedó en silencio.

—Señora Colville —dijo Hapley bajando la escalera a la mañana siguiente—, espero no haberla alarmado anoche.

—Ni que lo diga —respondió la señora Colville.

—El hecho es que soy sonámbulo y durante las últimas dos noches he estado sin mi medicina para dormir. No hay nada de que alarmarse realmente. Siento haber hecho tanto el ridículo. Cruzaré la colina hasta Shoreham para conseguir la medicina que me haga dormir bien. Debí haberlo hecho ayer.

Pero a medio camino por la colina, junto a las canteras de creta, la polilla se le presentó de nuevo a Hapley. Éste continuó, tratando

de mantener el pensamiento concentrado en problemas de ajedrez, pero no servía de nada. El insecto le revoloteó en la cara y él le lanzó un golpe con el sombrero en defensa propia. Luego, la rabia, la vieja rabia, la rabia que había sentido contra Pawkins, le dominó de nuevo. Siguió saltando y atacando al insecto que se movía en remolinos. Súbitamente pisó en el aire y cayó de bruces.

Hubo un vacío en sus sensaciones y Hapley se encontró sentado sobre un montón de pedernales delante del comienzo de los pozos de yeso con una pierna torcida debajo de él. La extraña polilla estaba todavía revoloteando en torno a su cabeza. La golpeó con la mano y volviendo la cabeza vio a dos hombres que se le acercaban. Uno era el médico del pueblo. A Hapley le pareció buena suerte. Después le vino a la cabeza con extraordinaria viveza que nadie sería capaz de ver la extraña polilla jamás excepto él y que le interesaba mantener silencio sobre ella.

No obstante, aquella noche, ya tarde, después de componerle la pierna rota, estaba febril y se olvidó de dominarse. Yacía tumbado en la cama y empezó a recorrer la habitación con la vista para ver si la polilla estaba todavía por allí. Intentó no hacerlo, pero sin resultado alguno. Pronto la avistó descansando muy cerca de su mano, junto a la lámpara de noche, sobre el mantel verde. Las alas temblaban. Con un brusco arrebató de ira la golpeó con el puño y la enfermera se despertó con un chillido. Había fallado.

—Esa polilla —dijo y añadió luego—. Imaginaciones más. ¡Nada!

Todo el tiempo pudo ver con entera claridad que el insecto andaba por la cornisa y cruzaba lanzado la habitación, y también pudo ver que la enfermera no veía nada y le miraba de forma extraña. Tenía que controlarse, sabía que estaba perdido si no se controlaba. Pero a medida que avanzaba la noche le subió la fiebre y el mismísimo terror que tenía de ver la polilla le hizo verla. Hacia las cinco, justo cuando la aurora estaba gris, trató de levantarse de la cama para cogerla a pesar de que la pierna le ardía de dolor. La enfermera tuvo que forcejear con él.

Por culpa de ello le ataron a la cama. En esa situación la polilla se tornó más osada y una vez la sintió posándosele en el pelo. Entonces, como golpeó violentamente con los brazos, se los ataron también. A continuación la polilla vino a gatear por su rostro y

Hapley juró, gritó, les suplicó en vano que se la quitaran de encima.

El médico era un imbécil, un médico de cabecera que acababa de licenciarse y completamente ignorante en psicología. Y sencillamente decía que no había ninguna polilla. De haber tenido algo de ingenio quizás hubiera podido todavía salvar a Hapley de su destino aceptando su alucinación y tapándole la cara con una gasa como suplicaba que le hicieran. Pero, como digo, el médico era un zopenco y hasta que se curó la pierna a Hapley le mantuvieron atado a la cama con la polilla imaginaria gateando sobre él. Nunca le abandonó cuando estaba despierto y en sus sueños creció hasta convertirse en un monstruo. Cuando estaba despierto anhelaba dormir y del sueño se despertaba gritando.

Así que ahora Hapley pasa el resto de sus días en una habitación acolchada obsesionado por una polilla que nadie más puede ver. El médico del asilo lo llama alucinación, pero Hapley cuando se encuentra mejor de ánimo y puede hablar dice que es el fantasma de Pawkins, y consecuentemente un espécimen único que merece la pena capturar.

EL TESORO EN EL BOSQUE

La canoa estaba acercándose ahora a tierra firme. La bahía se abría, y un intervalo en el blanco oleaje del arrecife indicaba el lugar por donde el pequeño río desembocaba en el mar. La zona de verde más espesa y profunda del bosque virgen delataba su curso bajando desde la distante ladera montañosa. Aquí el bosque casi llegaba hasta la playa. A lo lejos se levantaban las montañas de textura oscura y semejantes a nubes, como si fueran olas repentinamente heladas. El mar estaba en calma salvo por un oleaje casi imperceptible. El cielo resplandecía. El hombre del pequeño remo tallado a mano se detuvo.

—Debe de estar en algún sitio por aquí.

Puso el remo en la embarcación y estiró los brazos directamente delante de él. El otro hombre había estado en la parte delantera de la canoa escudriñando minuciosamente el terreno. Tenía en su rodilla una cuartilla de papel amarillento.

—Ven a ver esto, Evans.

Los dos hablaban bajo y tenían los labios duros y secos. El que se llamaba Evans vino tambaleándose por la canoa hasta que pudo mirar por encima del hombro de su compañero. El papel tenía el aspecto de un tosco mapa. De tanto doblarlo estaba tan arrugado y gastado que se rompió, y el otro hombre sostuvo los descoloridos fragmentos por donde se habían roto. Sólo se podía descifrar de forma borrosa, a lápiz casi borrado, el contorno de la bahía.

Aquí —dijo Evans— está el arrecife, y aquí está el hueco —deslizó la uña del pulgar por el dibujo—. Esta línea curva y torcida es el río. ¡Qué bien me vendría un trago ahora! Y esta estrella es el sitio.

—¿Ves esta línea de puntos? —dijo el que tenía el mapa—. Es una línea recta y va desde la abertura en el arrecife hasta un grupo de palmeras. La estrella está justo donde corta al río. Tenemos que

señalar el sitio cuando entremos en la laguna.

—Es extraño —comentó Evans tras una pausa—. ¿Para qué están estas pequeñas marcas aquí abajo? Parece el plano de una casa o algo así, pero no tengo ni idea de qué puedan significar todas esas rayitas por aquí y por ahí. ¿En qué está escrito?

—En chino —dijo el hombre con el mapa.

—Por supuesto. Era chino —recordó Evans.

—Todos eran chinos —subrayó el del mapa.

Los dos se sentaron durante unos minutos clavando la vista en tierra mientras la canoa se movía suavemente a la deriva. Luego Evans miró hacia el remo.

—Es tu turno con el remo, Hooker —le dijo.

Su compañero plegó tranquilamente el mapa, lo puso en el bolsillo, pasó a Evans con cuidado y comenzó a remar. Sus movimientos eran lánguidos, como los de alguien casi sin fuerzas.

Evans estaba sentado con los ojos medio cerrados observando el espumoso rompeolas de coral que se aproximaba cada vez más. El cielo estaba ahora como un horno porque el sol se hallaba cerca del cenit. Aunque estaban tan cerca del tesoro no sentía la exaltación que habían previsto.

La intensa excitación de la lucha por el plano y el largo viaje nocturno desde el continente en la canoa sin provisiones —para usar su propia expresión— *le habían quitado toda la emoción*. Había intentado levantar la moral pensando en los lingotes de los que habían hablado los chinos, pero su mente no se concentraba en ello y volvía tercamente a la idea de agua dulce haciendo rizos en la superficie del río y a la casi insoportable sequedad de los labios y la garganta. El rítmico batir del mar sobre el arrecife se hacía ahora audible y le proporcionaba un sonido agradable en los oídos; el agua batía el costado de la canoa y el remo goteaba entre cada golpe. Al poco empezó a quedarse adormilado.

Era todavía borrosamente consciente de la isla, pero una extraña textura onírica se entremezclaba con sus sensaciones. Una vez más volvía a la noche en que él y Hooker habían descubierto el secreto del chino. Vio los árboles iluminados por la luna, la pequeña hoguera ardiendo y las negras figuras de los tres chinos, plateados de un lado por la luz de la luna y dorados por el otro con el resplandor de la hoguera, y les oyó hablar en el inglés chapurreado

en China, pues venían de distintas provincias. Hooker fue el primero en captar la marcha de la conversación y le había hecho escuchar. Algunos fragmentos de la conversación eran inaudibles y otros incomprensibles. Un galeón español procedente de las Filipinas desesperadamente encallado y su tesoro enterrado hasta que pudieran volver por él era el trasfondo de la historia; la tripulación del naufragio diezmada por la enfermedad, una pelea o así y la necesidad de disciplina y finalmente la vuelta a los barcos sin que nunca más se volviera a oír hablar de ellos. Después Chang-hi, hacía de eso sólo un año, vagando por la playa se había topado por casualidad con los lingotes escondidos durante doscientos años, había desertado de su junco, y los había vuelto a enterrar con infinito esfuerzo él solo, pero con mucha seguridad. Puso mucho énfasis en lo de la seguridad, era un secreto exclusivamente suyo. Ahora lo que quería era ayuda para volver y exhumar los lingotes. Pronto apareció el pequeño mapa y las voces se apagaron. Una buena historia para que la oyeran dos desocupados calaveras británicos.

El sueño de Evans pasó al momento en que tenía la coleta de Chang-hi entre las manos. La vida de un chino apenas si es sagrada como la de un europeo. La astuta carita de Chang-hi, primero penetrante y furiosa como una serpiente espantada, y después terrible, traicionera y miserable, se destacó abrumadoramente en el sueño. Al final Chang-hi había puesto una sonrisa burlona, la mueca más incomprensible y sobrecogedora. Bruscamente las cosas se pusieron muy desagradables, como sucede a veces en los sueños. Chang-hi farfulló y lo amenazó. Vio en el sueño montones y montones de oro y a Chang-hi interponiéndose y luchando por retenerlo en su poder. Cogió a Chang-hi por la coleta, ¡qué grande era el bruto amarillo! ¡Y cómo luchaba y se reía! ¡Y además seguía creciendo y creciendo! Luego los relucientes montones de oro se convirtieron en un horno rugiente, y un enorme diablo de un sorprendente parecido con Chang-hi pero con un inmenso rabo negro comenzó a echar carbón. Le quemaron la boca horribilmente. Otro diablo gritaba su nombre: ¡Evans! ¡Evans!, dormilón; o ¿era Hooker? Se despertó. Estaban en la boca de la laguna.

Ahí están las tres palmeras. Tiene que estar en línea con esa mata de arbustos —dijo su compañero—. Fíjate bien. Si vamos

hasta esos arbustos y luego nos metemos en el bosque en línea recta desde aquí daremos con ello cuando lleguemos al río.

Ya podían ver dónde se abría la boca del río. Al verla, Evans revivió.

—¡Date prisa, hombre! —exclamó—, o por los cielos que tendré que beber agua del mar.

Se mordió la mano y miró al destello de plata entre las rocas y la verde espesura. Pronto se volvió casi furioso hacia Hooker.

—Dame el remo —le dijo.

Y de ese modo alcanzaron la boca del río. Un poco más arriba Hooker cogió un poco de agua en el hueco de la mano, la probó y la escupió. Algo más arriba aún lo intentó de nuevo.

—Ésta servirá.

Y empezaron a beber con ansia.

—Maldita sea —dijo Evans bruscamente—. Esto es demasiado lento. —Se inclinó peligrosamente por la parte delantera de la canoa y comenzó a sorber el agua directamente con los labios.

Pronto terminaron de beber, y, acercando la canoa a una pequeña cala, estuvieron a punto de desembarcar entre la maraña de plantas que daba a la orilla.

—Tendremos dificultad en abrírnos paso a través de la maleza hasta la playa para encontrar nuestros arbustos y seguir la línea hasta el sitio —observó Evans.

—Sería mejor que rodeáramos remando.

Así que volvieron a meterse en el río y remaron de nuevo hasta el mar, y por la costa hasta el lugar donde crecía la mata de arbustos. Aquí desembarcaron, arrastraron la ligera canoa hasta lo alto de la playa y luego subieron hacia el borde de la jungla hasta que pudieron ver la apertura en el arrecife y los arbustos en línea recta. Evans había sacado de la canoa una herramienta de los nativos. Tenía forma de L, y la pieza transversal estaba armada con una piedra pulida. Hooker llevaba el remo.

—Ahora es todo recto en esta dirección —dijo—. Tenemos que abrírnos camino por aquí hasta que demos con el río. Luego tendremos que explorar el terreno.

Se abrieron camino por una tupida maraña de cañas, anchas frondas, árboles jóvenes. Al principio el camino era muy pesado, pero rápidamente los árboles se hicieron más grandes y, bajo ellos,

el suelo se aclaró. La sombra fresca sustituyó gradual e insensiblemente al ardor del sol. Por fin los árboles se convirtieron en enormes pilares que, muy por encima de sus cabezas, sostenían un verdoso dosel. Flores blancas y apagadas colgaban de sus tallos y enredaderas como sogas se deslizaban de árbol a árbol. La sombra se hizo más tupida. En el suelo hongos llenos de manchas y de incrustaciones de color marrón rojizo se hicieron frecuentes. A Evans le dio un escalofrío.

—Después del fuego de fuera esto parece hasta frío.

—Espero que estemos manteniendo la línea recta —dijo Hooker. Pronto vieron muy por delante un hueco en la sombría oscuridad por donde blancos haces de calurosa luz solar penetraban en el bosque. Había también hierba de un verde vivo y flores de colores. Luego oyeron el ruido del agua.

Aquí está el río. Debemos de estar ya cerca —dijo Hooker.

La vegetación era espesa junto a la orilla del río. Grandes plantas, todavía sin clasificar, crecían entre las raíces de los gigantescos árboles y extendían rosetas de enormes abanicos verdes hacia las franjas de cielo. Muchas flores y una enredadera de reluciente follaje se agarraban a los expuestos tallos. Sobre las aguas de la amplia y tranquila laguna que los buscadores de tesoros estaban ahora contemplando flotaban grandes hojas ovales y una flor como de cera de color blanco rosado no muy distinta a un nenúfar. Más allá, a medida que el río daba una curva alejándose de ellos el agua de repente espumeaba y se volvía ruidosa en un rápido.

—¿Qué pasa? —dijo Evans.

—Nos hemos desviado algo de la línea recta —dijo Hooker—. Era de esperar.

Se volvió a mirar las frescas sombras oscuras del silencioso bosque que yacía tras ellos.

—Si andamos un poco por el río, arriba y abajo, deberíamos encontrar algo.

—Tú dijiste... —empezó Evans.

—Él dijo que había un montón de piedras —dijo Hooker.

Los dos hombres se miraron un momento.

—Intentémoslo primero corriente abajo —dijo Evans.

Avanzaron despacio mirando con avidez a su alrededor. De

repente Evans se detuvo.

—¿Qué diablos es eso?

Hooker siguió su dedo con la vista.

—Algo azul.

Se había hecho visible cuando coronaron la cima de una suave protuberancia del terreno. Luego comenzó a distinguir qué era. Avanzó bruscamente con apresurados pasos hasta que pudo ver el cuerpo al que pertenecía aquella lánguida mano y el brazo. Apretó la herramienta con el puño. Era la figura de un chino que yacía boca abajo. El abandono de la postura era inconfundible. Los dos hombres se juntaron más el uno al otro y se quedaron mirando en silencio al ominoso cuerpo muerto. Yacía en un claro entre los árboles. Al lado estaba una pala del tipo chino y más lejos había un diseminado montón de piedras junto a un hoyo recientemente excavado.

—Alguien ha estado aquí antes —dijo Hooker aclarando la garganta.

Luego Evans empezó a jurar, a despotricar y a dar patadas contra el suelo. Hooker se puso blanco, pero no dijo nada. Avanzó hacia el cuerpo postrado. Vio que tenía el cuello hinchado y de color púrpura, y las manos y los tobillos tumefactos.

—¡Puaf! —exclamó.

Se volvió bruscamente y fue hacia la excavación. Dio un grito de sorpresa. Voceó a Evans que le seguía despacio.

—¡Tonto! No pasa nada. Todavía está aquí.

Luego se volvió de nuevo a mirar al chino muerto y otra vez al hoyo. Evans se apresuró hacia el hoyo. Ya medio desenterradas por el condenado infeliz yacían junto a ellos unas cuantas deslustradas barras amarillas. Se agachó sobre el hoyo y, limpiando el suelo con las manos desnudas, precipitadamente sacó una de las pesadas masas. Al hacerlo un pequeño espino se le clavó en la mano. Sacó el delicado pincho con los dedos y levantó el lingote.

—Sólo el oro o el plomo pueden pesar así —dijo exultante.

Hooker estaba todavía pasmado mirando al chino muerto.

—Se adelantó a sus amigos —dijo por fin—. Vino aquí solo y alguna serpiente venenosa lo picó. Me pregunto cómo encontró el sitio.

Evans estaba de pie con el lingote en las manos. ¿Qué importaba

un chino muerto?

—Tendremos que llevar esto al continente poco a poco y enterrarlo allí durante un tiempo. ¿Cómo lo trasportaremos hasta la canoa?

Se quitó la chaqueta, la extendió en el suelo y echó en ella dos o tres lingotes. Pronto dio con otro pequeño espinoso que le había perforado la piel.

—Esto es todo lo que podemos llevar —dijo, y luego, con un extraño ataque de irritación, preguntó—: ¿Qué miras?

Hooker se volvió hacia él.

—No soporto... el cadáver —hizo un asentimiento con la cabeza hacia el cuerpo muerto—. Se parece tanto a...

—¡Tonterías! —respondió Evans—. Todos los chinos son iguales. Hooker le miró a la cara.

—En todo caso voy a enterrarlo antes de echarte una mano con...

—No seas tonto, Hooker. Deja que esa masa corrupta siga su curso.

Hooker dudó y luego miró minuciosamente al pardo suelo a su alrededor.

—No se por qué, pero me da miedo.

—La cuestión es qué hacemos con estos lingotes. ¿Los volvemos a enterrar por aquí o nos los llevamos en la canoa al otro lado del estrecho?

Hooker pensó. Su pasmada mirada vagó por los altos troncos arbóreos ascendiendo hasta el remoto dosel verde iluminado por el sol sobre sus cabezas. De nuevo le dieron escalofríos cuando volvió los ojos a la figura del chino. Miró inquisitivamente a las profundidades grises entre los árboles.

—¿Qué te pasa, Hooker? —exclamó Evans—. ¿Has perdido el juicio?

—En todo caso saquemos el oro de aquí —respondió Hooker.

Cogió la chaqueta por la parte del cuello, Evans sujetó el lado opuesto y levantaron el peso.

—¿Por dónde? —preguntó Evans—. ¿A la canoa?

—Es extraño —observó Evans cuando apenas habían avanzado unos cuantos pasos—, pero todavía me duelen los brazos de remar. ¡Maldita sea! ¡Cómo me duelen! Tengo que descansar.

Bajaron la chaqueta hasta el suelo. Evans tenía la cara blanca y gotitas de sudor le afloraban en la frente.

—Es sofocante, de todas formas, aquí en el bosque —y a continuación, cambiando bruscamente a una ira irracional, exclamó —: ¿Para qué vamos a esperar aquí todo el día? ¡Echa una mano, hombre! Desde que viste al chino no has hecho más que perder el tiempo.

Hooker estaba mirando atentamente al rostro de su compañero. Ayudó a levantar la chaqueta sobre la que iban los lingotes y avanzaron en silencio unas cien yardas quizá. Evans empezó a respirar con dificultad.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿Qué te pasa? —replicó Hooker.

Evans tropezó y luego con una brusca maldición tiró la chaqueta. Estuvo un momento de pie mirando a Hooker, y después dando un gemido se llevó las manos a la garganta.

—No te acerques a mí —dijo, yendo a apoyarse contra un árbol. Luego con voz más segura—: Estaré mejor en un minuto.

Pronto la fuerza con la que asía el tronco le falló y se deslizó lentamente tronco abajo hasta que no fue más que un montón informe a los pies del árbol. Tenía los puños apretados convulsivamente. El rostro se le desfiguraba con el dolor. Hooker se le acercó.

—No me toques. No me toques —dijo Evans con voz ahogada—. Vuelve a poner el oro encima de la chaqueta.

—¿No puedo ayudarte? —preguntó Hooker.

—Vuelve a poner el oro encima de la chaqueta.

Cuando Hooker cogió los lingotes sintió una pequeña picadura en el pulpejo del pulgar. Se miró la mano y vio un espino delgado de quizá unas dos pulgadas de largo. Evans dio un grito desarticulado y se volvió del otro lado. Hooker se quedó con la boca abierta. Miró al espino un momento con los ojos como platos. Luego miró a Evans que ahora estaba hecho un ovillo sobre el suelo con la espalda contrayéndose y extendiéndose espasmódicamente. Después miró por los troncos de los árboles y el entramado de los tallos de las enredaderas hasta donde todavía se podía ver claramente en la penumbra oscura y gris el cuerpo del chino vestido de azul. Pensó en las rayitas en la esquina del mapa y en un momento comprendió.

—¡Dios me ayude! —exclamó.

Los espinos eran similares a esos que los Dyak envenenan y utilizan en sus cerbatanas. Ahora comprendía lo que significaba el convencimiento de Chang-hi respecto de la seguridad de su tesoro. Ahora comprendía la mueca de su rostro.

—¡Evans! —gritó.

Pero Evans estaba ahora mudo e inmóvil salvo por las horribles contracturas espasmódicas de sus miembros. Un profundo silencio se cernió sobre el bosque. Luego Hooker empezó a chupar furiosamente la pequeña mancha amarilla en el pulpejo del pulgar. ¡A chupar por su vida! Pronto sintió un dolor extraño como de agujetas en los hombros y los brazos, y doblaba los dedos con dificultad. Entonces se dio cuenta de que chupar no serviría de nada. Bruscamente se detuvo, y, sentándose junto al montón de lingotes con las manos en la barbilla y los codos en las rodillas, miró al cuerpo de su compañero, deformado, pero que todavía se movía. Le vino de nuevo a la mente la mueca de Chang-hi. El dolor sordo se extendió hacia la garganta y lentamente se hizo más intenso. Muy por encima de él una débil brisa agitó el verde dosel y los pétalos blancos de alguna flor desconocida bajaron flotando por la penumbra.

CUENTOS DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

EL HUEVO DE CRISTAL

Hasta hace un año, había cerca de los Siete Cuadrantes, una tiendecilla de aspecto mugriento sobre la que estaba inscrito en letras amarillas borradas por el tiempo el nombre de *C. Cave, Naturalista y Anticuario*. Los objetos expuestos en el escaparate eran curiosamente heterogéneos. Comprendían algunos colmillos de elefante y un incompleto juego de ajedrez, abalorios y armas, una caja con ojos, dos cráneos de tigre y uno humano, varios monos disecados comidos por la polilla —uno sosteniendo una lámpara—, un armario anticuado, un huevo de avestruz o algo así ensuciado por las moscas, algunos aparejos de pesca y una pecera vacía extraordinariamente sucia. También había, al comenzar esta historia, un trozo de cristal tallado en forma de huevo y pulido con un brillo intenso. Y eso era lo que miraban dos personas que estaban ante el escaparate, una de ellas un clérigo alto y delgado, la otra, un joven de negra barba, tez morena y ropas holgadas. El joven moreno hablaba con gestos impacientes y parecía ansioso porque su compañero comprara el artículo.

Mientras estaban en ésas, entró en su tienda el señor Cave con restos del pan y la mantequilla del té todavía en la barba. Al ver a estos hombres y el objeto de su consideración se le mudó el semblante. Miró por encima del hombro con aire de culpabilidad y suavemente cerró la puerta. Era un viejecito de rostro pálido y peculiares ojos azules y acuosos. Tenía el pelo de color gris sucio y llevaba una raída levita azul, un viejo sombrero de copa y unas zapatillas con los talones muy gastados. Se quedó observando a los dos hombres mientras hablaban. El clérigo registró a fondo el bolsillo del pantalón, examinó un puñado de dinero y enseñó los dientes en una sonrisa de aprobación. El señor Cave pareció todavía más deprimido cuando entraron en la tienda.

El clérigo, sin más rodeos, preguntó el precio del huevo de

cristal. El señor Cave miró con nerviosismo hacia la puerta que daba a la trastienda y dijo que cinco libras. El clérigo se quejó, tanto a su compañero como al señor Cave, de que el precio era alto —era, desde luego, muchísimo más de lo que el señor Cave había pensado pedir cuando había puesto el artículo a la venta— y pasó a un intento de regateo. El señor Cave avanzó hasta la puerta de la tienda y la abrió.

—Cinco libras es mi precio —dijo como si deseara ahorrarse la molestia de una discusión inútil. Al hacerlo, la parte superior del rostro de una mujer asomó por encima de la cortina del panel superior de cristal de la puerta que daba a la trastienda y examinó con curiosidad a los dos clientes.

—Cinco libras es mi precio —repitió el señor Cave con voz temblorosa.

El joven de tez morena había permanecido hasta entonces como mero espectador, observando atentamente al señor Cave. Ahora habló.

—Dele cinco libras —dijo.

El clérigo le miró para cerciorarse de que lo decía en serio, y, cuando miró de nuevo al señor Cave, vio que tenía la cara pálida.

—Es mucho dinero —dijo el clérigo, y rebuscando en el bolsillo empezó a contar sus recursos. Tenía poco más de treinta chelines, así que apeló a su compañero, con quien parecía estar en términos de considerable familiaridad. Esto le dio al señor Cave la oportunidad de ordenar sus ideas y empezó a explicar de manera agitada que, de hecho, el cristal no estaba del todo disponible para la venta. A los dos clientes esto les sorprendió mucho, naturalmente, y preguntaron por qué no lo había dicho antes de empezar a negociar. El señor Cave se turbó, pero se aferró a la historia de que el cristal no estaba a la venta aquella tarde, que ya había aparecido un probable comprador. Los dos, tomándolo por un intento de subir todavía más el precio, hicieron ademán de salir de la tienda. Pero en ese momento se abrió la puerta de la trastienda y apareció la propietaria del flequillo oscuro y los ojos pequeños.

Era una mujer de facciones toscas, corpulenta, más joven y mucho más gruesa que el señor Cave. Andaba pesadamente y tenía la cara colorada.

—Ese cristal está en venta —subrayó—. Y cinco libras es un

buen precio. ¡No sé qué te pasa, Cave, mira que no aceptar la oferta del caballero!

El señor Cave, muy perturbado por la interrupción, la miró furioso por encima de la montura de las gafas, y, sin excesiva seguridad, reafirmó su derecho a llevar los negocios a su manera. Comenzó un altercado. Los dos clientes contemplaban la escena con interés y algo divertidos, proporcionando ocasionalmente sugerencias a la señora Cave. El señor Cave, acosado, persistió en una confusa e imposible historia de alguien que se había interesado por el cristal aquella mañana y su nerviosismo se hizo penoso. Pero se aferró a su historia con extraordinaria tenacidad. Fue el joven oriental el que puso fin a la curiosa controversia. Propuso que volvieran al cabo de dos días para dar al pretendido interesado la debida oportunidad.

—Y entonces, hemos de insistir —dijo el clérigo—. ¡Cinco libras!

La señora Cave se encargó de pedir disculpas por la actitud de su marido, explicando que a veces era un poco raro, y, cuando los dos clientes salieron, la pareja se preparó para discutir todos los aspectos del incidente con plena libertad.

La señora Cave le habló a su marido en un tono especialmente directo. El pobre hombrecillo, temblando de emoción, se hizo un lío con sus historias manteniendo por una parte que tenía otro cliente a la vista y asegurando, por otra, que el cristal valía honradamente diez guineas.

—Entonces ¿por qué pediste cinco libras? —preguntó su mujer.

—Déjame llevar los negocios a mi manera —respondió el señor Cave.

El señor Cave tenía viviendo con él a un hijastro y a una hijastra, y por la noche en la cena se volvió a discutir la transacción. Ninguno de ellos tenía una opinión muy buena de los métodos comerciales del señor Cave y esta actuación les pareció el colmo de la locura.

—Yo creo que no es la primera vez que se niega a vender ese cristal —aseguró el hijastro, un fornido patán de dieciocho años.

—Pero ¡cinco libras! —intervino la hijastra, una joven de veintiséis años propensa a las discusiones.

Las respuestas del señor Cave eran lastimosas. Sólo era capaz de farfullar débiles afirmaciones de que conocía su negocio mejor que

nadie. Hicieron que, dejando la cena a medio comer, se fuera a la tienda para cerrarla hasta el día siguiente, con las orejas al rojo vivo y lágrimas de humillación detrás de las gafas. ¿Por qué había dejado tanto tiempo el cristal en el escaparate? ¡Qué locura! Ése era el problema que más le preocupaba. Durante un tiempo no pudo encontrar forma alguna de evitar la venta.

Después de cenar, hijastra e hijastro se acicalaron y salieron, y la mujer se retiró al piso de arriba para reflexionar sobre los aspectos comerciales del cristal con un poco de azúcar, limón y lo demás, en agua caliente. El señor Cave entró en la tienda y se quedó allí hasta tarde con el pretexto de preparar rocas ornamentales para peceras, pero en realidad con una finalidad personal que se explicará mejor más tarde. Al día siguiente la señora Cave advirtió que el cristal había sido retirado del escaparate y se encontraba detrás de unos libros de pesca usados. Ella volvió a ponerlo en el escaparate, en un lugar destacado, pero no discutió más sobre el asunto, dado que una jaqueca la desanimaba a discutir, al contrario que el señor Cave, siempre opuesto a las discusiones. El día transcurrió de forma desagradable. El señor Cave estuvo más abstraído que de costumbre y, al mismo tiempo, excepcionalmente irritable. Por la tarde, cuando su mujer dormía su siesta habitual, retiró de nuevo el cristal del escaparate.

Al día siguiente el señor Cave tenía que entregar un pedido de perros marinos en uno de los hospitales universitarios donde los necesitaban para prácticas de disección. Durante su ausencia la señora Cave volvió a cavilar sobre el tema del cristal y la manera más apropiada de gastarse cinco libras llovidas del cielo. Ya había ideado algunos planes muy agradables, entre otros un vestido de seda verde para ella y una excursión a Richmond, cuando el chirrido de la campanilla de la puerta principal exigió su presencia en la tienda. El cliente era un profesor que venía a quejarse de que no habían sido entregadas ciertas ranas pedidas para el día anterior. La señora Cave no aprobaba esta rama especial de los negocios del señor Cave, y el caballero, que había llegado con ánimo un tanto agresivo, se retiró después de un breve intercambio de palabras — completamente educadas por lo que a él se refería. Los ojos de la señora Cave se volvieron entonces naturalmente hacia el escaparate, puesto que la visión del cristal significaba la seguridad de las cinco

libras y de sus sueños. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que había desaparecido!

Fue al sitio, detrás de la caja sobre el mostrador, donde lo había descubierto el día anterior. No estaba allí, así que inmediatamente empezó una impaciente búsqueda por toda la tienda.

Cuando el señor Cave volvió de su negocio con los perros marinos hacia las dos menos cuarto de la tarde, encontró la tienda en cierto desorden y a su mujer, extremadamente exasperada y de rodillas, detrás del mostrador rebuscando entre sus materiales de taxidermia. Cuando la crispante campanilla anunció su vuelta, asomó la cara por encima del mostrador, acalorada y furiosa, y directamente le acusó de esconderlo.

—¿Esconder qué? —preguntó el señor Cave.

—¡El cristal!

A lo que el señor Cave, aparentemente muy sorprendido, corrió al escaparate.

—¿No está aquí? ¡Cielos! ¿Qué ha sido de él?

Justo entonces el hijastro del señor Cave volvió a entrar en la tienda desde la habitación interior —había llegado a casa un minuto o así antes que el señor Cave— blasfemando a sus anchas. Estaba de aprendiz con un comerciante de muebles usados calle abajo, pero comía en casa y, naturalmente, estaba enojado por no haber encontrado la comida dispuesta.

Pero cuando se enteró de la pérdida del cristal, se olvidó de la comida y el objeto de su cólera pasó de su madre a su padrastro. Lo primero que pensaron, desde luego, fue que él lo había escondido. Pero el señor Cave negó categóricamente todo conocimiento de su destino ofreciendo voluntariamente su perjuración declarada jurada sobre el asunto, y finalmente llegó hasta el punto de acusar primero a su mujer y después a su hijastro de haberlo cogido con vistas a una venta privada. Y así comenzó una discusión extremadamente enconada y exaltada que terminó con la señora Cave en un estado de nervios muy especial entre la histeria y el frenesí, e hizo que el hijastro llegara por la tarde con media hora de retraso al establecimiento de muebles. El señor Cave escapó a las emociones de su mujer refugiándose en la tienda.

Por la noche se volvió a tratar el asunto con menos pasión y un talante judicial bajo la presidencia de la hijastra. La cena

transcurrió de forma lamentable y culminó con una escena penosa. El señor Cave cedió finalmente a una extrema exasperación y salió por la puerta principal dando un violento portazo. El resto de la familia, después de hablar de él con la libertad que su ausencia garantizaba, registró la casa desde el desván al sótano esperando dar con el cristal.

Al día siguiente se presentaron de nuevo los dos clientes. Fueron recibidos por la señora Cave casi llorando. Se enteraron de que nadie podía imaginarse todo lo que había tenido que aguantar a Cave en diversas etapas de su matrimonial peregrinación... También les informó embrolladamente de la desaparición. El clérigo y el oriental se rieron por dentro en silencio y dijeron que era de lo más extraordinario. Y como la señora Cave parecía dispuesta a contarles la historia completa de su vida hicieron ademán de irse de la tienda, por lo que la señora Cave, aferrándose todavía a la esperanza, pidió la dirección del clérigo para, en caso de sacar algo a Cave, poder comunicárselo. La dirección fue entregada como era de esperar, pero, al parecer, posteriormente se extravió. La señora Cave no recuerda nada al respecto.

Aquel día por la noche los Cave parecían haber agotado todas sus emociones y el señor Cave, que había estado fuera por la tarde, cenó en un sombrío aislamiento que contrastaba agradablemente con la apasionada controversia de los días anteriores. Durante algún tiempo las relaciones dentro de la familia Cave estuvieron muy tensas, pero ni el cristal ni el cliente volvieron a aparecer.

Ahora bien, para no andarnos con rodeos, tenemos que admitir que el señor Cave era un embustero. Sabía perfectamente dónde estaba el cristal. Se hallaba en las habitaciones del señor Jacoby Wace, profesor ayudante de prácticas en el hospital de Santa Catalina en la calle Westbourne. Se encontraba sobre el aparador, parcialmente cubierto por una tela de terciopelo negro y junto a una licorera con whisky americano. Y fue precisamente del señor Wace de quien se obtuvieron los pormenores en los que se basa esta historia. Cave lo había llevado al hospital escondido en el saco de los perros marinos, y, una vez allí, había presionado al joven investigador para que se lo guardara. El señor Wace dudó un poco al principio. Su relación con Cave era especial. Le atraían los personajes raros, y más de una vez había invitado al viejo a fumar y

a beber en sus habitaciones, animándole a desvelar sus opiniones, bastante divertidas, sobre la vida en general y sobre su esposa en particular. El señor Wace había tenido que vérselas también con la señora Cave en ocasiones en que el señor Cave no estaba en casa para atenderle. Conocía las constantes interferencias a las que Cave estaba sometido y, habiendo sopesado la historia judicialmente, decidió dar refugio al cristal. El señor Cave prometió explicar las razones de su extraordinario apego por el cristal de una manera más detallada en una ocasión posterior, pero habló claramente de ver visiones en él. Aquella misma noche volvió a visitar al señor Wace.

Contó una historia complicada. Dijo que el cristal había llegado a su poder junto con otros restos en la subasta de los efectos de otro comerciante de antigüedades y, desconociendo cuál pudiera ser su valor, le había puesto el precio de diez chelines. Lo había tenido a ese precio durante algunos meses y estaba pensando en reducir la cantidad cuando hizo un descubrimiento extraordinario.

En aquella época tenía muy mala salud —hay que tener muy en cuenta que a lo largo de toda esta experiencia su estado físico era de decaimiento—, sufría una angustia considerable a causa de la negligencia y hasta los verdaderos malos tratos que recibía de su mujer y de sus hijastros. Su mujer era vanidosa, extravagante, insensible y cada vez más aficionada a beber a solas; su hijastra era ruin y ambiciosa, y su hijastro había concebido una violenta antipatía hacia él y no perdía ocasión de demostrársela. Las responsabilidades del negocio le oprimían excesivamente y el señor Wace no cree que estuviera completamente limpio de ocasionales excesos en la bebida. Había comenzado la vida en una posición acomodada, había recibido una buena educación y padecía melancolía e insomnio que se prolongaban durante semanas. Cuando sus pensamientos se le hacían intolerables, temeroso de molestar a su familia, abandonaba el lecho conyugal deslizándose sin hacer ruido y vagaba por la casa. Y hacia las tres de la mañana, un día a finales de agosto, la casualidad le llevó a la tienda.

La sucia tiendecilla estaba sumida en una negrura impenetrable salvo en un punto donde percibió un insólito resplandor. Al acercarse, descubrió que era el huevo de cristal que estaba en el rincón del mostrador en dirección a la ventana. Un fino rayo de luz penetraba por una rendija en la persiana, incidía sobre el objeto y

parecía como si fuera a llenar todo su interior.

Al señor Cave se le ocurrió que eso no concordaba con las leyes de la óptica que había aprendido en su juventud. Podía comprender que los rayos fueran reflejados por el cristal hacia un foco en su interior, pero esta difusión no casaba con sus conocimientos de física. Se acercó más al cristal, observando el interior y la superficie con un transitorio renacimiento de la curiosidad científica que en su juventud había decidido su elección vocacional. Le sorprendió descubrir que la luz no era constante, sino que oscilaba dentro de la sustancia del huevo como si aquel objeto fuera una esfera hueca con algún vapor luminoso. Al cambiar de sitio para conseguir puntos de vista distintos, repentinamente notó que se había interpuesto entre el rayo y el cristal, y que a pesar de ello el cristal continuaba luminoso. Profundamente asombrado, lo retiró de la luz y lo llevó a la parte más oscura de la tienda. Allí siguió brillando cuatro o cinco minutos, al término de los cuales se oscureció lentamente y se apagó. Lo expuso al fino haz de luz de día y recobró la luminosidad casi al instante.

Hasta aquí, por lo menos, el señor Wace pudo comprobar la sorprendente historia del señor Cave. Él mismo había tenido repetidas veces expuesto el cristal a un rayo de luz —su diámetro tenía que ser inferior a un milímetro. En completa oscuridad, como la que puede proporcionar una envoltura de terciopelo, el cristal presentaba indudablemente una fosforescencia muy débil. Parecía, no obstante, que la luminosidad era de una clase excepcional, no visible a todos por igual, pues al señor Harbinger —cuyo nombre le resultará familiar al lector científico en relación con el Instituto Pasteur— le fue completamente imposible ver ninguna luz en absoluto. La propia capacidad del señor Wace para apreciarla era sin comparación inferior a la del señor Cave. Incluso tratándose del señor Cave, la capacidad variaba muy considerablemente: su visión resultaba mucho más intensa durante estados de debilidad y fatiga extremas.

Pues bien, desde el comienzo, esta luz en el cristal ejerció una fascinación irresistible sobre el señor Cave. Que no contara sus observaciones a ningún ser humano explica mejor la soledad de su alma de lo que lo haría todo un volumen de escritos patéticos. Parece haber estado viviendo en tal atmósfera de mezquinos

resentimientos que el admitir la existencia de un placer habría significado el riesgo de perderlo. Observó que a medida que avanzaba el amanecer y aumentaba la cantidad de luz esparcida el cristal perdía toda traza de luminosidad. Y durante algún tiempo fue incapaz de ver nada dentro de él, excepto por la noche, en rincones oscuros de la tienda.

Pero se le ocurrió utilizar una vieja pieza de terciopelo negro que empleaba como fondo para una colección de minerales y, doblándolo y cubriéndose con él la cabeza y las manos, pudo obtener una visión del movimiento luminoso en el interior del cristal incluso a la luz del día. Era muy cauteloso, no fuera a ser descubierto en esa guisa por su esposa, y practicaba esta ocupación sólo por las tardes, mientras ella dormía en el piso de arriba, y aun entonces, de manera muy circunspecta en un hueco debajo del mostrador. Y un día, dando vueltas al cristal en las manos, vio algo. Apareció y desapareció como un destello, pero le dio la impresión de que por un instante el objeto le había mostrado la visión de un país, ancho, extenso y extraño, y al girarlo de nuevo, precisamente cuando se debilitaba la luz, volvió a contemplar la misma visión.

Está claro que resultaría tedioso e innecesario relatar todas las fases del descubrimiento del señor Cave desde ese momento. Baste con decir que la conclusión fue ésta: cuando se observaba el interior del cristal formando éste un ángulo de 137 grados respecto de la dirección del rayo luminoso, mostraba una imagen clara y coherente de un paisaje extenso y extraño. No se parecía en absoluto a un sueño, daba una clara impresión de realidad, y cuanto mejor era la luz, más real y sólida parecía. Era una imagen en movimiento: es decir, ciertos objetos se movían dentro de ella, pero de forma lenta y ordenada como las cosas reales y, según cambiaba la dirección de la iluminación y de la visión, también cambiaba la imagen. Debió de haber sido, ciertamente, como contemplar una vista a través de un cristal ovalado girándolo para conseguir ver los diferentes detalles.

El señor Wace me asegura que las declaraciones del señor Cave eran extremadamente detalladas y carecían por completo de cualquiera de los aspectos emocionales que impregnan las impresiones alucinadoras. Pero hay que recordar que todos los esfuerzos del señor Wace para ver una claridad similar en la

desvaída opalescencia del cristal fracasaron completamente por más que lo intentó. La diferencia de intensidad en las impresiones recibidas por los dos hombres era muy grande, y puede que lo que para el señor Cave era una visión para el señor Wace fuera una mera nebulosidad difusa.

La visión, tal como la describía el señor Cave, era invariablemente la de una extensa llanura, y parecía que siempre la contemplaba desde una altura considerable, como desde una torre o un mástil. Al este y al oeste la llanura estaba flanqueada a una distancia remota por vastos acantilados rojizos que le recordaban a los que había visto en un cuadro, pero el señor Wace no pudo determinar de qué cuadro se trataba. Estos acantilados iban de norte a sur —sabía los puntos cardinales por las estrellas que eran visibles por la noche—, alejándose en una perspectiva casi ilimitada y desdibujándose en las nieblas de la distancia antes de encontrarse. En el momento de su primera visión él estaba más cerca del macizo de acantilados orientales, el sol se elevaba sobre ellos y, negras contra la luz del sol y pálidas contra su sombra, aparecieron muchas formas volantes que el señor Cave tomó por pájaros. Una vasta hilera de edificios se extendía por debajo, de forma que él parecía estar mirándolos desde arriba, y, a medida que se acercaban al extremo borroso y refractado de la imagen se tornaban indistintos. También había árboles con formas curiosas y, en cuanto a color, era de un verde profundo como de musgo y de un gris exquisito, junto a un canal ancho y reluciente. Y algo grande, de colores brillantes, cruzó la imagen volando. Pero la primera vez que el señor Cave vio estas imágenes, lo hizo sólo en destellos, las manos le temblaban, la cabeza se le movía, la visión aparecía y desaparecía y se tornaba nebulosa y poco nítida. Al principio tuvo las mayores dificultades para volver a recuperar la imagen una vez perdida su dirección.

La siguiente visión clara, que se le presentó una semana más o menos después que la primera —en el intervalo no había cosechado más que tentadores vislumbres y alguna experiencia útil—, le mostró el valle en toda su longitud. La visión era diferente, pero tuvo la curiosa convicción, confirmada repetidamente por subsiguientes observaciones, de que estaba contemplando ese extraño mundo exactamente desde el mismo sitio, aunque mirando en una dirección diferente. La larga fachada del gran edificio cuyo

tejado había mirado antes desde arriba ahora se alejaba en la perspectiva. Reconoció el tejado. En la parte delantera de la fachada había una terraza de masivas proporciones y extraordinaria longitud, y en medio de la terraza, a ciertos intervalos, se erguían mástiles enormes, pero muy gráciles sosteniendo pequeños objetos brillantes que reflejaban la puesta de sol. La importancia de estos pequeños objetos no se le ocurrió al señor Cave hasta algún tiempo después, cuando describía la escena al señor Wace. La terraza sobresalía por encima de un seto de la vegetación más exuberante y grácil, más allá había un amplio y herboso césped sobre el que reposaban ciertas criaturas anchas, de forma parecida a la de los escarabajos, pero muchísimo más grandes. Más allá todavía había una calzada de piedra rosácea ricamente decorada, y más allá, subiendo valle arriba en exacto paralelo con los remotos acantilados, bordeada de una densa maleza de color rojo, había una ancha extensión de agua parecida a un espejo. El aire parecía rebosar de escuadrillas de grandes pájaros que se deslizaban en curvas majestuosas, y al otro lado del río había una multitud de espléndidos edificios de muchos colores que relucían con sus tracerías y múltiples caras metálicas en medio de un bosque de árboles parecidos al musgo y al liquen. Y de repente algo cruzó la visión aleteando repetidamente como el ondear de un enjoyado abanico o el batir de un ala; un rostro o más bien la parte superior de un rostro con unos ojos muy grandes apareció, por decirlo así, muy cerca de la suya propia, y como si estuviera al otro lado del cristal. Al señor Cave la absoluta realidad de estos ojos le dejó tan atónito e impresionado que retiró la cabeza del cristal para mirar por detrás. Se había quedado tan absorto observando que le sorprendió mucho encontrarse en la fría oscuridad de su pequeña tienda con los familiares olores a metílico, humedad y podrido. Y mientras miraba pestañeando a su alrededor, el resplandeciente cristal se oscureció y se apagó.

Tales fueron las primeras impresiones generales del señor Cave. La historia es curiosamente directa y detallada. Desde el comienzo, cuando el valle destelló por primera vez momentáneamente sobre sus sentidos, su imaginación quedó extrañamente afectada, y, a medida que empezaba a apreciar los detalles de la escena que veía, su asombro se convertía en pasión. Attendía su negocio apático y

destrozado, pensando sólo en el momento en que podría volver a su observación. Entonces, unas semanas después de su visión del valle, llegaron los dos clientes, la tensión y excitación de su oferta, y el cristal que se libra de la venta por los pelos como ya he contado.

Ahora bien, mientras aquello constituyó el secreto del señor Cave siguió siendo una pura maravilla, algo a lo que se va sigilosamente para observar a hurtadillas, como un niño podría mirar un jardín prohibido. Pero el señor Wace posee unos hábitos mentales especialmente lúcidos y consecuentes para un joven investigador científico. Tan pronto como el cristal y la historia llegaron hasta él y se convenció, al ver la fosforescencia con sus propios ojos, de que las declaraciones del señor Cave disponían realmente de ciertas pruebas procedió a desarrollar el asunto sistemáticamente. El señor Cave estaba más que deseoso de regalarse la vista con el maravilloso mundo que veía, y acudía todas las noches desde las ocho y media hasta las diez y media, y a veces, en ausencia del señor Wace, durante el día. También iba las tardes de los domingos. El señor Wace tomó abundantes notas desde el principio, y gracias a su método científico se demostró la relación entre la dirección por la que el rayo inicial entraba en el cristal y la orientación de la imagen. Y metiendo el cristal en una caja perforada únicamente con una pequeña abertura para permitir el acceso del rayo excitador, y sustituyendo las cortinas color beige por otras de Holanda negra mejoró muchísimo las condiciones de las observaciones, de forma que en poco tiempo fueron capaces de examinar el valle en cualquiera de las direcciones que querían.

Una vez despejado el camino, podemos dar una breve explicación de este mundo visionario del interior del cristal. El que veía las cosas era siempre el señor Cave, y el método de trabajo consistía invariablemente en que él observaba el cristal e informaba de lo que veía, mientras el señor Wace, que como estudiante de ciencias había aprendido el truco de escribir a oscuras, redactaba una breve nota de su informe. Cuando el cristal se oscurecía, lo colocaban en su caja en la posición adecuada y daban la luz eléctrica. El señor Wace hacía preguntas y sugería observaciones para aclarar puntos difíciles. Nada, verdaderamente, podía haber sido menos visionario y más práctico.

La atención del señor Cave se vio rápidamente dirigida hacia las

criaturas parecidas a pájaros que tanto abundaban en sus primeras visiones. Pronto corrigió su primera impresión y durante algún tiempo consideró que podían representar una especie diurna de murciélagos. Después pensó, de forma bastante grotesca, que podían ser querubines. Sus cabezas eran redondas y curiosamente humanas, y fueron los ojos de uno de ellos los que le habían asustado tanto en la segunda observación. Tenían anchas alas plateadas, sin plumas, pero que resplandecían casi con el mismo brillo que los peces recién pescados y con el mismo sutil juego de colores, y estas alas, según supo el señor Wace, no estaban hechas a la manera de las alas de pájaros o murciélagos, sino soportadas por costillas curvas que irradiaban del cuerpo —una especie de ala de mariposa con costillas curvas parece lo mejor para indicar su aspecto. El cuerpo era pequeño, pero dotado de dos manojos de órganos prensiles, semejantes a largos tentáculos, inmediatamente debajo de la boca. Por increíble que le pudiera parecer al señor Wace, al final tuvo el convencimiento de que estas criaturas eran las propietarias de los grandes edificios cuasi-humanos y del magnífico jardín que daba tanto esplendor al ancho valle. Y el señor Cave percibió que, entre otras peculiaridades, los edificios no tenían puertas, sino que las grandes ventanas circulares que se abrían libremente eran las que servían de entrada y salida a las criaturas. Se posaban sobre los tentáculos, plegaban las alas reduciéndolas casi al tamaño de un bastón y, saltando, entraban en el interior. Pero entre ellas había una multitud de criaturas de alas más pequeñas, como de grandes libélulas, polillas y escarabajos voladores, y por el césped se arrastraban perezosamente de un lado para otro gigantescos escarabajos de tierra de brillantes colores. Además, en las calzadas y terrazas se veían unas criaturas de grandes cabezas similares a las de las moscas aladas más grandes, pero sin alas, muy ocupadas saltando sobre su manojito de tentáculos en forma de mano.

Se ha aludido ya a los relucientes objetos sobre los mástiles que se erguían sobre la terraza del edificio más próximo. Después de observar uno de estos mástiles minuciosamente en un día especialmente claro, al señor Cave se le ocurrió que el objeto reluciente allí situado era un cristal exactamente igual al que estaba mirando. Y una inspección aún más meticulosa le convenció de que

cada uno de ellos, unos veinte en conjunto, tenía un objeto similar.

De vez en cuando una de las grandes criaturas voladoras revoloteaba hasta uno de ellos, y, plegando las alas y enroscando algunos tentáculos alrededor del mástil, miraban fijamente el cristal durante un rato, a veces hasta un cuarto de hora. Una serie de observaciones hechas a sugerencia del señor Wace convencieron a ambos observadores de que, por lo que a este mundo visionario concernía, el cristal cuyo interior ellos miraban estaba en realidad en la punta del último mástil de la terraza, y que al menos en una ocasión uno de esos habitantes del otro mundo había mirado al señor Cave a la cara mientras hacía estas observaciones.

Y éstos son los hechos esenciales de esta historia singularísima. A menos que lo rechacemos todo como una ingeniosa invención del señor Wace, tenemos que admitir una de las dos alternativas: o bien que el cristal del señor Cave se encontraba en dos mundos a la vez, y que mientras en uno se le llevaba de acá para allá en el otro permanecía estacionario, lo que parece completamente absurdo, o bien que tenía una especial relación de simpatía con otro cristal exactamente igual en ese otro mundo, de forma que lo que se veía en el interior de uno en este mundo era, en las condiciones adecuadas, visible para el observador del cristal correspondiente del otro mundo, y viceversa. De momento, desde luego, no conocemos ninguna forma en la que dos cristales pudieran entrar en comunicación, pero hoy día sabemos lo suficiente como para comprender que la cosa no es completamente imposible. Esta teoría de los cristales en comunicación fue la suposición que se le ocurrió al señor Wace, y al menos a mí, me parece extremadamente plausible...

¿Y dónde estaba ese otro mundo? Sobre esto también la despierta inteligencia del señor Wace arrojó luz rápidamente. Después de ponerse el sol el cielo se oscurecía muy deprisa —el crepúsculo no constituía realmente más que un breve intervalo— y las estrellas se ponían a brillar. Eran evidentemente las mismas que vemos nosotros, formando las mismas constelaciones. El señor Cave reconoció la Osa, las Pléyades, Aldebarán y Sirio, de modo que el otro mundo debía de encontrarse en algún lugar del sistema solar y, como máximo, sólo a unos cientos de millones de millas del nuestro. Siguiendo esta pista, el señor Wace averiguó que el cielo de

medianoche era de un azul más oscuro incluso que el de nuestro cielo a mitad del invierno, y que el Sol parecía un poco más pequeño. ¡Y *había dos lunas pequeñas*; como la nuestra, pero más pequeñas y con marcas muy diferentes, una de las cuales se movía tan deprisa que su movimiento resultaba claramente visible al mirarla. Estas lunas nunca estaban altas en el cielo, sino que se ponían cuando se elevaban: es decir, cada vez que daban vuelta se eclipsaban por estar tan cerca de su planeta primario. Todo esto responde completamente, aunque el señor Cave no lo supiera, a las condiciones que deben darse en Marte.

Desde luego, parece una conclusión muy plausible que al observar el interior del cristal lo que el señor Cave en realidad veía era el planeta Marte y sus habitantes. Si ése fuera el caso, entonces la estrella vespertina que relucía con tanto brillo en el cielo de aquella distante visión no era ni más ni menos que nuestra familiar Tierra.

Durante algún tiempo los marcianos —si es que eran marcianos— no parecieron haberse percatado de la inspección del señor Cave. Una o dos veces alguno vino a mirar y marchó al poco a otro mástil, como si la visión no fuera satisfactoria. En ese periodo el señor Cave pudo vigilar los procedimientos de este pueblo alado sin ser molestado por sus atenciones y, aunque su informe es necesariamente vago y fragmentario, resulta, a pesar de todo, muy sugestivo. Imaginad la impresión que tendría de la humanidad un observador marciano que, después de un difícil proceso de preparación y con los ojos considerablemente fatigados, pudiera ver Londres desde el chapitel de la iglesia de San Martín a intervalos, como máximo, de cuatro minutos cada uno. El señor Cave no pudo cerciorarse de si los marcianos alados eran los mismos que los marcianos que saltaban por las calzadas y las terrazas, y si los últimos podían ponerse las alas a voluntad. Vio varias veces unos bípedos torpes, que recordaban vagamente a monos, blancos y parcialmente translúcidos, alimentándose entre algunos de los árboles de liquen, y, una vez, algunos de ellos huían delante de uno de los marcianos saltarines de cabeza redonda. Este último cogió a uno con sus tentáculos y luego la imagen se desvaneció de repente dejando al señor Cave absolutamente intrigado en la oscuridad. En otra ocasión, una cosa enorme, que el señor Cave al principio tomó

por un insecto gigantesco, apareció avanzando por la calzada junto al canal con rapidez extraordinaria. A medida que se acercaba más, el señor Cave percibió que era un mecanismo de metales relucientes y sorprendente complejidad. Y luego, cuando volvió a mirar, había desaparecido de la vista.

Pasado algún tiempo, el señor Wace pretendió atraer la atención de los marcianos, y la siguiente vez que los extraños ojos de uno de ellos aparecieron pegados al cristal, el señor Cave gritó y saltó, dieron la luz inmediatamente y empezaron a gesticular como haciendo señales. Pero cuando finalmente el señor Cave examinó de nuevo el cristal, el marciano se había marchado.

Hasta aquí habían avanzado las observaciones a principios del mes de noviembre, y entonces el señor Cave, con la sensación de que las sospechas de la familia sobre el cristal se habían disipado, empezó a llevárselo de acá para allá con el fin de poder disfrutar, surgiera la ocasión de noche o de día, de lo que rápidamente se estaba convirtiendo en lo más real de su existencia.

En diciembre, el señor Wace tuvo mucho trabajo a causa de un examen que se aproximaba, suspendieron de mala gana las sesiones durante una semana, y en diez u once días —no está muy seguro de cuántos— no vio a Cave. Entonces, ansioso por reanudar las investigaciones, y habiendo amainado la tensión de sus trabajos trimestrales, bajó hasta los Siete Cuadrantes. En la esquina observó la contraventana ante el escaparate de un pajarero, y luego otra en el escaparate de un zapatero. La tienda del señor Cave estaba cerrada.

Llamó y le abrió la puerta el hijastro vestido de negro. Éste llamó de inmediato a la señora Cave que, como el señor Wace no pudo por menos de observar, llevaba ropas de luto, baratas, pero amplias y de lo más imponente. Sin gran sorpresa por su parte, el señor Wace supo que Cave había muerto y estaba ya enterrado. Ella lloraba y tenía la voz un poco ronca. Acababa de llegar de Highgate. Parecía tener la mente ocupada con sus propios planes y los honorables detalles de las exequias, pero el señor Wace pudo finalmente conocer los pormenores de la muerte de Cave. Le habían encontrado muerto en la tienda por la mañana temprano al día siguiente de su última visita al señor Wace, apretando el cristal entre sus frías manos. Tenía la cara sonriente, según dijo la señora

Cave, y el paño de terciopelo de los minerales yacía a sus pies en el suelo. Debía de llevar cinco o seis horas muerto cuando lo encontraron.

Esto supuso una gran conmoción para el señor Wace, que empezó a reprocharse amargamente por no haber atendido los claros síntomas de la mala salud del viejo. Pero lo que más le preocupaba era el cristal. Abordó el tema con cuidado porque conocía las peculiaridades de la señora Cave. Se quedó de una pieza al saber que lo habían vendido.

El primer impulso de la señora Cave tan pronto como el cuerpo de Cave estuvo en el piso de arriba, había sido el de escribir al loco clérigo que había ofrecido cinco libras por el cristal, informándole de su recuperación, pero tras una violenta búsqueda en la que se le unió su hija se convencieron de que habían perdido la dirección. Como no disponían de los medios necesarios para llorar y enterrar a Cave con el esmerado estilo que exige la dignidad de un antiguo habitante de los Siete Cuadrantes, habían apelado a un anticuario amigo de la calle Great Portland, quien amablemente se había hecho cargo de parte de las mercancías a precio de tasación. La tasación la había hecho el mismo y el huevo de cristal estaba incluido en uno de los lotes. El señor Wace, después de las condolencias pertinentes, expresadas, quizá, un poco bruscamente, marchó de inmediato y apresuradamente a la calle Great Portland. Pero allí se enteró de que el huevo de cristal ya había sido vendido a un hombre alto y moreno, vestido de gris. Y ahí terminan súbitamente los hechos materiales de esta historia curiosa y, al menos para mí, muy sugestiva. El anticuario de la calle Great Portland no sabía quién era el hombre alto vestido de gris, ni lo había observado con la suficiente atención como para describirlo minuciosamente. Ni siquiera sabía qué dirección había tomado al salir de la tienda. Durante un tiempo el señor Wace permaneció en la tienda poniendo a prueba la paciencia del anticuario con inútiles preguntas, desahogando su propia exasperación. Por fin, dándose cuenta repentinamente de que todo el asunto se le había ido de las manos, había desaparecido como una visión nocturna, volvió a sus habitaciones un poco asombrado de encontrar las notas que había escrito todavía tangibles y visibles sobre su desordenada mesa.

Naturalmente, su disgusto y decepción fueron muy grandes.

Hizo una segunda visita (igualmente infructuosa) al anticuario de la calle Great Portland y recurrió a anuncios en aquellos periódicos que probablemente caerían en las manos de coleccionistas de chucherías. También escribió cartas a *The Daily Chronicle* y a *Nature*, pero ambos periódicos, sospechando una broma, le pidieron que reconsiderara su acción antes de imprimir, aconsejándole que una historia tan extraña, por desgracia tan desprovista de pruebas que la apoyaran, podría poner en peligro su reputación de investigador. Además, las obligaciones de su propio trabajo le urgían. Así que después de un mes más o menos, salvo por algún ocasional recordatorio a ciertos anticuarios, tuvo que abandonar de mala gana la búsqueda del huevo de cristal que, desde ese día hasta hoy, sigue sin ser descubierto. De vez en cuando, sin embargo, según me dice y yo le creo absolutamente, le dan arrebatos de celo en los que abandona las ocupaciones más urgentes y reanuda la búsqueda.

Si permanecerá o no perdido para siempre con su material y su procedencia son todo conjeturas por el momento. Si el actual comprador es un coleccionista era de esperar que las indagaciones del señor Wace llegaran a sus oídos a través de los anticuarios. Ha conseguido descubrir al clérigo y al oriental del señor Cave, que no eran otros que el reverendo James Parker y el joven príncipe de Bossokuni, en Java. Les estoy muy agradecido por ciertos detalles. Los motivos del príncipe eran simplemente la curiosidad... y extravagancia. Estaba tan empeñado en comprar porque Cave se resistía de forma tan extraña a vender. También es posible que el comprador en la segunda ocasión fuera simplemente un comprador casual y no un coleccionista en absoluto, y el huevo de cristal puede que se encuentre en estos momentos, vaya usted a saber, a una milla de aquí, decorando un salón o sirviendo de pisapapeles con sus extraordinarias propiedades completamente desconocidas. Desde luego que es en parte la idea de tal posibilidad la que me ha llevado a narrar la historia de una forma que le dé la oportunidad de llegar a lectores habituales de ficción.

Mis ideas sobre este asunto son prácticamente idénticas a las del señor Wace. Creo que el cristal en el mástil en Marte y el huevo de cristal del señor Cave están en algún tipo —por el momento completamente inexplicable— de comunicación física, y los dos pensamos también que el cristal terrestre debe de haber sido

enviado aquí desde ese planeta, posiblemente en fecha remota, para proporcionar a los marcianos una visión próxima de nuestros asuntos. Posiblemente los compañeros de los cristales que están en los otros mástiles también se encuentran en nuestro planeta. Ninguna teoría de la alucinación es suficiente para explicar los hechos.

LA ESTRELLA

Fue el día de Año Nuevo cuando tres observatorios anunciaron casi simultáneamente que los movimientos del planeta Neptuno, el más exterior de los que giran alrededor del Sol, se habían vuelto muy irregulares.

Ogilvy ya había llamado la atención sobre una sospechosa disminución de su velocidad en diciembre. Semejante noticia apenas si estaba pensada para interesar a un mundo en el que a la mayor parte de sus habitantes les pasa desapercibida la existencia del planeta Neptuno, ni fuera de la profesión astronómica el subsiguiente descubrimiento de una débil y remota mancha de luz en la región del perturbado planeta causó ninguna gran excitación. Los científicos, sin embargo, consideraron la información bastante notable incluso antes de saberse que el nuevo cuerpo se hacía rápidamente más grande y brillante, que sus movimientos eran completamente diferentes del ordenado progreso de los planetas, y que la desviación de Neptuno y de su satélite adquiriría proporciones sin precedentes.

Poca gente sin preparación científica puede darse cuenta del enorme aislamiento del sistema solar. El Sol, con sus manchas de planetas, su polvo de planetoides y sus impalpables cometas flota en una inmensidad vacía que casi derrota a la imaginación. Más allá de la órbita de Neptuno hay espacio, vacío hasta donde la observación humana ha penetrado, sin calor, ni luz, ni sonido, puro vacío, con una extensión de veinte millones de veces un millón de millas. Ése es el cálculo más bajo de la distancia que hay que atravesar para llegar a la más próxima de las estrellas. Y, salvo algunos cometas más inmateriales que la llama más liviana, ninguna materia, que se sepa, había atravesado jamás este abismo espacial hasta que al comienzo del siglo XX apareció este extraño trotamundos. Era una ingente masa de materia, voluminosa y pesada, que salía sin avisar

del negro misterio del cielo precipitándose en la luminosidad del sol. El segundo día del año era claramente visible con cualquier telescopio decente como una mancha de diámetro apenas apreciable en la constelación de Leo, cerca de Régulo. Al poco se le divisaba con gemelos de ópera.

Al tercer día los lectores de periódicos de los dos hemisferios fueron alertados por primera vez de la importancia real de esta inusitada aparición celeste. *Una colisión de planetas* titulaba la noticia un periódico de Londres, y proclamaba la opinión de Duchaine de que este extraño planeta nuevo probablemente chocaría con Neptuno. Los escritores más leídos abundaron en el tema. De forma que en la mayoría de las capitales del mundo el tres de enero había una expectación, aunque vaga, de algún inminente fenómeno en el cielo, y a medida que la noche seguía a la puesta de sol por todo el globo, miles de hombres volvieron sus ojos al cielo para ver... únicamente las viejas estrellas familiares de siempre.

Hasta que amanecía en Londres y se estaba poniendo la constelación de Pólux y las estrellas, arriba, empezaron a palidecer. Era un amanecer invernal, una pastosa acumulación de luz diurna que iba filtrándose, y la luz del gas y de las velas brillaba amarilla en las ventanas mostrando dónde la gente estaba en movimiento. Pero el policía que bostezaba lo vio, las atareadas muchedumbres de los mercados se quedaron con la boca abierta, y los obreros que iban temprano al trabajo, los lecheros, los repartidores de periódicos, los disipados que volvían a casa hastiados y pálidos, los vagabundos sin techo, los centinelas en sus rondas, y, en el campo, los labriegos pateando el campo, los furtivos volviendo sigilosamente a casa, por todo el país que latía en la oscuridad podía verse —y en el mar por los marineros que vigilaban la llegada del día—, ¡una gran estrella blanca que entró de repente en el cielo por el oeste!

Era más brillante que ninguna otra estrella de nuestro cielo. Más brillante que Venus en su ápice de fulgor. Todavía relucía, blanca y grande, no una mera mancha de luz que pestañea, sino como un pequeño disco redondo, claro y refulgente, una hora después de haber salido el Sol. Y donde la ciencia no ha llegado los hombres miraron y temieron, hablándose unos a otros de las guerras y las pestes que son anunciadas por estas terribles señales de los cielos.

Robustos bóers, oscuros hotentotes, negros de la Costa de Oro, franceses, españoles, portugueses estaban en pie en la cálida salida del sol observando cómo se ponía esta extraña estrella nueva.

En cientos de observatorios había habido una contenida excitación, que casi alcanzó el nivel del grito, cuando los dos remotos cuerpos se habían precipitado el uno contra el otro, y apresurados ires y venires para conseguir espectroscopios y aparatos fotográficos, y este aparato o el otro para registrar esta novedosa y sorprendente vista, la destrucción de un mundo. Porque era un mundo, un planeta hermano de nuestra Tierra, mucho mayor, desde luego, que nuestra Tierra, el que tan de repente se lanzaba como un rayo a una muerte flameante. Neptuno era el que había sido alcanzado de lleno por el extraño planeta venido del espacio exterior, y el calor de la colisión había convertido atropelladamente los dos sólidos globos en una vasta masa incandescente. Ese día, dos horas antes del amanecer, la grande y pálida estrella blanca giró alrededor del mundo, apagándose sólo cuando desaparecía por el oeste y el Sol se elevaba sobre ella. En todas partes los hombres quedaron maravillados, pero de todos los que la vieron ninguno más sorprendido que los marineros, vigilantes habituales de las estrellas, que lejos en alta mar no habían tenido ninguna noticia de su llegada y la veían ahora levantarse como una Luna pigmea y ascender en dirección al cenit y colgarse allá arriba y desaparecer en dirección oeste con el paso de la noche.

Cuando a continuación se elevó sobre Europa por todas partes había multitudes de observadores en laderas de montaña, en tejados, en campo abierto escudriñando por el este la salida de la gran estrella nueva. Salió con un resplandor blanco delante de ella, como el brillo de un fuego blanco, y aquellos que la habían visto nacer la noche anterior, al avistarla, gritaron:

—¡Es mayor! —gritaron—. ¡Es más brillante!

Ciertamente la Luna en cuarto creciente y desapareciendo por el oeste tenía un tamaño en apariencia sin comparación, pero en toda su anchura apenas si tenía tanto brillo ahora como el pequeño círculo de la extraña estrella nueva.

—Es más brillante —gritaba la gente apiñándose en las calles.

Pero en los oscuros observatorios los observadores contenían la respiración y se miraban unos a otros.

—¡Está más cerca! —decían—. ¡Más cerca!

Una voz tras otra repetía: «Está más cerca», y el tintineo del telégrafo recogió la expresión, y tembló por los cables del teléfono y en mil ciudades sucios cajistas seleccionaban los tipos. Está más cerca. Los hombres que escribían en las oficinas, asaltados por un extraño convencimiento, tiraron las plumas; los que charlaban en mil lugares encontraron de repente una grotesca posibilidad en esas palabras: está más cerca. Las palabras corrieron por las calles que despertaban, fueron gritadas por los senderos cubiertos de escarcha de las tranquilas aldeas. Los hombres que las habían leído en la palpitante cinta del telégrafo se quedaron en los portales iluminados con amarilla luz de gas gritando la noticia a los transeúntes. Está más cerca. Mujeres hermosas, coloradas y resplandecientes, oyeron la noticia bromeando entre baile y baile, y fingieron un inteligente interés que no sentían.

—¡Más cerca, desde luego! ¡Qué curioso! ¡Qué listísimos deben de ser esos señores para encontrar cosas como ésa!

Los vagabundos solitarios que caminaban en la noche invernal murmuraban aquellas palabras para consolarse —mirando al cielo:

—Más cerca tendría que estar, porque la noche es tan fría como la caridad. No parece que dé más calor con estar más cerca, de todas formas.

—¿Qué me importa a mí una nueva estrella? —gritaba una mujer que lloraba arrodillada junto a su muerto.

El estudiante, que se había levantado temprano para preparar sus exámenes, solucionaba el problema por su cuenta —con la gran estrella blanca brillando, ancha y reluciente, a través de las heladas flores de la ventana.

—Centrífuga, centrípeta —dijo con la barbilla apoyada en el puño—. Detener a un planeta en su curso, robarle su fuerza centrífuga, ¿qué ocurrirá después? ¡Domina la centrípeta y caerá contra el Sol! ¡Y ésta...! ¿Nos encontramos nosotros en su camino? Me pregunto...

La luz de aquel día siguió el camino de los anteriores y con las últimas guardias de la helada oscuridad salió de nuevo la extraña estrella. Ahora era tan brillante que la Luna, en cuarto creciente, no parecía sino un amarillento y pálido fantasma de sí misma, colgando enorme en el crepúsculo. En una ciudad sudafricana un

gran hombre había contraído matrimonio y las calles estaban iluminadas para darle la bienvenida de vuelta con su novia.

—Hasta los cielos se han iluminado —dijo el adulador.

Bajo Capricornio dos amantes negros, desafiando a las bestias salvajes y a los malos espíritus por amor, se agacharon juntos en el cañaveral donde se cernían las luciérnagas.

—Ésa es nuestra estrella —susurraron y se sintieron extrañamente consolados por el dulce brillo de su luz.

El gran experto en matemáticas estaba sentado en su despacho y apartaba de él los papeles. Había terminado ya los cálculos. En una pequeña ampolla blanca todavía quedaba un poco de la droga que le había mantenido despierto y activo durante cuatro largas noches. Todos los días había dado clase a los estudiantes, sereno, categórico y paciente como siempre, y luego había vuelto inmediatamente a los trascendentales cálculos. Tenía el rostro grave, un poco demacrado y febril a causa de las drogas para mantenerse activo. Durante algún tiempo pareció abstraído. Después se acercó a la ventana y la persiana subió con un chasquido. A medio camino allá arriba en el cielo, sobre los apiñados tejados, chimeneas y campanarios de la ciudad, colgaba la estrella.

La contempló como se podría mirar a los ojos de un valiente enemigo.

—Puede que me mates —dijo tras un silencio—. Pero ya te tengo, como a todo el universo por lo demás, atrapada en este pequeño cerebro. No cambiaría. Ni siquiera ahora.

Miró a la pequeña ampolla.

—Ya no necesitaré dormir más —dijo.

Al día siguiente al mediodía, puntual al minuto, entró en el anfiteatro donde daba la clase, dejó el sombrero en el extremo de la mesa como de costumbre, y con mucho cuidado seleccionó un gran trozo de tiza. Sus estudiantes contaban la broma de que no podía dar clase sin un trozo de tiza entre los dedos y que una vez que le habían escondido la tiza había quedado reducido a la impotencia. Entró y miró bajo las cejas grises las hileras superpuestas de frescos rostros jóvenes hablando con la acostumbrada y estudiada sencillez de expresión.

—Han surgido circunstancias... circunstancias ajenas a mi voluntad —dijo haciendo una pausa— que me impedirán terminar

el curso que había programado. Al parecer, señores, para decirlo clara y brevemente... el hombre ha vivido en vano.

Los estudiantes se miraron unos a otros. ¿Habían oído bien? ¿Estaba loco? Había ceños fruncidos y muecas en los labios, pero uno o dos rostros permanecieron atentos al tranquilo rostro bordeado de gris.

—Será interesante —decía— dedicar esta mañana a una exposición, todo lo clara que pueda, de los cálculos que me han llevado a esta conclusión. Supongamos...

Se volvió hacia el encerado, meditando sobre un diagrama como acostumbraba.

—¿Qué era eso de que ha vivido en vano? —susurró un estudiante a otro.

—Escucha —respondió el otro, afirmando con la cabeza en dirección al conferenciante.

Y pronto empezaron a comprender.

Aquella noche la estrella salió más tarde porque su propio movimiento hacia el este la había arrastrado algo a través de la constelación de Leo hacia la de Virgo, y brillaba tanto que el cielo se tornó de un azul luminoso a medida que salía y todas las estrellas quedaron a su vez ocultas con la sola excepción de Júpiter cerca del cenit, Cabra, Aldebarán, Sirio y los Lebreles. Era muy blanca y hermosa. En muchas partes del mundo aquella noche la rodeaba un pálido halo. Era perceptiblemente mayor, desde el cielo claro y refractivo de los trópicos parecía como si fuera casi un cuarto del tamaño de la Luna. La escarcha cubría todavía el suelo en Inglaterra, pero el mundo estaba tan brillantemente iluminado como si fuera mitad de verano a la luz de la luna. Con aquella luz fría y clara se podían leer tipos de letra completamente corriente y en las ciudades las farolas ardían amarillas y pálidas.

En todas partes la gente estuvo despierta esa noche y por toda la cristiandad un sombrío murmullo andaba suspendido en el sutil aire del campo como el zumbido de las abejas en la colmena, y este tumultuoso murmullo se convirtió en clamor en las ciudades. Era el tañer de las campanas de un millón de campanarios y espadañas convocando a la gente para que no durmiera más, no pecara más y se congregara en las iglesias a rezar. Y arriba, cada vez más grande y más brillante a medida que la Tierra giraba en su órbita y pasaba

la noche, se elevaba la deslumbrante estrella.

Las calles y las casas estaban iluminadas en todas las ciudades, y los muelles de los puertos resplandecían de luz y todas las carreteras que llevaban a las montañas estaban iluminadas y abarrotadas de gente toda la noche. Y en todos los mares, en torno de los países civilizados, barcos con vibrantes máquinas y barcos con hinchadas velas atestados de hombres y de criaturas vivas luchaban por salir al océano, hacia el norte. Porque el aviso del gran experto en matemáticas había sido ya teleografiado a todo el mundo y traducido a centenares de idiomas. El nuevo planeta y Neptuno, fundidos en ardiente abrazo, giraban vertiginosamente cada vez más deprisa en dirección al Sol. Esta masa incandescente volaba ya a cien millas por segundo, y cada segundo su terrorífica velocidad aumentaba. Tal y como volaba ahora, ciertamente, tenía que pasar a un centenar de millones de millas de la Tierra y apenas si podía afectarla. Pero cerca de su determinada ruta y aún sólo ligeramente perturbado, giraba el poderoso planeta Júpiter y sus lunas deslizándose espléndidas alrededor del Sol. A cada momento crecía ya la atracción entre la ardiente estrella y el mayor de los planetas. ¿Y el resultado de esa atracción? Inevitablemente Júpiter sería desviado de su órbita haciendo una elíptica y la ardiente estrella, separada notablemente de su precipitada carrera hacia el Sol, describiría una curva y quizá colisionaría con nuestra Tierra, desde luego pasaría muy cerca de ella.

Terremotos, erupciones volcánicas, ciclones, grandes olas marinas, inundaciones y una constante elevación de la temperatura hasta Dios sabe qué altura —eso es lo que profetizaba el gran experto en matemáticas.

Y arriba, para llevar a cabo la previsión, solitaria, fría y lívida, resplandecía la estrella de la inminente catástrofe.

A muchos que la observaron aquella noche hasta que los ojos les dolían, les pareció que estaba aproximándose visiblemente. Y aquella noche también cambió el tiempo, y la escarcha, que se había apoderado de toda la Europa central, Francia e Inglaterra, se derretió.

Pero el lector no debe imaginarse, porque haya hablado de gentes rezando durante toda la noche, gentes embarcando y gentes que huían precipitadamente hacia las montañas, que todo el mundo

estaba ya aterrado a causa de la estrella. De hecho, la costumbre y la necesidad todavía regían el mundo y, salvo por la charla en momentos de ocio y el esplendor de la noche, nueve de cada diez seres humanos estaban todavía entretenidos en sus ocupaciones habituales. En todas las ciudades las tiendas, excepto alguna por aquí y por allá, abrían y cerraban a las horas acostumbradas, el médico y el funerario ejercían sus oficios, los obreros acudían a las fábricas, los soldados hacían ejercicio, los investigadores estudiaban, los amantes se buscaban, los ladrones acechaban y salían volando, los políticos organizaban sus proyectos. Las rotativas de los periódicos rugían toda la noche y más de un cura de esta o aquella parroquia no abría su sagrado edificio para fomentar lo que consideraba un pánico estúpido. Los periódicos insistían en la lección del año 1000, pues entonces también la gente había previsto el fin del mundo. La estrella no era tal —puro gas—, un cometa, y aunque fuera una estrella no podía chocar contra la Tierra. No había ningún precedente de cosa semejante. El sentido común era tenaz en todas partes, desdeñoso, con burlas y algo inclinado a perseguir al miedoso obstinado. Esa noche, a las 7:15 hora de Greenwich, la estrella estaría en su punto más próximo a Júpiter. Entonces el mundo vería por dónde iban a ir las cosas. Las sombrías advertencias del matemático eran tomadas por muchos como puro y elaborado autobombo. El sentido común por fin, un poco acalorado por las discusiones, dejó sentadas sus inalterables convicciones yéndose a la cama. De la misma manera también, bárbaros y salvajes, cansados de la novedad, se volvieron a sus importantes negocios, y salvo por algún perro que aullaba acá y allá el mundo salvaje se despreocupó de la estrella.

Y no obstante, cuando por fin los observadores de los estados europeos vieron salir la estrella, una hora más tarde, es verdad, pero no mayor de lo que había sido la noche anterior, había todavía muchos despiertos para reírse del gran experto en matemáticas —para dar el peligro por pasado.

Pero de ahí en adelante la risa cesó. La estrella crecía, crecía con terrible regularidad hora tras hora, un poco mayor cada hora, un poco más cerca del cenit de medianoche, y cada vez más brillante hasta que hubo convertido la noche en un segundo día. De haber venido directa hacia la Tierra en lugar de describir una curva, si no

hubiera perdido velocidad por la atracción de Júpiter, debía de haber saltado el abismo intermedio en un día, pero tal como fue tardó cinco días en acercarse a nuestro planeta. La noche siguiente había alcanzado el tamaño de un tercio de la Luna antes de ponerse ante ojos ingleses, y el deshielo estaba asegurado. Apareció sobre América casi con el tamaño de la Luna, pero de un blanco cegador y ardiente, y una corriente de aire caliente sopló ahora acompañando a su aparición y robustecimiento, y en Virginia, y Brasil y el valle de San Lorenzo brilló intermitentemente a través de un hedor torrencial de nubes tronantes, de parpadeos de rayos de color violeta y de granizo sin precedentes. En Manitoba hubo un deshielo y devastadoras inundaciones. En todas las montañas de la Tierra la nieve y el hielo empezaron a fundirse aquella noche, y todos los ríos que nacían en las montañas corrían crecidos y turbios, y pronto, en las cuencas altas, con árboles arremolinados y los cuerpos de bestias y de hombres. Se elevaron constantemente, bajo el continuo brillo fantasmal, y finalmente empezaron a rebosar por encima de sus márgenes a espaldas de la población de los valles que huía.

A lo largo de la costa de Argentina y subiendo por el Atlántico sur las mareas eran más altas de lo que nadie podía recordar, y las tormentas empujaron las aguas en muchos casos muchísimas millas tierra adentro, sumergiendo ciudades enteras. Tanto había subido el calor durante la noche que la salida del sol fue como la aparición de una sombra. Los terremotos comenzaron y se multiplicaron hasta que por toda América, desde el Círculo Ártico hasta el Cabo de Hornos, las laderas estaban deslizándose, se abrían fisuras, y casas y muros se desmoronaban totalmente. Todo el lateral del Cotopaxi se deslizó en una vasta convulsión y un tumulto de lava brotó tan alto, ancho, rápido y líquido que en un día alcanzó el mar.

Y así la estrella, con la pálida Luna saliendo, cruzó el Pacífico, arrastró las tormentas de truenos como el dobladillo de una falda y las crecientes olas de la marea que avanzaban penosamente detrás de ella, espumeantes y ansiosas, cayeron sobre una isla tras otra dejándolas barridas de hombres. Hasta que finalmente llegó aquella ola —en medio de una luz cegadora y con el aliento de un horno llegó rápida y terrible—, una muralla de agua de cincuenta pies de alto, rugiendo hambrienta, sobre las largas costas de Asia, y cruzó arrasando las llanuras chinas tierra adentro. Durante un tiempo la

estrella, ahora más ardiente, grande y brillante que el Sol en toda su fuerza, mostró con su brillo implacable el extenso y populoso país, ciudades y aldeas con sus pagodas, árboles, caminos, extensos campos cultivados, millones de personas sin dormir mirando con terror impotente al cielo incandescente, y después, sordo y creciente, llegó el murmullo de la inundación. Y eso fue lo que les pasó a millones de hombres esa noche... la huida a ninguna parte, con los miembros pesados por el calor y la respiración furiosa y escasa, y la inundación como una muralla blanca y rápida detrás. Y luego la muerte.

China estaba iluminada por un resplandor blanco, pero sobre Japón y Java y todas las islas del este de Asia la gran estrella era una bola de sordo fuego rojo a causa del vapor y el humo y las cenizas que los volcanes escupían para saludar su llegada. Arriba estaban la lava, los ardientes gases y las cenizas, y abajo las bullentes aguas, y toda la tierra oscilaba y retumbaba con las sacudidas de los terremotos. Pronto las inmemoriales nieves del Tíbet y del Himalaya estaban derritiéndose y precipitándose por diez millones de canales que se hacían más hondos y convergían sobre las llanuras de Birmania y el Indostán. Las enmarañadas cumbres de las junglas de la India estaban en llamas en mil sitios, y debajo de las apresuradas aguas en torno de los tallos había objetos oscuros que todavía se agitaban débilmente y reflejaban las lenguas rojas de sangre del fuego. Y en desordenada confusión una multitud de hombres y mujeres huían por los anchos márgenes de los ríos hacia la última esperanza de los humanos... el mar abierto.

Mayor y mayor se hizo la estrella, y más calurosa y brillante, ahora con una rapidez terrible. El océano tropical había perdido la fosforescencia, y el remolino de vapor se elevaba en espirales fantasmales desde las negras olas que caían incesantemente, moteadas de barcos sacudidos por la tormenta.

Y luego llegó el misterio. A los que en Europa vigilaban la salida de la estrella les pareció que el movimiento de rotación de la Tierra debía de haber cesado. En miles de sitios en campo abierto de las tierras altas y bajas a los que la gente se había dirigido huyendo de las inundaciones, de las casas que se hundían y de las laderas de los montes que se desplazaban, esperaron la salida en vano. Una hora siguió a otra en medio de un terrible suspense y la estrella no salió.

Una vez más los hombres vieron las viejas constelaciones que daban por perdidas para siempre. En Inglaterra la atmósfera estaba caliente y despejada aunque el suelo temblaba constantemente, pero en los trópicos, Sirio, Cabra y Aldebarán se veían a través de un velo de vapor. Y cuando por fin la estrella salió con un retraso de casi diez horas, el Sol salió muy cerca de ella y en el centro de su blanco corazón tenía un disco negro.

Fue sobre Asia donde la estrella había comenzado a quedarse rezagada en relación con el movimiento del cielo, y luego, de repente, mientras estaba sobre la India, su luz se había velado. Toda la llanura de la India desde la desembocadura del Indo a la del Ganges era aquella noche un yermo poco profundo de brillantes aguas del que sobresalían templos y palacios, montes y montículos, negros de gente. Cada minarete era una arracimada masa de gente que caía, uno tras otro, en las turbias aguas a medida que el calor y el pánico los dominaban. Todo el país parecía estar gimiendo, y de repente una sombra cruzó aquel horno de desesperación, y de la enfriada atmósfera salió una ráfaga de aire frío y una congregación de nubes. Los hombres, que miraban arriba, casi cegados, a la estrella, vieron que un disco negro cruzaba lentamente la luz. Era la Luna que se interponía entre la estrella y la Tierra. Y hasta cuando los hombres clamaban a Dios por este alivio, por el este, con extraña e inexplicable dulzura, salió el Sol. Y entonces estrella, Sol y Luna cruzaron precipitadamente los cielos al mismo tiempo.

Y así fue cómo al poco, para los observadores europeos, la estrella y el Sol se elevaban muy cerca la una del otro, avanzaron precipitadamente durante un rato y después más despacio, y finalmente pararon, estrella y Sol se fundieron en un resplandor de fuego en el cenit del cielo. La Luna ya no eclipsaba a la estrella, sino que había dejado de ser visible en el celeste resplandor. Y aunque los que todavía estaban vivos lo miraron, en su mayoría, con esa obtusa estupidez que engendran el hambre, la fatiga, el calor y la desesperación, todavía hubo hombres capaces de percibir el significado de estas señales. La estrella y la Tierra habían alcanzado el punto más próximo, habían girado una sobre la otra, y la estrella había pasado. Ya estaba retirándose, cada vez más rápida, en la última etapa de su precipitada caída hacia el Sol.

Y entonces se juntaron las nubes obstruyendo la visión del cielo,

los rayos y los truenos tejieron una tela en torno al mundo. Por toda la tierra hubo tal diluvio como los hombres no habían visto jamás, y donde los volcanes lanzaban rojas llamas contra el dosel de las nubes descendieron torrentes de lodo. Por todas partes las aguas abandonaban torrencialmente las tierras dejando a su paso ruinas cubiertas de cieno, y la tierra llena de basura como una playa batida por la tormenta con todo lo que flotaba y los cuerpos muertos de hombres y bestias, sus hijos. Durante días las aguas estuvieron escurriéndose de las tierras arrastrando a su paso suelo, árboles y casas, y amontonando enormes terraplenes y excavando titánicos barrancos por los campos. Ésos fueron los días de tinieblas que siguieron a la estrella y al calor. Durante todos ellos, a lo largo de muchas semanas y meses, continuaron los terremotos.

Pero la estrella había pasado, y los hombres, impulsados por el hambre y recobrando fuerzas muy poco a poco, pudieron volver lentamente a las arruinadas ciudades, los enterrados graneros y los empapados campos. Los pocos barcos que habían escapado a las tormentas llegaron aturridos y desmantelados, sondeando con cautela la ruta por las nuevas marcas y bajíos de los otrora familiares puertos. Y cuando las tormentas remitieron, los hombres se dieron cuenta de que en todas partes los días eran más calurosos que antes y el Sol mayor, y la Luna, encogida a un tercio de su tamaño anterior, ahora tardaba ochenta días en pasar de luna nueva a luna nueva.

Pero esta historia no dice nada de la nueva fraternidad que pronto surgió entre los hombres, ni de la preservación de las leyes, los libros y las máquinas, ni del extraño cambio que habían sufrido Islandia y Groenlandia y las costas de la bahía de Baffin, de forma que los marineros que iban allí pronto las encontraron verdes y gráciles y apenas si podían creer lo que veían. Ni tampoco de la migración de la humanidad ahora que la Tierra era más calurosa, hacia el norte y hacia el sur, en dirección a los polos. Se ocupa únicamente de la llegada y el paso de la estrella.

Los astrónomos marcianos —pues hay astrónomos en Marte, aunque sean seres muy diferentes a los hombres— estuvieron naturalmente muy interesados en estos fenómenos. Por supuesto, los vieron desde su propio punto de vista.

Considerando la masa y la temperatura del proyectil que fue

lanzado a través de nuestro sistema solar contra el Sol —escribía uno de ellos— es sorprendente el escaso daño que ha sufrido la Tierra, con la que no se estrelló por muy poco. Todas las familiares delimitaciones continentales y las masas de los mares continúan intactas, y ciertamente la única diferencia parece consistir en la disminución de la mancha blanca (que se suponía ser agua helada) alrededor de los dos polos.

Lo que sólo muestra lo pequeña que puede parecer la mayor de las catástrofes humanas a una distancia de unos cuantos millones de millas.

UNA HISTORIA DE LA EDAD DE PIEDRA

I

Ugh-lomi y Uya

Esta historia pertenece a tiempos más allá de la memoria de los hombres, antes del comienzo de la historia, a una época en la que se podía caminar a pie enjuto desde Francia —como la llamamos ahora— a Inglaterra, cuando un ancho y lento Támesis corría entre sus marismas al encuentro de su padre el Rin, fluyendo por una tierra ancha y plana que en estos recientes tiempos nuestros está bajo el agua y a la que conocemos con el nombre de Mar del Norte. En esa edad remota el valle que se extiende a los pies de los Downs no existía y el sur de Surrey era una cadena de montañas cubiertas de abetos en las laderas medias y coronadas de nieve la mayor parte del año. Lo fundamental de aquellas cumbres todavía existe con los nombres de Leith Hill, Pitch Hill y Hindhead. En las laderas más bajas de la cadena, por debajo de los hierbales donde pastaban los caballos, había bosques de tejos, castaños y olmos, y los matorrales y los lugares oscuros escondían al oso pardo y a la hiena, y los monos grises trepaban por las ramas. Y más abajo aún, entre el bosque y la marisma y el campo abierto a lo largo del Wey, se desarrolló de principio a fin este pequeño drama que he de contaros. Sucedió hace cincuenta mil años —cincuenta mil años si los cálculos de los geólogos son correctos.

En aquellos tiempos la primavera era tan jovial como lo es ahora y hacía hervir la sangre en las venas de igual manera. El cielo

vespertino estaba azul con amontonadas nubes blancas deslizándose por él y el viento del suroeste soplaba como una suave caricia. Las recién llegadas golondrinas iban de un lado para otro. La cuenca del río estaba tachonada de ranúnculos blancos y los lugares pantanosos salpicados de berros e iluminados de malvavisco allí donde los regimientos de juncias bajaban sus espadas, y los hipopótamos, que se dirigían hacia el norte, brillantes monstruos negros, torpemente deportivos, llegaban atravesándolo todo a trancas y barrancas con oscuro regocijo y obsesionados con la idea bien clara de convertir el río en un barrizal con sus chapoteos.

Río arriba y bien a la vista de los hipopótamos, algunos animalillos de color pardo chapoteaban en el agua. No había miedo, ni rivalidad ni enemistad entre ellos y los hipopótamos. Cuando las grandes moles llegaban aplastando las cañas y rompiendo el espejo del río en plateadas salpicaduras, estas diminutas criaturas gritaban y gesticulaban de alegría. Era la señal más segura de la primavera avanzada.

—¡Bolú! —gritaban—. ¡Baayah Bolú!

Eran los hijos de los humanos, el humo de cuyo campamento se elevaba desde el montículo del recodo del río, jovenzuelos de mirada salvaje con una maraña de pelo y caras pequeñas y pícaras de ancha nariz, cubiertas —como algunos niños incluso en nuestros días— con un delicado plumón de pelo. Eran estrechos de espalda y largos de brazos. Y sus orejas no tenían lóbulos, sino pequeños extremos puntiagudos, algo que todavía perdura en casos raros. Vivaces gitanillos desnudos, activos como monos y muy parlanchines, aunque algo faltos de palabras.

Sus mayores estaban ocultos de los retozones hipopótamos por la cima del montículo. El campamento humano era una zona pisoteada entre ramas secas y marrones de helecho real por las que los nuevos brotes del año se estaban abriendo a la luz y al calor. La hoguera era un montón de carbones ardiendo a fuego lento, de color gris claro y negro, alimentado de vez en cuando por las ancianas con hojas secas. La mayoría de los hombres estaban dormidos —dormían sentados con la frente sobre las rodillas. Esa mañana habían matado una buena presa, suficiente para todos, un ciervo herido por perros de caza, así que no había habido pelea entre ellos, y algunas de las mujeres todavía estaban royendo los

huesos que yacían desparramados. Otras estaban haciendo un montón de hojas y palos para alimentar al Hermano Fuego cuando volviera la oscuridad, de modo que así pudiera crecer alto y fuerte y protegerlos contra las bestias. Dos amontonaban pedernales que traían, una brazada cada vez, desde el recodo del río donde jugaban los niños.

Ninguno de estos salvajes de piel parda estaba vestido, pero algunos llevaban alrededor de las caderas rudos cinturones de piel de víbora o de crujiente cuero sin curtir de los que colgaban pequeñas bolsas no fabricadas por ellos, sino arrancadas de las garras de las bestias, y en las que trasportaban los bastos pedernales que constituían las armas e instrumentos fundamentales del hombre. Y una mujer, la compañera de Uya, el Astuto, llevaba un maravilloso collar de fósiles perforados —que otras habían llevado antes que ella. Junto a algunos de los hombres dormidos yacían las grandes astas de alce con los troncos tallados en bordes afilados, y palos largos con las puntas afiladas cortadas a tajo de pedernal. Salvo estas cosas y el ardiente fuego poco más había que distinguiera a estos seres humanos de los animales salvajes que habitaban la región. Pero Uya, el Astuto, no dormía, sino que estaba sentado con un hueso en la mano, muy ocupado en arañararlo con un pedernal, algo que no haría ningún animal. Era el hombre más viejo de la tribu, con frente de escarabajo, prognato, de brazos desgarrados. Tenía barba y mejillas peludas y el pecho y los brazos eran negros a causa del tupido vello. Y gracias tanto a su fuerza como a su astucia era el jefe de la tribu y su parte era la mayor y la mejor.

Eudena se había escondido entre los alisos porque tenía miedo de Uya. Era todavía una niña, de ojos brillantes y una sonrisa que daba gusto ver. Él le había dado un trozo de hígado, una pieza de hombres, y un maravilloso agasajo para una chica, pero cuando la cogió, la otra mujer con el collar la había mirado, una mirada malvada, y Ugh-lomi había hecho un ruido con la garganta, por lo que Uya le había mirado fija y largamente y Ugh-lomi había bajado el rostro. Luego Uya la había mirado a ella. Estaba asustada y se había escapado mientras la comida continuaba y Uya estaba entretenido con la médula de un hueso. Después había andado por allí como buscándola. Y ahora estaba agachada entre los alisos,

completamente intrigada por lo que Uya pudiera estar haciendo con el pedernal y el hueso. Y a Ugh-lomi no se le veía por ninguna parte.

Al poco una ardilla llegó saltando por los alisos y ella yacía tan inmóvil que el hombrecillo estuvo a seis pies de ella antes de verla. Al hacerlo blandió precipitadamente un tallo y comenzó a parlotear y a regañarla.

—¿Qué haces aquí —le preguntó—, alejada de las demás bestias humanas?

—Paz —respondió Eudena.

Pero él no hizo más que seguir hablando, y entonces ella empezó a romper las diminutas piñas negras para tirárselas. Él las esquivó y la desafió, y ella se excitó y se levantó para lanzar mejor, y entonces vio a Uya bajando por el montículo. Éste había visto el movimiento del pálido brazo entre el matorral —tenía muy buena vista.

Al verlo olvidó la ardilla y salió corriendo por los alisos y las cañas tan deprisa como pudo. No le importaba adónde iba mientras escapara de Uya. Chapoteó casi hasta las rodillas a través de una ciénaga y vio delante una ladera de helechos que crecían más esbeltos y verdes según subían pasando de la luz a la sombra de los jóvenes castaños. Pronto estuvo entre los árboles, pues era muy ágil, y corrió y corrió hasta internarse en la parte más vieja del bosque, donde los valles eran más amplios, y las enredaderas alrededor de los tallos a los que llegaba la luz eran tan gruesas como árboles jóvenes, y las lianas de hiedra gruesas y tensas. Allá siguió corriendo y dobló la distancia y volvió a doblarla de nuevo, y entonces se tumbó al fin entre unos helechos en un claro cerca de unos matorrales, y escuchó con el corazón latiéndole en los oídos.

Pronto oyó pisadas que hacían crujir las hojas secas a lo lejos, desaparecieron y todo volvió a estar en calma salvo por el escándalo de los mosquitos —pues la tarde avanzaba— y el incesante susurro de las hojas. Se rió en silencio de pensar que el astuto Uya la persiguiera. No estaba asustada. Algunas veces, jugando con los otros chicos y chicas, había huido al bosque aunque nunca tan lejos como esta vez. Era agradable estar escondida y sola.

Estuvo allí tumbada mucho tiempo, contenta de la escapada, y después se incorporó para escuchar. Se trataba de un rápido ruido de patas que se hacía más intenso y se dirigía hacia ella, y al poco

pudo oír gruñidos y chasquidos de ramitas. Era una manada de cerdos salvajes delgados y peludos. Se dio la vuelta porque un jabalí es un mal compañero para que le pase a uno demasiado cerca, dado el tajo lateral de sus colmillos, y se marchó transversalmente por entre los árboles. Pero el pateo se acercó más, no estaban comiendo a la vez que vagaban, sino que iban deprisa —o no la habrían alcanzado—, y se agarró a la rama de un árbol, se balanceó y escaló por el tronco con algo de la agilidad del mono.

Cuando miró ya estaban pasando por debajo las hirsutas y afiladas espaldas de los cerdos. Y ella sabía que los gruñidos breves y agudos que daban significaban miedo. ¿De qué tenían miedo? ¿Un hombre? Andaban muy apresurados sólo por un hombre.

Y entonces, tan de repente que le hizo apretar involuntariamente el puño con que agarraba la rama, una cría de ciervo se arrancó y precipitó tras los cerdos. Algo más pasó, bajo y gris, con un cuerpo largo, pero no supo qué era, pues sólo lo vio momentáneamente por los intersticios de las hojas recientes, y luego hubo una pausa.

Permaneció rígida y expectante, tan rígida como si fuera parte del árbol al que estaba aferrada, mirando hacia abajo.

Después, lejos entre los árboles, claro por un momento, oculto luego, de nuevo visible con helechos hasta la rodilla, desaparecido otra vez, corría un hombre. Supo que era el joven Ugh-lomi por el color rubio de su pelo, y tenía algo rojo por la cara. De algún modo la frenética huida y aquella mancha escarlata la hicieron sentirse mal. Y luego, más cerca, corriendo fatigosamente y jadeando mucho, venía otro hombre. Al principio no podía ver, y después vio, sesgado pero claro para ella, que se trataba de Uya que corría a grandes zancadas con los ojos fijos. No perseguía a Ugh-lomi. Tenía la cara pálida. Era Uya... ¡aterrado! Pasó y todavía se le oía muy alto cuando algo más, algo grande y con piel entrecana balanceándose con zancadas rápidas y suaves vino apresuradamente en su persecución.

Eudena se puso súbitamente rígida, se le cortó la respiración y se agarró convulsivamente con los ojos sobresaltados.

No había visto aquello antes, ni siquiera lo veía con claridad ahora, pero inmediatamente supo que era el Terror del Bosque umbroso. Su nombre era toda una leyenda, los niños se asustaban unos a otros, incluso a sí mismos, con el nombre y corrían gritando

al campamento. Ningún hombre había matado jamás a ninguno de su especie. Hasta el poderoso mamut temía su ira. Era el oso pardo, el señor del mundo tal y como el mundo era entonces.

Al tiempo que corría iba dando constantes gruñidos quejosos.

—¡Los hombres en mi mismísima guarida! Guerra y sangre. En la mismísima entrada de mi guarida. Hombres, hombres, hombres. Guerra y sangre.

Pues él era el señor del bosque y de las cavernas.

Mucho tiempo después de que hubiera pasado, ella, una mujer de piedra, seguía mirando fijamente abajo entre las ramas. Toda la capacidad de acción la había abandonado. Instintivamente se agarró con manos, rodillas y pies. Pasó algún tiempo antes de que pudiera pensar, y entonces sólo tuvo una cosa clara en la cabeza: que el Terror estaba entre ella y la tribu —que sería imposible descender.

Pronto, cuando el miedo disminuyó un poco, escaló a una posición más cómoda, donde una gran rama se bifurcaba. Los árboles se elevaban a su alrededor de forma que no podía ver nada del Hermano Fuego, que es negro durante el día. Los pájaros empezaron a moverse y los animales que se habían escondido por miedo a sus movimientos salieron sigilosamente...

Después de un tiempo las ramas más altas llamearon con el toque del crepúsculo. Por encima, en lo alto, los grajos, más prudentes que los hombres, volvían graznando a casa, a sus nidos entre los olmos. Mirando abajo, las cosas se tornaron más claras y con más sombras. Eudena pensó en volver al campamento, se permitió bajar un trecho y luego el miedo al Terror del Bosque umbroso la dominó de nuevo. Mientras dudaba, un conejo dio un lúgubre chillido y no se atrevió a descender más.

Las sombras se congregaron y las profundidades del bosque empezaron a agitarse. Eudena subió de nuevo árbol arriba para estar más cerca de la luz. Abajo las sombras salían de sus escondites y se extendían, arriba el azul se hacía más profundo. Se impuso una calma terrible y luego las hojas empezaron a susurrar.

Eudena tuvo escalofríos y pensó en el Hermano Fuego.

Las sombras ahora se juntaban en los árboles, se sentaban en las ramas y la observaban. Las ramas y las hojas se tornaron quietas, ominosas formas negras que saltarían sobre ella si se movía. Luego el búho blanco, revoloteando silenciosamente, llegó fantasmal a

través de las sombras. El mundo se volvió más y más oscuro hasta que las hojas y ramas resaltaron negras contra el cielo, y el suelo quedó oculto.

Permaneció allí toda la noche, una vigilia que duró siglos, aguzando el oído para los ruidos que se producían abajo en la oscuridad y manteniendo la inmovilidad, no fuera a ser que alguna bestia sigilosa la descubriera. El hombre en aquellos tiempos no se quedaba nunca solo en la oscuridad, salvo en ocasiones tan raras como ésta. Siglo tras siglo había aprendido la lección de su terror — una lección que nosotros, pobres hijos suyos tenemos ahora que desaprender penosamente. Eudena, aunque por la edad una mujer, era en el fondo como una niña pequeña. Se mantuvo tan quieta, pobre animalillo, como una liebre antes de que la espanten.

Las estrellas salieron y la observaron —su única pizca de consuelo. En una más brillante se imaginó que había algo como de Ugh-lomi. Luego se encaprichó con que era Ugh-lomi. Y cerca de él, rojo y opaco, estaba Uya, y según pasaba la noche Ugh-lomi huía de él cielo arriba.

Intentó divisar al Hermano Fuego que protegía al campamento de las bestias, pero no se le veía. Y lejos oyó a los mamuts haciendo sonar sus trompas cuando bajaban al abrevadero, y una vez una mole enorme se apresuró con pesadas zancadas, haciendo el ruido como de una ternera, pero no pudo ver lo que era. Aunque por la voz pensó que era Yaaa, el rinoceronte, que mata con la nariz, va siempre solo y se enfurece sin ningún motivo.

Por fin comenzaron a ocultarse las estrellas pequeñas y después las más grandes. Fue igual que los animales desapareciendo delante del Terror. El Sol, señor del cielo como el oso pardo era el señor del bosque, estaba saliendo. Eudena se preguntó qué sucedería si una estrella se rezagaba. Y luego el cielo se puso pálido para la aurora.

Cuando llegó la luz del día el miedo a las cosas latentes pasó y pudo descender. Estaba rígida, pero no tanto como lo hubiera estado usted, querida señorita —debido a vuestra educación— y, como no la habían acostumbrado a comer al menos una vez cada tres horas, sino que al contrario, a menudo había ayunado durante tres días, no se sintió incómodamente hambrienta. Se deslizó árbol abajo con mucha cautela y fue por el bosque sigilosamente, y aunque no saltó ni una ardilla ni se arrancó ningún ciervo el terror

al oso pardo le helaba la médula.

Ahora lo que deseaba era encontrar de nuevo a su gente. Su miedo a Uya, el Astuto, había sido desplazado por el miedo mayor a la soledad. Pero se había perdido. El día anterior había corrido sin fijarse y no podía decir si el campamento estaba en dirección al Sol o dónde. Una y otra vez se detuvo a escuchar y por fin, muy lejos oyó un rítmico tintineo. Era tan débil aun en la quietud matinal que podía asegurar que debía de estar lejos. Pero sabía que era el sonido de un hombre afilando un pedernal.

Pronto los árboles empezaron a clarear y después se presentó un regimiento de ortigas impidiendo el paso. Se volvió por un lado y luego llegó a un árbol caído que conocía, con zumbido de abejas en torno suyo. Y así estuvo pronto a la vista del montículo, muy lejos, y el río debajo, y los niños y los hipopótamos igual que habían estado el día antes, y la delgada aguja de humo meciéndose en la bruma matinal. A lo lejos, junto al río, estaba el grupo de alisos donde se había escondido. Y al verlos le volvió el miedo a Uya y se arrastró hasta un matorral de helechos del que salió corriendo un conejo y estuvo un rato tumbada observando el campamento.

No se veía a la mayoría de los hombres, excepto a Wau, el tallador de pedernales, y eso la hizo sentirse más segura. Sin duda estaban fuera, consiguiendo caza para comer. Algunas de las mujeres estaban también abajo en la corriente, en inclinada concentración, buscando mejillones, cangrejos, caracoles de agua, y al verlas Eudena sintió hambre. Se levantó y atravesó corriendo los helechos, decidida a unirse a ellas. Según marchaba oyó una voz entre los helechos que la llamaba suavemente. Se detuvo. Luego, de repente, oyó un ruido detrás de ella, y volviéndose vio a Ugh-lomi saliendo de los helechos. Tenía franjas de sangre marrón y suciedad en la cara, los ojos fieros, y en la mano la piedra blanca de Uya, la piedra blanca del fuego que nadie más que Uya osaba tocar. De una zancada estaba junto a ella y la agarró por el brazo. Le hizo girar y la empujó delante de él hacia el bosque.

—Uya —dijo, y ondeó los brazos.

Ella oyó un grito, miró hacia atrás y vio a todas las mujeres de pie y dos que salían vadeando de la corriente. Después llegaron alaridos más cercanos, y la vieja con barba que cuidaba del fuego en el montículo movía los brazos, y Wau, el hombre que había

estado tallando el pedernal, se ponía en pie. Los niños pequeños también se apresuraban y gritaban.

—¡Ven! —dijo Ugh-lomi tirándola del brazo.

Ella todavía no comprendía.

—Uya ha pronunciado la palabra mortal —dijo Ugh-lomi, y ella miró hacia atrás, a la curva de figuras que gritaban, y comprendió.

Wau y todas las mujeres y niños venían hacia ellos, un disperso despliegue de figuras pardas con cabezas desgrednadas, gruñendo, saltando y gritando. Por el montículo se apresuraban dos jóvenes. Abajo por la derecha, entre los helechos, venía un hombre que los dirigía saliendo del bosque. Ugh-lomi le soltó el brazo y los dos comenzaron a correr el uno junto al otro saltando los helechos y pisando con holgura y precisión. Eudena, conociendo la agilidad de Ugh-lomi y la suya propia, se rió en alto de la desigual persecución. Era una pareja con piernas extraordinariamente rectas para aquellos tiempos.

Pronto recorrieron el campo abierto y se acercaron de nuevo al bosque de castaños —ninguno tenía ahora miedo porque no estaba solo. Disminuyeron el paso, ya no excesivamente rápido. Y de repente Eudena gritó y giró bruscamente a un lado, apuntando y mirando hacia arriba entre los troncos de los árboles. Ugh-lomi vio las piernas y los pies de hombres que corrían hacia él. Eudena ya estaba corriendo transversalmente. Y cuando también él se volvió para seguirla, oyó la voz de Uya a través de los árboles que rugía de rabia contra ellos.

Entonces el terror invadió sus corazones, no el terror que paraliza, sino el terror que le vuelve a uno silencioso y rápido. Ahora estaban cercados por dos lados. Estaban en una especie de rincón de la persecución. Por la derecha y cerca de ellos venían los hombres rápidos y corpulentos con el barbudo Uya, asta en mano, capitaneándolos, y por la izquierda, dispersos como se esparce el cereal, manchas amarillas entre los helechos y la hierba, corrían Wau y las mujeres, y hasta los niños pequeños del vado se habían unido a la cacería. Las dos partidas convergían sobre ellos. Salieron disparados con Eudena a la cabeza.

Sabían que no habría piedad para ellos. No había cacería tan apetitosa para estos antiguos humanos como la cacería del hombre. Una vez que se había encendido la fiera pasión de la caza, los

débiles inicios de humanidad se los llevaba el viento. Y Uya por la noche había marcado a Ugh-lomi con la palabra mortal. Ugh-lomi era la presa del día, el festín destinado.

Corrían en línea recta —era su única oportunidad—, atravesando cualquier terreno que encontraban, un campo de ortigas, un claro, una mata de hierba de la que salió gruñendo una hiena. Luego, de nuevo, bosques, largas extensiones de umbroso lecho de hojas y musgo bajo los verdes troncos. Después, una ladera empinada, cubierta de árboles y grandes vistas de árboles, un espacio abierto, una succulenta zona verde de lodo negro, un amplio espacio abierto de nuevo, a continuación una mata de lacerantes espinos con rastros de las bestias prendidos en ella. Detrás de ellos la persecución se rezagaba y dispersaba con Uya siempre a los talones. Eudena mantenía el primer lugar corriendo ligera y con respiración fácil, pues Ugh-lomi llevaba en la mano la Piedra del Fuego.

Se notó en su paso —no al principio, pero sí después de un rato. Sus pasos tras ella se volvieron de repente más remotos. Mirando atrás por encima del hombro cuando cruzaban otro espacio abierto, Eudena vio que Ugh-lomi estaba a muchas yardas detrás de ella y que Uya se encontraba muy cerca de él con el asta levantada en el aire para derribarlo. Wau y los otros no estaban sino saliendo de las sombras de los bosques.

Al ver a Ugh-lomi en peligro, Eudena corrió lateralmente mirando hacia atrás, levantó los brazos y gritó en el momento en que el asta salió volando. Y el joven Ugh-lomi, esperando eso y comprendiendo el grito, inclinó la cabeza de forma que el proyectil apenas le golpeó ligeramente el cuero cabelludo, haciéndole sólo una pequeña herida y volando sobre él. Se volvió de inmediato con la cuarcita Piedra del Fuego en ambas manos y la arrojó derecha al cuerpo de Uya cuando éste corría desprevenido por el lanzamiento. Uya gritó, pero no pudo esquivarla. Le alcanzó de lleno con todo su peso debajo de las costillas, se tambaleó y cayó sin siquiera un grito. Ugh-lomi recogió el asta —cuya punta estaba manchada con su propia sangre— y vino corriendo de nuevo con un hilillo rojo de sangre brotándole del pelo.

Uya dio dos vueltas completas y estuvo un momento tumbado antes de levantarse, pero después no corría deprisa. Le había

cambiado el color de la cara. Wau le alcanzó y después los otros. Tosía y tenía una respiración trabajosa, pero siguió.

Por fin los dos fugitivos ganaron la orilla del río donde la corriente era profunda y estrecha, y todavía estaban a cincuenta yardas de Wau, el perseguidor más adelantado, el hombre que hacía las piedras de matar. Llevaba una en cada mano, unos pedernales grandes, en forma de ostra y de doble tamaño, tallados con un borde afilado como un formón.

Bajaron a saltos la inclinada orilla hasta la corriente, corrieron precipitadamente por el agua, cruzaron a nado la parte profunda con dos o tres brazadas y salieron vadeando de nuevo, chorreando pero refrescados, a escalar la orilla opuesta. Estaba socavada y llena de sauces que crecían allí muy densos, así que había que escalarla. Y mientras Eudena estaba todavía entre las plateadas ramas y Ugh-lomi aún en el agua —pues el asta le había retrasado—, Wau subió a la orilla opuesta, su figura contra el cielo, y la piedra de matar, lanzada con habilidad, alcanzó un lado de la rodilla de Eudena, que llegó arriba forcejeando y cayó.

Oyeron a los perseguidores gritarse unos a otros, y Ugh-lomi, escalando hasta ella y moviéndose a ráfagas para frustrar la puntería de Wau, sintió que la segunda piedra de matar le rozaba la oreja y oyó su chapoteo al caer en el agua debajo de él.

Entonces fue Ugh-lomi, el mocoso, el que demostró que se había hecho un hombre de verdad. Pues al continuar corriendo notó que Eudena se rezagaba, cojeando, y acto seguido se volvió y, gritando de forma salvaje, con una cara terrible a causa de la repentina furia y la sangre hirviente, la pasó rápidamente corriendo de vuelta a la orilla al tiempo que ondeaba el asta sobre la cabeza. Y Eudena continuó corriendo todavía con fuerza, aunque tenía necesariamente que cojear a cada paso y el dolor era ya agudo.

Así que Wau, al levantarse sobre el borde agarrando las rectas ramas del sauce vio a Ugh-lomi elevándose sobre él, gigantesco contra el azul, vio balancearse todo su cuerpo, las manos empuñando el asta. El borde del asta venía atravesando el aire y no vio más. El agua bajo las mimbreras hizo un remolino y ondas, y se volvió roja seis pies corriente abajo. Uya, que seguía, se detuvo a media corriente con el agua hasta las rodillas y el hombre que estaba nadando se volvió.

Los otros hombres que venían detrás en la persecución —ninguno de ellos muy fuerte, pues Uya era más astuto que fuerte y no toleraba rivales vigorosos— aflojaron momentáneamente al ver a Ugh-lomi allí de pie sobre los sauces, sangriento y terrible, entre ellos y la chica vacilante, con la enorme asta ondeando en la mano. Parecía como si hubiera entrado en el agua un jovenzuelo y salido de ella un hombre hecho y derecho.

Él sabía lo que había detrás. Una amplia extensión de hierba y luego un matorral donde Eudena podía esconderse. Eso lo tenía claro en la cabeza, aunque sus capacidades mentales eran demasiado débiles para ver lo que sucedería después. Uya se quedó con el agua hasta la rodilla, indeciso y desarmado. Tenía la pesada boca abierta, mostrando los caninos, y jadeaba mucho. Tenía el costado colorado y magullado bajo el pelo. El otro hombre junto a él llevaba un palo afilado. El resto de los cazadores subió uno a uno a la parte superior de la orilla, hombres peludos, de largos brazos empuñando pedernales y palos. Dos de ellos corrieron por la orilla corriente abajo y luego escalaron hasta el agua donde Wau había emergido a la superficie luchando débilmente. Antes de que pudieran alcanzarlo se había sumergido de nuevo. Otros dos amenazaron a Ugh-lomi desde la orilla. Les contestó con gritos, vagos insultos y gestos. Luego Uya, que había estado dudando, rugió de rabia y, mostrando los puños, se zambulló en el agua. Sus seguidores chapotearon tras él.

Ugh-lomi miró por encima del hombro y vio que Eudena había desaparecido ya en el matorral. Quizás hubiera esperado por Uya, pero Uya prefirió demorarse en el agua hasta que los otros estuvieron junto a él. Las tácticas humanas en esos tiempos, en todas las luchas serias, eran las tácticas de acorralar. A la presa que terminaba acorralada la rodeaban y se precipitaban sobre ella. Ugh-lomi sintió que se iban a lanzar sobre él y, lanzando el asta contra Uya, se dio la vuelta y huyó.

Cuando se detuvo para mirar atrás desde la sombra del matorral vio que sólo tres de sus perseguidores habían cruzado el río siguiéndole y estaban volviendo de nuevo. Uya, con la boca sangrando, estaba de nuevo en la orilla opuesta, pero más abajo, y apretaba la mano contra el costado. Los otros estaban en el río arrastrando algo hasta la orilla. Durante un rato al menos la caza se

interrumpía.

Ugh-lomi estuvo en pie observando durante un tiempo y gruñó al ver a Uya. Después se dio la vuelta y se sumergió en el matorral.

En un minuto Eudena vino apresurada a unírsele y los dos marcharon de la mano. Él se percató oscuramente del dolor que sufría por el corte y la magulladura en la rodilla y escogía los caminos más fáciles. Pero continuaron todo el día, milla tras milla a través de bosques y matorrales, hasta que finalmente llegaron a la tierra caliza, hierba en campo abierto con raros bosques de hayas, y abedules creciendo cerca del agua, y vieron mucho más cercanas las montañas del Wealden y grupos de caballos que pastaban juntos. Andaban cautelosamente, manteniéndose siempre cerca del matorral y a cubierto porque ésta era una región extraña—incluso los caminos eran extraños. El suelo iba elevándose de forma regular hasta que los bosques de castaños se extendieron amplios y azules bajo ellos y las marismas del Támesis brillaban plateadas arriba en la lontananza. No vieron hombres porque en aquellos tiempos los humanos sólo acababan de llegar a esta parte del mundo y no se movían sino muy lentamente a lo largo de las cuencas de los ríos. Hacia el final de la tarde volvieron a dar con el río, pero ahora corría por un desfiladero entre altos acantilados de caliza blanca que a veces sobresalían por encima de él. Acantilados abajo, había una mata de abedules con muchos pájaros. Y en la parte de arriba del acantilado había una pequeña plataforma junto a un árbol hasta la que escalaron para pasar la noche.

Apenas si habían comido algo. No era la época del año para bayas y no habían tenido tiempo de apartarse para cazar o poner trampas. Avanzaron en un hastiado y hambriento silencio, mordisqueando ramitas y hojas. Pero sobre la superficie de los acantilados había gran cantidad de caracoles y en un arbusto los huevos recién puestos de un pajarillo, y luego Ugh-lomi con un lanzamiento mató a una ardilla en un haya, así que finalmente se alimentaron bien. Ugh-lomi vigiló durante la noche con la barbilla sobre las rodillas y oyó a zorros jóvenes gritando muy cerca, y el ruido de los mamuts bajando por el desfiladero y a las hienas dando alaridos y riéndose a lo lejos. Hacía frío, pero no se atrevieron a encender un fuego. Siempre que se adormilaba su espíritu salía y se encontraba directamente con el espíritu de Uya y luchaban. Y

siempre Ugh-lomi quedaba paralizado de forma que no podía ni golpear ni correr, y luego se despertaba de repente. Eudena también soñaba con maldades de Uya, así que los dos se despertaron con el miedo en sus corazones, y con la luz de la aurora vieron a un rinoceronte lanoso que bajaba por el valle dando tumbos.

Durante el día se acariciaron y estaban contentos de la luz del sol, y la pierna de Eudena estaba tan rígida que se quedó sentada en el saliente todo el día. Ugh-lomi encontró pedernales grandes que sobresalían en la cara del acantilado, más grandes que ninguno de los que había visto, y arrastró algunos hasta el saliente y empezó a tallar para estar armado contra Uya cuando volviera de nuevo. Y se rió con ganas de uno de ellos, y Eudena se rió y lo tiraron por allí despectivamente porque tenía un agujero. Y metieron los dedos por él y desde luego era muy divertido. Luego se miraron el uno al otro a través de él. Después Ugh-lomi se hizo con un palo y, lanzándolo por casualidad contra ese estúpido pedernal, el palo se introdujo en él y quedó agarrado allí. Lo había clavado demasiado apretado para sacarlo. Eso era todavía más extraño —apenas nada divertido, casi terrible, y durante un rato Ugh-lomi no se preocupó mucho ni de tocar la cosa. Era como si el pedernal hubiera mordido y mantuviera los dientes apretados. Pero después se familiarizó con la extraña combinación. La balanceó y se dio cuenta de que el palo con la pesada piedra en el extremo proporcionaba mejores golpes que nada de lo que conocía. Fue de un lado para otro balanceándolo y golpeando con ello, pero luego se cansó y lo tiró. Por la tarde subió por la cresta del blanco acantilado y estuvo tumbado observando una madriguera de conejos hasta que los conejos salieron a jugar. No había hombres por allí, así que los conejos estaban despreocupados. Les tiró una piedra de matar que había hecho y consiguió una pieza.

Esa noche hicieron un fuego con chispas de pedernal y ramas de helechos y charlaron y se acariciaron junto a él. Y en sus sueños volvió el espíritu de Uya y de repente, mientras Ugh-lomi estaba intentando luchar en vano, el estúpido pedernal en el palo se le vino a la mano y golpeó con él a Uya y, ¡atención!, lo mató. Pero después vinieron otros sueños de Uya —porque los espíritus necesitan de muchas muertes, y tuvo que matarlo de nuevo. Entonces, después de aquello, la piedra no se mantenía sujeta al

palo. Se despertó cansado y bastante sombrío, y estuvo malhumorado toda la primera parte de la tarde a pesar de la amabilidad de Eudena, y en lugar de cazar se sentó a tallar un borde afilado al singular pedernal mientras la miraba de forma extraña. Después ató el perforado pedernal al palo con correas de piel de conejo y a continuación paseó arriba y abajo por el saliente, golpeando con él y diciéndose cosas en voz baja y pensando en Uya. Tenía un tacto fino y pesado en la mano.

Varios días, más de los que se contaban en aquellos tiempos, cinco días quizá, o seis, estuvieron Ugh-lomi y Eudena en aquel saliente del desfiladero del río y perdieron todo miedo a los hombres y su fuego ardió al rojo toda la noche. Y eran muy felices juntos. Había comida todos los días, agua potable y ningún enemigo. La rodilla de Eudena estuvo bien en un par de días porque aquellos antiguos salvajes tenían tejidos que cicatrizaban muy rápido. Eran, desde luego, muy felices.

Uno de aquellos días Ugh-lomi dejó caer un trozo de pedernal por el acantilado. Lo vio caer e ir rebotando por la orilla del río hasta precipitarse en la corriente, y después de reírse y pensarlo un poco lo intentó con otro. Éste machacó un arbusto de avellano de la manera más interesante. Se pasaron la mañana tirando piedras desde el saliente y por la tarde descubrieron que este interesante pasatiempo nuevo era también posible desde la cresta del acantilado. Al día siguiente se habían olvidado de esta diversión. O al menos parecía que la habían olvidado.

Pero Uya venía en sueños a estropear el paraíso. Tres noches vino a luchar con Ugh-lomi. Por la mañana, después de estos sueños, Ugh-lomi paseaba arriba y abajo amenazándole y blandiendo el hacha y, por fin, llegó la noche después del día que Ugh-lomi rompió la crisma a la nutria y lo festejaron. Uya fue demasiado lejos, Ugh-lomi se despertó frunciendo el ceño bajo la pesada frente, cogió el hacha y extendiendo la mano hacia Eudena le pidió que lo esperara en el saliente. Luego descendió por el blanco declive, miró hacia arriba una vez desde los pies del acantilado y ondeó el hacha, y sin mirar atrás de nuevo marchó a grandes zancadas por la orilla del río hasta que el acantilado que sobresalía en el recodo lo ocultó.

Durante dos días y dos noches estuvo Eudena sentada esperando

sola junto al fuego en el saliente, y por la noche las bestias aullaban sobre los acantilados y abajo en el valle, y en el acantilado por encima y enfrente de ella las jorobadas hienas merodeaban resaltando negras contra el cielo. Pero nada malo le sucedió excepto el miedo. Una vez, lejos, oyó el rugir de un león que seguía a los caballos cuando venían en dirección norte a las praderas con la primavera. Todo ese tiempo esperó —la espera que es dolor.

Y al tercer día Ugh-lomi volvió, río arriba. Tenía en el pelo las plumas de un cuervo. La primera hacha estaba manchada de rojo y tenía largos pelos morenos adheridos a ella, y él llevaba en la mano el collar que había distinguido a la favorita de Uya. Caminaba por los sitios blandos sin preocuparse de la ruta. Salvo por un corte en carne viva por debajo de la mandíbula, no mostraba ninguna herida.

—¡Uya! —gritó Ugh-lomi exultante, y Eudena vio que estaba bien. Le puso el collar a Eudena y comieron y bebieron juntos. Y después de comer empezó a representar toda la historia desde el comienzo, cuando Uya había puesto los ojos en Eudena, y Uya y Ugh-lomi, luchando en el bosque, habían sido perseguidos por el oso, supliendo sus escasas palabras con abundante pantomima, poniéndose en pie de un salto y girando el hacha en derredor cuando llegó a la lucha. La última pelea fue magnífica, pateando y gritando, y, una vez, un golpe en el fuego había lanzado un torrente de chispas a la noche. Y Eudena estaba sentada, roja con el resplandor del fuego, deleitándose con él, la cara colorada y los ojos brillantes, y el collar que Uya había hecho rodeando su cuello. Fueron unos momentos espléndidos, y las estrellas que nos miran por encima del hombro, la miraban por encima del hombro a ella, nuestra antepasada que lleva muerta los últimos cincuenta mil años.

II

El oso de las cavernas

En los días en que Eudena y Ugh-lomi huyeron de la tribu de

Uya hacia las montañas cubiertas de abetos del Weald por los bosques de castaños y las tierras de caliza cubiertas de hierba, y se escondieron por fin en la garganta del río entre los acantilados de caliza, los humanos eran pocos y sus campamentos estaban alejados unos de otros. Los humanos más próximos a ellos eran los de la tribu, a todo un día de camino río abajo, y montañas arriba no había nadie. El hombre era realmente un recién llegado a esta parte del mundo en esos tiempos primitivos, venía lentamente por los ríos generación tras generación de un campamento a otro desde el suroeste. Y los animales que habitaban la tierra, el hipopótamo y el rinoceronte de los valles del río, los caballos de las praderas de hierba, el ciervo y el cerdo de los bosques, los monos grises en las ramas y el ganado en las tierras altas le tenían muy poco miedo — por no hablar de los mamuts de las montañas y los elefantes que cruzaban la tierra en verano procedentes del sur. Pues, por qué le iban a tener miedo, si no disponía más que de burdos pedernales tallados a los que no había aprendido a poner mango y que lanzaba mal, y de la pobre lanza de madera afilada; ésas eran todas las armas de que disponía contra pezuñas y cuernos, dientes y garras.

Andú, el enorme oso de las cavernas, que vivía en la cueva garganta arriba, no había visto nunca un hombre en toda su sabia y respetable vida hasta que en una ocasión en mitad de la noche, cuando estaba merodeando garganta abajo por el borde del acantilado, vio el resplandor del fuego de Eudena en el saliente, y a Eudena roja y resplandeciente y a Ugh-lomi con una gigantesca sombra que le imitaba sobre el blanco acantilado, yendo de acá para allá, agitando la mata de pelo y ondeando el hacha de piedra —la primera hacha de piedra— mientras cantaba la muerte de Uya. El oso de las cavernas estaba lejos garganta arriba y lo vio todo de forma sesgada y a mucha distancia. Estaba tan sorprendido que se quedó completamente quieto sobre el borde, aspirando el novedoso olor a helechos ardiendo y preguntándose si la aurora no estaba saliendo por el sitio equivocado. Era el señor de las rocas y de las cuevas, era el oso de las cavernas, al igual que su hermano más pequeño, el oso pardo, era el señor de los espesos bosques de abajo, y como el león moteado —el león en esos tiempos tenía motas— era el señor de los arbustos de espino, de los cañaverales y de las llanuras abiertas. Era el mayor de todos los carnívoros. No conocía

el miedo, nadie se alimentaba de él, y nadie le presentaba batalla, sólo el rinoceronte le superaba en fuerza. Hasta el mamut evitaba su territorio. Esta invasión le dejó perplejo. Observó que estas nuevas bestias tenían forma de monos y escaso pelo como los cerdos jóvenes.

—Mono y cerdo joven —dijo el oso de las cavernas—. Quizá no esté tan mal. Pero esa cosa roja que salta y la cosa negra que salta con ella allí... ¡jamás en mi vida había visto cosas semejantes!

Se acercó despacio por la cresta del acantilado deteniéndose tres veces a aspirar y observar, y el mal olor del fuego se hizo más fuerte. Una pareja de hienas estaba también tan absorta con aquello de abajo que Andú, acercándose suave y ligero, estuvo a su lado antes de que ellas se percataran de su presencia ni él de la de ellas. Se sobresaltaron culpablemente y marcharon dando tumbos. Volviéndose completamente a cien yardas de distancia empezaron a dar alaridos y a insultarle por el susto que habían sufrido.

—Ya-ha —aullaban—. ¿Quién no sabe escarbar su propia madriguera? ¿Quién come raíces como los cerdos?... ¡Ya-ha!

Pues ya en esos tiempos las maneras de las hienas eran tan ofensivas como lo son en la actualidad.

—¿Quién responde a la hiena? —gruñó Andú mirándolas en la oscuridad de la noche y yendo luego a mirar al borde del acantilado.

Allí estaba Ugh-lomi contando todavía su historia, el fuego apagándose y el olor de la hoguera cálido y fuerte.

Andú estuvo en pie al borde del acantilado de caliza algún tiempo, cambiando su vasto peso de un pie a otro y moviendo la cabeza de un lado a otro con la boca abierta, las orejas estiradas y nerviosas, aspirando por los agujeros del gran hocico negro. Era muy curioso, el oso de las cavernas, más curioso que ninguno de los osos que viven en la actualidad, y el parpadeante fuego y los incomprensibles movimientos del hombre, por no hablar de la intrusión en su territorio indisputable, agitaban su imaginación con la sensación de acontecimientos nuevos y extraños. Había estado tras una cría de ciervo rojo, pues el oso de las cavernas era un cazador que gustaba de la variedad, pero aquello le había distraído por completo de esa empresa.

—¡Ya-ha! —aullaban las hienas por detrás—. ¡Ya-ha-ha!

Mirando a la luz de las estrellas Andú vio que ahora había tres o cuatro andando de un lado para otro contra la gris ladera del monte.

—Ahora me estarán rondando toda la noche... hasta que mate —dijo Andú—. ¡Basura del mundo!

Y, principalmente para molestarlas, decidió observar el rojo parpadeo en la garganta hasta que llegara la aurora y se llevara a su casa la escoria de las hienas. Después de un rato desapareció y oyó sus voces —como las que hacen los de los barrios bajos de Londres cuando están de juerga— a lo lejos en los bosques de hayas. Después volvieron a acercarse furtivamente. Andú bostezó y continuó por el acantilado, ellas le siguieron. Luego se detuvo y retrocedió.

Era una noche espléndida, llena de rutilantes constelaciones, las mismas estrellas, pero no las mismas constelaciones que nosotros conocemos, pues desde aquellos tiempos todas las estrellas han tenido tiempo de moverse a sitios nuevos. A lo lejos, cruzando el campo abierto más allá de donde las hienas de pesados hombros y flaco cuerpo merodeaban a lo tonto dando aullidos, había un bosque de hayas y más allá se elevaban las pendientes laderas de la montaña, un oscuro misterio hasta que sus cumbres, cubiertas de nieve, sobresalían blancas, frías y claras, tocadas por los primeros rayos de la todavía invisible Luna. Había un vasto silencio salvo cuando los aullidos de las hienas lanzaban una nota discordante que se desvanecía en la paz o cuando desde el fondo de los montes el son de las trompas de los recién venidos elefantes llegaba débilmente con la suave brisa. Ahora, abajo, el parpadeo rojo había menguado, era constante y relucía con un rojo más profundo, y Ugh-lomi había acabado su relato y se disponía a dormir, y Eudena estaba sentada escuchando las voces extrañas de desconocidas bestias y observaba la oscura parte este del cielo que se volvía profundamente luminosa con la llegada de la Luna. Allá abajo el río hablaba consigo mismo y cosas invisibles iban de un lado para otro.

Después de un rato el oso se marchó, pero una hora más tarde estaba otra vez de vuelta. Entonces, como si se le hubiera ocurrido algo, se volvió y subió garganta arriba...

Pasaba la noche y Ugh-lomi continuaba durmiendo. La Luna menguante salió e iluminó el desvaído acantilado blanco desde

arriba con una luz pálida y vaga. La garganta permaneció en una sombra más profunda y parecía todavía más oscura. Luego, por grados imperceptibles, llegó el día colándose tras la luz de la luna. Los ojos de Eudena vagaron por la cresta del acantilado que tenían encima una vez y después otra. Las dos veces la línea del borde se destacaba limpia y clara contra el cielo, no obstante tuvo la oscura percepción de algo que acechaba desde allí. El color rojo del fuego se hizo cada vez más profundo, grises escamas se extendieron sobre él, su vertical columna de humo se volvió cada vez más notoria, y garganta arriba y abajo las cosas que habían sido invisibles se tornaron claras, envueltas en una descolorida iluminación. Puede que se hubiera adormilado.

De repente, con un sobresalto, dejó la posición de sentada, escudriñando, en pie y alerta, el acantilado de arriba abajo. Hizo un ruido levísimo, pero Ugh-lomi, con sueño ligero como un animal, también se despertó al instante. Cogió el hacha y silenciosamente se puso a su lado.

La luz era todavía escasa, el mundo estaba ahora todo de un gris negro y oscuro, y una débil estrella remoloneaba aún en las alturas. El saliente en el que estaban era un pequeño espacio herboso de unos seis pies de ancho por veinte de largo, en pendiente hacia afuera y con un puñado de hierba de San Juan que crecía junto al borde. Por debajo, la suave roca blanca caía en una pronunciada pendiente de casi cincuenta pies hasta el espeso arbusto de avellano que bordeaba con el río. Río abajo esta pendiente se acentuaba hasta que algo más lejos una delgada hierba mantenía sus dominios justo hasta la cresta del acantilado. Por encima, cuarenta o cincuenta pies de roca sobresalían en las grandes masas características de la caliza, pero al final del saliente un barranco escarpado, una ranura de roca descolorida, rasgaba la cara del acantilado y daba pie a una maleza por la que Eudena y Ugh-lomi subían y bajaban.

Se quedaron tan silenciosos como el ciervo espantado, con los cinco sentidos expectantes. Durante un minuto no oyeron nada, y luego llegó un débil ruido de tierra deslizándose por el barranco y el crujir de ramitas.

Ugh-lomi empuñó el hacha y fue hasta el extremo del saliente, pues la protuberancia de la caliza por encima había ocultado la

parte superior del barranco. Y de inmediato, con súbito encogimiento del corazón, vio al oso de las cavernas a medio camino, bajando desde la cresta y dando cautelosos pasos hacia atrás con su plano pie trasero. Tenía los cuartos traseros hacia Ugh-lomi y con las garras arañaba las rocas y los arbustos de forma que parecía pegado al acantilado.

La postura no le hacía parecer menos imponente. Desde el reluciente hocico hasta la minúscula cola era como un león y medio, la medida de dos hombres altos. Miró por encima del hombro, la enorme boca se abrió con el esfuerzo de mantener erguida la gran carcasa y sacó la lengua...

Logró hacer pie y bajó despacio, una yarda más cerca.

—Oso —dijo Ugh-lomi mirando alrededor con la cara pálida.

Pero Eudena, con terror en los ojos, estaba apuntando acantilado abajo. Ugh-lomi se quedó con la boca abierta, pues por abajo, con el gran pie delantero contra la roca, se erguía otra gran mole de color gris moreno: la osa. No era tan grande como Andú, pero bastante grande a pesar de todo.

Entonces, súbitamente, Ugh-lomi dio un grito y, cogiendo un puñado de restos de helechos que estaban esparcidos por el saliente, los tiró a las pálidas cenizas del fuego.

—¡Hermano Fuego! —gritó—. ¡Hermano Fuego!

Y Eudena, poniéndose en movimiento, hizo lo mismo.

—¡Hermano Fuego! ¡Socorro, socorro! ¡Hermano Fuego!

El Hermano Fuego tenía todavía rojo el corazón, pero se volvió gris cuando lo esparcieron.

—¡Hermano Fuego! —gritaron.

Pero él susurró y murió y no quedaron más que cenizas. Luego Ugh-lomi bailó de rabia y golpeó las cenizas con el puño. Sin embargo Eudena empezó a martillar la piedra del fuego contra un pedernal. Y los ojos de los dos se volvían una y otra vez hacia el barranco por el que Andú bajaba.

—¡Hermano Fuego!

Súbitamente los enormes y peludos cuartos traseros del oso estuvieron a la vista por debajo de la protuberancia caliza que lo había ocultado. Todavía estaba bajando cautelosamente por la superficie casi vertical. Aún no se le veía la cabeza, pero podían oírle hablando consigo mismo.

—Cerdo y mono —decía el oso de las cavernas—, debería estar bueno.

Eudena sacó una chispa y sopló, centelleó con más brillo y luego se apagó. Ante eso tiró al suelo el pedernal y la piedra del fuego y miró con los ojos en blanco. Luego se puso en pie de un salto y subió gateando una yarda o así por el acantilado por encima del saliente. No sé cómo pudo mantenerse ni siquiera un momento, pues la caliza era vertical y sin nada a lo que un mono pudiera agarrarse. En un par de segundos había resbalado de nuevo hasta el saliente con las manos sangrando.

Ugh-lomi estaba haciendo frenéticos asaltos por el saliente, ya iba hasta el borde, ya hasta el barranco. No sabía qué hacer, no podía pensar. La osa parecía más pequeña que su compañero, mucho más pequeña. Si se lanzaban contra ella los dos a la vez uno quizá viviera.

—¡Uf! —exclamó el oso de las cavernas, y Ugh-lomi se volvió de nuevo y vio sus ojitos mirando por debajo de la protuberancia de la caliza.

Eudena, encogida de miedo en el extremo del saliente, comenzó a gritar como un conejo atrapado. Eso produjo una especie de locura en Ugh-lomi. Con un potente grito cogió el hacha y corrió hacia Andú. El monstruo dio un gruñido de sorpresa. En un momento Ugh-lomi estaba agarrado a un arbusto justo debajo del oso, en el siguiente estaba colgado de su espalda medio sepultado en piel, agarrado con un puño al pelo por debajo de la mandíbula. El oso estaba demasiado sorprendido ante este fantástico ataque para hacer otra cosa que agarrarse pasivamente. Y luego el hacha, la primera hacha de todas, resonó en su cráneo.

La cabeza del oso giró de un lado a otro y él inició un quejido malhumorado y gruñón. El hacha golpeó a una pulgada del ojo izquierdo y la sangre caliente le cegó esa parte. Acto seguido, el bruto rugió de sorpresa e ira y sus dientes rechinaron a seis pulgadas del rostro de Ugh-lomi. Luego, el hacha, bien agarrada, cayó pesadamente en el ángulo de la mandíbula.

El siguiente golpe cegó el lado derecho e hizo exhalar un rugido, esta vez de dolor. Eudena vio que los enormes pies planos resbalaban y se deslizaban y de repente el oso dio un torpe salto lateral como para alcanzar el saliente. Luego todo desapareció,

aplastaron los avellanos y un rugido de dolor y un tumulto de gritos y gruñidos subió desde muy lejos, por abajo...

Eudena gritó y corrió al borde a mirar por encima. Durante un momento el hombre y los osos formaron una masa juntos, con Ugh-lomi en la parte superior, luego él se había separado de un salto y estaba trepando por el barranco de nuevo, con los osos dando vueltas y golpeándose uno a otro entre los avellanos. Pero él había dejado el hacha abajo y tres rayas de color carmín con yemas en las puntas le brotaban muslo abajo.

—¡Arriba! —gritó, y en un momento Eudena marchaba por delante hacia la parte superior del acantilado.

En medio minuto estaban en la cresta, los corazones latiendo ruidosamente, con Andú y su esposa muy lejos y seguros por debajo de ellos. Andú estaba sentado sobre las ancas, las dos garras activas, tratando de limpiar con rápidos y exasperados movimientos la ceguera de sus ojos, y la osa estaba a cuatro patas un poco más lejos con aspecto encrespado y gruñendo airadamente. Ugh-lomi se tiró cuan largo era sobre la hierba y estuvo tumbado jadeando y sangrando con el rostro sobre los brazos.

Durante un segundo Eudena contempló a los osos, luego vino a sentarse junto a él, mirándolo... Pronto alargó tímidamente la mano y lo tocó y emitió el sonido gutural que constituía su nombre. Él se dio la vuelta y se levantó apoyándose en el brazo. Tenía la cara pálida, como alguien que tiene miedo. La miró fijamente un momento y luego súbitamente se rió.

—¡Guau! —exclamó exultante.

—¡Guau! —replicó ella.

Una conversación sencilla, pero expresiva.

Después Ugh-lomi vino a arrodillarse junto a ella y, apoyado en las manos y las rodillas, miró por encima de la cresta y examinó el desfiladero. Tenía ahora la respiración uniforme y la sangre había dejado de fluir por la pierna, aunque los arañazos que le había hecho la osa estaban abiertos y eran anchos. Se incorporó sentado y se quedó mirando atentamente las huellas de los pies del gran oso cuando llegaron al barranco: eran tan anchas como su cabeza y dos veces más largas. Luego se puso en pie de un salto y caminó por la cara del acantilado hasta que pudo ver el saliente. Allí estuvo sentado un rato pensando mientras Eudena lo observaba. Al poco,

ella vio que los osos se habían ido.

Por fin Ugh-lomi se levantó como alguien que ha tomado una decisión. Volvieron hacia el barranco, Eudena pegada a él, y juntos escalaron hasta el saliente. Cogieron la piedra del fuego y un pedernal y luego Ugh-lomi bajó al pie del acantilado con mucho cuidado y encontró el hacha. Volvieron al acantilado tan silenciosamente como pudieron y con paso enérgico se pusieron en marcha. El saliente ya no era un hogar con semejantes visitas en el vecindario. Ugh-lomi llevaba el hacha y Eudena la piedra del fuego. Así de sencilla era una mudanza paleolítica. Marcharon corriente arriba, aunque eso les podía llevar a la mismísima guarida del oso de las cavernas, porque no había otro camino que tomar. Corriente abajo estaba la tribu, y ¿no había Ugh-lomi matado a Uya y a Wau? Junto a la corriente tenían que mantenerse a causa de la bebida. Así que marcharon entre las hayas con el desfiladero haciéndose más profundo hasta que el río corría en rápidos llenos de espuma a quinientos pies por debajo de ellos. De todas las cosas cambiantes en este mundo de cambios los cursos de los ríos de los valles profundos son lo que menos cambia. Era el río Wey, el río que hoy conocemos, y ellos andaban por los mismísimos lugares donde hoy se alzan los pequeños Guildford y Godalming —los primeros seres humanos que vinieron a esta tierra. Una vez un mono gris parloteó y desapareció, y por todo el borde del acantilado, vasto y uniforme, se extendía la pista del gran oso de las cavernas.

Después el rastro del oso se apartaba del acantilado, indicando, pensó Ugh-lomi, que venía de algún lugar a la izquierda, y siguiendo por el borde del acantilado pronto llegaron a un extremo. Se encontraron mirando hacia abajo a un gran espacio semicircular producido por el colapso del acantilado que se había desplomado justo por el medio del desfiladero, obligando al agua de la parte superior de la corriente a volver hacia atrás a un charco que rebosaba y se desbordaba en un rápido.

El desprendimiento había ocurrido hacía mucho tiempo. Tenía hierba por encima, pero la cara de los acantilados que se erguían en torno al semicírculo tenía todavía un aspecto casi fresco y blanco como en el día en que la roca debió de haberse fracturado y desprendido. Completamente negras y al descubierto a los pies de estos acantilados, se hallaban las bocas de varias cavernas. Y según

estaban allí mirando el lugar, poco dispuestos a bordearlo porque pensaban que la guarida de los osos estaba por algún sitio a la izquierda en la dirección que ellos tenían que tomar necesariamente, vieron súbitamente primero un oso y después dos que subían por la pendiente con hierba de la derecha cruzando el anfiteatro hacia las cavernas. Andú era el primero, cojeaba un poco de la pata delantera y tenía un aire abatido, y la osa venía arrastrándose detrás.

Eudena y Ugh-lomi retrocedieron del acantilado hasta que pudieron ver sólo a los osos por encima del borde. Entonces Ugh-lomi se detuvo. Eudena le tiró del brazo, pero él se volvió con un gesto de prohibición y ella dejó caer el brazo. Ugh-lomi estuvo observando a los osos con el hacha en la mano hasta que hubieron desaparecido dentro de la cueva. Gruñó suavemente y agitó el hacha a las ancas de la osa que se alejaba. Luego, para terror de Eudena, en lugar de marcharse sigilosamente con ella, se tumbó en el suelo y avanzó a rastras hasta una posición desde la que podía ver la cueva. ¡Eran osos, y él lo hacía con tanta calma como si fueran conejos lo que observaba!

Yacía quieto, como un leño desnudo, moteado por el sol, a la sombra de los árboles. Estaba pensando. Y Eudena había aprendido ya de niña que cuando Ugh-lomi se quedaba quieto de esa manera con la mandíbula sobre el puño pronto empezaban a suceder cosas novedosas.

Pasó una hora pensando. Era mediodía cuando los dos pequeños salvajes lograron encontrar el camino hacia la cresta del acantilado que sobresalía por encima de la cueva de los osos, y toda la larga tarde lucharon desesperadamente con una gran piedra caliza haciéndola rodar sin otra ayuda que sus robustos músculos desde el barranco donde estaba colgada como un diente suelto hacia la parte superior del acantilado. Medía sus dos buenas yardas y en altura le llegaba a Eudena a la cintura, de ángulos obtusos y dentada con pedernales. Cuando se puso el sol estaba colocada a tres pulgadas del borde por encima de la cueva del gran oso de las cavernas.

En la cueva la conversación languidecía durante aquella tarde. La osa dormitaba de mal humor en su rincón —pues le gustaba el cerdo y el mono— y Andú estaba ocupado lamiendo el costado de su garra y untándose la cara para enfriar el escozor y la inflamación

de sus heridas. Después fue a sentarse justo a la entrada de la cueva, pestañeando al sol vespertino con el ojo sano y pensando.

—Nunca estuve tan asustado en mi vida —dijo finalmente—. Son las bestias más extraordinarias. ¡Atacarme a mí!

—No me gustan —dijo la osa desde atrás en la oscuridad.

—Jamás vi un tipo de bestia más endeble. No sé adónde va a ir a parar el mundo. Áspera, de piernas flacuchas... Me pregunto cómo mantendrán el calor en invierno.

—Lo más probable es que no lo mantengan —intervino la osa.

—Supongo que es una especie de mono que ha salido mal.

—Es una mutación —explicó la osa.

Hubo una pausa.

—La ventaja que tuvo fue puramente accidental —reflexionó Andú—. Estas cosas suceden a veces.

—No entiendo por qué no lo dejas ya —opinó aburrida la osa.

El tema había sido discutido antes y zanjado, por eso Andú, que era un oso con experiencia, se quedó silencioso un rato. Después retomó el asunto desde un ángulo diferente.

—Tiene una especie de garra, una garra larga que parecía estar primero en una pata y después en la otra. Sólo una garra. Son cosas muy raras. También esa cosa brillante que parecía que tenían... semejante al resplandor que aparece en el cielo con la luz del día... sólo que salta por ahí... realmente merece la pena verlo. Es una cosa con raíz, además, como la hierba cuando hace viento.

—¿Muerde? —preguntó la osa—. Si muerde no puede ser una planta.

—No... No sé —respondió Andú—. Pero es curioso de todas formas.

—¿Sabrán bien? —preguntó la osa.

—Parece que sí —respondió Andú con apetito, pues el oso de las cavernas, como el oso polar, era un carnívoro incurable, nada de raíces ni de miel para él.

Los dos osos estuvieron meditabundos durante un rato. Luego Andú volvió a los sencillos cuidados de su ojo. La luz del sol en lo alto de la verde ladera delante de la entrada de la cueva adquirió un tono cada vez más cálido, hasta que fue de un ámbar rojizo.

—Cosa curiosa... el día —opinó el oso de las cavernas—. Tenemos demasiado con mucho, me parece a mí. Completamente

inadecuado para cazar. Siempre me deslumbra. De día no huelo ni la mitad de bien.

La osa no respondió, pero de la oscuridad llegó un acompasado ruido de ronchar. Había cogido un hueso. Andú bostezó.

—Bueno —dijo.

Caminó hasta la boca de la cueva y sacó la cabeza supervisando el anfiteatro. Notó que tenía que girar completamente la cabeza para ver los objetos de su lado derecho. Sin duda aquel ojo estaría perfectamente al día siguiente.

Bostezó otra vez. Hubo un ruido por encima y una gran masa de caliza salió volando de la cara del acantilado, cayó a una yarda de sus narices y se fragmentó en una docena de pedazos desiguales. Le sobresaltó en extremo.

Cuando se hubo recuperado un poco del susto fue a oler por curiosidad los trozos representativos del caído proyectil. Tenían un aroma característico que extrañamente recordaba a los dos animales parduscos del saliente. Se sentó y escarbó el trozo más grande, y caminó a su alrededor varias veces, tratando de encontrar un hombre por allí en algún sitio...

Cuando llegó la noche bajó por la garganta del río para ver si podía terminar con cualquiera de los ocupantes. El saliente estaba vacío, no había señales de la cosa roja, pero como estaba bastante hambriento no se entretuvo mucho aquella noche, sino que se apresuró a dar con una cría de ciervo. Se olvidó de los animales parduscos. Encontró un cervato, pero la cierva estaba muy cerca y presentó una fea batalla por su cría. Andú tuvo que dejar al cervato, pero como a la madre le hervía la sangre siguió con el ataque y por fin él consiguió darle un zarpazo en el hocico y la agarró. Más carne, pero menos delicada, y la osa, que la seguía, cobró su parte. La tarde siguiente, cosa curiosa, cayó la mismísima réplica de la primera roca blanca y se hizo pedazos de la misma manera.

La puntería de la tercera, que cayó la noche después, fue, sin embargo, mejor. Golpeó el cráneo poco especulativo de Andú con un crujido que hizo eco acantilado arriba, y los fragmentos blancos fueron bailando por todos los puntos cardinales. La osa, que le seguía, le olió con curiosidad, le encontró tumbado en una extraña actitud, con la cabeza húmeda y completamente deformada. Era una osa joven e inexperta, y después de haberle olido algún tiempo

y de lamerle un poco y todo eso decidió dejarle hasta que se le hubiera pasado aquel extraño humor y se fue a cazar sola.

Buscó a la cría de la cierva que habían matado dos noches antes y la encontró. Pero era solitario cazar sin Andú y volvió hacia la cueva antes del amanecer. El cielo estaba gris y nublado, los árboles desfiladero arriba eran negros y desconocidos y en su mente de osezno tuvo una oscura sensación de acontecimientos extraños y tristes. Elevó la voz y llamó a Andú por su nombre. Las paredes del desfiladero le repitieron el eco.

Cuando se acercaba a las cuevas vio en la semioscuridad y oyó a una pareja de chacales que marchaban corriendo, e inmediatamente después una hiena aulló y una docena de torpes moles subían pesadamente por la ladera y se detuvieron a dar alaridos de desprecio.

—Señor de las rocas y de las cavernas... ¡Ya-ha! —bajaban con el viento.

La sombría sensación en la mente de la osa se tornó súbitamente aguda. Cruzó el anfiteatro arrastrando las patas.

—¡Ya-ha! —aullaban las hienas en retirada—. ¡Ya-ha!

El oso de las cavernas no yacía exactamente en la misma posición porque las hienas habían estado ocupadas y en un sitio las costillas aparecían blancas. Punteando el césped a su alrededor estaban los machacados fragmentos de las tres grandes piedras de caliza. El aire rezumaba un olor a muerte.

La osa se quedó paralizada. Que el grande y maravilloso Andú estuviera muerto era algo que ni ahora podía creer. Luego oyó arriba a lo lejos un sonido, un sonido raro, algo parecido al grito de una sirena pero más denso y bajo de tono. Miró hacia arriba, los ojillos cegados por la aurora que veían poco, los agujeros del hocico estremecidos. Y allá, en el borde del acantilado, muy distantes por encima de ella, destacándose contra el rosa brillante de la aurora había dos cosas, redondas, pequeñas y oscuras, las cabezas de Eudena y Ugh-lomi que se mofaban de ella a gritos. Y aunque no podía ver con claridad podía oír y oscuramente comenzó a comprender. Una novedosa sensación como de extraños males le oprimió el corazón.

Comenzó a examinar los rotos fragmentos de caliza en torno de Andú. Durante un rato se quedó quieta mirando a su alrededor y

haciendo un sonido bajo y continuo que era casi un gemido. Luego volvió incrédula a Andú para hacer un último esfuerzo por levantarlo.

III

El primer jinete

En los tiempos anteriores a Ugh-lomi había pocos problemas entre los caballos y los hombres. Vivían aparte, los humanos en las ciénagas y los matorrales de los ríos, los caballos en las amplias, herbosas tierras altas entre los castaños y los pinos. A veces un poni venía erráticamente a atascarse a las ciénagas para servir de comida cortada a pedernal. A veces la tribu encontraba uno que había sido presa de un león, espantaba a los chacales y lo festejaba con entusiasmo mientras el Sol estaba alto.

Estos caballos de los tiempos primitivos eran torpes de espolón, de color pardo, con rabo basto y cabeza grande. Venían todas las primaveras al país en dirección noroeste después de las golondrinas y antes que los hipopótamos, cuando la hierba en las anchas extensiones de las tierras bajas crecía alta. Llegaban en pequeños grupos para entonces, cada manada un semental y dos o tres yeguas y un potro o así, y ocupaban su propia extensión de territorio, y marchaban de nuevo cuando los castaños estaban amarillos y los lobos bajaban de las montañas de Wealden.

Tenían por costumbre pastar fuera en campo abierto, poniéndose a cubierto sólo en las horas de más calor. Evitaban las largas extensiones de espinos y hayas, prefiriendo los grupos aislados de árboles libres de emboscadas, así que era difícil acercarse a ellos. No eran luchadores, sus dientes y talones eran para pelear entre ellos, pero en terreno abierto, una vez sobresaltados, ningún ser vivo se les acercaba aunque quizás el elefante lo hubiera hecho de haber sentido la necesidad. Y en aquellos tiempos el hombre parecía una cosa bastante inofensiva. Ningún susurro de inteligencia profética avisó a la especie de la

terrible esclavitud futura, del látigo y de la espuela y de las riendas, la pesada carga y la calle resbaladiza, la comida insuficiente y el matadero de caballos que iban a reemplazar al ancho herbal y a la libertad de la tierra.

Abajo, en las ciénagas del Wey, Ugh-lomi y Eudena no habían visto nunca caballos de cerca, pero ahora los veían todos los días cuando los dos salían de caza juntos desde su guarida en el saliente del desfiladero en busca de comida. Habían vuelto al saliente después de matar a Andú, pues no tenían miedo de la osa. La osa se había vuelto medrosa de ellos y cuando los olía se apartaba. Los dos iban juntos a todas partes, porque desde que habían abandonado la tribu Eudena no era tanto la mujer de Ugh-lomi como su compañera. Ella aprendió incluso a cazar —en la medida, claro está, en que podía hacerlo una mujer. Era ciertamente una mujer maravillosa. Él yacía durante horas observando una bestia o planeando capturas en aquella sorprendente cabeza suya y ella se quedaba a su lado, con los brillantes ojos puestos en él, sin ofrecer sugerencias irritantes... tan quieta como cualquier hombre. ¡Una mujer maravillosa!

En la parte superior del acantilado había un césped herboso y abierto, luego bosques de hayas, y, atravesando los bosques de hayas, se llegaba al borde de una ondulada extensión herbosa y a la vista de los caballos. Aquí, en el límite del bosque y los helechos, estaban las madrigueras de los conejos y aquí, entre las frondas, Eudena y Ugh-lomi acechaban con sus piedras arrojadizas preparadas hasta que los animalitos salían a mordisquear y jugar a la caída del sol. Y mientras Eudena estaba sentada, silenciosa figura de la vigilancia, mirando las madrigueras, los ojos de Ugh-lomi estaban siempre puestos más allá del verde en aquellos maravillosos extraños que pastaban. Inconscientemente apreciaba su gracia y flexible agilidad. Y a medida que el Sol declinaba por la tarde y pasaba el calor del día se tornaban activos, empezaban a perseguirse unos a otros, relinchando, esquivándose, agitando las crines, dando vueltas en grandes curvas, a veces tan cerca que el golpeteo del césped sonaba como un trueno apresurado. Parecía tan bueno que Ugh-lomi sentía deseos irreprimibles de unírseles. A veces alguno se revolcaba en el césped, pateando con los cuatro cascos hacia el cielo, lo que parecía formidable y era, desde luego,

mucho menos fascinante.

Oscuras imaginaciones le corrían a Ugh-lomi por la cabeza mientras observaba —gracias a ellas dos conejos disfrutaban de una vida más larga. Y cuando dormía, su inteligencia se volvía más clara y atrevida, porque así ocurría en aquellos tiempos. Se acercaba a los caballos, soñaba y luchaba, piedra de matar contra cascos, pero entonces los caballos se convertían en hombres, o, al menos, en hombres con cabezas de caballo y se despertaba con un sudor frío de terror.

No obstante, al día siguiente por la mañana, mientras los caballos pastaban, una de las yeguas relinchó y vieron a Ugh-lomi acercándose con el viento. Todos dejaron de pastar y lo observaron. Ugh-lomi no iba hacia ellos, sino que cruzaba transversalmente el campo abierto sin mirar otra cosa en el mundo que no fueran los caballos.

Había puesto tres ramas de helecho en la maraña de pelo, lo que le daba una apariencia notable, y caminaba muy despacio.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el caballo jefe, que era capaz, pero inexperto.

—Se parece más a la mitad delantera de un animal que a ninguna otra cosa en el mundo —opinó—. Patas delanteras y nada de cuartos traseros.

—Sólo es uno de esos monos rosados —explicó la yegua más vieja—. Son una especie de mono de río. Son muy abundantes en los llanos.

Ugh-lomi continuó su avance transversal. A la yegua mayor la sorprendió la falta de motivo para sus procedimientos.

—¡Estúpido! —decidió la yegua mayor de forma rápida y concluyente, característica suya, y volvió a pastar.

El caballo jefe y la segunda yegua hicieron lo mismo.

—¡Mirad! Está más cerca —dijo el potro con un respingo.

Uno de los potros más jóvenes hizo movimientos nerviosos. Ugh-lomi se agachó y se sentó mirando a los caballos fijamente. Al poco rato estaba satisfecho de que no mostraran intención de lucha ni de hostilidad. Empezó a considerar el paso siguiente. Aunque llevaba el hacha con él no sentía ansias de matar, le dominaba el espíritu deportivo. Cómo iba uno a matar a una de esas criaturas —¡esas criaturas grandes y bellas!

Eudena, que lo observaba con medrosa admiración tapada por los helechos, lo vio al poco ir a cuatro patas y de esa guisa proseguir de nuevo. Pero los caballos le preferían bípedo a cuadrúpedo y el caballo jefe levantó la cabeza y dio orden de irse. Ugh-lomi pensó que se marchaban para siempre, pero después de un galope de unos minutos dieron la vuelta en una gran curva y le rodearon. Luego, como un levantamiento del terreno le ocultaba, siguieron, el caballo jefe al frente, y se acercaron a él en espiral.

Era tan ignorante de las posibilidades de los caballos, como éstos de las suyas. Y en este momento parecía que se echaba atrás. Sabía que este tipo de acecho impulsaría al ciervo y al búfalo a cargar si se persistía en él. En todo caso Eudena lo vio saltar y venir caminando hacia ella con las plumas de helecho en la mano.

Ella se puso en pie y él sonrió para mostrar que todo era una inmensa broma y que lo que había hecho era exactamente lo que había planeado hacer desde el mismísimo principio. Y así acabó aquel incidente. Pero estuvo muy pensativo todo aquel día.

Al día siguiente esta estúpida criatura parduzca de melena leonina, en lugar de ocuparse de pastar o cazar que era para lo que estaba hecha, estaba merodeando en torno a los caballos otra vez. La yegua mayor era toda silencioso desprecio.

—Supongo que quiere aprender algo de nosotros —dijo, y añadió—: Dejadle.

Al día siguiente estaba allí de nuevo.

El caballo jefe decidió que no pretendía nada en absoluto. Pero de hecho, Ugh-lomi, el primer hombre en sentir ese curioso embrujo del caballo que nos domina incluso hasta nuestros días, pretendía muchísimo.

Él los admiraba sin reservas. Había en él un rudimento de esnobismo, me temo, y quería estar cerca de estos animales bellamente curvados. Entonces abrigaba vagas ideas de matar. ¡Ojalá le dejaran acercarse! Pero ellos, como observó, ponían el límite en las cincuenta yardas. Si las sobrepasaba se alejaban, con dignidad. Supongo que fue la forma de cegar a Andú la que le hizo pensar en saltar a la espalda de uno de ellos. Pero aunque después de un tiempo también Eudena salía a campo abierto y practicaban cierto acecho discreto, las cosas terminaban ahí.

Más tarde, un día memorable, a Ugh-lomi se le ocurrió una idea

nueva. Los caballos miran abajo y a su nivel, pero no miran arriba. Ningún animal mira hacia arriba (tienen demasiado sentido común). Era sólo esa fantástica criatura, el hombre, la que podía derrochar su ingenio en dirección al cielo. Ugh-lomi no hizo deducciones filosóficas, pero percibió que era así. De modo que pasó un aburrido día en un haya que estaba en campo abierto mientras Eudena acechaba. Generalmente los caballos iban a la sombra en las horas de calor del mediodía, pero ese día el cielo estaba nublado y no iban, a pesar de la solicitud de Eudena.

Fue dos días después cuando Ugh-lomi consiguió lo que deseaba. El día era abrasador y las moscas se multiplicaban e imponían. Los caballos dejaron de pastar antes de mediodía y se pusieron a la sombra debajo de él en parejas, hocico con cola, nerviosos.

El caballo jefe, por razón de su autoridad, fue el que más se acercó al árbol. Y de repente hubo un ruido de movimiento, un crujido, un golpe sordo... Luego el pedernal afilado lo golpeó en la mejilla. El caballo jefe tropezó, cayó sobre una rodilla, se puso en pie y salió disparado como el viento. El ambiente se llenó de un remolino de miembros, encabritarse de cascos y bufidos de alarma. Ugh-lomi salió lanzado un tercio de yarda en el aire, bajó de nuevo, arriba otra vez, su estómago fue golpeado violentamente y entonces se agarró a algo con las rodillas. Se encontró sujetándose con rodillas, pies y manos, corriendo violentamente y oscilando de forma extraordinaria en el aire —el hacha había ido a parar Dios sabe dónde.

—¡Agárrate fuerte! —dijo el padre instinto, y así lo hizo.

Sentía en la cara gran cantidad de pelo áspero, parte de él entre los dientes, y verde césped pasándole a toda velocidad por delante de los ojos. Vio los hombros del caballo jefe, vastos y lustrosos, con los músculos fluyendo rápidos bajo la piel. Se dio cuenta de que tenía los brazos rodeando el cuello del caballo y que las violentas sacudidas que experimentaba tenían una especie de ritmo.

Luego estaba en medio de una silvestre confusión de troncos de árboles y después había ramas de helechos y a continuación más césped. Luego una corriente con guijarros moviéndose precipitadamente, pequeños guijarros que salían disparados a uno y otro lado a través de la corriente por los golpes de los rápidos cascos. Ugh-lomi comenzó a sentirse terriblemente mareado y con

vértigo, pero no era de los que abandonan sólo porque están incómodos.

No osó soltarse, pero trató de ponerse más cómodo. Deshizo su abrazo del cuello y en lugar de eso se agarró a las crines. Deslizó las rodillas hacia adelante y echándose hacia atrás vino a sentarse donde se ensanchan los cuartos traseros. Fue un trabajo nervioso, pero se las arregló y finalmente estaba bastante bien sentado a horcajadas, sin aliento, desde luego, e inseguro, pero en todo caso aliviado de aquel terrible batir de su cuerpo.

Lentamente, los fragmentos de la mente de Ugh-lomi fueron ordenándose de nuevo. La velocidad le parecía tremenda, pero una especie de exaltación estaba empezando a ahuyentar a los primeros terrores frenéticos. El aire pasaba veloz, dulce y maravilloso, el ritmo de los cascos cambiaba y se rompía y volvía a restablecerse de nuevo. Estaban ahora sobre césped, un amplio claro —las hayas a cien yardas de distancia por ambos lados con una succulenta franja de verde tachonada de flores color rosa y salpicada aquí y allá de plateadas aguas que bajaba serpenteando por el medio. Lejos —muy lejos— se avistaba un valle azul. Aumentó la exaltación. Era la primera vez que un humano saboreaba la velocidad.

Después vino un amplio espacio moteado de gamos que huían esparciéndose por aquí y por allí, y luego una pareja de chacales que, confundiendo a Ugh-lomi con un león, vinieron apresuradamente tras él. Cuando vieron que no era un león siguieron todavía por curiosidad. Allá continuaba galopando el caballo, con la única idea de escapar, y tras él los chacales con las orejas estiradas haciendo observaciones en rápidos ladridos.

—¿Quién mata a quién? —preguntó el primer chacal.

—Es el caballo al que matan —respondió el segundo.

Dieron un aullido de continuar y el caballo reaccionó como los caballos responden ahora a la espuela.

Allá siguieron precipitadamente, un pequeño tornado en el apacible día, espantando pájaros sobresaltados, lanzando como flechas a docenas de inesperados seres en busca de refugio, echando a volar a miríadas de indignadas moscas del estiércol, triturando florecillas que crecían contentas, a las que devolvían a su césped paterno. De nuevo árboles, luego chapoteo, cruzar chapoteando un torrente, después una liebre salió disparada de una mata de hierba

bajo los mismísimos cascos del caballo jefe y los chacales los abandonaron atropelladamente. De esa manera entraron pronto otra vez en campo abierto, una ancha extensión de ladera con césped — las mismísimas llanuras de hierba que en la actualidad caen hacia el norte desde Epsom Stand.

La primera reacción energética del caballo jefe hacía tiempo que se había agotado. Estaba bajando a un trote pausado y Ugh-lomi, aunque extraordinariamente magullado y completamente inseguro sobre el futuro, se encontraba en un estado de glorioso disfrute. Entonces se presentó una nueva fase. La velocidad se rompió otra vez, el caballo jefe dio la vuelta en una pequeña curva y se quedó clavado.

Ugh-lomi se puso alerta. Deseó haber tenido un pedernal, pero el pedernal arrojadizo que había llevado en una correa alrededor de la cintura, igual que el hacha. Dios sabía dónde estaba. El caballo jefe volvió la cabeza y Ugh-lomi se percató de un ojo y de dientes. Moviéndose rápidamente la pierna a una posición segura y con el puño golpeó al caballo en la mejilla. Después la cabeza desapareció aparentemente de la existencia echándose hacia abajo y el lomo sobre el que estaba sentado se elevó como una bóveda. Ugh-lomi volvió de nuevo al puro instinto —estrictamente prensil. Se agarró con rodillas y pies, y la cabeza pareció deslizarse hacia el césped. Tenía los dedos apretados a la greña de crines y el áspero pelo del caballo le salvó.

La pendiente en la que estaba descendió otra vez y luego «¡Ah!», exclamó Ugh-lomi atónito y la inclinación se hallaba por el otro lado. Pero Ugh-lomi estaba mil generaciones más próximo a los orígenes que el hombre: ningún mono podía haber aguantado mejor. Y el león había entrenado al caballo durante incontables generaciones contra las tácticas de revolcarse y ponerse otra vez de manos. Pero pateaba como un jefe y se ponía de manos con bastante pulcritud. En cinco minutos Ugh-lomi vivió toda una vida. Estaba seguro de que, si desmontaba, el caballo le mataría.

Luego el caballo jefe decidió atenerse de nuevo a sus viejas tácticas y de repente salió al galope. Se dirigió ladera abajo tomando los sitios escarpados de una acometida, sin torcer ni a la izquierda ni a la derecha, y, según bajaban, la ancha extensión del valle desapareció de la vista detrás de las escaramuzas de robles y

espinos que se aproximaban. Borearon un agujero repentino con el charco de un manantial, tupidos hierbajos y arbustos plateados. El suelo se tornó más suave y la hierba más alta, y por la derecha y por la izquierda aparecían dispersos arbustos de espino, todavía salpicados de flores tardías.

Pronto los arbustos fueron tupiéndose hasta que azotaban al jinete que pasaba, y pequeños destellos y gotas de sangre aparecieron en caballo y jinete. Luego el camino se abrió de nuevo. Entonces ocurrió una aventura maravillosa. Un repentino chillido de desaforada ira salió de entre los arbustos, el chillido de alguna criatura amargamente agraviada. Y arrasando tras ellos apareció una gran figura azul-gris. Era Yaaa, el rinoceronte de cuerno grande, en uno de esos ataques de furia típicos suyos, cargando a toda velocidad, como lo hacen los de su especie. Le habían sobresaltado cuando comía, y alguien, no importaba quién, tenía que ser pisoteado y abierto en canal por ello. Les atacaba por la izquierda con el malvado ojillo rojo, el gran cuerno bajado y el rabo como un banderín por detrás.

Durante un minuto Ugh-lomi estuvo pensando en deslizarse y escurrir el bulto, y luego, ¡atención!, el picado de los cascos se hizo más rápido y el rinoceronte con sus cortas y presurosas patitas parecía desaparecer por el rabillo del ojo de Ugh-lomi. En dos minutos atravesaban los arbustos de espino y salían a campo abierto a toda prisa. Durante un rato pudo oír los pesados pasos del perseguidor alejándose detrás de él, y entonces fue igual que si Yaaa no hubiera perdido los estribos, como si Yaaa no hubiera existido jamás. La marcha no desfallecía, cabalgaron y siguieron cabalgando.

Ugh-lomi estaba ahora exultante. Exultar en esos tiempos era insultar.

—¡Ya-ha! ¡Narizotas! —dijo tratando de estirar el cuello hacia atrás para ver algún remoto rastro del perseguidor.

—¿Por qué no llevas tu piedra de matar en el puño? —concluyó con un alarido frenético.

Pero aquel alarido fue desafortunado, pues produciéndose junto al oído del caballo y siendo totalmente inesperado, sobresaltó extraordinariamente al semental. Se espantó violentamente. Ugh-lomi súbitamente se encontró incómodo de nuevo. Notó que

colgaba del caballo por un brazo y una rodilla.

El resto de la cabalgada fue honroso, pero desagradable. Lo que se veía era principalmente el cielo azul e iba combinada con las sensaciones físicas más desagradables. Finalmente un arbusto de espino le azotó y se soltó.

Golpeó el suelo con la mejilla, con el hombro y luego, después de un complicado movimiento extraordinariamente rápido, golpeó otra vez con el extremo de la columna vertebral. Vio como chapoteos y chispas de luz y de color. El suelo parecía que rebotaba igual que lo hacía el caballo. Entonces observó que estaba sentado en el césped a seis yardas más allá del arbusto. Delante de él había un espacio con hierba que crecía cada vez más verde y unos cuantos seres humanos a lo lejos, y el caballo estaba dando la vuelta a todo galope a bastante distancia por la derecha.

Los seres humanos estaban en la orilla opuesta del río, algunos todavía en el agua, pero todos huían corriendo todo lo que podían. La aparición del monstruo que se hizo pedazos no era la clase de novedad que les interesaba. Durante todo un minuto Ugh-lomi estuvo sentado mirándolos con un espíritu puramente espectador, el recodo del río, la loma entre los juncos y los helechos reales, las delgadas columnas de humo ascendiendo al cielo le eran todos plenamente familiares. Era el lugar de acampada de los hijos de Uya, de quien había huido con Eudena y a quien había atacado en los bosques de castaños y matado con la Primera Hacha.

Se puso en pie todavía aturdido de la caída y, al hacerlo, los dispersos fugitivos se volvieron a mirarlo. Algunos apuntaron al caballo que se alejaba y cuchicheaban. Él caminó despacio hacia ellos, con la mirada fija. Se olvidó del caballo, se olvidó de sus propias magulladuras con el creciente interés del encuentro. Eran menos que antes —supuso que los otros se debían de haber escondido—, el montón de helechos para el fuego nocturno no era tan alto. Junto a los montones de pedernal debía de estar sentado Wau —pero entonces recordó que él había matado a Wau. Devuelto súbitamente a su escenario familiar, el desfiladero y Eudena parecían cosas remotas, soñadas.

Se detuvo en la orilla y se quedó mirando a la tribu. Sus habilidades matemáticas eran de lo más endeble, pero estaba seguro de que había menos personas. Quizá los hombres estuvieran

ausentes, pero había menos mujeres y niños. Dio el grito de la vuelta a casa. Había luchado con Uya y con Wau, no con los demás.

—Hijos de Uya —gritó.

Ellos respondieron con su nombre, un poco aterrorizados a causa de la extraña manera de llegar.

Durante un rato hablaron todos a la vez. Luego una vieja elevó una voz chillona y le respondió:

—Nuestro señor es un león.

Ugh-lomi no entendió lo que decía. De nuevo varios le respondieron a la vez:

—Uya vuelve. Vuelve en forma de león. Nuestro señor es un león. Viene por la noche. Da muerte a quien quiere. Pero ningún otro nos puede matar, Ugh-lomi, ningún otro nos puede matar.

Ugh-lomi todavía no comprendía.

—Nuestro señor es un león. Ya no habla a los hombres.

Ugh-lomi se quedó mirándolos. Había tenido sueños. Sabía que aunque él había matado a Uya, Uya todavía existía. Y ahora le decían que Uya era un león.

La vieja apergaminada, la jefa de las cuidadoras del fuego, se volvió de repente y habló con suavidad a los que estaban junto a ella. Era realmente muy vieja, había sido una de las primeras esposas de Uya y él le había permitido vivir por encima de la edad a la que parecía decente que se permitiera vivir a una mujer. Había sido astuta desde el principio, astuta para agradar a Uya y para conseguir comida. Y ahora era grande aconsejando. Habló suavemente y Ugh-lomi observó su apergaminada figura desde el otro lado del río con curiosa repugnancia.

Entonces ella dijo en voz alta:

—Ven con nosotros, Ugh-lomi.

Una chica súbitamente elevó la voz.

—Ven con nosotros, Ugh-lomi —dijo.

Y todos comenzaron a gritar:

—Ven con nosotros, Ugh-lomi.

Fue extraño cómo cambiaron su actitud después de haber hablado la vieja.

Él se quedó totalmente inmóvil observándolos. Era agradable que lo llamaran, y la chica que había llamado primero era muy bonita. Pero le hizo pensar en Eudena.

—Ven con nosotros, Ugh-lomi —gritaban, y la voz de la vieja apergaminada sobresalía por encima de las de todos los demás. Al oír su voz, la duda se apoderó de nuevo de Ugh-lomi.

Estaba en la orilla del río, Ugh-lomi, el Pensador, con sus pensamientos tomando forma lentamente. Al poco, uno y después otro hicieron una pausa para ver qué decisión tomaba. Quería volver, no quería volver. De repente el miedo o la cautela consiguió la delantera. Sin responderles se volvió y caminó hacia los distantes espinos por donde había venido. Inmediatamente toda la tribu empezó a gritarle de nuevo con mucha impaciencia. Dudó y se volvió, luego continuó, después se volvió otra vez, y luego una vez más, mirándolos con ojos preocupados mientras gritaban. La última vez retrocedió dos pasos antes de que el miedo le detuviera. Le vieron detenerse una vez más y de repente negó con la cabeza y desapareció entre los espinos.

Entonces todas las mujeres y niños elevaron sus voces a la vez y lo llamaron en un último y vano esfuerzo.

Lejos, río abajo, los juncos se agitaban en la brisa, donde, lugar conveniente para su nuevo tipo de alimentación, el viejo león, al que le había dado por comer carne humana, había asentado su guarida.

La vieja volvió el rostro en aquella dirección y apuntó hacia los arbustos de espino.

—Uya —gritó—, ahí va tu enemigo. Ahí va tu enemigo, Uya. ¿Por qué nos devoras cada noche? Intentamos hacerle caer en la trampa. Ahí va tu enemigo, Uya.

Pero el león que devoraba la tribu estaba durmiendo la siesta y el grito no fue oído. Aquel día se había cenado a una de las chicas más rollizas y su estado de ánimo era de una cómoda placidez. Realmente no entendía que él fuera Uya ni que Ugh-lomi fuera su enemigo.

Así fue como Ugh-lomi montó el caballo y oyó por primera vez de Uya, el león, que había reemplazado a Uya, el jefe, y estaba devorando a la tribu. Y mientras volvía deprisa al desfiladero ya no tenía la cabeza ocupada con el caballo, sino con el pensamiento de que Uya todavía estaba vivo para matar o ser muerto. Una y otra vez veía a una apergaminada banda de mujeres y niños gritando que Uya era un león. ¡Uya un león!

Y pronto, temiendo que el anochecer lo sorprendiera, Ugh-lomi empezó a correr.

IV

Uya, el León

El viejo león estaba de suerte. La tribu tenía cierto orgullo de su jefe, pero ésa era toda la satisfacción que conseguía de él. Llegó la mismísima noche que Ugh-lomi mató a Uya, el astuto, y por eso le llamaron Uya. Un chaparrón había reducido los fuegos a un brillo oscureciendo la noche. Y mientras conversaban juntos y se miraban unos a otros en la oscuridad y se preguntaban aterrados lo que Uya les haría en sus sueños ahora que él estaba muerto, oyeron, muy cerca, el retumbar ascendente de los rugidos del león. Luego todo se quedó quieto. Contuvieron la respiración de forma que casi los únicos sonidos eran los del golpear de la lluvia y el susurro de las gotas de agua sobre las cenizas. Y luego, después de un tiempo interminable, un choque, un chillido de miedo y un gruñido. Se pusieron en pie de un salto, gritando, chillando, corriendo por aquí y por allí, pero las antorchas no ardían y en un minuto la víctima estaba siendo arrastrada a través de los helechos. Era Irk, el hermano de Wau.

Así fue como vino el león.

Los helechos estaban todavía húmedos de la lluvia la noche siguiente. Vino y se llevó a Click, el pelirrojo. Eso bastó durante dos noches. Luego en la oscuridad entre las lunas vino tres noches, noche tras noche, y eso a pesar de que tenían buenas hogueras.

Era un león viejo, de patas gastadas, pero muy silencioso y frío. Ya conocía el fuego de antes. No eran los primeros humanos que habían satisfecho las necesidades de su vejez. La tercera noche se introdujo entre el fuego exterior y el interior, saltó el montón de piedras de pedernal y derribó a Irm, el hijo de Irk, que había dado la impresión de ser el jefe. Fue una noche terrible porque encendieron grandes fuegos con helechos y corrieron gritando y el

león soltó las garras con que atenazaba a Irm. Gracias al resplandor del fuego vieron a Irm forcejear y correr un pequeño trecho hacia ellos, y luego el león, en dos saltos, lo había derribado de nuevo. Ése fue el final de Irm.

Y así llegó el miedo y todo el encanto de la primavera desapareció de sus vidas. Cinco ya habían desaparecido de la tribu, y cuatro noches añadieron tres más a la cifra. La búsqueda de comida perdió interés, ninguno sabía quién sería el siguiente, y todo el día las mujeres trabajaban, incluso las favoritas, amontonando desechos y palos para los fuegos nocturnos. Y los cazadores apenas si cazaban: en la cálida primavera el hambre volvió como si todavía fuera invierno. La tribu podía haberse marchado de haber tenido un jefe, pero no tenían jefe y nadie sabía adónde ir para que el león no los siguiera. Así que el viejo león engordó y dio gracias al cielo por la amable raza de los hombres. Dos de los niños y un joven murieron mientras hubo todavía luna nueva, y luego fue la apergaminada vieja cuidadora del fuego la primera que se acordó en sueños de Eudena y de Ugh-lomi y de la forma en que habían matado a Uya. Todos los días de su vida había vivido con miedo a Uya y ahora vivía aterrada por el león. Que Ugh-lomi pudiera matar a Uya para siempre —Ugh-lomi a quien ella había visto nacer— era imposible. Ése era Uya buscando todavía a su enemigo. Y luego tuvo lugar la extraña vuelta de Ugh-lomi, un maravilloso animal al que se veía galopar a lo lejos al otro lado del río, que de repente se transformó en dos animales: un caballo y un hombre. Siguió a este portento la visión de Ugh-lomi en la orilla opuesta del río... Sí, para ella estaba todo claro. Uya los estaba castigando porque no habían perseguido a Ugh-lomi y a Eudena.

Los hombres volvieron trabajosamente a lo que la noche pudiera depararles mientras el Sol estaba todavía dorado en el cielo. Fueron recibidos con la historia de Ugh-lomi. Ella cruzó con ellos el río y les mostró su indecisa pista en la otra orilla. Siss, el rastreador, conocía los pies de Ugh-lomi.

—Uya necesita a Ugh-lomi —gritó la vieja, en pie a la izquierda del recodo, una figura gesticulante de bronce resplandeciente en el crepúsculo. Sus gritos eran sonidos extraños revoloteando de acá para allá en las fronteras del discurso articulado, pero éste era el mensaje que transmitían:

—El león necesita a Eudena. Viene noche tras noche en busca de Eudena y Ugh-lomi. Cuando no puede encontrar a Eudena y a Ugh-lomi se enfurece y mata. Cazad a Eudena y a Ugh-lomi. ¡Eudena a la que perseguía y Ugh-lomi para el que decretó la palabra mortal! ¡Cazad a Eudena y a Ugh-lomi!

Se volvió hacia la distante mata de cañas igual que a veces había mirado a Uya cuando estaba vivo.

—¿No es así, mi Señor? —gritó.

Y como en respuesta las altas cañas se inclinaron con un soplo de viento. Hasta muy entrado el anochecer se oyó el ruido de tajos en el campamento. Eran los hombres afilando sus lanzas de fresno para la caza de la mañana siguiente. Y por la noche temprano, antes de que saliera la Luna, el león vino y se llevó a la hija de Siss, el rastreador.

Por la mañana, antes de que saliera el Sol, Siss, el rastreador, y el jovenzuelo Wau-Hau que ahora tallaba pedernales, y Un-ojo, y Bo, y el Comecaracoles, los dos pelirrojos, y el Piel-de-gato y el Serpiente, todos los hombres que aún quedaban vivos de los Hijos de Uya cogieron sus lanzas de fresno y sus piedras de matar, y con piedras arrojadizas en las bolsas de patas de animal se pusieron en marcha sobre el rastro de Ugh-lomi a través de los arbustos de espino, donde Yaaa el rinoceronte y sus hermanos se alimentaban, y subieron por las desnudas tierras bajas hacia los bosques de hayas.

Esa noche los fuegos ardieron altos y fieros cuando la Luna creciente se puso y el león dejó en paz a las mujeres acurrucadas y a los niños. Y al día siguiente, mientras el Sol estaba todavía alto, los cazadores volvieron, todos salvo Un-ojo, que yacía muerto con el cráneo destrozado al pie del saliente —cuando Ugh-lomi volvió aquella tarde de acechar a los caballos observó que los buitres ya estaban ocupándose de él. Y con ellos los cazadores trajeron a Eudena, magullada y herida, pero viva.

Ésas habían sido las órdenes de la vieja apergaminada, que tenían que traerla viva.

—No es presa para nosotros. Es para Uya, el león.

Tenía las manos atadas con correas, como si fuera un hombre, y venía hastiada y desmayada —el pelo sobre los ojos y manchada de sangre. Caminaban a su alrededor, y una y otra vez el Comecaracoles, a quien ella había puesto el nombre, se reía y la

golpeaba con su lanza de fresno. Y después de haberla golpeado con la lanza miraba por encima del hombro como alguien que hubiera hecho una hazaña temeraria. Los otros también miraban por encima del hombro una y otra vez, y todos tenían prisa excepto Eudena. Cuando la vieja les vio venir dio un grito de alegría.

Hicieron cruzar el río a Eudena con las manos atadas, aunque la corriente era fuerte, y cuando se resbaló, la vieja chilló primero de alegría y después de temor de que pudiera ahogarse. Y cuando hubieron arrastrado a Eudena a la orilla, durante un rato no pudo mantenerse en pie a pesar de que la golpearon con fuerza. Así que le permitieron sentarse con los pies tocando el agua, los ojos fijos hacia adelante y el rostro inmóvil, hicieran lo que hicieran y dijeran lo que dijeran. Toda la tribu bajó al campamento, incluso el pequeño y rizado Haha, que todavía apenas sí podía dar los primeros pasos, y se quedó mirando fijamente a Eudena y a la vieja igual que ahora miraríamos a alguna extraña bestia herida y a su captor.

La vieja arrancó el collar de Uya que rodeaba el cuello de Eudena y se lo puso —había sido la primera en llevarlo. Luego tiró a Eudena del pelo, cogió a Siss una lanza y la golpeó con todas sus fuerzas. Y cuando hubo descargado el calor de su corazón sobre la muchacha, la miró atentamente a la cara. Eudena tenía los ojos cerrados, las facciones rígidas y estaba tan quieta que por un momento la vieja temió que estuviera muerta. Entonces sus fosas nasales palpitaban y la vieja le abofeteó la cara, se rió, devolvió la lanza a Siss, se apartó de ella un poco y empezó a hablar y a mofarse de ella a su manera.

La vieja tenía más palabras que nadie en la tribu. Y su charla era algo terrible de oír. A veces chillaba y gemía de forma incoherente, y a veces sus gritos guturales eran meros fantasmas de pensamientos. Pero comunicó a Eudena, a pesar de todo, muchas de las cosas que estaban todavía por venir sobre el león y los tormentos que le causaría.

—¡Y Ugh-lomi! ¡Ja, ja! ¡Ugh-lomi está muerto!

Y de repente los ojos de Eudena se abrieron, se irguió de nuevo y su mirada, sostenida e imparcial, hizo frente a la de la vieja.

—No —dijo despacio como alguien que trata de recordar—. No vi a mi Ugh-lomi muerto. No vi a mi Ugh-lomi muerto...

—Contadle —gritó la vieja—. Contadle, quien lo matara. Contadle cómo mataron a Ugh-lomi.

Ella miró y todas las mujeres que estaban allí miraron de un hombre a otro. Nadie la contestó. Se quedaron con la cara avergonzada.

—Contadle —insistió la vieja.

Los hombres se miraron unos a otros. La cara de Eudena se iluminó repentinamente.

—Contadle —dijo—. Contadle, hombres valerosos. Contadle la muerte de Ugh-lomi.

La vieja se levantó y la golpeó bruscamente en medio de la boca.

—No pudimos encontrar a Ugh-lomi —dijo Siss, el rastreador, lentamente—. Quien persigue a dos no mata a ninguno.

Entonces el corazón de Eudena dio un salto, pero ella mantuvo el rostro rígido, aunque no importó porque la vieja la miró severamente con la muerte en los ojos.

Luego la vieja volvió su lengua contra los hombres porque habían tenido miedo de seguir tras Ugh-lomi. No temía a nadie ahora que Uya estaba muerto. Los regañaba como se regaña a los niños. Y ellos le fruncían el ceño y empezaron a acusarse unos a otros hasta que súbitamente Siss, el rastreador, levantó la voz y le pidió que se tranquilizara. Y así, cuando el Sol se ponía, cogieron a Eudena y fueron —aunque con los corazones hundidos en su interior— por la senda que el viejo león había hecho entre las cañas. Todos los hombres iban juntos. En un lugar había un grupo de alisos y allí ataron apresuradamente a Eudena, donde el león pudiera encontrarla cuando saliera al crepúsculo, y una vez hecho eso volvieron de prisa hasta que estuvieron cerca del campamento. Entonces se detuvieron. Siss fue el primero en pararse y volver a mirar a los alisos. Podían verle la cabeza incluso desde el campamento, una diminuta greña negra bajo la rama principal del árbol más grande. Tanto mejor para ellos.

Todas las mujeres y niños se quedaron observando sobre la cresta del montículo. Y la vieja en pie gritó al león para que se llevara a aquella a la que buscaba y le aconsejó sobre los tormentos que podía infligirle.

Eudena estaba ahora muy abatida, aturdida por los golpes, la fatiga y la tristeza, y sólo el miedo de lo que faltaba por venir la

sostenía. El Sol estaba grande y de color rojo sangre entre los troncos de los castaños distantes, y el oeste era todo fuego. La brisa vespertina había dado paso a una cálida tranquilidad. El aire estaba lleno de enjambres de mosquitos, los peces en el río, muy cerca, saltaban a veces, y una y otra vez un abejorro zumbaba por el aire. Por el rabillo del ojo, Eudena podía ver una parte del campamento en el montículo, y pequeñas figuras en pie mirándola. Y —un sonido muy leve, pero muy claro— podía oír el golpeteo de la piedra del fuego. Oscuro, cercano a ella y quieto estaba el matorral bordeado de cañas de la guarida.

Pronto cesó la piedra del fuego. Buscó al Sol y notó que había desaparecido y, por encima, volviéndose más brillante, estaba la Luna en cuarto creciente. Miró hacia el matorral de la guarida en busca de formas en las cañas y luego súbitamente comenzó a moverse y retorcerse, llorando y llamando a Ugh-lomi. Pero Ugh-lomi estaba lejos. Cuando la vieron mover la cabeza con sus forcejeos gritaron todos juntos en el montículo, y ella desistió y se quedó quieta. Luego vinieron los murciélagos y la estrella que era como Ugh-lomi salió de su escondite azul en el oeste. Ella la llamó, pero suavemente porque tenía miedo del león. Y todo a lo largo de la caída del anochecer el matorral estuvo quieto.

Así la oscuridad se deslizó sobre Eudena y la Luna se volvió brillante, y las sombras de las cosas, que habían subido volando ladera arriba y desaparecido con la tarde, volvieron a ellas, breves y negras. Y las formas oscuras del matorral de cañas y alisos donde yacía el león se juntaron y una débil agitación se estremeció por allí. Pero nada salió de allí mientras se congregaban las tinieblas. Miró al campamento y vio los fuegos con resplandor rojo de humo y a los hombres y mujeres que andaban de acá para allá. Por el otro lado, sobre el río, se elevaba una neblina blanca. Luego, desde lejos, llegó el gimoteo de zorros jóvenes y el alarido de una hiena.

Había largos intervalos de dolorosa espera. Después de mucho rato algún animal chapoteó en el agua y pareció que cruzaba el río por el vado de más allá de la guarida, pero no pudo ver qué animal era. Desde los distantes abrevaderos podía oír ruido de chapoteos y de elefantes —tan tranquila estaba la noche.

La Tierra era ahora un descolorido ámbito de pálidos reflejos y sombras impenetrables. La plateada Luna estaba ya pespunteada

con las filigranas de las crestas de los bosques de castaños y sobre los umbrosos montes en dirección este las estrellas se multiplicaban. Los fuegos del montículo eran ahora de un rojo vivo y negras siluetas esperaban en pie frente a ellos. Esperaban un grito... Seguramente sería pronto.

De repente la noche pareció llenarse de movimiento. Ella contuvo el aliento. Había cosas que pasaban —una, dos, tres—, sombras sutilmente sigilosas... chacales. Después, otra larga espera. Luego, imponiendo su realidad de inmediato sobre todos los sonidos que había imaginado en su mente, llegó una agitación en el matorral y a continuación un movimiento enérgico. Hubo un chasquido. Las cañas se aplastaron pesadamente una, dos, tres veces, y después todo estuvo quieto salvo un pausado silbido. Oyó un gruñido bajo y tembloroso y de nuevo todo estuvo quieto otra vez. La quietud se prolongó... ¿No iba a terminar nunca? Contuvo la respiración. Se mordió los labios para no gritar. Luego algo corrió precipitadamente por la maleza. Su grito fue involuntario. No oyó el alarido que le siguió desde el montículo.

Inmediatamente el matorral despertó de nuevo a un vigoroso movimiento. Vio los tallos de la hierba meciéndose a la luz de la luna que se ponía y a los alisos balanceándose. Forcejeó violentamente —su último forcejeo. Pero nada se le acercó. Una docena de monstruos pareció apresurarse de acá para allá en aquel reducido sitio durante un par de minutos y luego volvió de nuevo el silencio. La Luna se hundió tras los distantes castaños y la noche se tornó oscura.

Después, un sonido extraño, un jadeo con sollozos que se hacía más rápido y más débil. Todavía otro silencio y a continuación débiles sonidos y el gruñido de algún animal.

Todo estaba quieto de nuevo. Lejos, hacia el este, un elefante hizo sonar la trompa y desde los bosques llegaron gruñidos y gritos que fueron desvaneciéndose.

En el largo intervalo la Luna brilló de nuevo entre los troncos de los árboles en la cresta enviando dos grandes haces de luz y una banda de oscuridad a través del yermo de cañas. Luego llegó un constante crujir, un chapoteo y las cañas se inclinaron separándose más y más. Y finalmente dejaron el espacio abierto separadas de la raíz a la punta... El final había llegado.

Miró para ver lo que había salido de entre las cañas. Por un momento pareció ciertamente la gran cabeza y mandíbula que esperaba, y luego disminuyó y cambió. Era algo bajo y oscuro que permanecía en silencio, pero no era el león. Se quedó quieto, todo se quedó quieto. Ella miró. Era como una rana gigante, dos extremidades y un cuerpo sesgado. Su cabeza se movía buscando entre las sombras...

Un crujido y se movió torpemente con una especie de salto. Y al moverse dio un gemido ronco.

La sangre que le hervía en las venas se convirtió en júbilo.

—¡Ugh-lomi! —susurró.

La cosa se detuvo.

—Eudena —respondió suavemente con voz dolorida y mirando entre los alisos.

Se movió de nuevo y salió de las sombras más allá de las cañas, a la luz de la luna. Todo el cuerpo, cubierto de oscuras manchas. Vio que arrastraba las piernas y que empuñaba el hacha, la primera hacha, en una mano. En otro instante, forcejeando, había conseguido ponerse a cuatro patas y llegado hasta ella tambaleándose.

—El león —dijo con una extraña mezcla de exaltación y angustia—. ¡Guau! He matado un león. Con mis propias manos. Igual que maté al gran oso.

Se movió para dar énfasis a sus palabras y de repente se interrumpió con un débil grito. Durante un rato no se movió.

—Suéltame —susurró Eudena.

No le respondió con palabras, pero se levantó de su posición a gatas agarrándose al tronco del aliso y, a tajos, cortó las correas con el filo del hacha. Ella le oyó sollozar a cada golpe. Cortó las correas que le sujetaban el pecho y los brazos y luego la mano cayó. Su pecho golpeó contra el hombro de ella y él se deslizó hasta el suelo junto a ella y se quedó inmóvil.

Pero el resto de su liberación fue fácil. Se desató muy deprisa. Dio un paso desde el árbol y la cabeza le daba vueltas. Su último movimiento consciente fue hacia él. Se tambaleó y cayó. La mano cayó sobre el muslo. Era suave y húmedo y cedía a su presión. Él gritó al sentir su tacto, se retorció y se quedó quieto de nuevo.

Pronto una oscura forma perruna salió muy sigilosa de entre las

cañas, se paró en seco y se quedó oliendo, dudó y finalmente se dio la vuelta y se escabulló de nuevo entre las sombras.

Mucho tiempo permanecieron allí inmóviles, con la luz de la luna que se ponía brillando sobre sus miembros. Muy despacio, tan despacio como el ponerse de la luna, la sombra de las cañas se deslizó sobre ellos hacia el montículo. Pronto, sus piernas quedaron ocultas y Ugh-lomi no era sino un busto de plata. Las sombras reptaron sigilosamente hasta el cuello, por encima de la cara y, así, por fin, la oscuridad de la noche los engulló completamente.

Las sombras se llenaron de características agitaciones. Hubo un ruido de patas y un débil gruñido, el sonido de un golpe.

Aquella noche las mujeres y los niños del campamento apenas si durmieron hasta que oyeron gritar a Eudena. Pero los hombres estaban cansados y se adormilaron sentados. Cuando Eudena gritó sintieron garantizada su seguridad y se apresuraron a conseguir los sitios más cercanos al fuego. La vieja se rió del grito y se rió otra vez porque Si, la pequeña amiga de Eudena, había gimoteado. En cuanto llegó la aurora todos estaban alerta y mirando a los alisos. Pudieron ver que se había llevado a Eudena. No pudieron por menos de sentirse contentos pensando que Uya había sido aplacado. Pero el pensamiento de Ugh-lomi ensombrecía las mentes de los hombres. Podían entender la venganza, pues el mundo era viejo en venganzas, pero no pensaban en el salvamento. De repente, una hiena huyó volando del matorral y cruzó al trote el espacio de las cañas. Tenía el hocico y las pezuñas manchadas de oscuro. Al verla todos los hombres gritaron y cogieron piedras arrojadizas y corrieron tras ella, pues ningún animal es tan lamentablemente cobarde como la hiena durante el día. Todos los hombres odiaban a la hiena porque devoraba a los niños y venía a morderlos cuando estaban durmiendo al borde del campamento. Piel-de-gato, con un tiro directo y certero, golpeó al bruto hábilmente en el costado y toda la tribu dio alaridos de placer.

El ruido que hicieron produjo grandes aleteos desde la guarida del león y tres buitres de cabeza blanca se elevaron lentamente, dieron vueltas en círculo y vinieron a posarse en las ramas de un aliso que daba a la guarida.

—Nuestro señor está fuera —dijo la vieja apuntando—. Los buitres tienen su parte de Eudena.

Durante un tiempo permanecieron allí y luego, primero uno y después otro, volvieron a caer sobre el matorral.

Después, sobre los bosques del este, cubriendo el mundo entero de vida y color, fluyó, con el júbilo de un toque de trompeta, la luz del sol naciente. Al verlo, los niños gritaron a la vez y aplaudieron y empezaron a correr hacia el agua. Sólo la pequeña Si se rezagaba y miraba perpleja a los alisos donde había visto la cabeza de Eudena por la noche.

Sin embargo Uya, el viejo león, no estaba fuera, sino en casa y yacía muy quieto, ligeramente de costado. No estaba en su guarida, sino un poco alejado de ella en un lugar de cañas aplastadas. Debajo de un ojo tenía una pequeña herida, el débil mordisco de la primera hacha. Pero todo el suelo bajo su pecho estaba de un moreno rojizo con una raya intensa y en el pecho tenía un pequeño agujero hecho por la lanza de matar. Por el costado y en el cuello los buitres habían dejado marcados sus derechos, pues en esa postura le había matado Ugh-lomi cuándo yacía herido bajo su garra; apuntando de cualquier modo contra su pecho, le había introducido la lanza con todas sus fuerzas, clavándosela al gigante en el corazón. Así fue como el reinado del león, la segunda reencarnación de Uya, el jefe, llegó a su fin.

Desde el montículo el bullicio de la preparación creció con los tajos a las lanzas y piedras arrojadizas. Nadie pronunciaba el nombre de Ugh-lomi por miedo a que eso le convocara. Los hombres iban a estar juntos, muy unidos, cazando un día más o menos. Y su presa iba a ser Ugh-lomi, no fuera que él viniera a cazarlos a ellos.

Pero Ugh-lomi yacía muy quieto y silencioso, fuera de la guarida del león, y Eudena se sentó junto a él con la lanza de fresno toda manchada con la sangre del león en la mano.

V

La lucha en el matorral del león

Ugh-lomi yacía quieto con la espalda contra un aliso, su muslo era una masa roja que daba pánico ver. Ningún hombre civilizado que hubiera sido herido tan gravemente podía haber sobrevivido, pero Eudena le consiguió espinos para cerrar las heridas y se sentó junto a él día y noche, espantándole las moscas con un abanico de juncos durante el día y por la noche amenazando a las hienas con la primera hacha en la mano, y en poco tiempo empezó a cicatrizar. Era pleno verano y no llovió. Poca fue la comida de que dispusieron durante los dos primeros días que tuvo las heridas abiertas. En el sitio bajo donde se escondieron no había ni raíces ni pequeños animales, y la corriente con sus caracoles de agua y peces estaba en campo abierto a cien yardas de distancia. Ella no podía salir durante el día por miedo de la tribu, sus hermanos y hermanas, ni durante la noche por temor a las bestias, tanto por su parte como por la de ellas. Así que compartieron el león con los buitres. Pero había un hilillo de agua cerca y Eudena le trajo cantidad en las manos.

El lugar donde yacía Ugh-lomi estaba bien oculto de la tribu por una mata de alisos y cercado todo alrededor por juncos y altas cañas. El león muerto, que él había matado, se hallaba cerca de su vieja guarida, en un sitio de cañas pisoteadas a cincuenta yardas que se veía a través de las cañas, y los buitres se disputaban entre sí las mejores piezas y mantenían alejados a los chacales. Muy pronto una nube de moscas que parecían abejas volaba sobre él, y Ugh-lomi podía oír su zumbido. Cuando la carne de Ugh-lomi estaba ya cicatrizando —no muchos días antes de que empezara el proceso— sólo unos pocos huesos del león, de una blancura reluciente, quedaban esparcidos.

Ugh-lomi pasaba la mayor parte del día sentado sin moverse, mirando hacia adelante a nada en concreto. A veces refunfuñaba algo sobre caballos, osos y leones, y a veces golpeaba el suelo con la primera hacha y decía los nombres de la tribu —parecía no tener miedo de recordar a la tribu— durante horas y horas. Pero principalmente dormía, soñando poco a causa de la pérdida de sangre y la escasez de comida. Durante la corta noche de verano los dos se mantenían despiertos. Todo el tiempo que duraba la oscuridad había cosas que se movían en torno suyo, cosas que nunca habían visto de día. Durante algunas noches las hienas no

vinieron y luego una noche sin luna se acercó casi una docena y lucharon por lo que quedaba del león. La noche fue un tumulto de gruñidos, y Ugh-lomi y Eudena podían oír los huesos chasquear entre sus dientes. Pero sabían que las hienas no osan atacar a ningún ser vivo y despierto, así que no tuvieron mucho miedo.

Durante el día Eudena iba por el estrecho sendero que el viejo león había hecho en las cañas hasta que estaba más allá del recodo y una vez allí se introducía gateando en el matorral y observaba a la tribu. Yacía junto a los alisos donde la habían atado para ofrecérsela al león y desde allí podía verlos en el montículo junto al fuego, pequeño y claro, como los había visto aquella noche. Pero contaba a Ugh-lomi poco de lo que veía porque temía hacerlos presentes por medio de sus nombres, pues eso creían en aquellos tiempos, que el nombrar convocaba.

La mañana después de que Ugh-lomi matara al león vio a los hombres preparar lanzas de matar y piedras que arrojar y salir a cazarle dejando a las mujeres y a los niños en el montículo. No se imaginaban lo cerca que le tenían cuando se pusieron en marcha en fila india hacia los montes con Siss, el rastreador, a la cabeza. Después de que los hombres se marcharan observó a las mujeres y los niños recogiendo hojas de helecho y ramas para el fuego de la noche, a los chicos y chicas corriendo y jugando juntos. Pero la vieja le daba miedo. Hacia el mediodía, cuando la mayoría de las otras estaban abajo en la corriente junto al recodo, vino y estuvo en pie del lado de acá del montículo, una retorcida figura morena, y gesticuló de forma que Eudena apenas si podía creer que no la veía. Eudena estuvo como una liebre con los brillantes ojos fijos en la bruja inclinada allá lejos y pronto comprendió oscuramente que era el león a quien la vieja estaba adorando, el león que Ugh-lomi había matado.

Al día siguiente los cazadores volvieron cansados trayendo una cría de ciervo, y Eudena observó el festín con envidia. Luego sucedió algo extraño. Vio a la vieja —la oía con claridad— chillando y gesticulando y apuntando hacia ella. Tuvo miedo y se alejó reptando como una serpiente. Pero pronto la curiosidad la venció y de nuevo estaba de vuelta en el puesto de espionaje y, al mirar, el corazón se le encogió, porque allí estaban todos los hombres con las armas en las manos caminando juntos hacia ella

desde el montículo.

No se atrevió a moverse, no fueran a verla en el montículo, sino que se pegó contra el suelo. El sol estaba bajo y la dorada luz les daba a los hombres en la cara. Vio que llevaban una pieza de rica carne roja atravesada por una estaca de fresno. Pronto se detuvieron.

—Seguid —gritó la vieja.

Piel-de-gato refunfuñó y ellos siguieron buscando el matorral con los ojos deslumbrados por el sol.

Aquí —dijo Siss.

Y ellos cogieron la estaca de fresno con la carne y la tiraron al suelo.

—Uya —gritó Siss—, toma tu parte. A Ugh-lomi lo hemos matado. Verdaderamente lo hemos matado. El día de hoy matamos a Ugh-lomi y mañana te traeremos su cuerpo —y los otros repitieron las palabras.

Se miraron unos a otros, miraron hacia atrás, se volvieron parcialmente y empezaron a retroceder. Al principio caminaban medio vueltos hacia el matorral; luego, de cara al montículo, avanzaron más deprisa mirando por encima del hombro, después más deprisa, pronto echaron a correr, fue realmente una carrera hasta que estuvieron cerca del montículo. Entonces Siss, que iba el último, fue el primero en reducir el paso.

Pasó el crepúsculo y llegó el anochecer, los fuegos ardieron al rojo vivo contra el brumoso azul de los castaños distantes y las voces en el montículo sonaban contentas. Eudena yacía apenas sin moverse pasando la vista del montículo a la carne y luego de ésta al montículo. Estaba hambrienta, pero tenía miedo. Al fin volvió sigilosamente hasta Ugh-lomi. Éste, al leve ruido de su acercamiento, miró a su alrededor. Tenía la cara en sombra.

—¿Has conseguido algo de comida? —preguntó.

Respondió que no había podido encontrar nada, pero que buscaría más lejos, y volvió por la senda del león hasta que pudo ver de nuevo el montículo, pero no pudo decidirse a coger la carne. Tenía el instinto del animal para las trampas. Se sintió muy desgraciada. Volvió al fin reptando hasta Ugh-lomi y le oyó agitarse y gemir. Se volvió al montículo de nuevo, luego vio algo en la oscuridad cerca de la estaca y fijándose mejor distinguió un chacal.

Súbitamente se sintió valiente y furiosa, se puso en pie de un salto, gritó y corrió hacia la ofrenda. Tropezó y cayó y oyó el gruñido del chacal alejándose. Cuando se levantó en el suelo sólo estaba la estaca de fresno, la carne había desaparecido. Así que volvió para ayunar toda la noche junto a Ugh-lomi, que estaba furioso con ella porque no había conseguido comida para él, pero no le dijo nada de las cosas que había visto.

Pasaron dos días y estaban casi a punto de morir de hambre cuando la tribu mató un caballo. Entonces se repitió la misma ceremonia y un anca fue dejada en la estaca de fresno, pero esta vez Eudena no dudó.

Con gestos y palabras hizo comprender a Ugh-lomi, pero él comió la mayor parte de la comida sin enterarse y después, al ir captando el significado, se puso contento con la comida.

—Yo soy Uya —dijo—. Yo soy el león. Yo soy el gran oso de las cavernas. Yo que era sólo Ugh-lomi, soy Wau, el astuto. Está bien que me alimenten porque pronto los mataré a todos.

Entonces a Eudena se le alegró el corazón y se rió con él, y después comió lo que él había dejado de la carne de caballo con alegría.

Después de eso tuvo un sueño y al día siguiente hizo que Eudena le trajera los dientes y las garras del león —todo lo que de ellos pudo encontrar—, y que le cortara una maza de fresno e incrustó los dientes y las garras muy astutamente en la madera de forma que las puntas miraran hacia afuera. Mucho tiempo le llevó y dejó romos dos de los dientes mientras los introducía a golpes, y se enfureció y la tiró, pero después se arrastró hasta donde la había tirado y la terminó —una maza de un tipo nuevo engastada con dientes. Ese día hubo más carne para los dos, una ofrenda al león por parte de la tribu.

Ocurrió un día —más de los dedos de la mano en días, más de los que nadie tenía la capacidad de contar— después de que Ugh-lomi hubiera hecho la maza cuando Eudena, mientras él dormía, yacía en el matorral observando el campamento. No había habido carne en tres días. Y la vieja vino a adorar a su manera. Pues bien, mientras ella adoraba, la amiguita de Eudena, Si, y otra, la hija de la primera chica que Siss había amado, aparecieron sobre el montículo, estuvieron mirando su descarnada figura y pronto

empezaron a burlarse. Eudena lo encontró divertido, pero de repente la vieja se volvió con rapidez y las vio. Durante un momento ella y las niñas se quedaron inmóviles, luego con un chillido de rabia se precipitó sobre ellas y las tres desaparecieron por la cresta del montículo.

Pronto las niñas reaparecieron entre los helechos más allá del recodo del monte. La pequeña Si corría la primera porque era una niña activa y la otra corría chillando con la vieja muy cerca de ella. Sobre el montículo aparecieron Siss, con un hueso en la mano, y Bo y Piel-de-gato obsequiosamente detrás de el, los dos con sendos trozos de comida, y se reían a carcajadas y gritaban al ver a la vieja tan furiosa. Con un grito la niña fue capturada y la vieja se puso a trabajar dándole de bofetadas y la niña a gritar, y fue una buena diversión vespertina para ellos. La pequeña Si continuó corriendo un trecho y se detuvo por fin entre el miedo y la curiosidad.

De repente vino la madre de la niña con el pelo ondeando, jadeando y con una piedra en la mano y la vieja se dio la vuelta como un gato salvaje. Tenía los mismos derechos que cualquier mujer, era la jefa de las cuidadoras del fuego a pesar de su edad, pero antes de que pudiera hacer nada Siss gritó y el clamor se elevó muy alto. Otras cabezas con mata de pelo aparecieron a la vista. Parecía que toda la tribu estaba en casa y festejando. Pero la vieja no se atrevió a continuar descargando su ira sobre la niña que Siss protegía.

Todos hicieron ruidos y la llamaron cosas, incluso la pequeña Si. Bruscamente la vieja soltó a la niña que había cogido e hizo un rápido movimiento hacia Si, porque Si no tenía amigos y ésta, dándose cuenta del peligro cuando estaba casi encima de ella, salió precipitadamente con un débil grito de terror sin reparar adónde iba, directamente hacia la guarida del león. Al darse cuenta de la dirección que llevaba, de inmediato torció bruscamente a un lado adentrándose en las cañas.

Pero la vieja era una anciana sorprendente, tan activa como despreciable, y cogió a Si por el ondeante pelo a treinta yardas de Eudena. Toda la tribu bajaba ahora corriendo por el montículo gritando y riéndose, dispuesta a disfrutar del espectáculo.

Entonces algo se agitó en Eudena, algo que nunca jamás la había conmovido, y, volcada completamente en la pequeña Si y olvidada

de su miedo, salió de un salto de su escondite y avanzó rápidamente hacia adelante. La vieja no la vio porque estaba ocupada abofeteando la cara de la pequeña Si, golpeándola con todo su odio, y de repente algo duro y pesado le golpeó la mejilla. Se tambaleó y vio a Eudena con los ojos y las mejillas encendidos entre ella y la pequeña Si. Gritó de sorpresa y terror, y la pequeña Si, sin comprender, se dirigió hacia la tribu que estaba con la boca abierta. Se hallaban ahora muy cerca porque el ver a Eudena les había quitado de la cabeza el miedo ya atenuado al león.

En un momento Eudena había dejado a la vieja, encogida de miedo, y había alcanzado a Si.

—¡Si! —gritó—. ¡Si!

Cogió a la niña en los brazos cuando ésta se detuvo, apretó el afilado rostro contra el suyo y se dio la vuelta para correr hacia su guarida, la guarida del viejo león. La vieja se quedó, con las cañas hasta la cintura, vomitando sucias palabras y rabia inarticulada, pero no osó interrumpirla, y, en el recodo de la senda, Eudena miró atrás y vio a todos los hombres de la tribu gritándose unos a otros y a Siss que venía al trote por la senda del león.

Corrió en línea recta por el estrecho camino a través de las cañas hasta el umbroso sitio donde Ugh-lomi estaba sentado con su muslo cicatrizado, acabando de despertar por los gritos y frotándose los ojos. Se acercó a él, como una mujer, con la pequeña Si en brazos. Con el corazón palpitándole en la garganta, gritó:

—¡Ugh-lomi! ¡Ugh-lomi, viene la tribu!

Ugh-lomi continuó sentado mirando fijamente con estúpido asombro a ella y a Si.

Ella apuntó con Si en un brazo. Rebuscó entre su reducida reserva de palabras para explicar lo que pasaba. Podía oír a los hombres voceando. Aparentemente se habían detenido fuera. Puso a Si en el suelo, cogió la maza nueva con los dientes del león, se la puso a Ugh-lomi en la mano, corrió tres yardas y recogió la primera hacha.

—¡Ah! —dijo Ugh-lomi ondeando la nueva maza. En un momento se hizo cargo de la situación y dando una voltereta comenzó a ponerse en pie con esfuerzo.

Se puso en pie, pero torpemente. Se sostenía apoyando una mano en el árbol y únicamente tocaba el suelo ligeramente con el

dedo gordo de la pierna herida. En la otra mano empuñaba la nueva maza. Miró el muslo cicatrizado. De repente las cañas empezaron a susurrar y cesó el susurro y volvió de nuevo, y, acercándose cautelosamente por la senda, inclinándose y agarrando su lanza de matar de fresno endurecida al fuego apareció Siss, se paró en seco y su mirada se cruzó con la de Ugh-lomi.

Ugh-lomi se olvidó de que tenía una pierna herida. Se puso firme sobre ambos pies. Sintió algo que fluía. Echó una mirada hacia abajo y vio que una pequeña gota de sangre había brotado por el extremo de la herida cicatrizada. Se frotó allí la mano para que se agarrara bien a la maza y fijó de nuevo la vista en Siss.

—¡Guau! —gritó, saltando hacia adelante, y Siss todavía observando agachado dirigió hacia arriba su lanza de matar muy rápido en un lanzamiento fallido. Desgarró el brazo con que se protegía Ugh-lomi y la maza bajó al contraataque que Siss no iba a entender jamás. Cayó, como cae el buey con la puntilla, a los pies de Ugh-lomi.

A Bo le pareció la cosa más extraña. Tenía una sensación de seguridad con las altas cañas a ambos lados y la inexpugnable fortaleza de Siss entre él y cualquier peligro. El Comecaracoles venía detrás y por allí no había peligro. Estaba preparado para empujar desde atrás y enviar a Siss a la muerte o la victoria. Ése era su puesto como segundo jefe. Vio el asta de la lanza que llevaba Siss salir lanzada y de repente un porrazo sordo y las anchas espaldas caían hacia adelante y él estaba mirando a Ugh-lomi a la cara por encima de su postrado jefe. Bo tuvo la sensación de que el corazón se le había caído por un pozo. Tenía una piedra arrojadiza en una mano y una lanza de matar de fresno en la otra. No vivió para terminar de decidir cuál de las dos utilizaba.

El Comecaracoles era un hombre más preparado, y además Bo no cayó hacia adelante como lo había hecho Siss, sino que cedió por las rodillas y la cadera, al abollarle la cabeza la maza dentada. El Comecaracoles arrojó su lanza hacia adelante rápida y directa y acertó a Ugh-lomi en el músculo del hombro, y luego le lanzó la piedra de matar que tenía en la otra mano con fuerza y gritando al tiempo que lo hacía. La nueva maza silbó ineficazmente entre las cañas. Eudena vio a Ugh-lomi volver tambaleándose desde el estrecho sendero al campo abierto, tropezando con Siss y con la

punta de una estaca de fresno que le salía por encima del brazo. Y entonces el Comecaracoles, nombre que ella le había puesto, recibió la estocada final cuando su rostro exultante asomó entre las cañas a continuación de su lanza, pues Eudena blandió la primera hacha, rápida y alta, golpeándole de lleno en la sien, y él fue a caer encima de Siss a los pies del postrado Ugh-lomi.

Pero antes de que Ugh-lomi pudiera levantarse los dos pelirrojos salían a trompicones de las cañas, con las lanzas y las piedras de matar listas, y el Serpiente justo detrás de ellos. Eudena le dio a uno en el cuello; no lo derribó, pero dio un traspie a un lado y estropeó el golpe de su hermano a la cabeza de Ugh-lomi. En un momento Ugh-lomi dejó caer la maza, había cogido a su atacante por la cintura y lo había derribado de lado, despatarrado. Se lanzó rápidamente sobre la maza y la recuperó. El hombre que Eudena había golpeado la atacó con su lanza al tiempo que se tambaleaba a causa del golpe y ella involuntariamente retrocedió para evitarle. Él dudó entre ella y Ugh-lomi, se medio volvió, dio un grito vago al encontrar a Ugh-lomi tan cerca, y en un momento Ugh-lomi lo tenía cogido por el cuello y la maza se había cobrado la tercera víctima. Al tiempo que caía, Ugh-lomi dio un grito —nada de palabras—, un alarido exultante.

El otro pelirrojo estaba a seis pies de ella dándole la espalda y tenía en la cabeza una mancha de un rojo más oscuro que su pelo. Forcejeaba por ponerse en pie. Ella sintió un impulso irracional de impedir que se levantara. Le lanzó el hacha y falló, vio su cara de perfil, había dado un brusco viraje más allá de la pequeña Si y corría entre las cañas. Tuvo una visión pasajera del Serpiente de pie en la boca del sendero, medio vuelto hacia atrás y luego le vio la espalda. Vio la maza volando por el aire y la enmarañada cabeza de Ugh-lomi, con sangre en el pelo y en el hombro, desaparecer bajo las cañas persiguiéndole. Luego oyó al Serpiente gritar como una mujer.

Pasó a Si corriendo hasta donde el mango del hacha destacaba sobre una mata de helecho y, al volverse, se encontró jadeando y sola con tres cuerpos inmóviles. El aire rebosaba de voces y gritos. Durante un rato sintió náuseas y vértigo, y luego se le ocurrió que a Ugh-lomi le estaban matando por el sendero de las cañas y con un grito inarticulado saltó por encima del cuerpo de Bo y se apresuró

tras él. Los pies del Serpiente yacían en medio del sendero, y tenía la cabeza entre las cañas. Siguió por el sendero hasta que hacía un recodo y quedaba abierto por los alisos, y desde allí vio en el campo abierto todo lo que quedaba de la tribu, esparcidos como hojas secas por el vendaval y volviendo por encima del montículo. Ugh-lomi se empleaba a fondo con Piel-de-gato.

Pero Piel-de-gato era ligero de pies y escapó, y lo mismo hizo el joven Wau-Hau cuando Ugh-lomi se volvió contra él, y Ugh-lomi persiguió a Wau-Hau hasta mucho más allá del montículo antes de desistir. Ahora sentía dentro de él la rabia de la batalla y la madera incrustada en su hombro le picaba como una espuela. Cuando vio que él no corría peligro, ella dejó de correr y se quedó jadeando observando cómo las activas y distantes figuras subían corriendo y desaparecían una a una por encima del montículo. En poco tiempo estuvo de nuevo sola. Todo había ocurrido muy rápido. El humo del Hermano Fuego se elevó recto y constante desde el campamento exactamente como había hecho hacía diez minutos cuando la vieja había estado allí adorando al león.

Y después de lo que le pareció un rato larguísimo Ugh-lomi reapareció sobre el montículo y volvió hasta Eudena, triunfante y jadeando mucho. Ella estaba en pie con el pelo por los ojos, la cara encendida y el hacha manchada de sangre en la mano, en el lugar donde la tribu la había ofrecido como sacrificio al león.

—¡Guau! —gritó Ugh-lomi al verla, con la cara iluminada con la camaradería de la batalla, y ondeó la nueva maza, ahora de color rojo y con pelos, y a la vista de su cara resplandeciente ella relajó algo su postura tensa y siguió en pie llorando de alegría.

Ugh-lomi tuvo una extraña e inexplicable punzada al ver sus lágrimas, pero gritó solamente «¡Guau!» aún más alto y agitó el hacha de este a oeste. La llamó varonilmente para que le siguiera, se dio la vuelta y se dirigió al campamento a grandes zancadas balanceando la maza en la mano como si nunca hubiera dejado la tribu, y ella dejó de llorar y le siguió rápidamente como debe hacerlo una mujer.

Así que Ugh-lomi y Eudena volvieron al campamento del que habían marchado muchos días antes huyendo de Uya y, esparcidos por él, estaban los restos medio comidos de un ciervo, igual que lo habían estado antes de que Ugh-lomi fuera un hombre y Eudena

una mujer. Y Ugh-lomi se sentó para comer con Eudena a su lado como un hombre y el resto de la tribu los miraba desde escondrijos seguros. Y después de un rato una de las niñas mayores volvió tímidamente, llevando a la pequeña Si en los brazos, y Eudena las llamó por su nombre y les ofreció comida. Pero la niña mayor estaba asustada y no se acercaba, aunque Si forcejeaba por ir hacia Eudena. Después, cuando Ugh-lomi hubo comido, se sentó dando cabezadas y por fin se durmió, y despacio los otros salieron de sus escondrijos y se acercaron. Y cuando Ugh-lomi se despertó, salvo porque no se veían hombres, parecía como si nunca hubiera dejado la tribu.

Pues bien, hay una cosa extraña, pero cierta: que a lo largo de su lucha Ugh-lomi había olvidado que era cojo, y no era cojo, y después de descansar, ¡atención!, era cojo y siguió siéndolo hasta el fin de sus días.

Piel-de-gato, el segundo pelirrojo y Wau-Hau, que tallaba pedernales hábilmente como su padre lo había hecho antes que él, huyeron de Ugh-lomi y nadie supo dónde se escondían. Pero dos días después vinieron y acamparon a bastante distancia del montículo entre los helechos bajo los castaños y observaron. La rabia de Ugh-lomi había pasado. Se puso en movimiento contra ellos, pero se detuvo y a la puesta del sol se marcharon. Aquel día también encontraron a la anciana entre los helechos donde Ugh-lomi había tropezado con ella cuando perseguía a Wau-Hau. Estaba muerta y más fea que nunca, pero completa. Los chacales la habían probado y la habían dejado —siempre fue una vieja sorprendente.

Al día siguiente los tres hombres volvieron y acamparon más cerca, y Wau-Hau tenía dos conejos que mostrar y el pelirrojo una paloma torcaz y Ugh-lomi, de pie delante de las mujeres, se burlaba de ellos.

Al otro día se sentaron todavía más cerca, sin piedras ni palos, y con las mismas ofrendas, y Piel-de-gato tenía una trucha. Era raro que los hombres pescaran en aquellos tiempos, pero Piel-de-gato permanecía silencioso en el agua durante horas y los cogía con la mano. Y al cuarto día Ugh-lomi consintió a regañadientes que los tres volvieran en paz al campamento con la comida que tenían. Ugh-lomi comió la trucha. Desde entonces, durante muchas lunas, Ugh-lomi fue el jefe e impuso su voluntad sin resistencia alguna. Y

con el tiempo lo mataron y comieron del mismo modo que a Uya.

UNA HISTORIA DE TIEMPOS FUTUROS

I

La cura para el amor

El señor Morris, persona excelente, era inglés y vivía en tiempos de la reina Victoria la Buena. Era hombre próspero y sensato. Leía el *Times* e iba a la iglesia, y, al acercarse a la madurez, los rasgos de su rostro adoptaron una expresión de tranquilo y satisfecho desprecio hacia todos aquellos que no eran como él. Era uno de esos que hacen todo lo que es correcto, apropiado y sensato con regularidad inevitable. Siempre vestía las prendas correctas y adecuadas siguiendo la estrecha senda entre la elegancia y el desaliño. Siempre apoyaba las obras benéficas convenientes, justo aquellas que representaban el compromiso juicioso entre la ostentación y la mezquindad, y nunca dejó de cortarse el pelo exactamente a la altura adecuada.

Poseía todo lo que era correcto y apropiado en un hombre de su posición, y no tenía nada que no fuera correcto y apropiado a su condición.

Entre otras posesiones correctas y apropiadas este señor Morris tenía esposa e hijos. Eran, desde luego, la clase de esposa correcta y la clase y cantidad adecuadas de hijos. No tenían nada de singular ni de frívolo que el señor Morris pudiera observar. Llevaban vestidos perfectamente correctos que de ninguna manera se podían considerar elegantes, ni higiénicos, ni caprichosos, sino solamente sensatos. Y vivían en una casa bonita y sensata del estilo reina Ana

de imitación que estaba de moda en los últimos tiempos de la reina Victoria, con falsas maderas de yeso pintado color chocolate en los aguilones, falsos paneles de roble labrado de Licousta Walton, una terraza de terracotta imitando piedra, y cristales emplomados en la puerta principal. Los hijos fueron a buenos colegios y se dedicaron a profesiones respetables. Las hijas, a pesar de alguna fantástica rebeldía, se casaron todas con jóvenes ya maduritos, apropiados, formales y con buenas perspectivas. Y cuando fue adecuado y conveniente, el señor Morris murió. Su tumba de mármol era serenamente majestuosa, sin ninguna tontería artística ni inscripción laudatoria, tal y como mandaban los cánones de la época. Experimentó varios cambios siguiendo los hábitos aceptados en estos casos, y, mucho antes del comienzo de esta historia sus huesos se habían convertido en polvo y estaban esparcidos por los cuatro puntos cardinales. Y sus hijos y nietos y biznietos y tataranietos eran también polvo y cenizas y estaban igualmente diseminados por los cuatro vientos. Eso era algo que ni siquiera se imaginó... que llegaría un día en que sus tataranietos serían esparcidos a los cuatro vientos. Si alguien se lo hubiera sugerido le habría parecido mal, pues era una de esas personas respetables que no ponen interés ninguno en el futuro de la humanidad. Tenía, por supuesto, serias dudas de que fuera a haber algún futuro para la humanidad después de su muerte.

Parecía completamente imposible y carente de interés imaginar cualquier cosa que sucediera tras su muerte. Sin embargo las cosas son así, y cuando incluso su tataranieto estuvo muerto, enterrado y olvidado, cuando la casa con maderas de imitación hubo seguido el camino de todas las imitaciones y el *Times* había desaparecido y los sombreros de seda eran una antigüedad ridícula, y la piedra de majestuosa sencillez erigida en su memoria había sido quemada para hacer cal para mortero, y todo lo que el señor Morris había considerado real e importante se había marchitado y muerto, el mundo todavía seguía su camino y lo mismo hacía la gente, tan despreocupada e impaciente respecto del Futuro, o más aún, de todo lo que no fueran ellos mismos y sus propiedades, como lo había sido el señor Morris.

Y, cosa rara, y que habría provocado las iras del señor Morris si alguien se lo hubiera predicho, por todo el mundo se había

esparcido una multitud de gente respirando el aliento de la vida y en cuyas venas fluía la sangre del señor Morris. Exactamente de la misma manera que algún día la vida que en estos momentos se acumula en el lector de este relato quizá sea también esparcida a lo largo y ancho del mundo, y mezclada con mil vetas ajenas sin que sea posible ni imaginarla ni rastrearla. Y entre los descendientes de este señor Morris hubo uno casi tan sensato y perspicaz como su antepasado. Tenía justo la misma hechura baja y robusta que aquel antepasado del siglo XIX del que descendía su apellido de Morris que él pronunciaba Mures. Tenía también la misma expresión medio despreciativa en el rostro. Era igualmente un hombre próspero, tal como andaban los tiempos, y no le gustaban ni las novedades ni las preocupaciones por el futuro ni por las clases bajas, igual que le había pasado al viejo Morris ancestral. No leía el *Times*— ni siquiera sabía que hubiera existido un periódico de ese nombre—, institución que había desaparecido en algún momento dado en aquel intervalo de años. Pero la máquina fonográfica que le hablaba mientras se aseaba por la mañana podía haber sido la voz del más famoso reportero del periódico cuando revisaba las noticias del mundo. Esta máquina fonográfica tenía el tamaño y la forma de un reloj holandés y en su parte delantera inferior llevaba indicadores barométricos que funcionaban por electricidad, un calendario, un reloj eléctrico y un notificador automático de citas, y donde había estado situado el reloj, estaba ahora la boca de una trompeta. Cuando tenía noticias la trompeta hacía glup, glup, como un pavo. Glup, glup, y luego voceaba su mensaje como lo haría una trompeta. Le contaría al señor Mures en plenos, ricos y roncós tonos los accidentes que durante la noche habían tenido las máquinas voladoras de pasajeros que hacían el servicio por todo el mundo, las últimas llegadas a los lugares turísticos de moda en el Tíbet, y mientras se vestía, todas las reuniones del día anterior de la gran compañía monopolista. Si a Mures no le apetecía oír lo que decía sólo tenía que tocar un botón, haría un pequeño ruido y hablaría de otra cosa.

Desde luego el atavío era muy diferente del de su antepasado. Es dudoso quién de los dos se habría sentido más conmovido y dolorido al encontrarse en la ropa del otro. Mures desde luego habría preferido presentarse ante el mundo completamente desnudo

antes que con el sombrero de seda, la levita, los pantalones grises y la cadena del reloj que en el pasado habían proporcionado sombría dignidad al señor Morris. Mures no tenía que estar afeitándose: hacía mucho tiempo que un hábil operador había extirpado todas las raíces del pelo de su rostro. Las piernas las llevaba envueltas en agradables prendas de color rosa y ámbar de un material hermético que, con la ayuda de una ingeniosa y diminuta bomba, hinchaba para sugerir unos músculos enormes. Por encima de esto llevaba también vestidos neumáticos debajo de una túnica de seda color ámbar de forma que estaba revestido de aire y admirablemente protegido contra repentinos extremos de calor o frío. Sobre la túnica echaba una capa escarlata con el borde curvado de forma fantástica. En la cabeza, que había sido hábilmente despojada de cualquier pizca de pelo, se ponía una agradable gorrita de un vivo color escarlata que se sostenía por succión, se inflaba con hidrógeno y curiosamente se parecía a la cresta de un gallo. De esa forma completaba su vestimenta y, consciente de estar sobria y convenientemente ataviado, se sentía dispuesto a enfrentarse a sus semejantes con la mirada tranquila.

Este Mures, el tratamiento de señor había desaparecido hacía años, era uno de los Síndicos del Monopolio de Ventiladores y Saltos de agua, la gran compañía que poseía todas las aspas eólicas y saltos de agua del planeta, y que canalizaba toda el agua y producía toda la energía eléctrica que la gente de esos tiempos necesitaba. Vivía en un vasto hotel cerca de esa parte de Londres llamada la Séptima Avenida, donde tenía aposentos muy amplios y cómodos en el piso decimoséptimo. Las casas y la vida familiar hacía mucho que habían desaparecido con el progresivo refinamiento de las costumbres y, desde luego, la constante alza de las rentas y de los costes del suelo, la desaparición de los sirvientes domésticos, la fabricación de las comidas habían hecho imposible el domicilio singular de los tiempos de la reina Victoria aun cuando alguno hubiera podido desear una soledad tan salvaje. Cuando su aseo estuvo completo fue hacia una de las dos puertas de su apartamento —había puertas en los extremos opuestos, cada una marcada con una flecha enorme indicando una dirección y la contraria—, tocó un botón para abrirla y salió a un amplio pasillo cuyo centro, con sillas, se movía a una velocidad constante hacia la

izquierda. En algunas de esas sillas estaban sentados hombres y mujeres vestidos con colores alegres. Saludó con la cabeza a un conocido —en esos tiempos no estaba bien visto hablar antes del desayuno— y se sentó en una de las sillas y en pocos segundos había sido transportado a las puertas de un ascensor en el que descendió al vasto y espléndido salón en el que le servirían automáticamente el desayuno.

Era una comida muy diferente del desayuno victoriano. Las rudas masas de pan que había que cortar y untar con grasa animal para poder hacerlas apetitosas, los fragmentos todavía reconocibles de animales recientemente sacrificados, horriblemente cortados y chamuscados, los huevos retirados implacablemente de debajo de alguna gallina que se resistía... cosas semejantes que aunque constituían el pan de cada día en los tiempos victorianos no habrían despertado más que horror y repugnancia en las refinadas mentes de la gente de esa época. En su lugar había pastas y pasteles dulces, de un diseño agradable y abigarrado sin nada en el color o la forma que sugiriera los desgraciados animales de los que provenían sus jugos y sustancias. Se presentaban en pequeños platos que se deslizaban sobre un rail desde una pequeña caja a un extremo de la mesa. La superficie de la mesa, a juzgar por el tacto y la vista, le habría parecido a una persona del siglo XIX que estaba cubierta con un fino damasco blanco, pero en realidad se trataba de una superficie metálica oxidada que se podía limpiar instantáneamente después de cada comida. Había cientos de tales mesitas en el salón y a la mayoría de ellas estaban sentados otros ciudadanos de la época solos o en grupos. Cuando Mures se sentó ante su elegante comida la orquesta invisible, que había estado descansando durante un intervalo, volvió y llenó el ambiente de música.

Pero Mures no desplegó ningún gran interés ni en el desayuno ni en la música. Pasaba la mirada incesantemente por el salón como si esperara a un invitado que se retrasaba. Por fin se levantó impaciente y saludó con la mano. Al mismo tiempo, al otro lado del salón apareció una figura alta y morena vestida de color amarillo y verde oliva. A medida que esta persona, que caminaba entre las mesas con medidos pasos, se acercaba, se hacían patentes la pálida gravedad de su rostro y la infrecuente intensidad de sus ojos. Mures se volvió a sentar y apuntó a una silla junto a él.

—Temí que no viniera —observó Mures.

A pesar de los años pasados la lengua inglesa era todavía casi exactamente la misma que la que se hablaba en Inglaterra en tiempos de Victoria la Buena. La invención del fonógrafo y medios semejantes de registro de sonidos, y la gradual sustitución de los libros por tales aparatos no sólo habían salvado la vista humana del deterioro, sino que, gracias al establecimiento de una norma segura, también se había detenido el cambio de la pronunciación que hasta entonces había sido inevitable.

—Me retrasó un caso interesante —respondió el hombre vestido de amarillo y verde—, un político prominente, ¡jem!, que sufre de exceso de trabajo.

Miró al desayuno y se sentó.

—Llevo cuarenta horas sin acostarme.

—¡Oh, pobre! —exclamó Mures—, parece mentira que ustedes los hipnotizadores trabajen tanto.

El hipnotizador se tomó una atractiva gelatina de color ámbar.

—Casualmente estoy muy solicitado —respondió modestamente.

—Dios sabe qué haríamos sin ustedes.

—Oh, tampoco somos tan indispensables —repuso el hipnotizador paladeando el sabor de la gelatina—. El mundo se las arregló muy bien sin nosotros durante unos mil años, incluso hasta hace doscientos años no había ni uno. Es decir, en la práctica profesional. Médicos por miles, desde luego, brutos terriblemente torpes en su mayoría, siguiendo los unos a los otros como ovejas, pero doctores de la mente no había ninguno si exceptuamos a unos cuantos experimentadores confusos —y concentró su atención en la gelatina.

—Pero ¿estaba la gente tan sana? —preguntó Mures.

El hipnotizador movió la cabeza.

—Entonces no importaba si eran algo estúpidos o maniáticos. ¡La vida era entonces tan fácil! Ninguna competencia de la que merezca la pena hablar, ninguna presión. Un ser humano tenía que estar muy desequilibrado antes de que se hiciera algo. Luego, ya sabe, los metían en lo que llamaban sanatorios psiquiátricos.

—Lo sé —aseguró Mures—. En esas condenadas novelas históricas que todo mundo escucha, siempre rescatan a una chica hermosa de un sanatorio o algo así. No sé si usted oye esas

tonterías.

—Tengo que confesar que sí —se sinceró el hipnotizador—. Le saca a uno de sus casillas oír de esos tiempos pintorescos, aventureros y medio civilizados del siglo XIX cuando los hombres eran robustos y la mujeres simples. Me gusta más que nada en el mundo una buena historia llena de fanfarronería. Tiempos curiosos eran aquellos con sus tiznados raíles, sus viejos trenes de hierro dando resoplidos, sus extrañas casitas y sus vehículos tirados por caballos. Supongo que no lee usted libros.

—¡Oh, no! —respondió Mures—. Fui a un colegio moderno y no teníamos nada de esas anticuadas tonterías. Los fonógrafos son suficientes para mí.

—Por supuesto, por supuesto —insistió el hipnotizador mientras pasaba revista a la mesa para hacer la elección siguiente—. ¿Sabe? —continuó al tiempo que se servía una confitura color azul oscuro que prometía mucho—. En esos tiempos nuestra profesión apenas si se vislumbraba. Yo diría que si alguien hubiera afirmado que al cabo de doscientos años un cuerpo de profesionales estaría completamente dedicado a imprimir cosas en la memoria, borrar ideas desagradables, controlar y dominar impulsos instintivos pero indeseables, etc., por medio de la hipnosis, se habrían negado a creerlo posible. Poca gente sabía que una orden dada en estado hipnótico, incluso la orden de olvidar o de desear, sería obedecida después de haber salido del estado de hipnosis. Sin embargo entonces vivían hombres que podían haber garantizado que esto se produciría con tanta seguridad como el tránsito de Venus.

—¿Conocían, entonces, la hipnosis?

—¡Oh, sí! La utilizaban... para no sufrir en el dentista y cosas así. Esta sustancia azul es condenadamente apetitosa ¿qué es?

—No tengo la menor idea —respondió Mures—, pero admito que es muy buena. Sírvese algo más.

El hipnotizador repitió los elogios e hizo una pausa encarecedora.

—Hablando de esas novelas históricas —intervino Mures tratando de dar a la conversación un tono fácil e informal— me traen a... al... asunto que me interesaba cuando le pedí... cuando expresé el deseo de verlo a usted.

Hizo una pausa y respiró hondo. El hipnotizador le dirigió una

mirada atenta y continuó comiendo.

—El hecho es —continuó Mures— que tengo, bueno, una hija. Pues bien, le he dado todo lo mejor que la educación puede ofrecer. Lecciones magistrales no meramente de un solitario conferenciante sobre habilidades del mundo sino que ha tenido un teléfono directo, baile, deportes, conversación, filosofía, crítica de arte... —expresó, con un gesto de la mano, una cultura universal—. Yo habría querido que se casara con un buen amigo mío, Bindon, de la Comisión del Alumbrado, un hombrecillo corriente, ya sabe, un poco desagradable en algunos aspectos, en alguno de sus modales, pero en realidad una persona excelente.

—Sí —le alentó el hipnotizador—, continúe. ¿Qué edad tiene?

—Dieciocho años.

—Una edad peligrosa. ¿Y bien?

—Bueno, parece que se ha estado dedicando a esas novelas históricas... demasiado. Excesivamente, incluso hasta el punto de abandonar la filosofía. Se ha llenado la cabeza de tonterías indescriptibles sobre soldados que luchan... ¿Cómo se llaman? ¿Etruscos?

—Egipcios.

—Muy probable que sean egipcios. Con espadas y revólveres y cosas así, derramando sangre a raudales, ¡horrible!, y sobre jóvenes que cogen torpedos que estallan, españoles, me imagino, y todo tipo de aventuras raras. Y se le ha metido en la cabeza que tiene que casarse por amor y que el pobre Bindon...

—He tenido casos similares —aseguró el hipnotizador—. ¿Quién es el otro joven?

Mures mantuvo la apariencia de una calma resignada.

—Ya que lo pregunta... él es —avergonzado, bajó de tono— un simple empleado en la plataforma en la que aterrizan las máquinas voladoras de París. Es, como dicen en las novelas, muy apuesto. Es joven y muy excéntrico. Le gusta lo antiguo... ¡sabe leer y escribir! Lo mismo que ella. Y en lugar de comunicarse por teléfono como la gente sensata, se escriben y envían... ¿cómo se dice?

—¿Notas?

—No, notas no..., poesías.

El hipnotizador levantó las cejas.

—¿Cómo lo conoció?

—Trozó bajando de una máquina voladora procedente de París y cayó en sus brazos. El desastre se consumó en un momento.

—¿Sí?

—Bueno, eso es todo. Hay que pararlo. Eso es lo que quería consultar. ¿Qué hay que hacer? *¿Qué se puede hacer?* Desde luego yo no soy hipnotizador, mis conocimientos son limitados. Pero ¿usted?

—El hipnotismo no es magia —dijo el hombre de verde poniendo las dos manos sobre la mesa.

—¡Oh, por supuesto! Pero así y todo...

—A la gente no se la puede hipnotizar sin su consentimiento. Si ella es capaz de oponerse al matrimonio con Bindon probablemente se opondrá a que la hipnoticen. Pero si se la pudiera hipnotizar una vez incluso por cualquier otro... entonces está hecho.

—¿Usted puede...?

—¡Oh, claro! Una vez que la hayamos vuelto receptiva, entonces podemos sugerirle que *tiene* que casarse con Bindon, que ése es su destino, o que el joven es repulsivo y que cuando lo vea se mareará y se desmayará o cualquier cosilla de esas. O si conseguimos sumirla en un estado profundo podemos sugerirle que lo olvide por completo.

—Exactamente.

—Pero el problema está en conseguir hipnotizarla. Desde luego, ningún tipo de propuesta ni sugerencia debe partir de usted porque sin duda ella ya desconfía de usted en este asunto.

El hipnotizador apoyó la cabeza en el brazo y pensó.

—Es duro que un padre no pueda disponer de su propia hija —comentó Mures nada oportuno.

—Tiene usted que darme el nombre y la dirección de la joven —dijo el hipnotizador— y cualquier información relacionada con este asunto. ¡Ah! por cierto, ¿hay dinero por medio?

Mures dudó.

—Hay una cantidad, de hecho una cantidad considerable invertida en la Compañía de Carreteras Patentadas. De su madre. Es lo que lo hace tan exasperante.

—Exactamente —confirmó el hipnotizador procediendo a interrogar exhaustivamente a Mures sobre todo el asunto.

Fue una larga entrevista.

Mientras tanto Elizabe6 Mures, que así deletreaba ella su

nombre, o Elizabeth Morris, como lo habría escrito alguien del siglo XIX, estaba sentada en una tranquila sala de espera debajo de la gran plataforma sobre la que aterrizaba la máquina voladora de París. Junto a ella se sentaba su guapo y esbelto novio leyéndole el poema que había escrito aquella mañana mientras estaba de servicio en la plataforma. Cuando terminó se quedaron sentados un rato en silencio y luego, como para entretenerlos especialmente a ellos, la gran máquina que había venido volando por el aire desde América aquella mañana bajó velozmente del cielo.

Al principio era un pequeño rectángulo, débil y azul entre las distantes nubes como mechones de lana. Luego se hizo rápidamente grande y blanco, y más grande y más blanco hasta que pudieron ver las dos filas separadas de velas, cada una de cientos de pies de ancho y el flaco cuerpo que soportaban y finalmente hasta los balanceantes asientos de los pasajeros en una hilera de puntos. Aunque estaba descendiendo, a ellos les parecía que ascendía a toda prisa hacia el cielo, y por encima de los tejados de la ciudad que se encontraban debajo su sombra se dirigió hacia ellos. Oyeron el silbido del aire alrededor del aparato y el chillido de la sirena, estridente e hinchada, para avisar de su llegada a aquellos que estaban en la plataforma de aterrizaje. Y bruscamente el sonido cayó un par de octavas, el aparato había pasado, el cielo estaba despejado y vacío y ella pudo volver de nuevo su dulce mirada hacia Denton, que estaba a su lado.

Su silencio terminó, y Denton hablando en un inglés entrecortado que se imaginaban era de su exclusiva propiedad, aunque los amantes han utilizado lenguajes semejantes desde que empezó el mundo, le contó cómo ellos también surcarían un día los aires dejando atrás todos los obstáculos y dificultades que les rodeaban y volarían a una soleada ciudad de placer que él conocía en Japón a medio camino alrededor del mundo.

A ella le encantaba el sueño, pero temía un accidente, y le contentaba respondiendo «Algún día, cariño, algún día» a todas sus propuestas de que podía ser pronto, y por fin llegó un estrépito de silbidos y era hora de que él volviera a sus deberes sobre la plataforma. Se separaron, como los amantes han acostumbrado separarse durante miles de años. Bajó por un pasillo hasta un ascensor y así llegó a una de las calles del Londres de esa época,

protegida contra el tiempo por paneles de cristal y con cintas transportadoras que iban sin cesar hacia todas las partes de la ciudad. Y en una de ellas volvió a sus apartamentos en el hotel para mujeres en el que vivía, apartamentos que estaban comunicados telefónicamente con todos los mejores profesores del mundo. Pero llevaba en el corazón la luz del sol del aeropuerto, y la sabiduría de todos los mejores profesores del mundo parecía, a esa luz, una tontería.

Pasó el mediodía en el gimnasio y comió con otras dos chicas y la señorita de compañía que compartían, pues todavía era una costumbre que las jóvenes huérfanas de madre de las clases más prósperas tuvieran señoritas de compañía.

La señorita de compañía tenía ese día una visita, un hombre vestido de verde y amarillo con rostro pálido y ojos vivos que hablaba extraordinariamente. Entre otras cosas se puso a alabar una nueva novela histórica que acababa de publicar uno de los grandes novelistas populares del momento. Estaba situada, desde luego, en los holgados tiempos de la reina Victoria, y el autor, entre otras agradables novedades, presentaba un breve razonamiento antes de cada sección de la historia a imitación de los encabezamientos de los capítulos de los libros antiguos como por ejemplo: *Cómo los cocheros de Pimlico pararon a los ómnibus de la estación Victoria y de la Gran Pelea en el patio del edificio*, o bien *De cómo el policía de Piccadilly fue descuartizado cuando cumplía con su deber*. El hombre de verde y amarillo elogiaba esta innovación.

—Estas lacónicas expresiones —comentó— son admirables. Muestran de un plumazo esos tiempos precipitados y tumultuosos cuando hombres y animales andaban a empujones por las sucias calles y la muerte le podía rondar a uno en cualquier esquina. ¡Aquello era vida! ¡Qué grande debía de parecer entonces el mundo! ¡Qué maravilloso! Había todavía regiones completamente inexploradas. En la actualidad casi hemos abolido la sorpresa, llevamos unas vidas tan arregladitas y ordenadas que la valentía, el aguante, la fe, todas las nobles virtudes parecen ir desapareciendo de la humanidad.

Y así sucesivamente, haciéndose con la imaginación de las chicas hasta que la vida que ellas llevaban, la vida del vasto e intrincado Londres del siglo XXII, una vida intercalada de vertiginosas

excursiones a todas las partes del planeta, les pareció de una monotonía miserable comparada con el mortífero pasado.

Al principio Elizabeth no tomó parte en la conversación, pero después de un rato el tema se hizo tan interesante que hizo algunas tímidas intervenciones. No obstante, él apenas si parecía reparar en ella mientras hablaba, y pasó a describir un nuevo método de entretener a la gente. Se les hipnotizaba y luego se les sugestionaba tan hábilmente que creían estar viviendo de nuevo en los viejos tiempos. Vivían un breve romance en el pasado con tanta viveza como si fuera real y cuando por fin despertaban recordaban todo lo que habían sentido como si hubiera sido real.

—Es algo que hemos estado intentando durante años —explicó el hipnotizador—. Es prácticamente un sueño artificial. Y finalmente sabemos cómo hacerlo. Piensen en todas las perspectivas que se nos abren: ¡el enriquecimiento de nuestra experiencia, la recuperación de la aventura, el refugio que ofrece a la sórdida y competitiva vida que llevamos! Piensen.

—¿Y usted puede hacerlo? —preguntó la señorita de compañía.

—Por fin se puede hacer —respondió el hipnotizador—, se puede solicitar el sueño que se quiera.

La señorita de compañía fue la primera en ser hipnotizada, y el sueño fue maravilloso según dijo cuando volvió en sí. Las otras dos chicas, animadas por su entusiasmo, se pusieron también en manos del hipnotizador y tuvieron sus zambullidas en el romántico pasado. Nadie sugirió que Elizabeth probara el novedoso entretenimiento, fue finalmente a petición propia como el hipnotizador la introdujo en esa tierra de los sueños donde no hay ni libertad para escoger ni voluntad...

Y de esa forma se llevó a cabo el desaguisado. Un día, cuando Denton bajó a aquel tranquilo asiento bajo la plataforma de aterrizaje, Elizabeth no estaba en el lugar acostumbrado. Sintió desilusión y algo de enfado. Al día siguiente ella no vino, y tampoco al otro. Tuvo miedo. Para ocultarse a sí mismo el miedo se puso a escribir sonetos para cuando la viera de nuevo...

Durante tres días luchó contra su terror aferrándose a esa distracción, luego la verdad apareció ante él clara y fría, imposible de eludir. Quizás estuviera enferma, quizás hubiera muerto, pero no podía creer que le hubiera traicionado. Siguió una semana de

tristeza. Entonces supo que ella era lo único que merecía la pena tener en la vida. No sabía dónde vivía y poco de su entorno porque había formado parte del encanto de su romance que él no supiera nada de ella, nada de la diferente posición social. Las rutas de la ciudad se abrían ante él al este y al oeste, al norte y al sur. Incluso en tiempos de la reina Victoria Londres era un laberinto, aquel pequeño Londres con sus escasos cuatro millones de habitantes, pero el Londres que él exploraba, el Londres del siglo XXII era un Londres de treinta millones de almas. Al principio fue enérgico y tozudo, no tomándose tiempo para comer ni para dormir. Indagó durante semanas y meses. Pasó por todas las fases imaginables de fatiga y desesperación, sobreexcitación e ira. Mucho después de haber perdido la esperanza, por la pura inercia del deseo, todavía iba de acá para allá mirando a las caras por las incesantes cintas transportadoras, ascensores y pasillos de aquella interminable colmena de hombres. Finalmente la fortuna fue amable con él y la vio.

Fue en una fiesta. Él estaba hambriento. Había pagado la entrada y había ido a uno de los gigantescos comedores de la ciudad. Se abrió camino entre las mesas y escudriñaba por la pura fuerza de la costumbre a todo grupo que pasaba. Se quedó paralizado, incapaz de moverse, con los ojos como platos y los labios separados. Elizabeth estaba sentada a apenas veinte yardas de él, mirándolo directamente. Sus ojos lo miraban con la misma dureza, falta de expresión y ausencia de reconocimiento que los ojos de una estatua.

Ella lo miró un momento y luego su mirada siguió más allá. Si hubiera dependido únicamente de esa mirada para juzgar habría dudado de si en realidad era Elizabeth, pero la conoció por el gesto de la mano, por la gracia de un fantástico ricito que flotaba sobre su oído cuando movía la cabeza. A ella le dijeron algo y se volvió sonriendo con aire tolerante hacia el hombre que tenía al lado, un hombrecillo con una indumentaria estúpida, llena de nudos y puntiaguda como un extraño reptil con cuernos neumáticos, el Bindon escogido por su padre. Durante un momento Denton estuvo pálido y furioso, luego le dio un terrible desfallecimiento y se sentó delante de una de las mesitas. Se sentó de espaldas a ella y durante un rato no se atrevió a mirarla otra vez. Cuando por fin la miró de

nuevo, ella, Bindon y dos personas más estaban poniéndose en pie para irse. Los otros eran su padre y la señorita de compañía.

Siguió sentado como si fuera incapaz de cualquier acción hasta que las cuatro figuras se volvieron remotas y pequeñas. Entonces se levantó, dominado por la sola idea de perseguirla. Durante un rato temió haberlos perdido, pero después se encontró de nuevo con Elizabeth y la señorita de compañía en una de las calles con cintas transportadoras que cruzaban la ciudad. Bindon y Mures habían desaparecido.

No pudo dominarse. Sintió que tenía que hablar directamente con ella o morir. Se abrió camino hasta donde estaban sentadas y se sentó junto a ellas. Tenía la cara pálida y convulsionada por una excitación medio histérica. Le puso la mano en la muñeca.

—¿Elizabeth? —preguntó.

Ella se volvió con cara de asombro no disimulado. Su rostro no expresaba otra cosa que el miedo ante un extraño.

—¡Elizabeth —gritó con una voz que le resultó extraña—, mi amor!, ¿no me conoces?

El rostro de Elizabeth no mostró más que alarma y perplejidad. Se apartó de él. La señorita de compañía, una mujer diminuta de pelo gris y rasgos versátiles, se inclinó hacia adelante para intervenir. Examinó a Denton con ojos vivos y resueltos.

—¿Qué dice usted? —preguntó.

—Esta joven —respondió Denton— me conoce.

—¿Lo conoces, cariño?

—No —dijo Elizabeth con una voz extraña y una mano en la frente, hablando casi como quien repite una lección—. No, no lo conozco. Sé que no lo conozco.

—Pero bueno... ¡que no me conoce! Soy yo, Denton. ¡Denton! Con el que solías charlar. ¿No te acuerdas de las plataformas de aterrizaje? ¿El pequeño banco al aire libre? Los versos...

—¡No! —gritó Elizabeth—, no. No lo conozco. No lo conozco. Hay algo... Pero no sé. Todo lo que sé es que no lo conozco. —Una angustia infinita se asomaba a su rostro.

La escrutadora mirada de la señorita de compañía voló de la joven al caballero.

—¿Ve usted? —dijo con la débil sombra de una sonrisa—. Ella no lo conoce.

—Yo no lo conozco —repitió Elizabeth—. Estoy segura de eso.

—Pero, cariño... las canciones... los versitos...

—Ella no lo conoce —dijo la señorita de compañía—. Usted no debe... Ha cometido un error. Y ya no debe seguir hablando con nosotras. No debe molestarnos en la vía pública.

—Pero... —dijo Denton, y durante un momento aquel rostro miserablemente demacrado apeló contra el destino.

—No debe insistir, joven —protestó la señorita de compañía.

—¡Elizabeth! —gritó él.

Ella tenía la cara de alguien que está atormentado.

—Yo no lo conozco —gritó con la mano en la frente—. ¡Oh, yo no lo conozco!

Durante un instante Denton se sentó, aturdido. Luego se puso en pie y gimió en voz alta.

Hizo un gesto extraño implorando hacia el remoto techo de cristal de la vía pública, después se volvió y se precipitó temerariamente de una cinta transportadora a otra, desapareciendo entre la multitud de gente que en ellas iba y venía. Los ojos de la señorita de compañía le siguieron y luego miraron a los rostros curiosos a su alrededor.

—Querida —preguntó Elizabeth, apretando su mano, y demasiado profundamente emocionada para preocuparse de los que observaban—, ¿quién era ese hombre? ¿Quién era ese hombre?

La señorita de compañía arqueó las cejas y habló con voz clara y audible.

—Algún medio atontado. No lo había visto nunca.

—¿Nunca?

—Nunca, querida. No te preocupes por algo así.

Al poco tiempo de esto el famoso hipnotizador que vestía de verde y amarillo tuvo otro cliente. El joven daba pasos impacientes por su consulta, pálido y desordenado.

—Quiero olvidar —gritaba—. Tengo que olvidar.

El hipnotizador lo observó con ojos tranquilos, estudió su rostro, los vestidos y el porte.

—Olvidar algo, placentero o doloroso, es ser menos de lo que se era antes de olvidarlo. Pero usted sabrá lo que le conviene. Mis honorarios son elevados.

—Con tal que pudiera olvidar...

—Eso será bastante fácil en su caso. Usted lo desea. He hecho cosas mucho más difíciles. Muy recientemente. Yo apenas si esperaba conseguirlo: lo hice en contra de la voluntad de la persona hipnotizada. Un romance también, como el suyo. Una chica. Así que delo por seguro.

El joven vino a sentarse junto al hipnotizador. Tenía ademán de calma forzada. Miró al hipnotizador a los ojos.

—Le contaré. Por supuesto querrá saber de lo que se trata. Había una chica. Se llamaba Elizabeth Mures. Bueno...

Se detuvo. Había visto la sorpresa inmediata en la cara del hipnotizador. En ese instante comprendió. Se levantó. Parecía dominar a la figura sentada a su lado. Agarró los hombros vestidos de verde y oro. Durante algún tiempo no pudo encontrar palabras.

—¡Devuélvamela! —dijo finalmente—. ¡Devuélvamela!

—¿Qué quiere decir? —jadeó el hipnotizador.

—Devuélvamela.

—¿Devolver a quién?

—Elizabeth Mures, la chica.

El hipnotizador intentó liberarse. Se puso en pie. Denton lo agarró con más fuerza.

—¡Suélteme! —gritó el hipnotizador lanzando su brazo contra el pecho de Denton.

Al momento los dos hombres estaban enzarzados en una lucha torpe. Ninguno tenía el más mínimo entrenamiento, pues el atletismo, excepto para exhibición y como oportunidad para apostar había desaparecido de la tierra, pero Denton no sólo era el más joven, sino el más fuerte de los dos. Se tambalearon por la habitación y luego el hipnotizador quedó debajo de su antagonista. Los dos cayeron juntos...

Denton se puso en pie de un salto, consternado de su propia furia, pero el hipnotizador yacía inmóvil, y de repente, de una pequeña marca blanca donde la frente había golpeado un taburete brotó una precipitada raya de color rojo. Durante un rato Denton estuvo sobre él, sin saber qué hacer, temblando.

El miedo a las consecuencias irrumpió en su conciencia, esmeradamente educada. Se dirigió hacia la puerta.

—No —dijo en voz alta, y volvió al centro de la habitación. Sobreponiéndose a la repugnancia instintiva del que no ha visto un

acto de violencia en toda su vida, se arrodilló junto a su antagonista y le sintió latir el corazón. Luego observó la herida. Se levantó despacio y miró a su alrededor. Empezó a comprender mejor la situación. Cuando al poco el hipnotizador recobró el sentido, la cabeza le dolía muchísimo, tenía la espalda contra las rodillas de Denton, quien le pasaba una esponja por la cara. El hipnotizador no dijo nada, pero pronto indicó con un gesto que en su opinión le había pasado ya bastante la esponja.

—Déjeme levantarme —dijo.

—Todavía no —respondió Denton.

—Usted me ha atacado, canalla.

—Estamos solos —dijo Denton— y la puerta está cerrada.

Hubo un intervalo mientras pensaba.

—Si no le paso la esponja —dijo Denton— le saldrá un cardenal tremendo en la frente.

—Puede seguir pasando la esponja —dijo el hipnotizador de mala gana.

Hubo otra pausa.

—Podíamos estar en la Edad de Piedra —dijo el hipnotizador—. ¡Violencia! ¡Lucha!

—En la Edad de Piedra ningún hombre se atrevía a entrometerse entre un hombre y su mujer —dijo Denton.

El hipnotizador se volvió de nuevo pensativo.

—¿Qué va a hacer?

—Mientras estaba inconsciente encontré la dirección de la chica en sus fichas. Antes no la sabía. Telefoneé. Pronto estará aquí. Entonces...

—Traerá a su señorita de compañía.

—Está bien.

—Pero ¿qué? No entiendo. ¿Qué pretende hacer?

—También estuve buscando un arma. Es sorprendente las pocas armas que hay hoy en día. Cuando uno piensa que en la Edad de Piedra los hombres apenas si poseían otra cosa que armas. Al fin di con esta lámpara. He arrancado los cables y cosas y la tengo así bien agarrada —la extendió por encima de los hombros del hipnotizador—. Con esto puedo aplastarle el cráneo con toda facilidad. Lo haré... a menos que haga lo que le diga.

—La violencia no es solución —dijo el hipnotizador citando el

Libro de Máximas Morales del Hombre Moderno.

—Es una enfermedad indeseable —respondió Denton.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Dirá a esa señorita de compañía que va a ordenar a la chica que se case con esa bestezuela nudosa de pelo rojizo y ojos de hurón. Creo que es así como están las cosas, ¿no?

—Sí, así están las cosas.

—Y, mientras pretende hacer eso, restablecerá los recuerdos que ella tenga de mí.

—Eso es contrario a la ética profesional.

—Escuche, si no pudiera tener a esa chica preferiría morir. No me propongo respetar sus caprichitos. Si algo va mal no vivirá cinco minutos. Como arma esto no es más que una ruda improvisación, y es muy posible que matarlo con ella resulte muy doloroso. Pero lo haré. Es poco usual, lo sé, hacer hoy las cosas de esta manera, sobre todo porque hay tan poco en la vida sobre lo que merezca la pena ponerse violento.

—La señorita de compañía lo verá al entrar.

—Estaré en ese hueco. Detrás de usted.

El hipnotizador pensó.

—Es un joven decidido —dijo— y sólo medio civilizado. He intentado cumplir con mi deber hacia mi cliente, pero en este asunto parece probable que se salga con la suya...

—¿Quiere decir que se atenderá al trato?

—No voy a arriesgarme a que me rompan la crisma por un asuntillo como éste —y a continuación—: No hay nada que un hipnotizador o un médico odie tanto como un escándalo. Yo al menos no soy un salvaje. Estoy enfadado... Pero en un día o así se me habrá pasado el rencor.

—Gracias. Y ahora que nos entendemos ya no es necesario tenerle sentado en el suelo por más tiempo.

II

El campo despoblado

El mundo, según dicen, ha cambiado más entre los años 1800 y 1900 de lo que había cambiado en los cinco siglos anteriores. Ese siglo, el siglo XIX, fue la aurora de una nueva época en la Historia de la Humanidad, la época de las grandes ciudades, el fin del viejo orden de la vida rural.

A comienzos del siglo XIX la mayor parte de la humanidad todavía vivía en el campo como lo había hecho durante incontables generaciones. En todo el mundo las gentes vivían entonces en pequeños pueblos y aldeas, y o bien trabajaban directamente en la agricultura, o en ocupaciones que constituían servicios para el agricultor. Raramente viajaban, y vivían cerca de su trabajo porque todavía no se habían inventado medios de transporte rápidos. Los pocos que viajaban lo hacían a pie o en lentos barcos de vela o en parsimoniosos caballos incapaces de hacer más de sesenta millas al día. ¡Piénsalo! Sesenta millas al día. Aquí y allí, en aquellos lentos tiempos, un pueblo creció más que sus vecinos por tener puerto o ser centro gubernativo, pero en todo el mundo las ciudades con más de cien mil habitantes se podían contar con los dedos de las manos. Y eso ocurría a comienzos del siglo XIX. A finales de siglo la invención de los ferrocarriles, el telégrafo, los barcos a vapor, la maquinaria agrícola compleja había cambiado todas esas cosas: las había cambiado sin esperanza alguna de retorno. De repente eran posibles las grandes tiendas, los variados placeres, las incontables comodidades de las grandes ciudades, y, tan pronto como aparecieron, entraron en competencia con los domésticos recursos de los centros rurales. La humanidad se vio arrastrada a las ciudades por una atracción irresistible. La demanda de mano de obra cayó con el aumento de la maquinaria, los mercados locales fueron completamente desplazados y hubo un rápido crecimiento de los centros más grandes a expensas del campo abierto.

El flujo de la población hacia las ciudades fue la preocupación constante de los escritores victorianos. En Gran Bretaña y en Nueva Inglaterra, en India y en China se destacaba lo mismo: por todas partes, unas pocas ciudades hinchadas estaban reemplazando visiblemente al antiguo orden. Unos cuantos se dieron cuenta de que esto era el resultado inevitable de la mejora de los medios de viaje y de transporte, de que, dados unos medios de tránsito rápidos, esto tenía que suceder... y se diseñaron los planes más pueriles para

vencer el misterioso magnetismo de los centros urbanos y mantener a la gente en el campo.

Sin embargo los desarrollos del siglo XIX eran sólo la aurora del nuevo orden. Las primeras grandes ciudades de la nueva época eran horriblemente incómodas, oscurecidas por nieblas llenas de humos, insalubres y ruidosas, pero el descubrimiento de nuevos métodos de construcción, nuevos métodos de calefacción, cambiaron todo eso. Entre el 1900 y el 2000 el ritmo del cambio fue todavía mucho más rápido y entre el 2000 y el 2100 el progreso constantemente acelerado de la invención humana hizo que el reinado de Victoria la Buena pareciera finalmente una visión casi increíble de días tranquilos, idílicos.

La introducción de los ferrocarriles fue sólo el primer paso en el desarrollo de los medios de locomoción que finalmente revolucionaron la vida humana. En el año 2000 los ferrocarriles y las carreteras habían desaparecido al mismo tiempo. Los ferrocarriles, privados de los raíles, se habían convertido en promontorios llenos de hierbas y cunetas sobre la superficie del mundo; las viejas carreteras, extrañas y bárbaras pistas de pedernal y tierra hechas a mano a golpe de martillo o apisonadas con ásperos rodillos de hierro, salpicadas de las más variadas inmundicias y cortadas por herraduras y ruedas de hierro en roderas y charcos a menudo de muchas pulgadas de profundidad habían sido reemplazadas por calzadas patentadas hechas de una sustancia llamada Eadhamita. Esta Eadhamita, llamada así por el nombre de su inventor, figura con la invención de la imprenta y el vapor, como uno de los descubrimientos que marcan época en la Historia del Mundo.

Cuando Eadham descubrió la sustancia probablemente pensó en ella como un mero sustituto barato del caucho, la tonelada costaba unos pocos chelines. Pero nunca se sabe para qué servirá un invento. Fue el genio de un hombre llamado Warming el que apuntó la posibilidad de emplearlo no sólo para los neumáticos de las ruedas sino como revestimiento de carreteras, y quien organizó la enorme red de vías públicas que rápidamente cubrieron el mundo.

Estas vías públicas estaban hechas con divisiones longitudinales. En el extremo exterior de cada lado iban los ciclistas pedaleando

con el pie y los transportes que viajaban a velocidad inferior a 25 millas por hora; en el medio, motores capaces de llegar a las cien millas, y el interior Warming, haciendo frente a un gran ridículo, lo reservó para vehículos que viajaran a velocidades de 100 millas o más.

Durante 10 años estos carriles interiores estuvieron vacíos. Antes de que muriera eran los más abarrotados de todos, y enormes y ligeros armazones con ruedas de veinte y treinta pies de diámetro iban lanzados por ellos a velocidades que año tras año ascendían de forma constante hacia las doscientas millas por hora. Y al tiempo que concluía esta revolución, otra revolución paralela había transformado las ciudades que no dejaban de crecer. Con el desarrollo de la ciencia práctica, las nieblas y la suciedad de la época victoriana desaparecieron. La calefacción eléctrica reemplazó a los fuegos —en el año 2013 el encendido de un fuego que no consumiera completamente su propio humo se consideró una molestia denunciabile— y todas las vías de la ciudad, todas las plazas y lugares públicos estaban cubiertos con una sustancia como de cristal de reciente invención. Poner techo a Londres se convirtió en una tarea prácticamente continua. Cierta legislación miope y estúpida contra los edificios altos fue abolida, y Londres, de una achaparrada extensión de pequeñas casas —ligeramente arcaicas en cuanto a diseño—, se levantó sin parar hacia el cielo. A las responsabilidades municipales respecto del agua, la luz y el alcantarillado se añadió otra, y ésa fue la ventilación.

Pero hablar de todos los cambios en las comodidades humanas que estos doscientos años produjeron, hablar de la invención de la aviación, desde hacía tiempo prevista, descubrir cómo la vida en los hogares fue suplantada de forma constante por la vida en hoteles interminables, cómo finalmente incluso aquellos que todavía estaban dedicados al trabajo agrícola vinieron a vivir a las ciudades y se iban acá y allá a su trabajo todos los días, descubrir cómo finalmente en toda Inglaterra sólo quedaron cuatro ciudades, cada una con muchos millones de habitantes y cómo no quedaron casas habitadas en todo el campo: hablar de todo esto nos alejaría de nuestra historia de Denton y Elizabeth. Habían sido separados y vueltos a unir de nuevo, pero todavía no se podían casar, pues Denton —era su única pega— no tenía dinero. Tampoco lo tenía

Elizabeth hasta que cumpliera los veintiún años, y todavía no tenía más que dieciocho. A los veintiuno, todas las propiedades de su madre serían suyas, pues ésa era la costumbre de la época. Ella no sabía que era posible anticipar la herencia y Denton era un amante demasiado delicado para sugerir algo semejante. Así que las cosas se interponían desesperadamente entre ellos. Elizabeth decía que era muy desgraciada, que nadie la comprendía sino Denton y que cuando estaba lejos de él se sentía desdichada, y Denton decía que su corazón la anhelaba noche y día. Y se juntaban todo lo a menudo que podían para disfrutar con la discusión de sus penas.

Un día se reunieron en su banquito sobre la plataforma de aterrizaje. El sitio exacto de este encuentro fue donde en la época victoriana la carretera de Wimbledon salía a los campos comunales. Estaban, sin embargo, a cien pies de altura por encima de ese punto. Su banco daba a lo lejos hacia Londres. Proporcionar una semejanza de todo esto a un lector del siglo XIX habría sido difícil. Habría que decirle que pensara en el Palacio de Cristal, en los recientemente construidos hoteles *mamuts*, como se llamaba entonces a aquellas pequeñas empresas, en las estaciones de ferrocarril más grandes de la época, y que imaginara esos edificios agrandados hasta proporciones enormes y todos juntos y formando un espacio continuo por toda el área metropolitana. Si entonces le dijéramos que este techo continuo soportaba un enorme bosque de ventiladores habría comenzado a entrever muy oscuramente lo que para estos jóvenes era el panorama más frecuente de sus vidas.

A sus ojos tenía algo de prisión, y hablaban, como habían hablado cientos de veces antes, de cómo podrían escapar de allí y ser felices juntos por fin: escapar de allí, es decir, antes de que los tres años señalados llegaran a su fin. Era, los dos estaban de acuerdo, no sólo imposible, sino hasta casi perverso, esperar tres años.

—Antes de eso —dijo Denton con una voz que delataba un pecho espléndido—, ¡podríamos estar muertos los dos!

Ante esa idea sus jóvenes y vigorosas manos se volvieron puños, y luego Elizabeth tuvo un pensamiento todavía más conmovedor que hizo brotar lágrimas de sus saludables ojos, lágrimas que descendían por sus igualmente saludables mejillas.

—Uno de nosotros —precisó ella—, uno de nosotros podría

estar...

Se interrumpió. No pudo articular la palabra que es tan terrible para los que son jóvenes y para los que son felices.

No obstante, casarse y ser muy pobre en las ciudades de aquel tiempo era, para cualquiera que hubiera vivido desahogadamente, algo verdaderamente horrible. En los viejos tiempos agrícolas que llegaron a su fin en el siglo XVIII había habido un bonito refrán sobre amor en una cabaña. Desde luego, en aquellos días, el pobre del campo había vivido en casitas de enlucido con techumbre de paja y ventanas como diamantes, cubiertas de flores y rodeadas de aires y tierras llenas de fragancia, entre enredados setos y canciones de pájaros, con el cielo siempre cambiante por encima. Pero todo esto había cambiado —el cambio había comenzado ya en el siglo XIX— y un nuevo tipo de vida se abría para el pobre... en los barrios bajos de la ciudad.

En el siglo XIX los barrios bajos estaban todavía bajo el cielo. Se levantaban sobre terrenos arcillosos u otro tipo inapropiado de suelo, sujeto a inundaciones o expuesto al humo de distritos más afortunados, con insuficiente suministro de agua y tan insalubres como lo permitía el gran miedo que las clases más ricas tenían a las enfermedades infecciosas. En el siglo XXII, sin embargo, el crecimiento de la ciudad, piso sobre piso, y la contigüidad de los edificios había conducido a una organización diferente. La gente próspera vivía en vastas series de hoteles suntuosos en los pisos y estancias superiores de la fábrica ciudadana. La población industrial vivía debajo, en los terribles pisos a nivel del suelo o sótanos, por así decirlo, del lugar.

En cuanto a refinamiento y modales, estas clases bajas diferían poco de sus antepasados, los habitantes del East End de la época de la reina Victoria, pero habían desarrollado un dialecto distintivo. En estos subterráneos vivían y morían, ascendiendo rara vez a la superficie excepto cuando el trabajo allí les llevaba. Dado que para la mayoría de ellos ésta era la clase de vida para la que habían nacido, no encontraban gran miseria en tamañas circunstancias, pero a gente como Denton y Elizabeth semejante inmersión les habría parecido más terrible que la muerte.

—¿Y qué más nos queda? —preguntó Elizabeth.

Denton confesó que no lo sabía. Aparte de su propia delicadeza,

no estaba seguro de cómo tomaría Elizabeth la idea de conseguir un préstamo sobre su futura herencia.

Hasta el billete de Londres a París —decía Elizabeth— estaba fuera de su alcance. Y en París, como en cualquier otra ciudad del mundo, la vida sería tan costosa e imposible como en Londres.

A lo que Denton podía muy bien lamentarse en voz alta:

—¡Ojalá hubiéramos vivido en aquellos tiempos, cariño! ¡Ojalá hubiéramos vivido en el pasado!

Pues para ellos hasta el Whitechapel del siglo XIX aparecía envuelto en un halo romántico.

—¿No hay realmente nada? —gritó Elizabeth llorando de repente—. ¿Tenemos de verdad que esperar esos tres largos años? Imagínate tres años, ¡treinta y seis meses!

La capacidad humana para la paciencia no había aumentado con los siglos.

Luego Denton se vio impulsado a hablar de algo que ya había relampagueado por su mente. Había dado por fin con ello. Le pareció una idea tan loca que la propuso sólo medio en serio. Pero expresar algo en palabras da siempre la impresión de hacerlo parecer más real y posible de lo que parecía antes. Y así le ocurrió a él.

—Supón —dijo— que nos fuéramos al campo.

Ella lo miró para ver si proponía semejante aventura en serio.

—¿El campo?

—Sí, más allá de aquello. Más allá de los montes.

—¿Cómo viviríamos? —preguntó—. ¿Dónde viviríamos?

—No es imposible —dijo—. La gente solía vivir en el campo.

—Pero entonces había casas.

Ahora están las ruinas de los pueblos y las aldeas. En los terrenos arcillosos han desaparecido, desde luego. Pero todavía quedan en las tierras de pastos porque a la Compañía de Alimentación no le compensa quitarlas de en medio. Estoy seguro. Además se ven desde los aviones, como sabes. Bueno, podríamos refugiarnos en alguna de ellas y repararla con nuestras propias manos. ¿Sabes?, la cosa no es tan absurda como parece. Se podría pagar a alguno de los hombres que salen todos los días a cuidar de las cosechas y los ganados para que nos trajera comida...

Se puso de pie delante de él.

—Qué extraño sería si realmente se pudiera...

—¿Por qué no?

—Pero nadie se atreve.

—Ésa no es razón.

—Sería... ¡Oh!, sería tan romántico y extraño. ¡Ojalá fuera posible!

—¿Por qué no es posible?

—Por muchas cosas. Piensa en todas las cosas que tenemos y que echaríamos de menos.

—¿Las echaríamos de menos? Después de todo la vida que llevamos es muy irreal, muy artificial. —Comenzó a desarrollar su idea y a medida que se enardecía con la exposición desaparecía el carácter fantástico de la proposición inicial.

Ella caviló.

—Pero he oído hablar de merodeadores, de criminales huidos.

Él asintió. Dudó al responder porque pensó que sonaba infantil.

Se puso colorado.

—Podría conseguir que alguien que conozco me hiciera una espada.

Lo miró con interés creciente en sus ojos. Había oído hablar de espadas, había visto una en un museo. Pensó en aquellos tiempos antiguos cuando los hombres las llevaban como algo usual. La sugerencia a ella le pareció un sueño imposible, y quizá por esa misma razón estaba ansiosa de más detalles. Inventando en su mayor parte según avanzaba, le contó cómo podrían vivir en el campo de la misma manera que lo habían hecho las gentes del mundo antiguo. Con cada detalle creció su interés, pues era una de esas chicas a las que fascinan el romance y la aventura.

La sugerencia le pareció aquel día, como digo, un sueño imposible, pero al día siguiente hablaron de ello de nuevo y, curiosamente, le pareció menos imposible.

Al principio debemos coger comida —dijo Denton—. Podríamos llevar comida para diez o veinte días.

Era una época de nutrición artificial y compacta y semejante provisión carecía por completo de las pesadas implicaciones que habría tenido en el siglo XIX.

—Pero hasta que nuestra casa... —preguntó— hasta que estuviera preparada, dónde dormiríamos?

—Estamos en verano.

—Pero... ¿qué quieres decir?

—Hubo un tiempo en que no había casas en el mundo, cuando toda la humanidad dormía siempre al aire libre.

—Pero ¡nosotros! El vacío! ¡Sin paredes! ¡Sin techo!

—Cariño —dijo—, en Londres tienes muchos techos hermosos. Los artistas los pintan y los tachonan de luces. Pero yo he visto un techo más bello que ninguno de los de Londres.

—Pero ¿dónde?

—Es el techo bajo el que nosotros dos estaremos solos.

—¿Quieres decir...?

—Cariño —dijo—, es algo que el mundo ha olvidado. Es el cielo y todos los miles de estrellas.

Cada vez que hablaban, la cosa les parecía más posible y más deseable. A la semana o así era perfectamente posible. Otra semana y era lo que inevitablemente tenían que hacer. Un gran entusiasmo por el campo se apoderó de ellos y los dominó. El sólido tumulto de la ciudad, decían, los agobiaba. Se maravillaron de que esta simple solución a sus problemas no se les hubiera ocurrido antes.

Una mañana cerca de la mitad del verano, había un nuevo oficial de segunda en la plataforma de vuelo y a Denton no habían de verlo más en aquel puesto.

Nuestros dos jóvenes se habían casado en secreto y salían resueltamente de la ciudad en la que habían pasado toda su vida. Ella llevaba un vestido nuevo de color blanco de corte anticuado y él tenía un fardo de provisiones atado con correas a la espalda y en la mano portaba, un tanto avergonzado, es verdad, y bajo el manto púrpura, un instrumento de forma arcaica, un objeto con empuñadura en cruz y de templado acero.

¡Imaginaos el avance! En su tiempo, las desparramadas zonas residenciales de la época victoriana con sus miserables carreteras, diminutas casas, estúpidos jardincitos de arbustos y geranios y toda su fútil y pretenciosa intimidad habían desaparecido: los imponentes edificios de la nueva época, las vías mecánicas, las conducciones de agua y electricidad, todo llegó a su fin al mismo tiempo, como un muro, como un acantilado de casi cien pies de altura, abrupto y escarpado. Alrededor de la ciudad se extendían los campos de zanahorias, de nabas y de nabos de la Compañía de

Alimentación, verduras que constituían la base de mil variados alimentos, y las hierbas y los enmarañados setos habían sido completamente extirpados. La Compañía de Alimentación había amortizado de una vez por todas con una campaña de exterminio el coste incesante de la escarda que continuaba año tras año en la mezquina, derrochadora y bárbara labranza de los tiempos antiguos. Sin embargo aquí y allí nítidas hileras de zarzas estandarizadas y de manzanos con los troncos enjalbegados cruzaban los campos y en algunos sitios grupos de gigantescas cardenchas alzaban sus pinchos favoritos. Aquí y allá enormes máquinas agrícolas se encorvaban bajo cubiertas impermeables. Las aguas mezcladas del Wey, el Mole y el Wandle corrían en canales rectangulares, y siempre que una suave elevación del terreno lo permitía una fuente de aguas residuales desodorizadas distribuía sus beneficios a través de la tierra y formaba un arco iris con la luz del sol.

Por un arco en la enorme muralla de la ciudad salía la calzada de Eadhamita que iba a Portsmouth, hormigueante, bajo el sol mañanero, con un tráfico enorme que trasladaba a los obreros vestidos de azul de la Compañía de Alimentación a su trabajo. Un tráfico apresurado al lado del cual ellos parecían dos puntos que apenas si se movían.

Por los carriles exteriores zumbaban con ruido de carraca los lentos motorcillos pasados de moda de aquellos que tenían su trabajo hasta unas veinte millas de la ciudad; los carriles interiores estaban ocupados por mecanismos más vastos, rápidos monociclos que transportaban una veintena de hombres, delgados multiciclos, cuadríciclos combados, bajo pesadas cargas, gigantescos carruajes de transporte vacíos y que pronto volverían llenos antes de que se pusiera el sol, todos con máquinas palpitantes, silenciosas ruedas y una loca melodía de bocinas y de gongs.

Por el mismísimo borde del carril más exterior, nuestros jóvenes caminaban en silencio, recién casados y extrañamente tímidos de su mutua compañía. Muchas cosas les gritaron en su pesado caminar, pues en el 2100 un pasajero a pie por una carretera inglesa era una visión tan extraña como lo habría sido la de un coche en el 1800. Pero ellos seguían con los ojos fijos en el campo, sin prestar atención a tales gritos.

Ante ellos, por el sur, se elevaban los Downs, azules al principio y cambiando a verdes según se acercaban, coronados por la hilera de gigantescos ventiladores, que complementaban a los ventiladores de los tejados de la ciudad, y quebrados y bulliciosos con las alargadas sombras matinales de aquellas aspas giratorias. A mediodía se habían acercado tanto que podían ver aquí y allí pequeñas manchas de puntos descoloridos...; las ovejas propiedad del Departamento de Carne de la Compañía de Alimentación. Una hora más tarde habían pasado los cultivos de tubérculos y los de raíces y la única valla que los protegía, y la prohibición de entrar en terreno privado ya no existía: la nivelada carretera se metía en un talud con todo su tráfico, y ellos podían abandonarla, caminar por el césped y subir por la descampada ladera.

Jamás habían estado en un lugar tan solitario estos hijos de la modernidad. Los dos tenían hambre, y les dolían los pies, pues caminar era un ejercicio poco usual. Pronto se sentaron sobre el césped bien rapado y sin hierbas y volvieron la mirada por primera vez a la ciudad de la que habían venido, que brillaba, amplia y espléndida, en la bruma azul del valle del Támesis. Elizabeth, que no había estado nunca cerca de animales sueltos, tenía algo de miedo del rebaño que pastaba libremente ladera arriba, pero Denton la tranquilizó. Y, por encima, un pájaro de alas blancas daba vueltas en el azul del cielo. Hablaron poco hasta que comieron y luego se les desató la lengua. Él habló de la felicidad que ahora ciertamente ya tenían en las manos, de la estupidez de no haber abandonado antes aquella magnífica prisión de la vida de la época, de los viejos tiempos románticos que habían desaparecido del mundo para siempre. Y luego se puso fanfarrón. Cogió la espada que estaba en el suelo junto a él. Ella la tomó de sus manos y pasó un tembloroso dedo por el filo.

—¿Y podrías —preguntó— ...podrías levantar esto y golpear a un hombre?

—¿Por qué no? Si fuera necesario.

—Pero —dijo— parece tan horrible. Cortaría... Habría —su voz bajó de tono— sangre.

—En las viejas novelas que has leído bastantes veces...

—¡Oh! ya lo sé: en ellas, sí. Pero eso es diferente. Uno sabe que no es sangre, sino sólo una especie de tinta roja... Pero tú...

¡matando!

Le miró dubitativamente y luego le devolvió la espada.

Después de descansar y de comer se levantaron y continuaron su camino hacia los montes. Pasaron muy cerca de un enorme rebaño de ovejas que los miraban fijamente y balaban a causa de lo inusual de su aspecto. Ella no había visto ovejas nunca y le daban escalofríos de pensar que animales tan apacibles tuvieran que ser descuartizados para comida. Un perro pastor ladró a lo lejos, y luego un pastor apareció entre los soportes de los ventiladores y bajó hacia ellos. Cuando estuvo más cerca preguntó a voces adónde iban.

Denton dudó, y le dijo brevemente que buscaban alguna casa en ruinas por los Downs en la que pudieran vivir. Trató de hablar de forma casual, como si eso fuera algo usual. El hombre les miró fijamente, con incredulidad.

—¿Habéis hecho algo? —preguntó.

—Nada —respondió Denton—. Sólo que no queremos seguir viviendo en una ciudad. ¿Por qué tenemos que vivir en ciudades?

El pastor los miró con más incredulidad que antes.

—No podéis vivir aquí —dijo.

—Queremos intentarlo.

El pastor clavó la mirada en uno y después en el otro.

—Estaréis de vuelta mañana —dijo—. Parece bastante agradable a la luz del sol... ¿Estáis seguros de no haber hecho nada? Nosotros los pastores no somos muy amigos de la policía...

Denton lo miró fijamente.

—No —respondió—. Pero somos demasiado pobres para vivir en la ciudad y no soportamos la idea de ir vestidos de lona azul y hacer trabajos penosos. Vamos a llevar aquí una vida sencilla como las gentes de antes.

El pastor era un barbudo de rostro pensativo. Contempló la frágil belleza de Elizabeth.

—Ellos tenían mentes sencillas —dijo.

—También nosotros —explicó Denton.

El pastor sonrió.

—Si vais por aquí —indicó— por la cresta bajo los ventiladores, veréis un montón de terraplenes y ruinas a vuestra derecha. Eso fue una vez una ciudad llamada Epsom. Ahí no hay ninguna casa, los

ladrillos los han utilizado para hacer un redil. Continúad hasta otro montón al borde de los cultivos de raíces que es Leatherhead, luego la colina gira por el borde de un valle con bosques de hayas. Seguid por la cresta. Llegaréis a sitios completamente agrestes. En algunos sitios, a pesar de todo el escardado que se hace, todavía crecen helechos y campanillas y otras plantas inútiles parecidas. Y a través de todo eso, bajo los ventiladores, va un camino recto pavimentado con piedras, una calzada romana de hace dos mil años. Id por su derecha, bajad al valle y seguidla por la orilla del río. Pronto llegaréis a una calle con casas, muchas de ellas con los tejados todavía firmes. Allí quizás encontréis cobijo.

Le dieron las gracias.

—Pero es un lugar tranquilo. No hay luz después del anochecer y he oído hablar de ladrones. Es solitario. Allí no pasa nada. Los fonógrafos de los contadores de cuentos, los espectáculos cinematográficos, las nuevas máquinas... nada de eso encontraréis. Si tenéis hambre no hay comida y si caéis enfermos tampoco hay médico...

Se detuvo.

—Lo intentaremos —dijo Denton disponiéndose a continuar. Luego se le ocurrió una idea. Llegó a un acuerdo con el pastor y supo dónde podrían encontrarlo para que les comprara y trajera de la ciudad cualquier cosa que pudieran necesitar.

Y por la tarde llegaron a la aldea deshabitada con casas que les parecieron tan pequeñas y tan extrañas: la encontraron dorada con la gloria de la puesta de sol, solitaria y quieta. Fueron de una casa deshabitada a otra, maravillándose de su curiosa sencillez, y discutiendo cuál de ellas escogerían. Y por fin, en un rincón iluminado por el sol de una habitación que había perdido la pared exterior, dieron con una flor silvestre, una florecilla azul que los escardadores de la Compañía de Alimentación habían pasado por alto.

Ésa fue la casa por la que se decidieron, pero no se quedaron mucho tiempo aquella noche porque habían resuelto disfrutar de la naturaleza. Además las casas se habían vuelto muy adustas y oscuras después de que la luz del sol se desvaneciera del cielo. Así que después de descansar un ratito subieron de nuevo a la cresta de la colina para ver con sus propios ojos el silencio del cielo

engastado de estrellas del que los antiguos poetas habían tenido tantas cosas que contar. Era una vista maravillosa y Denton hablaba como las estrellas, y cuando finalmente bajaron de la colina el cielo estaba pálido con la aurora. Durmieron poco y por la mañana, cuando despertaron, un tordo cantaba en un árbol.

Y así comenzaron su exilio estos dos jóvenes del siglo XXII. Aquella mañana estuvieron muy ocupados explorando los recursos del nuevo hogar en el que iban a llevar una vida sencilla. No exploraron de prisa ni muy lejos porque iban a todas partes de la mano, pero encontraron los primeros muebles. Más allá de la aldea había un almacén de forraje de invierno para las ovejas de la Compañía de Alimentación, y Denton arrastró grandes brazadas hasta la casa para hacer una cama. En varias casas había viejas mesas y sillas hechas de madera y comidas por los hongos; les parecieron muebles ásperos, bárbaros y toscos. Repitieron muchas de las cosas que habían dicho el día anterior, y hacia la tarde encontraron otra flor, una campánula. A última hora de la tarde, algunos pastores de la Compañía de Alimentación bajaron por el valle del río montados en un multiciclo grande, pero ellos se escondieron, porque su presencia, dijo Elizabeth, parecía estropear completamente el romance de este lugar del viejo mundo.

Así vivieron durante una semana. A lo largo de toda ella los días no tuvieron nubes y las noches fueron noches de estrellada gloria, cada una de ellas un poco más invadida por la luna en cuarto creciente. Sin embargo, algo del primer esplendor de su llegada se desvaneció, se fue desvaneciendo imperceptiblemente día tras día. La elocuencia de Denton se hizo intermitente, y le faltaban temas frescos de inspiración; la fatiga de su larga caminata desde Londres se notó en cierta rigidez de los miembros y los dos padecieron un ligero e inexplicable resfriado. Además, Denton se dio cuenta del problema de ocupar el tiempo. En un sitio entre los trastos descuidadamente amontonados de los viejos tiempos encontró una pala oxidada con la que atacó de forma irregular el asolado jardín que tenía el césped muy crecido, aunque no tenía nada que plantar o sembrar. Después de media hora de trabajo volvió a Elizabeth con regueros de sudor por la cara.

—Eran gigantes en aquel tiempo —dijo sin comprender lo que logran la costumbre y el entrenamiento.

Y su paseo aquel día les llevó por las colinas hasta que pudieron ver la ciudad resplandeciente a lo lejos en el valle.

—Me pregunto cómo seguirán las cosas por allá —dijo.

Y luego vino un cambio de tiempo.

—Ven a ver las nubes —gritó ella—. ¡Mira!

Eran de un púrpura sombrío por el norte y el este, dividiéndose en accidentados bordes por el cenit. Y al subir la colina estas apresuradas serpentinatas taparon la puesta de sol. De repente el viento hizo que las hayas se balancearan y susurraran, y a Elizabeth le dieron escalofríos. Y entonces a lo lejos destelló el relámpago, brilló como una espada blandida de repente y el distante trueno se extendió por el cielo, y mientras estaban todavía en pie asombrados cayeron sobre ellos con golpes secos las primeras gotas precipitadas de la tormenta. En un instante, el último rayo de la puesta de sol fue ocultado por una cortina de granizo y el relámpago brilló otra vez, y la voz del trueno rugió más alto y todo a su alrededor el mundo fruncía el ceño, oscuro y extraño.

Cogiéndose de las manos, estos hijos de la ciudad bajaron corriendo la colina hasta su casa, con un asombro infinito. Y antes de que la alcanzaran, Elizabeth estaba llorando desconsoladamente, y el oscurecido suelo a su alrededor estaba blanco y quebradizo y activo con el granizo caído a cántaros. Comenzó entonces una extraña noche para ellos. Por primera vez en sus civilizadas vidas estaban en una oscuridad absoluta. Estaban mojados, tenían frío y temblaban, en torno suyo silbaba el granizo y por los techos de la casa abandonada, tanto tiempo descuidados, entraban ruidosos chorros de agua que formaban charcos y riachuelos sobre los crujientes suelos. Cuando las ráfagas de la tormenta batían el gastado edificio, éste crujía y se estremecía y tan pronto era una plancha de yeso de la pared la que se deslizaba y hacía pedazos, como eran algunas tejas sueltas las que traqueteaban por todo el tejado hasta que caían haciéndose añicos contra el vacío invernadero de abajo. Elizabeth tenía escalofríos y estaba quieta. Denton la tapó con su alegre y ligera capa de la ciudad y de esa forma los dos se acurrucaron en la oscuridad. Y el trueno estallaba cada vez más alto y más cerca y el relámpago brillaba cada vez más misterioso lanzando a una momentánea y adusta claridad la habitación llena de vapor y de goteras en la que se habían

refugiado.

No habían estado nunca al aire libre salvo cuando lucía el sol. Todo el tiempo lo habían pasado en las cálidas y ventiladas vías, salones y habitaciones de la ciudad de la época. Para ellos, aquella noche era como si estuvieran en otro mundo, en algún desordenado caos de tensión y tumulto, y casi sin esperanzas de volver a ver de nuevo las vías de la ciudad.

La tormenta parecía durar interminablemente, hasta que por fin se quedaron adormilados entre el restallar de los truenos, y luego, de forma muy rápida, disminuyó y cesó. Y cuando el último gotear de la lluvia desapareció, oyeron un ruido que no les era familiar.

—¿Qué es eso? —gritó Elizabeth.

Sonó otra vez. Eran ladridos de perros. El ruido descendió por la desierta vereda. A través de la ventana, blanqueando la pared que tenían delante y proyectando sobre ella la sombra del marco y la de un árbol de negra silueta, brilló la luz de la luna creciente. Justo cuando la pálida aurora empezaba a hacer visibles las cosas a su alrededor el irregular ladrido de los perros se aproximó de nuevo y cesó. Escucharon. Tras una pausa, oyeron el rápido golpeteo de las patas mientras husmeaban alrededor de la casa y ladridos breves medio sofocados. Luego todo se quedó de nuevo en silencio.

—¡Chisss! —susurró Elizabeth, y apuntó a la puerta de la habitación.

Denton se acercó a medio camino de la puerta y se quedó escuchando. Volvió poniendo cara despreocupada.

—Deben de ser los perros pastores de la Compañía de Alimentación —dijo—. No nos harán ningún daño.

Se sentó de nuevo a su lado.

—¡Qué noche hemos tenido! —dijo para ocultar la intensidad con la que escuchaba.

—No me gustan los perros —intervino Elizabeth tras un largo silencio.

—Los perros nunca hacen daño a nadie —dijo Denton—. En los viejos tiempos, en el siglo XIX todo el mundo tenía un perro.

—Había un cuento que oí una vez. Un perro mataba a un hombre.

—No este tipo de perro —dijo Denton con seguridad. Algunos de esos cuentos exageran.

De repente, un ladrido entrecortado y un pateo subiendo la escalera, ruido de jadeo. Denton se puso en pie de un salto y sacó la espada de la paja húmeda en la que habían estado tumbados. Entonces, en el vano de la puerta apareció un flaco perro pastor y se paró allí. Detrás de él, otro miraba fijamente. Hombre y bestia se miraron dubitativamente por un instante. Luego, Denton, que no conocía a los perros, dio un paso rápido hacia adelante.

—¡Fuera! —ordenó con un torpe movimiento de la espada.

El perro saltó y gruñó. Denton se paró en seco.

—Buen perro —dijo.

El gruñido pasó de un tirón a ladrido. —Buen perro —dijo Denton.

El segundo perro gruñó y ladró. Un tercero, escaleras abajo al que no se veía, se puso también a ladrar. Fuera, otros se les unieron. A Denton le parecieron muchos.

—Esto es un fastidio —dijo Denton sin apartar la vista de las bestias que tenía delante—. Por supuesto, los pastores tardarán todavía horas en venir de la ciudad. Naturalmente, estos perros no saben quiénes somos.

—No te oigo —gritó Elizabeth. Se levantó y se acercó a él.

Denton lo intentó de nuevo, pero los ladridos todavía ahogaban su voz. El sonido le producía un efecto curioso en la sangre. Extrañas emociones olvidadas comenzaron a agitarse, la cara le cambiaba cuando gritaba. Lo intentó otra vez, los ladridos parecían mofarse de él, y un perro dio un paso como de baile hacia adelante, erizando el pelo. De repente se volvió, y pronunciando ciertas palabras en el dialecto de los bajos fondos, palabras incomprensibles para Elizabeth, se dirigió a los perros.

Los ladridos cesaron de repente, hubo un gruñido y un intento de morder. Elizabeth vio la cabeza del perro más adelantado que gruñía, sus blancos dientes y retraídas orejas, y el brillo del filo blandido. La bestia saltó en el aire y fue rechazada.

Luego Denton, con un grito, empujaba a los perros delante de él. La espada brillaba sobre su cabeza con nueva y repentina soltura en el gesto y luego desapareció escaleras abajo. Ella dio seis pasos tras él. En el rellano había sangre. Se detuvo, y, al oír el tumulto de los perros y los gritos de Denton fuera de la casa, corrió a la ventana.

Nueve perros pastores de aspecto lobuno estaban dispersándose,

uno se retorció delante del porche y Denton, saboreando ese extraño gusto por el combate que dormita inactivo en la sangre del hombre más civilizado, gritaba y cruzaba el jardín a la carrera. Entonces ella vio algo que él no percibió en aquel momento. Los perros formaban un círculo rodeándole por aquí y por allá y volvían de nuevo. Tenían a Denton acorralado en campo abierto. Al instante adivinó la situación. Le habría voceado. Por un momento se sintió enferma e inútil y luego, obedeciendo un extraño impulso, recogió su falda blanca y bajó corriendo las escaleras. En el vestíbulo estaba la pala oxidada. ¡Eso era! La cogió y salió corriendo. Llegó justo a tiempo. Un perro rodaba ante él prácticamente cortado por la mitad, pero el segundo le tenía agarrado por el muslo, el tercero le mordía el cuello postizo por detrás y el cuarto tenía la hoja de la espada entre los dientes, saboreando su propia sangre. Repelió el salto del quinto con el brazo izquierdo. Para ella podría haberse tratado del siglo primero en lugar del XXII. Toda la delicadeza de sus dieciocho años de vida ciudadana se evaporó ante esta necesidad primaria. La pala golpeó con seguridad y dureza y partió el cráneo a un perro. Otro, agachándose para saltar, aulló contrariado ante el inesperado antagonista y se apartó apresuradamente. Dos perdieron momentos preciosos prendiendo la falda femenina.

El cuello postizo de la capa de Denton se rasgó y desprendió cuando retrocedía y también ese perro saboreó la pala y dejó de molestarle. La bestia que le mordía el muslo le sirvió de vaina de la espada.

—¡Contra la pared! —gritó Elizabeth.

Y en tres segundos la lucha llegó a su fin, y nuestros jóvenes estaban codo con codo, mientras los cinco perros restantes con orejas y rabos de desastre huían avergonzados del campo de la derrota. Estuvieron un rato jadeando victoriosos, y luego Elizabeth, dejando caer la pala, se cubrió la cara y se deslizó hasta el suelo llorando a lágrima viva. Denton miró a su alrededor, clavó la punta de la espada contra el suelo para tenerla a mano y se inclinó para consolarla.

Finalmente, sus más tumultuosas emociones remitieron y pudieron hablar de nuevo. Elizabeth se apoyó en el muro y Denton se sentó sobre él de forma que podía ver a cualquier perro que volviera. Dos, en todo caso, estaban arriba en la ladera y seguían

ladrando fastidiosamente.

Tenía la cara sucia de llorar, pero ya no se sentía mal porque durante media hora le había estado repitiendo que era muy valiente y le había salvado la vida. Pero un nuevo temor le estaba surgiendo en la cabeza.

—Son los perros de la Compañía de Alimentación —dijo—. Tendremos problemas.

—Me temo que sí. Es muy probable que nos procesen por invadir propiedad privada.

Una pausa.

—En los viejos tiempos —afirmó— eso sucedía un día tras otro.

—¡Qué noche! —exclamó—. No podría sobrevivir a otra noche como ésta.

La miró. Tenía la cara pálida por falta de sueño, cansada y ojerosa. Tomó una decisión repentina.

—Tenemos que volver —dijo.

Ella miró a los perros muertos y se estremeció.

—No podemos quedarnos —dijo.

—Tenemos que volver —repitió él mirando por encima del hombro para ver si el enemigo mantenía las distancias.

—Hemos sido felices un tiempo. Pero el mundo está demasiado civilizado. La nuestra es la edad de las ciudades. Más de esto acabará con nosotros.

—¿Pero qué hemos de hacer? ¿Cómo viviremos allí?

Denton dudó. Con el talón dio contra el muro en el que estaba sentado.

—Es algo que no he mencionado antes... —tosió—, pero...

—¿Sí?

—Podrías conseguir dinero a cuenta de tu futura herencia —dijo.

—¿Podría? —preguntó con ansiedad.

—Desde luego que podrías. ¡Qué inocente eres!

Se levantó con la cara resplandeciente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó—. ¡El tiempo que hemos estado aquí!

La miró un momento y sonrió. Luego la sonrisa desapareció.

—Pensé que debía partir de ti —dijo—. No me parecía bien pedirte dinero y además al principio pensé que esto estaría bastante

bien.

Hubo una pausa.

—Ha estado bien —dijo y miró una vez más por encima del hombro—. Hasta que empezó todo esto.

—Sí —dijo—, esos primeros días. Los tres primeros días.

Se miraron a la cara un rato y luego Denton se descolgó del muro y le cogió la mano.

—A cada generación —dijo— le corresponde su propia forma de vida. Ahora lo veo claro. En la ciudad... ésa es la vida para la que nacimos. Vivir de cualquier otra manera ... Venir aquí fue un sueño y éste es el despertar.

—Fue un sueño agradable —dijo— al principio.

Ninguno de los dos habló en un buen rato.

—Si hemos de alcanzar la ciudad antes de que lleguen aquí los pastores debemos partir —dijo Denton—. Tenemos que sacar la comida de la casa y comer mientras caminamos.

Denton miró de nuevo a su alrededor y evitando a los perros muertos cruzaron el espacio del jardín y entraron en la casa juntos. Encontraron la mochila con la comida y bajaron de nuevo las escaleras manchadas de sangre. En el vestíbulo Elizabeth se detuvo.

—Un minuto —dijo—. Hay algo aquí...

Se dirigió a la habitación en la que crecía esplendorosa la florecilla azul.

—La quiero —dijo, y a continuación—: No puedo llevarla.

Impulsivamente se inclinó y besó los pétalos.

Luego silenciosamente, codo con codo, cruzaron el vacío espacio del jardín hasta el viejo camino real y orientaron resueltamente las caras en dirección a la ciudad distante, hacia la compleja ciudad mecánica de la época, la ciudad que había engullido completamente a la humanidad.

III

Las vías de la ciudad

Entre las invenciones que cambiaron el mundo, muy importante, si es que no decisiva, fue la serie de aparatos de locomoción que comenzaron con el ferrocarril y terminaron al cabo de un siglo o algo más con el motor y la calzada patentada. Que estos inventos junto con la creación de las sociedades anónimas de responsabilidad limitada y la sustitución de los labradores por obreros especializados con una maquinaria ingeniosa necesariamente concentraría a la humanidad en ciudades de una magnitud inigualada y produciría una total revolución en la vida humana fue tan evidente después del acontecimiento que resulta sorprendente que no se previera con más claridad. Sin embargo no parece que se sugiriera siquiera la conveniencia de tomar cualquier medida para prever las desgracias que semejante revolución pudiera entrañar, y la idea de que las prohibiciones y sanciones morales, los privilegios y las concesiones, la concepción de la propiedad y de la responsabilidad, de la comodidad y de la belleza que habían hecho prósperos a los Estados principalmente agrícolas del pasado fracasarían con el creciente torrente de nuevas oportunidades y nuevos estímulos parece no habérseles ocurrido nunca a los pensadores del siglo XIX.

Que un ciudadano, amable y benéfico en la vida diaria pudiera, como accionista, llegar a una codicia casi asesina, que métodos comerciales que eran razonables y honorables en los antiguos pueblos del campo fueran, en mayor escala, mortales y agobiantes, que la antigua caridad se convirtiera en el moderno empobrecimiento y el antiguo empleo en moderna explotación, que, de hecho, una revisión y ampliación de los derechos y deberes del hombre se había hecho urgentemente necesaria, eran cosas que no podían contemplar, formados como estaban en un arcaico sistema de educación, y profundamente retrospectivos y legalistas en todos sus hábitos mentales. Se sabía que la hacinación de hombres en las ciudades entrañaba riesgos de peste sin precedentes. Hubo un desarrollo enérgico de la sanidad, pero que las enfermedades del juego y la usura, del lujo y la tiranía se hicieran endémicos y produjeran consecuencias horribles no les cabía en la cabeza a los pensadores del siglo XIX. Y así, como si se tratara de un proceso inorgánico prácticamente no obstaculizado por la voluntad creadora del hombre, tuvo lugar el crecimiento de las desgraciadas ciudades

colmena que marcan el siglo XXI. La nueva sociedad estaba dividida en tres clases principales. En la parte superior dormitaba el propietario enormemente rico por accidente más que por plan organizado, poderoso salvo en voluntad y en objetivos, el último avatar de Hamlet en el mundo. En la inferior estaba la ingente multitud de obreros empleados por las gigantescas compañías que monopolizaban el control, y, entre estas dos, las menguantes clases medias, funcionarios de innumerables tipos, capataces, administradores, las clases médica, artística y académica y los ricos menos acaudalados, una clase media cuyos miembros llevaban una vida de inseguro lujo y precaria especulación entre los movimientos de los grandes administradores.

Ya he descrito la historia del noviazgo y la boda de dos personas de esta clase media: cómo superaron los obstáculos entre ellos, cómo intentaron adoptar el sencillo y anticuado estilo de vida en el campo y cómo volvieron a la ciudad de Londres. Denton no tenía medios, así que Elizabeth consiguió dinero prestado a cuenta de las acciones que su padre Mures administraba en su nombre hasta que tuviera veintiún años.

El tipo de interés que pagó fue desde luego alto a causa de la inestabilidad de los títulos, y la aritmética de los amantes es a menudo imprecisa y optimista. No obstante, a su vuelta disfrutaron de tiempos muy felices. Decidieron que no irían a ninguna ciudad de placer, ni perderían el tiempo volando precipitadamente de una parte del mundo a otra porque a pesar del desengaño sus gustos todavía seguían siendo anticuados. Amueblaron su habitación con viejos muebles victorianos típicos, y encontraron una tienda en el piso cuarenta y dos de la Séptima Avenida donde todavía se podían comprar libros impresos a la antigua usanza. Su inclinación favorita consistía en leer letra impresa en lugar de escuchar los fonógrafos. Y cuando al poco tiempo tuvieron una encantadora niña, vino a unirlos más estrechamente si es que eso era posible. Elizabeth no quiso mandarla a una guardería como era la costumbre sino que insistió en criarla en casa. Les subieron la renta de los apartamentos a causa de este singular proceder, pero no les importó. Sólo significó tener que conseguir más dinero prestado.

Pronto Elizabeth fue mayor de edad y Denton tuvo con su padre una entrevista de negocios que no fue agradable. Siguió una

entrevista extremadamente desagradable con su prestamista, de la que llegó a casa con la cara pálida. A su vuelta, Elizabeth le tenía que contar la nueva y maravillosa entonación del balbuceo que su hija había inventado, pero Denton no prestaba atención. En el medio, justo cuando estaba en lo mejor de la descripción, la interrumpió.

—¿Cuánto dinero crees que nos queda ahora, después de arreglarlo todo?

Elizabeth lo miró fijamente y detuvo el complacido mecer al genio de los balbuceos que había acompañado a su descripción.

—¿No querrás decir...?

—Sí —respondió—. Muchísimo. Hemos sido locos. Es el interés. O algo así. Y las acciones que tenías, hundidas repentinamente. A tu padre no le importó. Dijo que no era asunto suyo después de lo que había pasado. Se va a casar de nuevo. Bueno, que apenas si nos quedan mil libras.

—¿Sólo mil?

—¡Sólo mil!

Y Elizabeth se sentó. Durante un rato lo miró con la cara pálida, luego sus ojos recorrieron la curiosa y anticuada habitación con los muebles de la época victoriana y las oleografías auténticas y se detuvieron por fin en el trocito de humanidad que tenía en los brazos. Denton la miró y se quedó con los ojos bajos. Luego giró sobre sus talones y se puso a dar apresurados pasos arriba y abajo.

—Tengo que conseguir algún trabajo. Soy un canalla holgazán. Debía haberlo pensado antes. He sido un estúpido egoísta. Quería estar contigo todo el día...

Se detuvo mirando su pálido rostro. De repente se acercó y la besó a ella y a la carita que acunaba contra su pecho.

—Está bien, cariño —dijo, de pie sobre ella—. Ahora no estarás sola. Dings está empezando a hablar. Y yo puedo conseguir pronto algo que hacer, ¿eh? Pronto... fácilmente... Es duro sólo al principio. Pero saldrá bien. Seguro que sale bien. Volveré a salir tan pronto como haya descansado y veré lo que se puede hacer. De momento es difícil pensar en nada...

—Será duro dejar estas habitaciones, pero —dijo Elizabeth—, pero...

—No será necesario, confía en mí.

—Son caras.

Denton rechazó la idea con un gesto de la mano. Empezó a hablar del trabajo que podría hacer. No era muy explícito sobre lo que sería, pero estaba completamente seguro de que algo habría para mantenerlos cómodamente en la feliz clase media cuya forma de vida era la única que conocían.

—Hay treinta y tres millones en Londres... alguno de ellos tiene que necesitar mis servicios... Alguien tiene que... El problema es que... Bueno, Bindon, ese viejecito moreno con el que quería casarte tu padre. Es una persona importante... No puedo volver a mi trabajo en la plataforma de vuelo porque ahora él es Comisario de Oficiales de Plataformas de Vuelo.

—No lo sabía —dijo Elizabeth.

—Le nombraron en las últimas semanas... o la cosa sería bastante sencilla, porque yo les gustaba en la plataforma de vuelo. Pero hay docenas de trabajos que hacer, docenas. No te preocupes, cariño. Descansaré un ratito, luego comeremos y a continuación comenzaré las visitas. Conozco a muchísima gente... muchísima gente.

Así que descansaron y luego fueron al comedor público, comieron, y después él comenzó la búsqueda de empleo. Pero pronto se dieron cuenta de que hay un asunto en el que el mundo andaba tan mal como lo ha andado siempre, y ése es el de un empleo agradable, seguro, honorable y bien remunerado que deje amplio espacio para la vida privada y que no exija una habilidad especial, ni ejercicio violento, ni riesgo, ni ningún sacrificio de ningún género para conseguirlo. Ideó algunos proyectos brillantes y pasó muchos días yendo y viniendo de una parte a otra de la gigantesca ciudad en busca de amigos influyentes. Se alegraban mucho de verlo y se mostraban muy optimistas hasta que llegaban a las propuestas definitivas y entonces se volvían cautelosos y vagos. Se despedía de ellos con cierta frialdad y le daba vueltas a su comportamiento y se irritaba. Ya de vuelta, se detenía en alguna cabina telefónica y gastaba dinero en vivas, pero inútiles discusiones. Y según pasaban los días se volvió tan preocupado e irritado que incluso parecer amable y despreocupado ante Elizabeth le costaba esfuerzo, como lo advirtió claramente ella, que era una mujer cariñosa.

Un día, tras un preámbulo extremadamente complejo, le ayudó con una sugerencia dolorosa. Él se había imaginado que lloraría y se entregaría a la desesperación cuando se tratara de vender todos sus tesoros de los primeros tiempos de la época victoriana comprados con tanta ilusión, los curiosos objetos artísticos, los antimacasares, las esteras de cuentas, los cortinones de tela de tapicería, los muebles chapados, los grabados de acero con marcos de oro, los dibujos a lápiz, las flores de cera con pantallas, los pájaros disecados, y todo tipo de selectas antigüedades, pero fue ella la que hizo la propuesta. El sacrificio pareció encantarle y también la idea de mudarse a apartamentos diez o doce pisos más abajo en otro hotel.

—Mientras Dings esté con nosotros nada me importa —dijo—. Todo es experiencia.

Así que la besó, dijo que era más valiente que cuando luchó contra los perros pastores, la llamó Boadicea y tuvo mucho cuidado en no recordarle que tendrían que pagar una renta considerablemente superior a causa de la vocecita con la que Dings saludaba al permanente estrépito de la ciudad.

Tenía la idea de evitar que Elizabeth estuviera allí cuando llegaran a la venta de los absurdos muebles en los que tenían tan intrincadamente enredados todos sus afectos, pero cuando se presentó el momento fue ella la que regateó con el comprador mientras que Denton marchó por las cintas transportadoras de la ciudad pálido y mareado por las aflicciones y el miedo de lo que quedaba por venir. Cuando se mudaron a los apartamentos poco amueblados, decorados en rosa y blanco, de un hotel barato tuvo un ataque de furiosa energía y a continuación casi una semana de letargo durante la que estuvo mohíno en casa. Durante esos días Elizabeth brilló como una estrella y al final la tristeza de Denton encontró desahogo en las lágrimas. Después salió de nuevo a las vías de la ciudad y, para su total asombro, encontró algún trabajo.

Su estándar de empleo había descendido constantemente hasta que finalmente llegó al nivel más bajo de obreros independientes. Al principio había aspirado a algún alto puesto de funcionario en las grandes compañías de Aviación, Ventilación o Abastecimiento de Agua, o en un trabajo en una de las Organizaciones de Información General que habían reemplazado a los periódicos, o en

alguna asociación profesional, pero éstos fueron los sueños del principio. De ahí había pasado a la especulación, y trescientos leones de oro de los mil que le quedaban a Elizabeth habían desaparecido una tarde en la Bolsa. Ahora se contentaba con que le aseguraran un periodo de prueba para el puesto de vendedor en la Cadena de Sombreros Suzannah, una cadena dedicada a la venta de sombreros de señora, adornos de peluquería y sombreros, pues aunque la ciudad estaba completamente cubierta las señoras todavía llevaban sombreros extremadamente complicados y bellos en los teatros y los lugares públicos de culto.

Habría sido divertido poder confrontar un tendero de Regent Street del siglo XIX con el desarrollo del establecimiento en el que Denton prestaba sus servicios. La Novena Avenida todavía era a veces conocida como Regent Street, pero ahora era una calle con cintas transportadoras que tenía casi 800 pies de ancho. El espacio del medio estaba inmóvil y daba acceso por escaleras que descendían a las vías subterráneas a las casas a ambos lados de la calle. A derecha e izquierda había una serie ascendente de cintas continuas, cada una de las cuales viajaba unas cinco millas por hora más rápido que la interna, de forma que se podía pasar de una cinta a otra hasta que se alcanzara la cinta exterior más rápida y así viajar por la ciudad.

El establecimiento de la Cadena de Sombreros Suzannah proyectaba una vasta fachada sobre la cinta externa sacando al exterior por encima de cada extremo una serie de enormes pantallas de cristal blanco que se superponían y sobre las que se proyectaban gigantescas imágenes en movimiento de las caras de hermosas mujeres vivas que vestían las últimas novedades en sombreros. Una densa muchedumbre estaba siempre apiñada en la cinta central estacionaria viendo un vasto cinematógrafo que desplegaba los cambios de la moda. Todo el frontal del edificio estaba en un cambio cromático permanente y por toda la fachada, que medía cuatrocientos pies de altura, y por toda la calle de cintas transportadoras aparecía enmarcada, pestañeando y destellando con mil variedades de color y tipos de letra la inscripción:

SUZANNAH SOMBREROS SUZANNAH SOMBREROS

Gigantescos fonógrafos laterales ahogaban toda conversación en las cintas transportadoras y rugían: ¡*Sombreros!* a los peatones, mientras lejos, calle abajo y arriba, otras baterías aconsejaban al público bajar a *Suzannah* y preguntaban: ¿*Por qué no compra un sombrero a la chica?*

Como ayuda para aquellos que casualmente estaban sordos, y la sordera no era infrecuente en el Londres de la época, se proyectaban inscripciones de todos los tamaños desde el tejado sobre las propias cintas transportadoras y sobre la mano de uno, o sobre la calva del hombre que iba delante, o sobre los hombros de una señora, o en una repentina llamarada delante de los pies de uno un dedo móvil escribía en inesperadas letras de fuego *Sombreros hoy más baratos*, o simplemente *Sombreros*. Y a pesar de todos estos esfuerzos, eran tales los extremos que la ciudad había alcanzado, tan entrenados estaban ojos y oídos para ignorar todo tipo de anuncios que más de un ciudadano había pasado por aquel lugar miles de veces y todavía desconocía la existencia de la Cadena de Sombreros Suzannah.

Para entrar en el edificio se descendía por la escalera en la mitad de la vía y se caminaba por un pasillo público por el que paseaban chicas guapas, chicas que estaban dispuestas a llevar puesto un sombrero con etiqueta por una pequeña retribución. La cámara de entrada era un gran vestíbulo en el que cabezas de cera decoradas a la moda giraban graciosamente sobre pedestales, y desde aquí se pasaba a través de una oficina con cajas registradoras a una serie interminable de pequeñas habitaciones cada una de ellas con su vendedor, sus tres o cuatro sombreros y broches, sus espejos, sus cinematógrafos, teléfonos y diapositivas de sombreros en comunicación con el depósito central, su cómodo salón y tentadores refrescos.

Denton se convirtió ahora en vendedor en uno de estos compartimentos. Su tarea consistía en atender a cualquiera del incesante flujo de señoras a las que les daba por detenerse allí, comportarse todo lo encantadoramente que fuera posible, ofrecer refrescos, hablar de cualquier tema que el cliente potencial escogiera, y dirigir la conversación diestra, pero no machaconamente, hacia los sombreros. Había de sugerirles que se probaran varios modelos de sombreros y mostrar con su porte y

modales, pero sin ningún tipo de adulación, cómo mejoraban su aspecto los sombreros que deseaba vender. Tenía varios espejos, adaptados mediante diversos artilugios de curvatura y tintado a los distintos tipos de cara y de cutis, y mucho dependía de emplearlos correctamente.

Denton se lanzó a estas obligaciones, extrañas y no muy acordes con su modo de ser, con buena voluntad y una energía que le habría sorprendido un año antes, pero todo fue en vano. La directora que le había seleccionado para el puesto y distinguido con varias pequeñas muestras de favor, de repente cambió su actitud, declaró, sin causa alguna mencionable, que era estúpido, y lo despidió al cabo de seis semanas de vendedor. Así que Denton tuvo que reanudar su inefectiva búsqueda de empleo.

Esta segunda búsqueda no duró mucho. Su dinero estaba en las últimas. Para alargarlo un poco más decidieron separarse de su querida Dings y llevaron a la mujercita a una de las guarderías públicas que abundaban en la ciudad. Ésa era la costumbre de la época. La emancipación laboral de la mujer, la desorganización correspondiente de los hogares aislados, habían convertido a las guarderías en algo necesario para todos salvo para los muy ricos o para gentes extraordinariamente mentalizadas. Allí los niños disponían de ventajas higiénicas y educativas imposibles sin esa organización. Había guarderías de todas las clases y tipos de lujo hasta las de la Compañía del Trabajo, donde los niños eran tomados a crédito que redimían con trabajo cuando se hacían mayores.

Pero tanto Denton como Elizabeth siendo, como ya he explicado, personas extrañas y anticuadas, llenas de ideas del siglo XIX, odiaban en grado sumo estas útiles guarderías y finalmente llevaron a su hijita a una con gran disgusto. Les recibió una persona maternal con uniforme que mostró modales enérgicos y escuetos hasta que Elizabeth lloró ante la mención de separarse de su niña. La persona maternal, tras un breve asombro por tan insólita emoción, se convirtió repentinamente en un ser lleno de esperanza y consuelo ganándose así la gratitud de Elizabeth para toda la vida. Les llevaron a una vasta habitación controlada por varias enfermeras y con cientos de niñas de dos años agrupadas en torno al suelo cubierto de juguetes. Era el aula para niñas de dos años. Dos enfermeras se adelantaron y Elizabeth miró cómo trataban a

Dings con ojos celosos. Eran amables, estaba claro que lo hacían con amabilidad, y sin embargo...

Pronto llegó el momento de marcharse. Por entonces Dings estaba felizmente establecida en un rincón, sentada en el suelo con los brazos llenos de una inusitada cantidad de juguetes, incluso ella misma estaba en su mayor parte oculta por ellos. Pareció despreocupada de las relaciones humanas cuando sus padres se retiraron.

Les prohibieron inquietarla diciéndole adiós.

En la puerta Elizabeth volvió la vista por última vez y... ¡mira!... Dings había dejado caer la nueva riqueza y estaba en pie con cara de duda. De repente, Elizabeth jadeó, pero la maternal enfermera la empujó hacia adelante y cerró la puerta.

—Puede volver pronto, querida —dijo con una inesperada ternura en sus ojos.

Por un momento Elizabeth le clavó la mirada con cara de incompreensión.

—Puede volver pronto —repitió la enfermera.

Luego, con rápida transición, Elizabeth estaba llorando en los brazos de la enfermera. De esa manera se ganó también el corazón de Denton.

Y tres semanas después a nuestra joven pareja no le quedaba un penique y sólo tenía una alternativa. Tenían que ir a la Compañía del Trabajo. Tan pronto como debieron una semana de renta las pocas propiedades que les quedaban les fueron embargadas y con escasa cortesía les enseñaron la puerta del hotel. Elizabeth caminó por el pasillo hacia la escalera que ascendía hasta la vía central inmóvil demasiado atontada por la tristeza para pensar. Denton se retrasó para terminar una discusión mordaz e insatisfactoria con el conserje del hotel y luego se apresuró tras ella, rojo de ira y acalorado. Acortó el paso cuando la alcanzó y juntos subieron a la vía central en silencio. Allí encontraron dos asientos libres y se sentaron.

—No necesitamos ir allá todavía —dijo Elizabeth.

—No hasta que tengamos hambre —dijo Denton.

No dijeron más.

La mirada de Elizabeth buscó un sitio en el que descansar, pero no encontró ninguno. A la derecha rugían las vías del este, a la

izquierda las de la dirección opuesta repletas de gente. Delante y a sus espaldas, por un cable suspendido sobre sus cabezas, se precipitaba una fila de hombres gesticulando, vestidos como payasos; cada uno llevaba marcada en la espalda y en el pecho una letra gigante de forma que todas juntas decían:

PÍLDORAS DIGESTIVAS DE PURKINJE

Una señora pequeña y anémica, vestida de lona azul basta y horrible, apuntaba a una niña hacia una de estas apresuradas filas de anuncios.

—Mira —dijo la mujer anémica—, ahí está tu padre.

—¿Cuál? —preguntó la niña.

—El de la nariz pintada de rojo —respondió la mujer anémica.

La niña empezó a llorar y Elizabeth pudo haber llorado también.

—¿A que le está dando bien a las piernas, eh? —dijo la mujer anémica vestida de azul intentando alegrar las cosas de nuevo.

—¡Mira... ahora!

Sobre la fachada de la derecha un enorme disco de brillo intenso y color fantástico giraba incesante, y letras de fuego que aparecían y desaparecían decían:

¿LE MAREA ESTO?

Luego una pausa seguida de:

TOME PÍLDORAS DIGESTIVAS PURKINJE

Comenzó un ruido vasto y desolador: *Si te gusta la literatura elegante conecta tu teléfono con Bruggles. El autor más grande de todos los tiempos. El pensador más grande de todos los tiempos. Te enseña Moral hasta la coronilla. La viva imagen de Sócrates, salvo el cogote que es el de Shakespeare. Tiene seis dedos en los pies, viste de rojo y no se lava nunca los dientes. Escúchale.*

La voz de Denton se hizo audible en un vacío del tumulto:

—Nunca debí haberme casado contigo —decía—. He derrochado tu dinero, te he arruinado, te he llevado a la desgracia. Soy un

canalla... ¡Oh, este maldito mundo!

Intentó hablar, pero durante unos momentos no pudo. Le apretó la mano.

—No —dijo finalmente.

Un deseo medio definido pasó repentinamente a decisión firme. Se levantó.

—¿Vienes?

Él se levantó también.

—No necesitamos ir allá todavía.

—No, no es eso. Quiero que vengas a las plataformas de vuelo donde nos veíamos, ¿sabes? A nuestro banquito.

Él dudó.

—¿Puedes...? —preguntó dubitativo.

Dudó todavía un momento, luego se puso en movimiento para obedecerla.

Y así fue como pasaron su último medio día de libertad al aire libre en el banquito bajo las plataformas de vuelo donde solían encontrarse hacía cinco años, que tan rápidamente habían pasado. Allí le dijo lo que no pudo decirle en las tumultuosas vías públicas. Que ni siquiera entonces se arrepentía de su matrimonio, que cualesquiera que fueran las incomodidades y desgracias que les aguardaban todavía en la vida ella estaba contenta con las cosas tal y como habían sido. El tiempo fue amable con ellos, al banco le daba el sol y estaba caliente y por encima los relucientes aviones iban y venían. Finalmente hacia la puesta del sol se les acabó el tiempo. Hicieron sus votos el uno al otro y apretaron las manos y luego se levantaron y volvieron a las vías de la ciudad, una pareja de aspecto pobre y afligido, cansada y hambrienta. Pronto llegaron a uno de los rótulos de azul pálido que indicaban las oficinas de la Compañía del Trabajo. Estuvieron un rato en la vía central mirándolo, y por fin descendieron y entraron a la sala de espera.

La Compañía del Trabajo había sido originariamente una organización de caridad. Su finalidad consistía en suministrar alimento, cobijo y trabajo a todo el que viniera. Y eso era lo que estaba obligada a hacer según sus reglamentos, y también estaba obligada a proporcionar alimento, cobijo y atención médica a todos los que, incapacitados para trabajar, decidían solicitar su ayuda. A cambio, estos incapacitados firmaban recibos de trabajo que tenían

que redimir cuando se recuperaran. Firmaron estos recibos de trabajo con huellas digitales que fueron fotografiadas y archivadas de tal manera que la tal Compañía del Trabajo, extendida por todo el mundo, podía identificar a cualquiera de sus doscientos o trescientos millones de clientes en una hora de investigación. El trabajo del día fue definido como dos turnos en una turbina dedicada a la generación de energía eléctrica o en su equivalente, y su realización podía ser impuesta por ley.

En la práctica, a la Compañía del Trabajo le pareció aconsejable añadir a sus estatutarias obligaciones de alimento y cobijo unos cuantos peniques al día como motivación al esfuerzo y su iniciativa no sólo había abolido completamente el empobrecimiento, sino que suministraba prácticamente toda la mano de obra en todo el mundo salvo la más cualificada y responsable. Casi un tercio de la población mundial era esclava y deudora suya de la cuna a la sepultura. De esta manera práctica, nada sentimental, se había abordado y solucionado el problema del desempleo de manera plenamente satisfactoria. Nadie moría de hambre en las vías públicas y en ninguna parte del mundo apenaban la vista los harapos ni ninguna vestimenta menos sana y adecuada que la higiénica, aunque poco elegante, lona azul de la Compañía del Trabajo. El tema constante de los periódicos fonográficos era cuánto había progresado el mundo desde los días del siglo XIX, cuando los cuerpos de los muertos en accidentes de tráfico o de hambre eran, según decían, una imagen corriente de todas las calles más bulliciosas.

Denton y Elizabeth se sentaron separados en la sala de espera hasta que les llegó el turno. La mayoría de los allí reunidos parecían lánguidos y taciturnos, pero tres o cuatro jóvenes vestidos de forma muy chillona compensaban la quietud de sus compañeros. Eran clientes de por vida de la Compañía del Trabajo, nacidos en la guardería de la Compañía y destinados a morir en su hospital, y habían estado fuera de juerga con algún que otro dinerillo de paga extra. Hablaban a voces en la evolución más reciente del dialecto Cokney, manifiestamente orgullosos de sí mismos.

La mirada de Elizabeth pasó de éstos a las figuras menos seguras. Una pareció darle una pena especial. Era una mujer de quizá cuarenta y cinco años con el pelo teñido de oro, la cara

pintada por la que habían corrido abundantes lágrimas. Tenía la nariz pálida, los ojos hambrientos, las manos y los hombros enjutos y sus polvorientas y gastadas galas delataban la historia de su vida. Otro era un viejo de barba gris con los hábitos de un obispo de una de las más altas sectas episcopales, pues la religión ahora era también un negocio y tenía sus altibajos. Y junto a él un chico enfermizo de aspecto disoluto, de unos veintidós años miraba al Destino con ojos feroces.

Pronto, Elizabeth y Denton se entrevistaron con la directora, pues la Compañía prefería mujeres en ese puesto, y comprobaron que tenía un rostro enérgico, modales desdeñosos, y una voz especialmente desagradable. Les dieron diversos cheques incluyendo uno que certificaba que no tenían que llevar el pelo al cero, y cuando hubieron dado sus huellas digitales supieron el número que les correspondería en adelante y cambiaron sus gastados vestidos de clase media por los trajes de lona azul debidamente numerados, acudieron al enorme y sencillo comedor para su primera comida en la nueva situación. Posteriormente tenían que volver a ver a la directora para recibir instrucciones sobre su trabajo. Cuando hubieron hecho el cambio de vestimenta, Elizabeth al principio no se creyó capaz de mirar a Denton, pero él la miró y vio con asombro que incluso en la lona azul todavía era hermosa. Y a continuación su pan y su sopa llegaron deslizándose por el diminuto raíl, bajando por la larga mesa hasta ellos y se detuvieron de un tirón y él se olvidó del asunto, pues no había tenido una comida decente en tres días.

Después de cenar descansaron un rato. Ninguno de los dos habló, no había nada que decir, y pronto se levantaron y volvieron a ver a la directora para saber lo que tenían que hacer. La directora consultó un inventario.

—Vuestras habitaciones no estarán aquí. Estarán en el pabellón de Highbury en la Avenida Noventa y Siete, número 2017. Será mejor que lo apuntéis en vuestra tarjeta. Tú 000, tipo 7, n.º 64, c.d.b., gamma 49, mujer; tú tienes que ir a la Compañía Metalúrgica y probarlo durante un día, cuatro peniques de bonificación si eres satisfactoria, y tú 071, tipo 4, n.º 709, g.f.b., pi 95, varón; tú tienes que ir a la Compañía Fonográfica de la Avenida Ochenta y Uno y aprender algo, no sé qué, tres peniques. Aquí están las tarjetas. Eso

es todo. ¡El siguiente! ¿Qué? ¿Que no os habéis enterado bien? ¡Dios! Así que supongo que tendré que repetirlo todo otra vez. ¿Por qué no escucháis? ¡Gente descuidada y manirrota! Se diría que esto no os interesa.

Las vías hacia su trabajo coincidían durante un tiempo. Y ahora vieron que podían hablar. Curiosamente lo peor de su depresión parecía ya pasado ahora que realmente se habían vestido de azul. Denton pudo hablar con interés incluso del trabajo que les esperaba.

—Sea lo que sea —dijo—, no puede ser tan odioso como esa tienda de sombreros. Y después de pagar por Dings todavía nos quedará todo un penique por día entre los dos incluso ahora. Después quizá mejoremos, quizá consigamos más dinero.

Elizabeth se sentía menos inclinada a hablar.

—Me pregunto por qué el trabajo tiene que parecer tan odioso —dijo.

—Es extraño —opinó Denton—, supongo que no lo sería si no fuera por la idea de que le manden a uno de acá para allá. Espero que tengamos directores decentes.

Elizabeth no respondió. No estaba pensando en eso. Seguía el hilo de sus propios pensamientos.

—Desde luego —dijo al poco—, hemos estado utilizando trabajo ajeno toda nuestra vida. Es justo que...

Se detuvo. Era demasiado intrincado.

—Pagamos por él —dijo Denton, que hasta ese momento no se había molestado con cosas tan complicadas.

—No hacíamos nada y sin embargo pagábamos por él. Eso es lo que no puedo comprender.

—Quizá estamos pagando —dijo Elizabeth al poco, pues su teología era simple y anticuada.

Pronto llegó la hora de separarse y cada uno fue al trabajo señalado. El de Denton consistía en atender a una complicada prensa hidráulica que casi parecía un ser inteligente. Esta prensa funcionaba con agua de mar que se destinaba finalmente a lavar el alcantarillado de la ciudad, pues el mundo hacía mucho que había abandonado la locura de derrochar agua potable en sus alcantarillas. El agua era traída junto al extremo este de la ciudad por un vasto canal y luego elevada por una enorme batería de

bombas a unos depósitos que estaban a una altura de cuatrocientos pies sobre el nivel del mar desde los que se extendía a través de billones de ramales de arterias por la ciudad. Desde allí bajaba limpiando, haciendo funcionar maquinaria de todas las clases a través de una variedad infinita de conductos capilares hasta las grandes cloacas, las *cloacae maximae* y así llevar las aguas residuales a las zonas agrícolas que rodeaban Londres por todos los lados.

La prensa se empleaba en uno de los procesos de producción fotográfica, pero la naturaleza del proceso era algo que a Denton no concernía entender. Para él, el hecho más sobresaliente era que tenía que realizarse con luz roja y, en consecuencia, la habitación en la que trabajaba estaba iluminada con un globo coloreado que proyectaba sobre la habitación una iluminación fantástica y penosa. En el rincón más oscuro estaba la prensa cuyo sirviente era ahora Denton. Era algo enorme, oscuro y brillante con una capucha saliente que tenía un remoto parecido con una cabeza inclinada, y, sentado como un Buda metálico en esta luz fantástica que respondía a sus necesidades, le parecía a Denton en ciertas circunstancias casi como si tuviera necesariamente que ser éste el oscuro ídolo al que la humanidad, en una aberración extraña, había ofrecido su vida. Sus obligaciones eran de una variada monotonía.

Los siguientes casos darán una idea del mantenimiento de la prensa. Funcionaba con un bullicioso tintineo metálico mientras todo iba bien, pero si la pasta, que era vertida por otro alimentador desde otra habitación y que estaba permanentemente comprimiéndose en delgadas placas, cambiaba de calidad, el ritmo del tintineo se alteraba y Denton se apresuraba a hacer ciertos reajustes. El más leve retraso implicaba un despilfarro de pasta y la retención de dos o más de sus peniques diarios. Si el suministro de pasta disminuía —había procesos manuales de un tipo especial implicados en su elaboración y a veces los obreros sufrían convulsiones y alteraban su producción—, Denton tenía que desembragar la prensa. En la penosa vigilancia que el cúmulo de tan triviales atenciones comportaba —penoso a causa del incesante esfuerzo que la ausencia de un interés natural requería—, Denton tenía ahora que pasar la tercera parte de sus días. Salvo por alguna visita ocasional del director, un hombre amable aunque especialmente mal hablado, las horas laborales de Denton

transcurrían en soledad.

El trabajo de Elizabeth era de un tipo más social. Estaba de moda decorar los apartamentos privados de los muy ricos con paneles de metal bellamente estampados con motivos repetidos. El gusto de la época exigía, sin embargo, que la repetición de los motivos no fuera exacta, es decir, mecánica, sino natural, y se encontró que la disposición irregular de motivos más grata era la que se conseguía empleando mujeres refinadas y de buen gusto natural que estampaban los motivos con pequeños taladros. A Elizabeth le exigían tantos pies cuadrados de placas como mínimo y por los pies cuadrados que hiciera de más recibía un pequeño aumento. El local, como la mayoría de los locales de obreras, estaba a las órdenes de una directora. La Compañía del Trabajo había encontrado que los hombres eran no sólo menos exigentes, sino que tenían mucha tendencia a excusar de la plena realización de sus tareas a señoras favorecidas.

La directora era persona taciturna, no desagradable, con las endurecidas huellas de belleza características de las morenas, y las otras obreras, que por supuesto la odiaban, asociaban su nombre, de manera escandalosa, con uno de los directores de la metalurgia para explicar su posición.

Sólo dos o tres compañeras de Elizabeth eran siervas laborales de nacimiento. Chicas vulgares y malhumoradas. La mayoría correspondía a las que el siglo XIX habría llamado *una dama venida a menos*. Pero el ideal de lo que constituía una dama había cambiado: la débil, marchita y negativa virtud, la voz modulada y el gesto contenido de la señora anticuada habían desaparecido de la tierra. El pelo descolorido, la tez arruinada y el contenido de las conversaciones, llenas de reminiscencias, de la mayoría de sus compañeras delataban las glorias desvanecidas de una juventud conquistadora. Todas estas obreras artísticas eran mucho mayores que Elizabeth y dos de ellas expresaron abiertamente su sorpresa de que alguien tan joven y agradable tuviera que venir a compartir sus fatigas. Pero Elizabeth no las molestó con sus anticuadas concepciones morales.

Se les permitía, incluso se las animaba a charlar unas con otras, pues las directoras, con toda razón, consideraban que todo lo que generaba variaciones de humor producía agradables fluctuaciones

en los motivos, y Elizabeth casi se vio obligada a oír las historias de estas vidas con las que la suya propia se entretejía: estaban, desde luego, mutiladas y distorsionadas por la vanidad, pero, a pesar de todo, eran bastante comprensibles.

Y pronto comenzó a apreciar los pequeños rencores y camarillas, los pequeños malentendidos y alianzas que se enredaban en torno a ella. Una mujer era excesivamente habladora y descriptiva acerca de un maravilloso hijo suyo, otra había cultivado una estúpida ordinariez en el hablar que parecía considerar la más ingeniosa expresión concebible de originalidad. Una tercera cotorreaba siempre sobre el vestido y susurraba a Elizabeth cómo ahorrraba sus peniques día tras día y pronto disfrutaría de un glorioso día de libertad vistiendo... y luego seguían horas de descripción. Otras se sentaban siempre juntas y se daban una a otra nombres cariñosos hasta que un día sucedió una tontería y se sentaron separadas, ciegas y sordas, al parecer, la una a la otra. Y de todas ellas salía constantemente un *tap, tap, tap, tap* y la directora estaba siempre atenta al ritmo para saber si alguna decaía. *Tap, tap, tap, tap...* así pasaban sus días y así tenían que pasar. Elizabeth se sentaba entre ellas, amable y tranquila, con el corazón alegre, maravillándose del Destino: *Tap, tap, tap; tap, tap, tap; tap, tap, tap.*

Y así les llegó a Denton y a Elizabeth una larga sucesión de días laboriosos que les endurecieron las manos, tejieron extraños hilos de una sustancia nueva y más dura en la suave belleza de sus vidas, y trajeron graves líneas y sombras a sus rostros. Las brillantes y cómodas maneras de la vida anterior habían retrocedido a distancias inaccesibles; lentamente aprendieron la lección de los bajos fondos, sombría y laboriosa, vasta y preñada. Allí sucedieron muchos pequeños incidentes, cosas que resultaría tedioso y triste contar, cosas que fueron amargas y penosas de soportar, humillaciones, tiranías tales como las que siempre han de amasar el pan del pobre en las ciudades. Y algo nada insignificante que representó para ellos el apagón total de la vida y fue que la niña a la que habían engendrado enfermó y murió. Pero esa historia, esa antigua y perpetuamente recurrente historia ha sido contada tantas veces, ha sido relatada con tanta belleza que no es necesario repetirla aquí de nuevo. Hubo el mismo miedo agudo, la misma larga ansiedad, el inevitable golpe aplazado y el negro silencio.

Siempre ha sido así, siempre será así. Es una de las cosas que tienen que ser. Y fue Elizabeth la primera en hablar después de un doloroso, embotado intervalo de días. No desde luego, del estúpido nombrecito que ya no nombraba a nadie, sino de la oscuridad que dominaba su alma. Habían atravesado juntos las vías tumultuosas y llenas de gritos de la ciudad, el clamor del comercio, el de las vociferantes religiones que competían entre ellas, el del llamamiento político, todos ellos se habían topado con oídos sordos. El resplandor de las luces de los focos, de las letras danzantes y de los feroces anuncios habían caído sobre rostros rígidos y desgraciados sin recibir la menor atención. Tomaron la cena en el comedor en un sitio aparte.

—Quiero —dijo Elizabeth torpemente— ir hasta las plataformas de vuelo, a aquel banco. Aquí no se puede decir nada.

Denton la miró.

—Será de noche —apuntó.

—He preguntado. Hace bueno.

Se detuvo.

Comprendió que ella no podía encontrar palabras para explicarse. De repente se dio cuenta de que ella quería ver las estrellas una vez más, las estrellas que habían observado juntos desde el campo en aquella loca luna de miel de hacía cinco años. Algo le anudó la garganta. Miró a lo lejos.

—Tendremos mucho tiempo para ir —dijo en un tono de lo más corriente.

Por fin fueron a su banquito en las plataformas de vuelo y estuvieron sentados largo rato en silencio. El banquito estaba en sombra, pero el cenit era de un azul pálido con el resplandor de la plataforma por encima de ellos y toda la ciudad se extendía bajo ellos, cuadrados y círculos y manchas brillantes apresadas en una malla de luz. Las pequeñas estrellas parecían muy débiles y diminutas: con todo lo cercanas que habían estado para el observador antiguo, ahora se habían convertido en algo infinitamente remoto. Sin embargo uno podía verlas en las oscurecidas manchas entre el resplandor, y, especialmente en el cielo en dirección norte, a las antiguas constelaciones que se deslizaban constante y pacientemente en torno al Polo. Nuestra pareja estuvo largo tiempo en silencio, y finalmente Elizabeth

suspiró.

—Si comprendiera —dijo ella—, si pudiera comprender. Cuando uno está aquí abajo allá la ciudad lo parece todo, el ruido, la prisa, las voces... hay que vivir, hay que luchar. Aquí no es nada, algo que pasa. Se puede pensar en paz.

—Sí —dijo Denton—. ¡Qué frágil es todo ello! Desde aquí más de la mitad está tragado por la noche... Desaparecerá.

—Nosotros desapareceremos primero —dijo Elizabeth.

—Lo sé —dijo Denton—. Si la vida no fuera un instante, toda la historia parecería como el suceso de un día... Sí, desapareceremos. Y la ciudad desaparecerá, y todo lo que ha de venir. El hombre y el superhombre y maravillas inefables. Y no obstante...

Se detuvo y luego comenzó de nuevo.

—Sé lo que sientes. Al menos me imagino... Allá abajo uno piensa en su trabajo, en las pequeñas vejaciones y placeres, la comida y la bebida y la comodidad y el dolor. Uno vive y tiene que morir. Allá abajo todos los días nuestro sufrimiento parecía el fin de la vida... Aquí arriba es diferente. Por ejemplo, allá abajo parecería casi imposible seguir viviendo si uno estuviera horriblemente desfigurado, horriblemente mutilado, deshonorado. Aquí arriba, bajo estas estrellas, nada de eso importaría. A ellas no les importa... Son parte de algo. Parece como que uno comprendiera ese algo, bajo las estrellas...

Se detuvo. Las vagas e impalpables ideas que tenía en la cabeza, nebulosas emociones medio conformadas en conceptos, desaparecían ante la tosca capacidad de expresión de las palabras.

—Es difícil de expresar —dijo sin convicción.

Siguieron sentados en una larga quietud.

—Está bien venir aquí —dijo por fin—. Nos detenemos, nuestras mentes son muy limitadas. Después de todo no somos más que pobres animales que venimos de las bestias, cada uno con una mente, los pobres comienzos de una mente. Somos tan estúpidos. Tantas cosas duelen. Y no obstante...

—Lo sé, lo sé, y algún día comprenderemos.

—Toda esta terrible tensión, toda esta disonancia terminará en armonía, y lo sabremos. Nada lo es, pero se orienta hacia ella. Nada. Todos los fracasos, los seres más pequeños apuntan a esa armonía. Veremos que todo es necesario para ella. Veremos. Nada,

ni siquiera el ser más horrible, puede excluirse. Ni el más trivial. Cada uno de tus golpecitos de martillo sobre el latón, cada momento de trabajo, mi vagancia incluso... ¡Nuestra querida hija! Cada momento de nuestra pobre hijita... Todas estas cosas continúan por siempre. Y las borrosas e impalpables. Nosotros, sentados aquí juntos. Todo... La pasión que nos unió, y lo que le ha pasado desde entonces. Ya no es pasión ahora. Más que nada es sufrimiento. Cariño...

No pudo decir más, no pudo ir más lejos con sus pensamientos.

Elizabeth no respondió, estaba muy quieta, pero pronto buscó su mano y la encontró.

IV

En los bajos fondos

Bajo las estrellas uno puede estirarse hacia arriba y llegar a la resignación cualquiera que sea la desgracia, pero en el calor y la tensión del día de trabajo caemos de nuevo, vienen la indignación y la ira y los estados de ánimo intolerables. ¡Qué pequeña es toda nuestra magnanimidad, un accidente, una fase! Hasta los santos antiguos tenían primero que huir del mundo. Y Denton y Elizabeth no podían huir de su mundo, ya no había caminos abiertos hacia tierras sin dueño donde los hombres pudieran vivir libremente aunque con privaciones y mantener la paz de sus almas. La ciudad había engullido a la humanidad.

Durante algún tiempo a estos dos Siervos del Trabajo les mantuvieron en las ocupaciones originales, a ella en el estampado de latón y a Denton en la prensa. Luego él tuvo un cambio que le proporcionó experiencias frescas y aún más amargas de la vida en los bajos fondos de la gran ciudad. Le trasladaron al cuidado de una prensa bastante más complicada en la fábrica central del Monopolio de Baldosas de Londres.

En esta nueva situación tenía que trabajar en una larga sala abovedada con algunos hombres más, la mayor parte Siervos del

Trabajo de nacimiento. Accedió de mala gana a este trato social. Su educación había sido refinada, y, hasta que su mala suerte le hizo llevar esa vestimenta, no había hablado nunca en su vida con los rostros pálidos vestidos de lona azul excepto para dar órdenes o por alguna necesidad inmediata. Ahora finalmente había llegado el contacto. Tenía que trabajar junto a ellos, compartir las herramientas, comer con ellos. Tanto a Elizabeth como a él esto les pareció una degradación más.

Esta aversión le habría parecido extrema a un hombre del siglo XIX. Pero, lenta e inevitablemente, en los años intermedios se había abierto un abismo entre los que vestían la lona azul y las clases superiores, una diferencia no sólo de circunstancias y hábitos de vida, sino de hábitos de pensamiento, incluso de lenguaje. Los bajos fondos habían desarrollado un dialecto propio: arriba, también, había surgido un dialecto, un código de pensamiento, una lengua de cultura que aspiraba a aumentar permanentemente las distancias entre ella misma y la vulgaridad mediante una diligente búsqueda de nuevas distinciones.

Además el lazo de la fe ya no mantenía unida a la raza. Los últimos años del siglo XIX se caracterizaron por un rápido desarrollo, entre los ricos ociosos, de perversiones esotéricas de la religión popular: glosas e interpretaciones que reducían las amplias enseñanzas del carpintero de Nazaret a la estrechez exquisita de sus vidas. Y a pesar de sus inclinaciones hacia las antiguas formas de vida ni Elizabeth ni Denton habían sido lo suficientemente originales como para escapar a la influencia de su entorno. En asuntos de comportamiento corriente habían seguido las pautas de su clase, así que cuando finalmente se convirtieron en Siervos del Trabajo les pareció que caían entre ofensivos animales inferiores. Se sintieron como se hubiera podido sentir un duque o una duquesa del siglo XIX que hubiera tenido que alojarse en el Jago.

Su impulso natural le inclinó a *guardar las distancias*. Pero la primera intención de Denton de mantener un digno aislamiento en el nuevo entorno fue pronto desbaratada con rudeza. Se había imaginado que la caída a la posición de Siervo del Trabajo era el final de la lección, que cuando su hijita había muerto habían tocado fondo en la vida, pero ciertamente no era más que el comienzo. La vida nos exige algo más que asentimiento. Y ahora en una sala llena

de obreros atendiendo a la máquina había de aprender una lección más amplia, de conocer otro factor en la vida, un factor tan elemental como la pérdida de cosas que nos son queridas, más elemental incluso que el trabajo.

Que desalentara la conversación con su silencio fue una causa inmediata de ofensa, se interpretó, bastante correctamente, me temo, como desprecio. Su ignorancia del dialecto vulgar, algo de lo que hasta entonces había estado orgulloso, de repente revistió un nuevo aspecto. No comprendió al instante que su reacción a los comentarios groseros y estúpidos, pero bienintencionados, que saludaron su aparición tuvo que sentar a sus autores como puñetazos en la cara.

—No entiendo —dijo con bastante frialdad, y a la aventura—. No, gracias.

El hombre que se le había dirigido le clavó la mirada, frunció el ceño y se dio la vuelta.

Un segundo, que también fracasó con el oído desacostumbrado de Denton, se tomó la molestia de repetir su comentario y Denton descubrió que le estaba ofreciendo el uso de una lata de aceite. Dio las gracias educadamente y el hombre se embarcó en una inquisitiva conversación. Denton, subrayó, había sido un elegante y el quería saber cómo había dado en llevar la lona azul... Obviamente esperaba un interesante relación de vicios y extravagancias. ¿Había estado Denton alguna vez en una ciudad de placer? Denton iba a descubrir rápidamente hasta qué punto la existencia de estos maravillosos lugares de disfrute calaba y viciaba los pensamientos y el honor de estos involuntarios y desesperados obreros de los bajos fondos.

Su temperamento aristocrático se sintió ofendido por estas preguntas. Respondió con un escueto:

—No.

El hombre persistió con una pregunta todavía más personal, y esta vez fue Denton el que se dio la vuelta.

—¡Puñetas! —exclamó el interlocutor, muy asombrado.

Pronto se le metió a Denton en la cabeza que esta notable conversación estaba siendo repetida en tonos indignados a oyentes más afines y que levantaba asombro y carcajadas irónicas. Miraron a Denton con un interés manifiestamente acrecentado. Comenzó a

notar una curiosa sensación de aislamiento. Intentó pensar en la prensa y sus extrañas peculiaridades...

Las máquinas mantenían a todos muy ocupados al principio, luego venía un receso. Era sólo un intervalo para un tentempié. Demasiado breve para poder ir a un comedor de la Compañía del Trabajo. Denton siguió a sus compañeros de trabajo a una corta galería en la que había algunos cubos de basuras y desechos de las prensas.

Cada hombre sacó un paquete con comida. Denton no tenía paquete alguno. El director, un joven descuidado que tenía el puesto por enchufe, había omitido avisar a Denton que era necesario hacer una solicitud para esta provisión. Se quedó de pie, solo y hambriento. Los otros se juntaron en un grupo y hablaban en tonos bajos mirándole una y otra vez. Se puso nervioso. Le costaba cada vez más esfuerzo mantener la apariencia de que no le importaba. Intentó pensar en las palancas de la nueva prensa.

Pronto uno de ellos, hombre más bajo, pero mucho más ancho y fuerte que Denton, se le acercó. Denton se volvió hacia él con toda la indiferencia posible:

—Toma —dijo el delegado, o eso le consideró Denton, tendiéndole un trozo de pan en una mano no muy limpia. Tenía la cara morena con una nariz ancha y la boca inclinada hacia una de las comisuras.

Denton al instante tuvo dudas de si lo hacía por cortesía o como insulto. Su impulso fue el de rechazarlo.

—No, gracias —respondió, y ante el cambio de expresión del hombre—. No tengo hambre.

Llegaron risas del grupo que estaba detrás.

—Os lo dije —comentó el hombre que había ofrecido a Denton la lata de aceite prestada—. Es un señorito, eso es lo que es. No eres bastante bueno para él.

El rostro moreno se puso un poco más oscuro.

—Toma —dijo el propietario, todavía tendiendo el pan y en tono más bajo—. Tienes que comértelo, ¿entiendes?

Denton miró el rostro amenazador que tenía delante y le pareció que extrañas y finas corrientes de energía le recorrían el cuerpo y las extremidades.

—No lo quiero —respondió intentando una sonrisa agradable

que se crispó y falló.

El hombre, decidido, adelantó el rostro y el pan se convirtió en una amenaza física en su mano. La mente de Denton se concentró apresuradamente en un único problema: el de los ojos de su antagonista.

—Cómetelo —insistió el moreno.

Hubo una pausa, y luego los dos se movieron con rapidez. El trozo de pan describió una trayectoria complicada, una curva que habría terminado en la cara de Denton, y entonces el puño de éste golpeó la muñeca de la mano que lo agarraba y voló hacia arriba, fuera del conflicto, jugado ya su papel.

Retrocedió rápidamente con los puños cerrados y los brazos tensos. La tez oscura y acalorada se alejó y se transformó en abierta hostilidad a la espera de su oportunidad. Denton se sintió seguro un instante, extrañamente animado y sereno. El corazón le latía con rapidez. Sentía su cuerpo vivo e incandescente hasta la última partícula.

—¡Bronca, chicos! —gritó alguien, y luego la figura morena había saltado hacia adelante, se había echado atrás y a los lados y vuelto de frente. Denton lanzó golpes y fue golpeado. Le dio la sensación de tener uno de los ojos deshecho y sintió un labio suave bajo el puño justo antes de que le golpearan de nuevo, esta vez bajo la barbilla. Un gran abanico de agujas se abrió de repente. Momentáneamente estuvo convencido de tener la cabeza rota en pedazos y luego algo le golpeó la cabeza y la espalda por detrás y la pelea se hizo impersonal y sin interés.

Era consciente de que el tiempo, segundos o minutos, había pasado, abstracto e inmutable. Yacía con la cabeza en un montón de cenizas y algo húmedo y caliente le corría rápido por el cuello. La primera conmoción se disolvió en sensaciones puntuales. Toda la cabeza le latía, el ojo y la barbilla latían intensamente y en la boca tenía sabor a sangre.

—Está bien —dijo una voz—. Abre los ojos.

—Le está bien empleado —intervino una segunda voz.

Sus compañeros estaban de pie a su alrededor. Hizo un esfuerzo y se incorporó. Puso la mano en la parte posterior de la cabeza y tenía el pelo húmedo y lleno de cenizas. Una carcajada saludó al gesto. Tenía el ojo parcialmente cerrado. Se percató de lo que había

pasado. Su momentánea previsión de una victoria final había desaparecido.

—Parece sorprendido —dijo alguien.

—¿Quieres más? —preguntó un gracioso, y a continuación imitando el acento de Denton—. No, gracias.

Denton vio al hombre moreno con un pañuelo manchado de sangre delante de la cara y un tanto en el trasfondo.

—¿Dónde está el trozo de pan que tiene que comer? —dijo un individuo pequeño con cara de hurón, y buscó con el pie en las cenizas del cubo de basura próximo.

Denton tuvo un momento de debate interno. Sabía que el código del honor requería que un hombre siguiera la pelea que había comenzado hasta el amargo final, pero éste era su primer paladeo de la amargura. Estaba decidido a levantarse de nuevo, pero no sintió un impulso apasionado. Se le ocurrió, aunque la idea no se presentó como una espuela violenta, que quizá, después de todo, era un cobarde. Durante un rato tuvo la voluntad tan pesada como una barra de plomo.

—Aquí está —dijo el hombrecillo con cara de hurón, y se inclinó a coger un trozo lleno de ceniza. Miró a Denton y luego a los otros.

Lenta y desganaadamente, Denton se puso en pie. Un albino de cara sucia tendió la mano al de rostro de hurón.

—Dame ese mendrugo —dijo, y avanzó amenazador, pan en mano, hacia Denton—. Así que todavía no has llenado la barriga, ¿eh?

Ahora se estaba acercando.

—No, no la he llenado —respondió Denton cogiendo aliento, y decidió atacar a este bruto tras la oreja antes de quedarse sin sentido otra vez. Se asombró de lo mal que se había juzgado por adelantado. Unas cuantas ridículas embestidas y abajo se fue de nuevo. Observó los ojos del albino. Éste tenía la mueca burlona y segura del que planea una broma simpática. A Denton le punzó la repentina percepción de humillaciones por venir.

—Déjale solo, Jim —dijo el hombre moreno repentinamente por encima del trapo manchado de sangre—. A ti no te ha hecho nada.

La mueca del albino desapareció. Se detuvo. Miró a uno y a otro. A Denton le pareció que el moreno exigía el privilegio de su destrucción. El albino hubiera sido mejor.

—Déjale solo —repitió el moreno—. ¿Entiendes? Ya ha tenido lo suyo.

Un estruendo de campana alzó la voz resolviendo la situación. El albino dudó.

—Suerte has tenido —dijo añadiendo una sucia metáfora y se volvió con los otros hacia la sala de prensa de nuevo.

—Espera al final del turno, amigo —añadió el albino por encima del hombro como ocurrencia tardía.

El moreno esperó a que el albino le precediera. Denton comprendió que tenía un respiro.

Los hombres pasaron hacia una puerta abierta. Denton se dio cuenta de sus obligaciones y se apresuró a unirse al final de la cola. En la puerta de la galería abovedada de las prensas un policía del trabajo con uniforme amarillo marcaba una tarjeta. Había ignorado la hemorragia del moreno.

—Date prisa —le dijo a Denton.

—¡Vaya! —exclamó a la vista de su desaliño facial—. ¿Quién te ha golpeado?

—Es asunto mío —dijo Denton.

—No, si afecta a tu trabajo, no lo es —dijo el hombre de amarillo—. Cuidado con eso.

Denton no respondió. Él era un bruto, un trabajador que vestía lona azul. Sabía que las leyes contra el asalto y la agresión no eran para los de su clase. Fue a su prensa.

Podía sentir la piel de la frente y la barbilla y la cabeza estirándose en nobles moretones. Sintió el latido y el dolor de cada contusión al dilatarse. Su sistema nervioso se ralentizó hasta el letargo. A cada movimiento en los ajustes de la prensa sentía que levantaba un peso. Y en cuanto a su honor, eso también latía y resoplaba. ¿En qué posición estaba? ¿Qué había ocurrido exactamente en los últimos diez minutos? ¿Qué vendría a continuación? Sabía que había cantidad de cosas que meditar, pero no podía pensar salvo en rachas desordenadas.

Su estado de ánimo era una especie de asombro inactivo. Todas sus concepciones se habían venido abajo. Había considerado su seguridad frente a la violencia física como innata, como una de las condiciones de la vida. Y así, desde luego, había sido mientras vestía la indumentaria de la clase media, mientras tenía las

posiciones de la clase media que le servían de defensa. Pero ¿quién iba a interferir entre brutos del Trabajo que se peleaban entre sí? Y ciertamente en esos tiempos nadie lo haría. En los bajos fondos no había ley entre un hombre y otro. La ley y la maquinaria del Estado se habían convertido para ellos en algo que los mantenía sometidos, que los apartaba de gran cantidad de la propiedad y el placer deseables, y eso era todo.

La violencia, ese océano en el que los brutos vivían perpetuamente y de la que mil diques y dispositivos habían protegido nuestra azarosa vida civilizada, había fluido de nuevo por los sótanos que se hundían y los había sumergido. Los puños mandaban. Denton había dado por fin con lo elemental, el puño y la trampa, la voluntad tenaz y la camaradería, igual que sucedía al principio de los tiempos.

El ritmo de su máquina cambió y los pensamientos se le interrumpieron. Al poco pudo pensar de nuevo. ¡Era extraño lo rápido que habían pasado las cosas! No guardaba hacia los hombres que le habían dado la paliza un rencor muy vivo. Estaba amoratado e instruido. Ahora veía con absoluta imparcialidad lo razonable de su impopularidad. Se había comportado como un idiota. El desdén, el aislamiento son privilegios del fuerte. El aristócrata caído que se aferra todavía a su distinción inútil es con toda seguridad el caso de afectación más lamentable de todo este mundo que clama. ¡Cielos! ¿Qué tenía él que despreciar en estos hombres? ¿Qué lástima no haber comprendido todo esto mejor cinco horas antes! ¿Qué ocurriría al final de la sesión? No podía decir. No podía imaginárselo. Era incapaz de imaginar los pensamientos de estos hombres. Únicamente captaba su hostilidad y completa ausencia de simpatía. Vagas posibilidades de vergüenza y violencia se perseguían unas a otras por su cabeza. ¿Podría diseñar algún arma? Recordó su agresión al hipnotizador, pero aquí no había lámparas sueltas. No veía nada que pudiera coger para defenderse.

Durante un rato pensó en salir como un rayo hacia la seguridad de las vías públicas inmediatamente después de terminada la sesión de trabajo. Aparte de la trivial consideración del respeto de sí mismo, comprendió que eso significaría únicamente posponer y agravar estúpidamente el problema. Vio al cara de hurón y al albino hablando juntos y mirando hacia él. Al poco estaban hablando con

el moreno que intencionadamente le daba su ancha espalda.

Por fin llegó el final de la segunda sesión. El prestador de las latas de aceite paró su prensa bruscamente y se volvió limpiándose la boca con el dorso de la mano. Sus ojos mostraban la expectación tranquila del que se sienta en un teatro.

Era el momento de la crisis y todos los nerviecillos del cuerpo de Denton parecían saltar y bailar. Había decidido presentar pelea si se le ofrecía cualquier nueva humillación. Paró su prensa y se volvió. Afectando una gran tranquilidad caminó bajo la bóveda y entró en el pasillo de los depósitos de ceniza sólo para descubrir que había dejado la chaqueta, que se había quitado por el calor de la bóveda, junto a la prensa. Volvió. Se dio de cara con el albino. Oyó al cara de hurón en tono de protesta:

—Realmente debería... comerlo —dijo—. Debería... realmente.

—No, déjale —dijo el moreno.

Aparentemente no le iba a pasar nada más ese día. Salió al pasillo y a la escalera que subía a las cintas transportadoras de la ciudad. Emergió al lívido brillo y al fluido movimiento de las calles públicas. El rostro desfigurado se le hizo agudamente presente y palpó las hinchadas magulladuras con una mano lánguida e inquisitiva. Subió a la cinta más rápida y se sentó en un banco de la Compañía del Trabajo.

Se sumió en una modorra pensativa. Vio los peligros y tensiones inmediatos de su posición con una especie de claridad estática. ¿Qué haría mañana? No podía decir. ¿Qué pensaría Elizabeth de su embrutecimiento? No podía decir. Estaba exhausto. Pronto, una mano en el brazo le sacó de sus cavilaciones. Levantó la vista y vio al moreno sentado a su lado. Se sobresaltó. ¡Seguro que en una vía pública estaba protegido contra la violencia!

En el rostro del moreno no quedaban huellas de su participación en la pelea. Su expresión no comportaba hostilidad alguna, parecía casi respetuosa.

—Disculpa —dijo con ausencia total de truculencia.

Denton se dio cuenta de que no intentaba ninguna agresión. Miró fijamente a la espera de lo que viniera a continuación. Era evidente que la frase siguiente era premeditada.

—Lo-que-iba-a-decir-era-esto... —dijo el moreno que se quedó en silencio buscando más palabras.

—Lo-que-iba-a-decir-era-esto —repitió.

Finalmente abandonó la estrategia preparada.

—Tienes razón —gritó poniendo una mano sucia en la mugrienta manga de Denton—. Tienes razón. Eres un caballero. Lo siento, lo siento mucho. Quería decírtelo.

Denton se dio cuenta de que en el hombre debían de existir motivos más importantes que el puro impulso a procedimientos abominables. Meditó y se tragó un orgullo indigno.

—No quería ofenderte —dijo— al rechazar el trozo de pan.

—Lo hice en plan amistoso —dijo el moreno recordando la escena, pero... delante de ese maldito Whitey y su risita, bueno, tenía que pelear.

—Sí —dijo Denton con repentino fervor—, fui un estúpido.

—¡Ah! —dijo el moreno con gran satisfacción—. Eso está bien. ¡Chócala!

Y Denton le estrechó la mano.

La cinta transportadora corría por el establecimiento de un moldeador de rostros y la parte inferior de la fachada consistía en un espejo con gigantesco despliegue, pensado para estimular el ansia de unas facciones más regulares. Denton vio el reflejo de su nuevo amigo y el suyo propio enormemente retorcido y ensanchado. Su propia cara estaba hinchada, reducida a un solo lado y manchada de sangre, una mueca de amabilidad idiota e insincera distorsionaba la anchura. Un mechón de pelo le tapaba un ojo. El truco del espejo presentaba al moreno como una gruesa expansión del labio y las ventanas nasales. Luego, bruscamente, esta visión pasó... para volver a la memoria en las anémicas meditaciones de una aurora sin haber pegado ojo. Cuando estrechaba las manos el moreno hizo una confusa observación en el sentido de que siempre había sabido que se llevaría bien con un caballero si alguno se cruzaba en su vida. Prolongó el apretón hasta que Denton, bajo la influencia del espejo, retiró la mano. El moreno se puso pensativo, escupió de modo impresionante en la cinta transportadora y retomó su tema.

—Lo que iba a decir era esto.

Se le puso la voz áspera y meneó la cabeza en dirección al pie. A Denton le entró curiosidad.

—Continúa —dijo atento.

El moreno se decidió. Agarró el brazo de Denton y adoptó una actitud familiar.

—Perdona —dijo—. El hecho es que no sabes pelear. Bueno, no sabes cómo empezar. Te matarán si no haces caso. Sujetando las manos. ¡Así!

Subrayó su declaración con increpaciones y observando con recelo el efecto de cada juramento.

—Por ejemplo. Eres alto. Brazos largos. Tienes un alcance mayor que ninguno de la maldita bóveda. ¡Puñetas!... pero pensé que tenía delante a un duro. En lugar de lo que... Perdona. De haberlo sabido no te habría golpeado. Es como sacos peleando. No está bien. Tus brazos parecían colgados de ganchos. Completamente, colgados de ganchos. Eso.

Denton miró fijamente y luego se sorprendió e hizo daño a su magullada barbilla con una repentina carcajada. Amargas lágrimas le asomaron a los ojos.

—Continúa —dijo.

El moreno volvió a su fórmula. Fue lo bastante bueno para decir que le gustaba el aspecto de Denton, pensaba que le había hecho frente con extraordinaria valentía. Sólo que la valentía no sirve para nada, para maldita nada de nada si no sujetas las manos.

—Lo que iba a decir era esto. Déjame enseñarte a pelear. Déjame. Eres ignorante, no tienes clase. Pero podrías ser un púgil decente, muy decente. Entrenando. Eso es lo que quería decir.

Denton dudó.

—Pero no te puedo dar nada.

—Ya está el caballero de pies a cabeza —dijo el moreno—. ¿Qué pretendes?

—Pero ¿y tu tiempo?

—Si no consigues aprender a pelear te matarán. No lo dudes lo más mínimo.

Denton pensó.

—No sé —dijo.

Miró la cara que tenía delante que delataba a gritos la tosquedad nativa. Sintió una rápida repulsión de su amabilidad transitoria. Le parecía increíble que necesariamente tuviera que endeudarse con semejante individuo.

—Los muchachos están siempre peleándose —dijo el moreno—.

Siempre. Y, por supuesto, si alguien se entusiasma y te golpea de forma vital...

—¡Por Dios! —gritó Denton—. ¡Ojalá alguien...!

—Desde luego si piensas así...

—No entiendes.

—Quizá no entienda —dijo el moreno—, y se sumió en un rabioso silencio.

Cuando habló de nuevo su voz era menos simpática, dio un codazo a Denton a modo de apelación.

—¡Atiende! —dijo—, ¿vas a dejarme que te enseñe a pelear?

—Es de una gran amabilidad por su parte —respondió Denton—, pero...

Hubo una pausa. El moreno se levantó y se inclinó sobre Denton.

—Demasiado caballero, ¿eh? Tengo la cara roja... ¡Cielos! Eres... eres un maldito estúpido.

Se volvió y al instante Denton se dio cuenta de la verdad de la observación.

El moreno descendió con dignidad hasta un cruce y Denton tras un momentáneo impulso de persecución, permaneció en la cinta transportadora. Durante un rato tuvo la cabeza llena con todo lo que había pasado. En un solo día su elegante mecanismo de resignación había quedado hecho pedazos sin esperanza alguna de arreglo. La fuerza bruta, lo último, lo fundamental imponía su presencia en todas sus explicaciones, interpretaciones y consolaciones y sonreía burlona y enigmáticamente. Aunque estaba cansado y hambriento no siguió directamente al Hotel del Trabajo donde encontraría a Elizabeth. Se percató de que estaba empezando a pensar, sentía un gran deseo de pensar, así que envuelto en una monstruosa nube de meditación hizo el circuito de la ciudad en la cinta transportadora por dos veces. Imagínenselo, lanzado por la reluciente ciudad con voz de trueno a una velocidad de cincuenta millas por hora, la ciudad del planeta que gira por su inexplorada órbita a través del espacio a muchos miles de millas por hora, terriblemente acobardado y tratando de comprender por qué su corazón y su voluntad habían de sufrir y, no obstante, seguir vivo.

Cuando finalmente volvió con Elizabeth, ella estaba pálida y ansiosa. De no haber sido por sus propias preocupaciones, hubiera observado que tenía problemas. Lo que más temía era que quisiera

saber cada detalle de sus humillaciones, que se volviera compasiva o se sintiera indignada. Notó cómo arqueaba las cejas al verlo.

—Me han maltratado —dijo y jadeó—. Está demasiado reciente, demasiado caliente. No quiero hablar de ello.

Se sentó con un inevitable aire de mal humor.

Lo miró atónita, y cuando logró comprender algo del significativo jeroglífico del magullado rostro sus labios palidieron. Su mano, más delgada ahora que en los días de prosperidad y con el dedo índice algo cambiado por el perforado metálico que hacía, se apretó convulsivamente.

—¡Qué mundo tan horrible! —exclamó, y no dijo más.

En los últimos tiempos se habían convertido en una pareja muy silenciosa. Apenas si se dijeron palabra esa noche, cada uno siguió sus propios pensamientos. A altas horas, mientras Elizabeth yacía despierta, Denton, que hasta entonces había estado tan quieto como un muerto, tuvo un sobresalto repentino junto a ella.

—No puedo soportarlo —gritó Denton—, y no lo soportaré.

Ella lo vio en la oscuridad, incorporándose. Vio su brazo lanzar algo parecido a un furioso golpe contra la tiniebla nocturna. Luego estuvo quieto un rato.

—Es demasiado, es más de lo que se puede soportar.

No pudo decir nada. A ella, también, le parecía que hasta allí era lo más que se podía llegar. Esperó en una larga quietud. Podía ver que Denton estaba sentado con los brazos rodeando las rodillas y la barbilla casi tocándolas. Luego se rió.

—No —dijo por fin—, voy a soportarlo. Eso es lo curioso. No tenemos ni pizca de suicidas, ni una pizca. Supongo que toda la gente con una veta de suicida se ha ido. Nosotros vamos a pasar por todo hasta el final.

Elizabeth, en lúgubres pensamientos, se dio cuenta de que también eso era cierto.

—Vamos a pasar por todo, a pensar en todos los que han pasado por ello: todas las generaciones sin fin, sin fin. Pequeñas bestias que mordían y gruñían, mordiendo y gruñendo, mordiendo y gruñendo generación tras generación.

Su monótona perorata terminó bruscamente siendo retomada después de un largo intervalo.

—Hubo noventa mil años de Edad de Piedra. Un Denton en

algún sitio durante todos esos años. Sucesión apostólica. La gracia de pasar por ello. Veamos. Noventa, novecientos, nueve por tres veintisiete, *¡tres mil generaciones de hombres!* Hombres más o menos. Y cada uno luchó y fue magullado y humillado y de alguna manera resistieron, pasaron por todo y lo transmitieron... Y miles más en el futuro quizá, ¡miles! Transmitirlo. Me pregunto si nos lo agradecerán. —Su voz adquirió un tono dialéctico—. Si uno pudiera encontrar algo definitivo... Si uno pudiera decir éste es el porqué, éste es el porqué de que todo siga.

Se quedó quieto, y los ojos de Elizabeth lentamente lo separaron de la oscuridad hasta que finalmente ella pudo ver cómo estaba sentado con la cabeza descansando sobre la mano. Sintió la enorme lejanía de sus mentes, aquella oscura sugerencia de otro ser le pareció una imagen de su entendimiento mutuo. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué no diría a continuación? Pareció pasar otro siglo antes de que suspirara y susurrara.

—¡No. No lo entiendo. No!

Luego un largo intervalo y volvió a repetirlo. Pero la segunda vez casi tenía el tono de una solución.

Se dio cuenta de que se preparaba para acostarse. Observó sus movimientos, percibió con asombro cómo ajustaba la almohada teniendo cuidadosamente en cuenta la comodidad. Se acostó con un suspiro casi de contento. La pasión se había ido. Yacía quieto y pronto su respiración se hizo regular y profunda.

Pero Elizabeth permaneció con los ojos muy abiertos en la oscuridad hasta que el clamor de una campana y el repentino brillo de una luz eléctrica les avisó de que la Compañía del Trabajo los necesitaba un día más.

Ese día trajo una refriega con el albino Whitey y con el hombrecillo de cara de hurón. Blunt, el moreno artista del pugilismo, habiendo dejado primero que Denton comprendiera la importancia de su lección, intervino no sin cierto aire de patronazgo.

—Bájale los humos, Whitey y déjale —sonó su gruesa voz con una salva de improperios—. ¿No ves que no sabe pelear?

Y Denton, que yacía tumbado vergonzosamente en el polvo, comprendió que tenía que aceptar aquellas lecciones después de todo. Se disculpó directa y claramente. Se levantó gateando y se

acercó a Blunt.

—Fui un estúpido, tienes razón —reconoció—. Si no es demasiado tarde...

Esa noche, después de la segunda sesión, Denton fue con Blunt a unas zonas abovedadas, en desuso y llenas de lodo, por el Puerto de Londres para aprender los inicios del elevado arte del pugilismo tal y como había sido perfeccionado en el gran mundo de los bajos fondos: cómo golpear o patear a un hombre para hacerle un daño atroz o para que se sintiera horriblemente mal, cómo golpear o patear de forma vital, cómo utilizar el cristal en los propios vestidos a modo de porra y sembrar una ruina total con diversos instrumentos caseros, cómo anticipar y destruir las intenciones del adversario desviándolas en otras direcciones... De hecho, todas las agradables artimañas que habían cobrado auge entre los desheredados de las grandes ciudades de los siglos XX y XXI fueron desplegadas por un representante bien dotado para el aprendizaje de Denton. Blunt perdió la timidez con el avance de la instrucción y desarrolló cierta dignidad de experto, una especie de consideración paternal. Trató a Denton con la máxima consideración propinándole sólo algún golpecito de vez en cuando para mantener vivo el interés y riéndose a carcajadas de un feliz puñetazo de chiripa que le cubrió la boca de sangre.

—Nunca me he cuidado de la boca —dijo Blunt admitiendo un fallo—. Nunca... Parece que no importa que le den a uno un golpe justo en la boca, así, no si se tiene una buena barbilla. El sabor a sangre me sienta bien. Nunca. Pero será mejor que no te dé más golpes.

Denton se fue a casa para dormirse exhausto y despertarse a altas horas con todos los miembros doliéndole y todas las magulladuras escociendo. ¿Merecía la pena seguir viviendo? Escuchó la respiración de Elizabeth y, recordando que debía de haberla despertado la noche anterior, se quedó muy quieto. Estaba harto, con un asco infinito, de las nuevas condiciones de vida. Lo odiaba todo, odiaba incluso al genial salvaje que tan generosamente le había protegido. El monstruoso fraude de la civilización brilló con total claridad ante sus ojos. Lo vio como un cáncer vasto y lunático que producía por abajo un torrente cada vez más profundo de salvajismo y por arriba una elegancia más y más frágil y un

despilfarro más estúpido. No veía ninguna razón redentora, ningún toque de honor, ni en la vida que había llevado ni en la que había caído. La civilización se le presentaba como un producto catastrófico al que importaban tan poco los hombres, salvo como víctimas, como a un ciclón o a una colisión planetaria. Él, y por tanto toda la humanidad, parecía vivir absolutamente en vano. Buscó mentalmente algunos extraños recursos para escapar, si no para él al menos para Elizabeth, aunque en realidad los quería para él. ¿Y si salía a la caza de Mures y le contaba sus desastres? Le asombró la idea de que Mures y Bindon hubieran desaparecido de sus vidas tan completamente. ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? De eso pasó a pensamientos completamente infames. Y finalmente, no saliendo de ninguna forma de aquel tumulto mental sino terminando con él como la aurora acaba con la noche, llegó a la conclusión clara y obvia de la noche anterior: la convicción de que tenía que pasar por aquello, de que, aparte de cualquier otro punto de vista más remoto y que satisficiera plenamente su pensamiento y energía, tenía que hacer frente y luchar con sus camaradas y comportarse como un hombre.

La segunda noche de instrucción fue quizá menos horrible que la primera, y la tercera se hizo incluso soportable, pues Blunt dejó caer algunos elogios. El cuarto día Denton se enteró por casualidad de que el cara de hurón era un cobarde. Pasó una quincena de odios diurnos y febril instrucción nocturna. Blunt, con muchas blasfemias, juraba que jamás había tenido un alumno tan hábil. Y Denton soñaba toda la noche con patadas, contraataques, ganchos y trucos astutos. Durante todo ese tiempo no intentaron más ultrajes por miedo de Blunt, y luego llegó la segunda crisis. Blunt no vino un día —posteriormente admitió haberlo hecho deliberadamente— y a lo largo de una tediosa mañana Whitey esperó al intervalo entre las dos sesiones con ostentosa impaciencia. No sabía nada de las lecciones de pugilismo y se pasó el tiempo hablando a Denton y a todos los de la bóveda en general de algunas prácticas desagradables que tenía pensadas.

Whitey no era popular y la gente se congregó para verlo abusar del novato sólo con lánguido interés. Pero todo cambió cuando el intento de Whitey de abrir la pelea pateando a Denton en la cara se encontró con una maniobra excelentemente ejecutada de detención,

sujeción y lanzamiento que completó la trayectoria del pie de Whitey en su órbita y dio con su cabeza en el montón de cenizas que en otro momento había recibido la de Denton. Whitey se levantó un tono más blanco, y ahora, con grandes blasfemias, decidido a provocar heridas vitales. Hubo momentos indecisos, frustradas acometidas que ahondaron la perplejidad evidentemente en aumento de Whitey, y luego las cosas terminaron en una masa con Denton en la parte superior sujetando con las manos el cuello de Whitey y con la rodilla sobre su pecho. Un lacrimoso Whitey con la cara negra, la lengua fuera y un dedo roto trataba de explicar el malentendido por medio de roncós sonidos. Además estaba claro que entre los allí presentes nunca había habido una persona más popular que Denton. Denton, tomadas las debidas precauciones, liberó a su antagonista y se puso en pie. Parecía que la sangre se le había tornado una especie de fuego líquido, los miembros se sentían ligeros y sobrenaturalmente fuertes. La idea de que era un mártir en la máquina de la civilización se le había ido de la cabeza. Era un hombre en un mundo de hombres.

El hombrecillo cara de hurón fue el primero en la competición por darle palmaditas en la espalda. El prestador de las latas de aceite era un sol radiante de simpáticas felicitaciones... A Denton le parecía increíble que se le hubiera pasado jamás por la imaginación desesperarse.

Denton estaba convencido de que no sólo tenía que pasar por todo, sino que podía hacerlo. Estaba sentado en el jergón de lona explicando este nuevo aspecto a Elizabeth. Tenía un lado de la cara magullado. Ella no había peleado recientemente, no le habían dado palmaditas en la espalda, no tenía ardientes moretones en la cara, sólo palidez y una nueva arruga o algo así en torno a la boca. Estaba desempeñando su papel de mujer. Miraba atentamente a Denton en su nuevo ánimo profético.

—Siento que hay algo —decía—. Algo que permanece, un Ser de Vida en el que vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser, algo que comenzó hace cincuenta, cien millones de años, quizá, que continúa, continúa creciendo, extendiéndose a cosas más allá de nosotros, cosas que nos justificarán a todos nosotros... que explicarán y justificarán mi pelea..., estas magulladuras, y todos los dolores. Es el escoplo, sí, el escoplo del Hacedor. ¡Ojalá pudiera

hacerte sentir lo que yo siento!, ¡ojalá pudiera hacerlo!

—Lo harás, cariño, sé que lo harás.

—No —dijo en voz baja—. No lo haré.

—Yo habría pensado que sí.

Negó con la cabeza.

—No —dijo—. Yo también he pensado. Lo que dices... no me convence.

Ella lo miró resueltamente a la cara.

—Lo odio —dijo y tomó aliento—. No entiendes, no piensas. Hubo un tiempo en que decías cosas y yo las creía. He aprendido mucho. Tú eres hombre, puedes luchar, abrirte camino. No te importan las magulladuras. Puedes ser rudo y violento, y aún así un hombre. Sí, así sois, así sois. Tienes razón. Sólo que una mujer no es así. Nosotras somos distintas. Nos hemos dejado civilizar demasiado pronto. Los bajos fondos no son para nosotras.

Hizo una pausa y comenzó otra vez.

—¡Lo odio! ¡Odio esta horrible lona! La odio más que... más que lo peor que pudiera suceder. Sólo con tocarla me duelen los dedos. Es horrible para la piel. ¡Y las mujeres con las que trabajo día tras día! Paso las noches en vela pensando que me estaré volviendo como ellas...

Se detuvo.

—Me estoy volviendo como ellas —gritó apasionadamente.

Denton reparó en su angustia.

—Pero —dijo, y se detuvo.

—No entiendes. ¿Qué tengo yo? ¿Qué tengo que pueda salvarme? Tú puedes luchar. Luchar es una tarea de hombres. Pero las mujeres, las mujeres son diferentes... Lo he pensado muy bien, no he hecho otra cosa que pensar día y noche. ¡Mira el color de mi cara! No puedo continuar. No puedo soportar esta vida... no puedo soportarla.

Se detuvo. Dudó.

—No lo sabes todo —dijo bruscamente, y por un instante sus labios exhibieron una amarga sonrisa—. Me han pedido que te deje.

—¡Dejarme!

Ella no respondió, sólo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Denton se levantó bruscamente. Se miraron fijamente y en

silencio durante largo rato.

De repente ella se volvió y bajó la cara en dirección a la cama de lona. No sollozó, no emitió sonido alguno. Se quedó quieta con la cara baja. Después de un enorme y angustioso vacío los hombros se le contrajeron y empezó a llorar en silencio.

—¡Elizabeth! —susurró—. ¡Elizabeth!

Se sentó con mucha suavidad junto a ella, se inclinó y la rodeó con el brazo en una dudosa caricia, buscando vanamente alguna clave para esa situación intolerable.

—Elizabeth —le susurró al oído.

Ella le apartó con la mano.

—¡No puedo tener hijos para que sean esclavos!

Y estalló en un llanto estrepitoso y amargo.

El rostro de Denton cambió, adquirió una palidez de desmayo. Pronto se deslizó fuera de la cama y se puso en pie. Toda la satisfacción había desaparecido de su rostro, siendo sustituida por rabia impotente. Empezó a despotricar y a maldecir a las fuerzas intolerables que le presionaban y a todos los accidentes y encendidas pasiones y descuidos que se mofan de la vida del hombre. Su vocecita se elevó en aquella diminuta habitación y agitó el puño, este animalucho de la tierra, contra todo lo que le rodeaba, contra los millones a su alrededor, contra su pasado y su futuro y contra toda la inmensa vastedad de la agobiante ciudad.

V

Bindon interviene

Bindon, en su juventud, se había metido en especulaciones y había tenido tres brillantes chiripas. Durante el resto de su vida tuvo la sensatez de dejar a un lado las apuestas y el engreimiento de creerse un hombre muy listo. Cierta deseo de influencia y reputación le llevó a interesarse en las intrigas de negocios de la gigantesca ciudad en la que con tan buena suerte había especulado. Se convirtió por fin en uno de los accionistas más influyentes de la

compañía propietaria de las plataformas de vuelo de Londres a las que venían aviones de todas las partes del mundo. Todo esto por lo que se refiere a sus actividades públicas. En su vida privada, era un hombre dedicado al placer. Y la historia de su corazón es la siguiente.

Pero antes de adentrarnos en tamañas profundidades tenemos que dedicar un poco de tiempo al exterior de esta persona. Su base física era delgada, baja y morena, y la expresión de su rostro, que tenía rasgos finos destacados por cosméticos, iba de una insegura satisfacción de sí mismo a un nerviosismo inteligente. Siguiendo la moda limpia e higiénica de la época, se había depilado la cara y la cabeza de forma que el color y contorno de su pelo variaba con la indumentaria que él cambiaba constantemente.

A veces se relajaba con vestidos neumáticos en la línea rococó. Desde los abombados característicos de este estilo y bajo un sombrero translúcido e iluminado vigilaba celosamente con la mirada el respeto del mundo menos elegante. Otras veces resaltaba su elegante delgadez con vestidos ajustados de satén negro. Para dar una sensación de dignidad se ponía anchos hombros neumáticos de los que colgaba un manto de seda china con pliegues cuidadosamente organizados y un Bindon al estilo clásico con calzas de color rosa era también un fenómeno pasajero en la eterna procesión del Destino. En los días en que esperaba casarse con Elizabeth trató de impresionarla y seducirla y al mismo tiempo quitarse de encima algo del peso de cuarenta años llevando el último grito de la moda contemporánea, un traje de material elástico con verrugas y cuernos extensibles que cambiaba de color según caminaba debido a una ingeniosa disposición de cromatóforos versátiles. Y sin duda, de no haber estado el afecto de Elizabeth ya comprometido con el inútil Denton y si sus gustos no hubieran tenido esa extraña inclinación por anticuadas formas de vida, esta concepción extremadamente *chic* la habría embelesado. Bindon, que era uno de esos hombres que siempre invitan al comentario sobre sus vestidos, había consultado al padre de Elizabeth antes de presentarse en ese atavío y Mures le había declarado que era todo lo que deseaba el corazón de una mujer. Pero el asunto del hipnotizador demostró que su conocimiento del corazón de la mujer era incompleto.

Bindon se había hecho a la idea del matrimonio poco tiempo antes de que Mures pusiera en su camino la floreciente feminidad de Elizabeth. Uno de los secretos más queridos de Bindon era su considerable capacidad para una vida pura y sencilla de corte marcadamente sentimental. La idea confería una especie de seriedad patética a los excesos repugnantes, completamente inconsecuentes e irrelevantes que a él le encantaba considerar como maldades elegantes y que alguna buena gente también era tan imprudente como para juzgar de esa deseable manera. Como consecuencia de esos excesos, y también quizás a causa de una tendencia heredada a la decadencia temprana, su hígado quedó seriamente afectado y sufría crecientes incomodidades cuando viajaba en avión. Fue durante su convalecencia de un prolongado trastorno biliar cuando se le ocurrió que a pesar de toda la terrible fascinación del Vicio si encontrara una buena joven, hermosa y afable, de una categoría intelectual no demasiado agresiva que dedicara su vida a cuidarle, quizá todavía pudiera ser salvado para la Virtud, e incluso criar una vigorosa familia a su imagen para solaz de su vejez. Pero como tantos experimentados hombres de mundo, dudaba que hubiera mujeres buenas. De muchas de las que había oído era escéptico en público y temeroso en privado.

Cuando el ambicioso Mures llevó a cabo la presentación de Elizabeth, le pareció que su buena suerte era completa. Se enamoró de ella al instante. Por supuesto que siempre había estado enamorándose desde que tenía dieciséis años siguiendo la extremada variedad de recetas que se puede encontrar en la literatura acumulada en muchos siglos. Pero esto era diferente. Esto era verdadero amor. A él le parecía que hacía aflorar todas las vagas bondades de su naturaleza. Sentía que por amor a ella sería capaz de abandonar la forma de vida que ya le había producido las más graves lesiones en el hígado y en el sistema nervioso. Su imaginación le presentaba imágenes idílicas de la vida del calavera reformado. Nunca sería idealista o estúpido con ella, sino siempre un poco cínico y amargo como correspondía a su pasado. No obstante, estaba seguro de que ella intuiría su verdadera grandeza y bondad. Y a su debido tiempo le confesaría todo, vertería en su escandalizado, bellísimo y a no dudar atentísimo oído, su versión de lo que consideraba sus maldades, mostrando qué complejo de

Goethe, de Benvenuto Cellini, de Shelley y todos esos otros muchachos era él en realidad. Y antes de todo esto la cortejaría con infinita sutileza y respeto. Y la reserva con la que Elizabeth le trataba no le parecía ni más ni menos que exquisita modestia acompañada de una igualmente exquisita carencia de ideas.

Bindon no sabía nada de sus erráticos afectos ni del intento hecho por Mures de utilizar el hipnotismo como correctivo de la digresión de su corazón. Él creía que estaba en los mejores términos con Elizabeth y había tenido mucho éxito con diversos y significativos regalos de joyería y de los cosméticos más eficaces cuando su fuga con Denton puso al mundo patas arriba para él. La primera reacción ante el asunto fue de rabia nacida de la vanidad herida, y como Mures era la persona más conveniente, lanzó sobre él la primera descarga.

Inmediatamente fue a insultar groseramente al desolado padre, después pasó un día activo y resuelto yendo y viniendo por la ciudad y entrevistando gente en un intento sistemático, y en parte con éxito, de arruinar a aquel especulador matrimonial. La naturaleza eficaz de estas actividades le produjo una euforia temporal y fue al comedor que había frecuentado en sus días malvados en un estado de ánimo de *¡al diablo con todo!* y cenó excesiva y alegremente con otros dos dorados jóvenes en los primeros cuarenta. Abandonaba el juego. Ninguna mujer se merecía que fuera bueno con ella y hasta se sorprendió a sí mismo con la veta de ingenioso cinismo que le salió. Una de las otras desesperadas y afiladas lenguas, calentada por el vino, hizo una chistosa referencia a su desilusión, pero en aquel momento no pareció desagradable. A la mañana siguiente se encontró con el hígado y el ánimo inflamados. A patadas hizo pedazos la máquina de noticias fotográficas, despidió a su sirviente, y decidió que se vengaría terriblemente de Elizabeth o de Denton o de alguien. Pero en cualquier caso habría de ser una venganza terrible de forma que el amigo que se había reído de él no volviera a verle como la estúpida víctima de una chica. Sabía algo de la pequeña propiedad que le pertenecía, y que ésta sería el único apoyo de la joven pareja hasta que Mures cediera. Si Mures no se ablandaba y si algo desafortunado ocurría al negocio en el que yacían las expectativas de Elizabeth ellos se encontrarían con tiempos muy difíciles y serían

bastante dúctiles a tentaciones del tipo más siniestro. La imaginación de Bindon, abandonando completamente su hermoso idealismo, desarrolló la idea de las tentaciones de tipo siniestro. Se imaginó a sí mismo como el hombre rico, implacable, intrincado y poderoso en persecución de la doncella que le había desdeñado. Y de repente le vino a la cabeza su imagen, vívida y dominante, y por primera vez en su vida Bindon comprendió el verdadero poder de la pasión. Su imaginación se quedó aparte como un ujier respetuoso que ha hecho su trabajo introduciendo a la emoción.

—¡Dios mío! —gritó Bindon—. ¡La tendré! ¡Aunque tenga que matarme para conseguirla! ¡Y a ese otro tipo...!

Después de una visita al médico y de una penitencia por los excesos de la noche anterior en forma de amargos medicamentos, un Bindon calmado pero absolutamente resuelto salió en busca de Mures. Halló a éste completamente abatido, empobrecido y humilde, en un estado de ánimo de exasperada supervivencia, dispuesto a venderse en alma y cuerpo más para recuperar su perdida posición en el mundo que por ningún interés en una hija desobediente. En la razonable discusión que siguió se acordó que había que dejar a los descarriados jóvenes que se hundieran en la desgracia o posiblemente incluso ayudarlos en esa disciplina que siempre se supera a sí misma mediante la influencia financiera de Bindon.

—¿Y luego? —preguntó Mures.

—Irán a la Compañía del Trabajo —dijo Bindon—. Vestirán la lona azul.

—¿Y luego?

—Se divorciará —respondió, y, plenamente decidido sobre el proyecto, se sentó un momento. En aquel tiempo las austeras limitaciones del divorcio de la época victoriana se habían relajado extraordinariamente y una pareja se podía separar por cien motivos diferentes.

Entonces Bindon dejó repentinamente atónito a Mures y a sí mismo poniéndose de pie de un salto.

—¡Se divorciará de él! —gritó—. Así lo quiero y así se hará. ¡Por Dios que así será! Él será humillado y ella también. A él lo machacaré y lo pulverizaré.

La idea de machacar y pulverizar le excitó aún más. Comenzó a

dar olímpicos pasos por el pequeño despacho.

—¡La tendré! —gritó—. ¡La tendré! ¡Ni el cielo ni el infierno la librarán de mí!

La pasión se extinguió al expresarla y le dejó, al final, simplemente histriónico. Adoptó una pose, y con heroica decisión ignoró una aguda punzada de dolor en torno al diafragma. Mures estaba sentado con la gorra neumática desinflada y a todas luces muy impresionado.

Y así fue cómo, con bastante tenacidad, Bindon se entregó a la tarea de ser la providencia maligna de Elizabeth utilizando con ingeniosa destreza cualquier pizca de ventaja que la riqueza otorgara en aquel tiempo a un hombre sobre sus semejantes. El recurso a los consuelos de la religión no obstaculizó esas operaciones en absoluto. Iba a hablar con un interesante, experimentado y compasivo Padre de la secta Huysmanita del culto de Isis acerca de todas las conductillas irracionales que a él le encantaba considerar como la maldad específicamente suya con la que avergonzaba al cielo, y el interesante, experimentado y compasivo Padre, representando a un cielo avergonzado, con una agradable pretensión de horror sugería penitencias sencillas y fáciles y recomendaba una fundación monástica ventilada, fresca, higiénica y nada masificada para pecadores penitentes visceralmente trastornados de la clase refinada y rica. Y después de estas excursiones Bindon volvía de nuevo a Londres completamente activo y apasionado. Maquinaba con una energía realmente considerable, y pasaba por cierta galería muy por encima de las cintas transportadoras de la calle desde la que podía observar la entrada de las dependencias de la Compañía del Trabajo en el pabellón que cobijaba a Denton y a Elizabeth. Por fin un día vio a Elizabeth entrar y eso renovó su pasión.

Y así, a su debido tiempo, maduraron los complicados designios de Bindon y pudo visitar a Mures para decirle que los jóvenes estaban al borde de la desesperación.

—Es el momento —dijo— de que jueguen su papel tus afectos paternos. Ella ha llevado la lona azul durante meses, han sido hacinados en uno de esos cuartuchos del Trabajo y la chiquilla está muerta. Ahora ya sabe de lo que le vale su hombría, su protección, pobrecilla. Ahora verá las cosas más claras. Vete a verla, yo no

quiero aparecer en este asunto todavía, e indícale lo necesario que es que se divorcie de él... —Es muy obstinada —dijo Mures dudoso.

—¡Temple! —dijo Bindon—. ¡Es una chica maravillosa! ¡ Es una chica maravillosa!

—Se negará.

—Claro que se negará. Pero déjaselo planteado. Déjaselo planteado. Y algún día, en ese sofocante cuartucho, en esa penosa y fatigosa vida de la que no pueden salir, se pelearán. Y entonces...

Mures meditó el asunto e hizo lo que le habían dicho.

Entonces Bindon, tal y como había quedado con su asesor espiritual, se fue de retiro. El convento de la secta Huysmanita era un hermoso lugar, con el aire más puro de Londres, iluminado con luz natural y con reconfortantes claustros con jardines de auténtico césped al aire libre donde el penitente hombre de placer podía disfrutar al mismo tiempo todos los placeres del ocio y todas las satisfacciones de una distinguida austeridad. Y salvo por la participación en la sencilla y saludable dieta del lugar y en ciertos cantos solemnes, Bindon pasó todo el tiempo meditando sobre el tema de Elizabeth y sobre la extrema purificación que su alma había experimentado desde la primera vez que la vio y sobre si podría conseguir una dispensa para casarse del experimentado y compasivo Padre a pesar del próximo pecado de su divorcio. Y luego... Bindon se apoyaría contra una columna del claustro y se sumiría en sueños sobre la superioridad del amor virtuoso sobre cualquier otra forma de desenfreno. Ignoró lo mejor que pudo una sensación en la espalda y en el pecho que estaba tratando de atraer su atención, una proclividad a tener calor y escalofríos, una sensación general de mala salud y de incomodidad cutánea. Todo eso desde luego pertenecía a la vieja vida que se estaba sacudiendo.

Cuando salió del retiro fue inmediatamente a Mures a preguntarle noticias de Elizabeth. Mures estaba claramente bajo la impresión de que él era un padre ejemplar, profundamente afectado en su corazón por la infelicidad de su hija.

—Estaba pálida —dijo muy emocionado—. Estaba pálida. Cuando le pedí que viniera y lo dejara y fuera feliz ella puso la cabeza sobre la mesa —Mures respiró hondo por la nariz— y lloró.

Estaba tan agitado que no pudo decir más.

—¡Ah! —dijo Bindon respetando este dolor varonil.

—¡Oh! —exclamó Bindon de repente con la mano en el costado. Mures elevó la vista desde la profundidad de su dolor, alarmado.

—¿Qué pasa? —preguntó, visiblemente afectado.

—Un dolor de lo más agudo. ¡Discúlpeme! Me estaba hablando de Elizabeth.

Y Mures, tras expresar una sincera preocupación por el dolor de Bindon, continuó con su informe. Era incluso sorprendentemente esperanzado. Elizabeth, con la primera emoción al descubrir que su padre no la había abandonado en absoluto, había sido franca con él acerca de sus sufrimientos y disgustos.

—Sí —dijo Bindon solemnemente—. Todavía la conseguiré.

Y luego ese novedoso dolor le crispó por segunda vez.

Para estos dolores inferiores el cura era comparativamente ineficaz, inclinándose a considerar al cuerpo y a ellos como ilusiones mentales dóciles a la contemplación. Así que Bindon llevó el asunto a un hombre de una clase que odiaba, a un médico de reputación y descortesía extraordinarias.

—Tenemos que examinarle de arriba abajo —dijo el médico, y lo hizo con la franqueza más repelente.

—¿Trajo algún hijo al mundo? —preguntó este grosero materialista entre otras cuestiones impertinentes.

—No que yo sepa —respondió Bindon demasiado asombrado para defender su dignidad.

—¡Ah! —dijo el médico, y prosiguió con sus golpes y auscultaciones.

La ciencia médica en aquel tiempo estaba sólo alcanzando los comienzos de la precisión.

—Lo mejor sería que fuera directamente —dijo el médico— a hacerse la Eutanasia. Cuanto antes mejor.

A Bindon le dio un sofoco. Había estado intentando pasar por alto las explicaciones técnicas y las previsiones de las que el médico había abusado.

—¡Oiga! —exclamó—. Pero quiere decir... Su ciencia...

—Nada —aseguró el médico—. Algunos opiáceos. Es obra suya, sabe, hasta cierto punto.

—Tuve grandes tentaciones en mi juventud.

—No es tanto por eso, sino porque procede de mala cepa. Incluso si hubiera tomado precauciones habría tenido que

habérselas con tiempos dolorosos. El error estuvo en nacer. Las indiscreciones de los padres. Y ha esquivado el ejercicio, y etcétera.

—No tuve a nadie que me aconsejara.

—Los médicos están siempre dispuestos a hacerlo.

—Fui un joven muy vigoroso.

—No discutamos. El mal está ya hecho. Ha vivido. No podemos hacerle nacer otra vez. Nunca debió haber nacido en absoluto. Francamente... ¡la Eutanasia!

Bindon le odió en silencio durante un rato. Cada palabra del brutal experto chocaba contra sus refinamientos. Era tan grosero, tan impermeable a todas las más sutiles cuestiones de la existencia. Pero no sirve de nada pelearse con un médico.

—Mis creencias religiosas —dijo—. No apruebo el suicidio.

—Lo ha estado practicando toda su vida.

—Bueno, en cualquier caso ahora he terminado por adoptar una visión seria de la vida.

—Tendrá que hacerlo si va a seguir viviendo. Tendrá dolores. Pero por razones prácticas es tarde. No obstante, si realmente está decidido... quizá será mejor que haga una pequeña mezcla. Le dolerá mucho. Esas pequeñas crispaciones...

—¡Crispaciones!

—Puros avisos preliminares.

—¿Cuánto tiempo me queda? Quiero decir hasta que empiecen los dolores de verdad.

—Los tendrá bien pronto. Quizá tres días.

Bindon intentó argumentar durante cierto tiempo y en medio de sus alegatos jadeó y se puso la mano en el costado. De repente el extraordinario patetismo de su vida se le apareció claro y vívido.

—Es cruel —dijo—. ¡Es infernal! No he sido enemigo de nadie más que de mí mismo. Siempre he tratado a los demás justamente.

El médico le miró sin ninguna simpatía durante unos segundos. Reflexionaba sobre lo excelente que era que no hubiera más Bindon que siguieran con esa línea de patetismo. Se sintió muy optimista. Luego se volvió al teléfono y pidió una receta de la farmacia central. Una voz a sus espaldas le interrumpió.

—¡Por Dios! —gritó Bindon—. ¡La tendré a pesar de todo!

El médico miró por encima del hombro ante la exclamación de Bindon y luego cambió la receta.

Tan pronto como terminó la visita, Bindon dio rienda suelta a la rabia. Dio por sentado que el médico no sólo era un bruto sin compasión y carente de la cortesía más elemental sino también completamente incompetente y, con la intención de confirmar esta intuición suya, fue sucesivamente a otros cuatro médicos. Pero para curarse de sorpresas guardó en el bolsillo aquella pequeña receta. Con cada uno empezó por expresar sus graves dudas sobre la inteligencia, la honestidad y los conocimientos profesionales del primer doctor y a continuación describía los síntomas suprimiendo en cada caso sólo algunos hechos materiales todos los cuales eran posteriormente descubiertos por el médico. A pesar de la reserva de otro médico ninguno de estos eminentes especialistas le daba a Bindon ninguna esperanza de eludir la angustia y desamparo que se cernían sobre él. Con el último de ellos descargó todo el disgusto acumulado contra la ciencia médica.

—Después de siglos y siglos —exclamó acalorado— y no pueden hacer nada, excepto admitir su inutilidad. Yo les digo ¡sálvenme! y ¿qué hacen ustedes?

—Sin duda es duro para usted —respondió el doctor—. Pero debería haber tomado precauciones.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Nosotros no tenemos por qué andar tras de usted —explicó el médico cogiendo un hilo de algodón de su manga púrpura—. ¿Por qué habíamos de salvarle a usted en concreto? Precisamente, desde un punto de vista, es la gente como usted con fantasías y pasiones la que tiene que irse, tienen que irse.

—¿Irse?

—Desaparecer. Es un remolino.

Era un joven de rostro sereno. Le sonrió a Bindon.

—Avanzamos con nuestra investigación, sabe. Damos consejos cuando la gente tiene la sensatez de pedirnoslos. Y esperamos a que llegue nuestra hora.

—¿Esperan su hora?

—Apenas si sabemos bastante todavía para hacernos cargo de la administración, sabe.

—¿La administración?

—No tiene por qué angustiarse. La ciencia es todavía joven. Tiene que seguir creciendo durante algunas generaciones. Ahora

sabemos lo suficiente para saber que todavía no sabemos bastante... Pero la hora se acerca de todos modos. Usted no verá la hora. Pero, entre nosotros, ustedes los ricos, los dirigentes políticos con su juego natural de las pasiones, el patriotismo, la religión y todo lo demás han liado bastante las cosas, ¿no es verdad? ¡Esos bajos fondos! Y todo ese tipo de cosas. Algunos de nosotros tenemos una especie de ilusión de que con el tiempo quizá sepamos bastante para ocuparnos de algo más que de la ventilación y del alcantarillado. Los conocimientos continúan acumulándose, ¿sabe? Acumulándose. Y no hay ni la menor prisa en una generación o así. Algún día, algún día los hombres vivirán de una forma diferente. Miró a Bindon y meditó. Tendrán que desaparecer muchas cosas antes de que llegue ese día...

Bindon trató de indicar a este joven lo estúpido e irrelevante de semejante charla para un enfermo como él; lo impertinente y descortés para él, un hombre mayor que ocupaba una posición de extraordinario poder e influencia en el mundo oficial. Insistió en que a un médico le pagaban por curar a la gente, acentuó mucho lo de *pagar*, y no tenía por qué referirse ni por un momento a esas otras cuestiones.

—Pero lo hacemos —dijo el joven insistiendo en los hechos, y Bindon perdió la paciencia.

Indignado, se marchó a casa. Que estos incompetentes impostores, incapaces de salvar la vida de un hombre verdaderamente influyente como él, soñaran en robar algún día el control de la sociedad a los legítimos poseedores de la propiedad, en imponer no se sabía qué tiranía al mundo. ¡Maldita ciencia! Echó pestes contra esa intolerable perspectiva durante un rato, después el dolor volvió y él se acordó de la receta hecha por el primer médico, todavía afortunadamente en su bolsillo. Se tomó directamente una dosis.

Le calmó y alivió mucho y pudo sentarse en el más cómodo de sus sillones junto a su biblioteca (de discos fonográficos) y recapitular el cambiado curso de los acontecimientos. Se le pasó la indignación, la ira y la pasión se desmoronaron bajo el ataque sutil de aquella receta, el patetismo se hizo dueño de la situación. Miró a su alrededor, a su magnífico apartamento voluptuosamente decorado, a sus esculturas y a los cuadros discretamente velados, a

todas las muestras de una maldad cultivada y elegante. Tocó un botón y las tristes melodías de la flauta del pastor de Tristán e Isolda llenaron el ambiente. Su vista vagó de un objeto a otro. Eran caros, vulgares y barrocos... pero eran suyos. Representaban de forma concreta sus ideales, su concepción de la belleza y del deseo, su idea de lo que era valioso en la vida. Y ahora... tenía que dejarlo todo como un hombre cualquiera. Tuvo la sensación de ser una llama afilada y delicada que se extingue. Así tiene toda vida que quemarse y desaparecer, pensó. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

Entonces se le ocurrió que estaba solo. ¡Nadie se preocupaba de él, nadie le necesitaba! En cualquier momento podría empezar a tener vivos dolores. Podría incluso dar alaridos. A nadie le importaría. Según todos los doctores tendría excelentes razones para gritar de dolor durante un día o así. Eso le recordó lo que su asesor espiritual había dicho de la decadencia de la fe y la fidelidad, la degeneración de la época. Se consideró a sí mismo como una patética prueba de ello. Él, el sutil, hábil, importante, voluptuoso, cínico y complejo Bindon, posiblemente aullando y ni siquiera un ser sencillo y fiel en todo el mundo que aullara con él. No había ni una sola alma sencilla y fiel... ni un pastor que tocara el caramillo en su honor. ¿Habían desaparecido de este mundo duro y precipitado todas esas criaturas sencillas y fieles? Se preguntó si la muchedumbre vulgar y horrorosa que permanentemente transitaba por la ciudad sabría lo que pensaba de ella. Si lo supieran estaba seguro de que algunos intentarían ganarse una opinión mejor. Seguramente el mundo iba de mal en peor. Se estaba haciendo imposible para los Bindon. Quizás algún día... Estaba completamente seguro de que lo único que había necesitado en la vida era comprensión. Durante un rato lamentó no dejar tras él sonetos... cuadros enigmáticos o algo así que mantuviera su ser hasta que por fin llegara el alma comprensiva...

Le parecía increíble que lo que viniera fuera la extinción. Sin embargo su compasivo guía espiritual era en esta materia fastidiosamente figurativo y vago. ¡Maldita ciencia! Había minado toda fe... toda esperanza. Salir, desaparecer del teatro y la calle, de la oficina y del comedor, de los queridos ojos de las mujeres. ¡Y que no le echaran de menos! ¡En general dejar al mundo más feliz!

Reflexionó que nunca había sido muy emotivo. ¿Había sido, después de todo, demasiado poco compasivo? Pocos podían sospechar lo sutilmente profundo que realmente era bajo su máscara de cínica alegría. No comprenderían la pérdida que sufrían. Elizabeth, por ejemplo, no había sospechado...

Él se lo había ocultado. Al llegar sus pensamientos a Elizabeth gravitaron en torno a ella durante un tiempo. ¡Qué poco le comprendía Elizabeth!

Ese pensamiento se le hizo intolerable. Antes que nada tenía que arreglar eso. Se dio cuenta de que todavía tenía algo que hacer en la vida, su lucha con Elizabeth no había terminado aún. Ya nunca la dominaría como había esperado y rogado. ¡Pero todavía podía impresionarla!

Empezó a desarrollar esa idea. La impresionaría profundamente, la impresionaría de forma que lamentara siempre la forma en que le había tratado. Lo que tenía que ver antes que nada era su magnanimidad. ¡Su magnanimidad! ¡Sí! Él la había amado con asombrosa grandeza de corazón. No lo había visto tan claro antes, pero desde luego iba a dejarle todas sus propiedades. Instantáneamente lo dio por algo decidido e inevitable. Ella pensaría lo bueno que era, lo inmensamente generoso; rodeada de todas las cosas que hacen la vida tolerable recibidas de su mano recordaría con infinito pesar su desdén y su frialdad. Y cuando tratara de dar salida a ese pesar se encontraría con que la ocasión había desaparecido para siempre, se encontraría con una puerta cerrada, con una desdeñosa quietud, con un pálido rostro muerto. Cerró los ojos y se quedó un rato imaginándose a sí mismo como ese pálido rostro muerto.

De ahí pasó a otros aspectos del asunto, pero su decisión estaba tomada. Meditó las cosas minuciosamente antes de emprender la acción pues el medicamento que había tomado le inclinaba a una melancolía letárgica y circunspecta. En ciertos aspectos modificó los detalles. Si dejaba todas sus propiedades a Elizabeth quedaría incluida en ellas la voluptuosamente decorada habitación que ocupaba y por muchas razones no le interesaba dejársela. Por otra parte a alguien había que dejársela. En su situación de letargo mental esto le preocupó muchísimo.

Al final decidió dejársela al compasivo exponente del culto

religioso de moda cuya conversación le había sido tan agradable en el pasado.

—Él comprenderá —dijo Bindon con un emotivo suspiro—. Él sabe lo que significa el Mal... Él entiende algo de la Extraordinaria Fascinación de la Esfinge del Pecado. Sí, él comprenderá. Con esa frase a Bindon le agradaba dignificar ciertos desvíos poco dignos y saludables de la sana conducta a los que le había conducido una insensata vanidad y una curiosidad mal controlada. Durante un tiempo estuvo sentado pensando en lo helénico, lo italiano y lo Nerón y todas esas cosas que había sido. Incluso ahora ¿no se podría intentar un soneto? Una voz penetrante que hiciera oír su eco a lo largo de los siglos, sensual, siniestra y triste. Se olvidó un rato de Elizabeth. En el curso de media hora estropeó tres cuerdas de fonógrafo, sufrió un dolor de cabeza, tomó una segunda dosis para calmarse y retornó a la magnanimidad y a su proyecto anterior.

Por fin hizo frente al indigerible problema de Denton. Necesitó toda su recién nacida magnanimidad antes de poder tragar la idea de Denton, pero finalmente este hombre tan terriblemente mal comprendido, ayudado por el sedante y la proximidad de la muerte consiguió hasta eso. Si excluía lo más mínimo a Denton, si mostraba el más leve recelo, si intentaba cualquier exclusión específica de ese joven, ella podría mal interpretar. Sí, ella tendría aún a su Denton. Su magnanimidad tendría que llegar incluso hasta ahí. Trató de centrar todo el asunto en Elizabeth.

Se levantó con un suspiro y fue renqueando hasta el aparato telefónico que le comunicaba con su abogado. En diez minutos un testamento debidamente autenticado y firmado con la correspondiente huella digital estaba en el despacho del abogado a tres millas de distancia. Luego, durante un rato, Bindon estuvo sentado muy quieto.

De repente se despertó sobresaltado de un vago ensueño y se palpó el costado con mano inquisitiva.

Luego, de un salto, se puso en pie con impaciencia y se precipitó sobre el teléfono. A la Compañía de la Eutanasia rara vez la había llamado un cliente con mayor prisa.

Y así fue como finalmente Denton y Elizabeth, contra toda esperanza, salieron, sin separarse, de la servidumbre laboral en la

que habían caído. Elizabeth salió del apretado cuarto subterráneo de batidoras del metal y de todas las sórdidas circunstancias de la lona azul como alguien que se despierta de una pesadilla. La fortuna les devolvió a la luz del sol. Una vez que conocieron el legado la sola idea de otro día de fatigas se les hizo intolerable. Subieron por altos ascensores y escaleras hasta niveles que no habían visto desde los días de su desastre. Al principio ella estuvo completamente absorbida por esa sensación de escape. Hasta pensar en los bajos fondos era insoportable. Sólo después de muchos meses pudo empezar a recordar con simpatía las descoloridas mujeres que estaban allá abajo todavía murmurando escándalos y recuerdos y locuras mientras el tap, tap, iba consumiendo sus vidas. Los apartamentos que muy pronto cogieron expresaban la vehemencia de su liberación. Eran habitaciones situadas en el mismísimo borde de la ciudad. Tenían la cubierta y un balcón sobre la muralla de la ciudad, y estaban abiertas de par en par al sol y al viento, al campo y al cielo.

Y en ese balcón sucede la última escena de esta historia. Era una puesta de sol de verano y los montes de Surrey estaban muy azules y claros. Denton estaba apoyado en el balcón mirándolos con Elizabeth sentada a su lado. La vista era muy amplia y espaciosa pues su balcón estaba a quinientos pies del antiguo nivel del suelo. Los rectángulos de la Compañía de Alimentación, interrumpidos aquí y allí por las ruinas, pequeños agujeros grotescos y cobertizos, de los antiguos suburbios y cortados por relucientes corrientes de aguas residuales se convertían finalmente en un remoto pañal al pie de los lejanos montes. Allí había estado en otro tiempo el asentamiento de los hijos de Uya. En aquellas laderas más lejanas, máquinas adustas de procedencia desconocida trabajaban con desgana ya al final de su turno y la cresta del monte estaba llena de aspas de ventiladores paradas. Por la gran carretera del sur los trabajadores del campo de la Compañía del Trabajo volvían a cenar apresuradamente en enormes vehículos mecánicos de ruedas una vez terminado su último turno. Y por los aires una docena de pequeñas avionetas privadas se deslizaba hacia la ciudad. Escena tan familiar como lo era a los ojos de Denton y Elizabeth hubiera llenado de increíble asombro las mentes de sus antepasados. Los pensamientos de Denton revolotearon hacia el futuro en un vano

intento de recrear cómo sería aquella escena en otros doscientos años, y, retrocediendo, volvió hacia el pasado.

Conocía parte de los crecientes conocimientos de la época. Se podía imaginar la extraña ciudad victoriana negra de humo con sus estrechas carreteruchas de tierra batida, sus extensas praderas comunales, sus mal trazadas y mal construidas zonas residenciales, sus irregulares cercados. La vieja campiña del tiempo de los Estuardo con sus pequeñas aldeas y su diminuto Londres. La Inglaterra de los monasterios, la aún más antigua Inglaterra del Imperio romano, y, antes de eso un país salvaje con las chozas de alguna tribu guerrera por aquí y por allí. Esas chozas debieron de levantarse y desaparecer y volver a aparecer de nuevo a lo largo de un espacio de años que, en comparación, parece que el campamento y la villa romana no son sino de ayer. Y antes de todos esos años, antes incluso de las chozas ya había habido hombres en el valle. Incluso entonces, tan reciente había sido todo si se lo juzga con módulos de tiempo geológico, el valle ya estaba allí. Y esos montes, más altos quizá, y con los picos coronados de nieve, eran ya esos montes y el Támesis ya corría desde los Cotswolds hacia el mar. Pero los hombres no eran sino apariencias de hombres, criaturas de la oscuridad y la ignorancia, víctimas de las fieras y las inundaciones, las tormentas, la peste y el hambre incesante. Habían mantenido una situación precaria entre osos y leones y toda la monstruosa violencia del pasado. Al menos algunos de estos enemigos estaban ya dominados...

Durante un rato Denton hilvanó los pensamientos de esta amplia visión intentando instintivamente delimitar su lugar y proporción en el esquema.

—Ha sido la casualidad —dijo—. Ha sido suerte. Hemos sobrevivido. Por casualidad hemos sobrevivido. No por nuestras propias fuerzas... Y sin embargo... No. No sé.

Permaneció en silencio un largo rato antes de hablar de nuevo.

—Después de todo... todavía queda un largo camino por delante. El hombre apenas si lleva existiendo veinte mil años, y la vida ha existido desde hace veinte millones. ¿Y qué son las generaciones? ¿Qué son las generaciones? Eso es enorme y nosotros somos tan poca cosa. No obstante sabemos... sentimos. No somos átomos mudos, somos parte de ello, parte de ello hasta el límite de

nuestras fuerzas y nuestra voluntad. Incluso morir es parte de ello. Vivamos o muramos, estamos haciéndonos... Con el paso del tiempo, quizá, los hombres serán más sabios... más sabios... ¿Comprenderán alguna vez?

Se quedó de nuevo en silencio. Elizabeth no dijo nada a todas estas reflexiones, pero miró su rostro soñador con infinito afecto. No tenía la cabeza muy activa esa tarde. Una profunda satisfacción la embargaba. Después de un rato puso su delicada mano sobre la de él junto a ella. Él la acarició suavemente contemplando todavía la amplia y dorada vista. Y así estuvieron sentados mientras se ponía el sol, hasta que muy pronto a ella le dio un escalofrío.

Denton abandonó bruscamente esta amplia problemática de su placentera cavilación y entró en casa para traerle un chal.

EL HOMBRE QUE PODÍA HACER MILAGROS

Un pantum malayo en prosa

Es dudoso que el don fuera innato. Por mi parte, pienso que le vino de repente. Es más, hasta los treinta años fue escéptico y no creía en poderes milagrosos. Tengo que mencionar aquí que era un hombre bajito, de encendidos ojos castaños, pelo rojizo muy erizado, un bigote cuyas puntas doblaba hacia arriba, y con pecas. Se llamaba George McWhirter Fotheringay —un nombre que de ninguna manera inducía a esperar milagros— y era oficinista en Gomshott. Muy dado a los razonamientos contundentes, fue mientras aseguraba la imposibilidad de los milagros cuando tuvo la primera premonición de sus extraordinarios poderes. Sostenía este particular argumento en el bar del *Dragón Largo*, y Toddy Beamish se encargaba de llevarle la contraria con un monótono pero eficaz *Eso dice usted*, que llevó al señor Fotheringay a los mismísimos límites de la paciencia.

Estaban presentes, además de estos dos, un ciclista muy polvoriento, Cox —el dueño del bar— y la señorita Maybridge, la respetable y bastante corpulenta camarera del *Dragón*. La señorita Maybridge estaba de espaldas al señor Fotheringay lavando vasos. Los otros le observaban, más o menos entretenidos por la ineficacia del método contundente en aquel momento. Aguijoneado por la estrategia de Torres Vedras empleada por el señor Beamish, el señor Fotheringay decidió hacer un esfuerzo retórico inusitado:

—Escuche, señor Beamish —dijo Fotheringay—, entendamos claramente lo que es un milagro. Es algo que va contra el curso de la naturaleza hecho por el poder de la voluntad, algo que no podría suceder sin ser expresamente querido.

—Eso dice usted —dijo Beamish oponiéndose.

El señor Fotheringay apeló al ciclista, que hasta entonces había sido un oyente mudo, y recibió su asentimiento, transmitido con una tos dubitativa y una mirada al señor Beamish. El dueño no expresaba opiniones y el señor Fotheringay, volviendo al señor Beamish, recibió la inesperada concesión de un asentimiento cualificado a su definición de milagro.

—Por ejemplo —dijo Fotheringay muy envalentonado—, esto sería un milagro. Esa lámpara siguiendo el curso natural de la naturaleza no podría arder de esa manera si estuviera boca abajo, ¿verdad, señor Beamish?

—Según usted no podría —dijo el señor Beamish.

—Y usted —dijo Fotheringay— ...¿No querrá usted decir?... ¿eh?

—No —dijo el señor Beamish a regañadientes—. No, no podría.

—Muy bien —continuó el señor Fotheringay—. Pues he aquí que viene por aquí alguien, que pudiera ser yo mismo, y se pone, pudiera ser aquí mismo, y dice a la lámpara, como podría hacerlo yo concentrando toda mi voluntad: «Vuélvete boca abajo sin romperte y continúa ardiendo regularmente y...» ¡Sopla!

Aquello bastaba para hacer a cualquiera exclamar: ¡Sopla! Lo imposible, lo increíble estaba a la vista de todos ellos. La lámpara colgaba invertida en el aire, ardiendo tranquilamente con la llama hacia abajo. Era tan sólida, tan incuestionable como lo fuera jamás lámpara alguna, la prosaica y vulgar lámpara del bar del *Dragón Largo*.

El señor Fotheringay estaba con el dedo índice extendido y el entrecejo fruncido del que prevé un choque catastrófico. El ciclista, que estaba sentado junto a la lámpara, se agachó y cruzó de un salto el bar. Todos saltaron más o menos. La señorita Maybridge se volvió y chilló. Durante casi tres segundos la lámpara permaneció quieta. Un débil grito de angustia mental salió del señor Fotheringay.

—No puedo mantenerlo por más tiempo —dijo.

Se tambaleó hacia atrás y la lámpara invertida de repente llameó, cayó contra el rincón del bar, rebotó lateralmente, se hizo pedazos en el suelo y se apagó.

Fue una suerte que tuviera un recipiente metálico, si no todo el

lugar habría estallado en llamas. El señor Cox fue quien habló primero, y su observación, despojada de excrecencias innecesarias, venía a decir que Fotheringay era imbécil. ¡Fotheringay no estaba para discutir ni siquiera una proposición tan fundamental como ésta! Se encontraba completamente pasmado ante lo sucedido. La conversación que siguió no arrojó absolutamente ninguna luz sobre el asunto por lo que a Fotheringay se refería. La opinión general no sólo siguió muy de cerca a la del señor Cox, sino que lo hizo con mucha vehemencia. Todos acusaron a Fotheringay de un truco estúpido y le hicieron verse a sí mismo como un insensato destructor de la comodidad y la seguridad. Su cabeza era un tornado de perplejidad, hasta él mismo se inclinaba a estar de acuerdo con ellos y presentó una oposición notablemente ineficaz a la propuesta de que se marchara.

Se fue a casa rojo y acalorado, con el cuello del abrigo aplastado, los ojos ardiendo y las orejas coloradas. Al pasar observó nerviosamente cada una de las diez farolas. Únicamente cuando se encontró solo en su pequeño dormitorio de Church Row fue capaz de enfrentarse seriamente a los recuerdos de lo ocurrido y preguntarse qué demonios había pasado.

Se había quitado el abrigo y las botas y estaba sentado en la cama con las manos en los bolsillos repitiendo el texto de su defensa por decimoséptima vez. *Yo no quería que la maldita lámpara volcara...* cuando se le ocurrió que en el preciso momento de decir las palabras clave, sin darse cuenta, había querido lo que decía, y que cuando había visto la lámpara en el aire había tenido la sensación de que dependía de él mantenerla allí sin saber claramente cómo había de hacerlo. No tenía una mente especialmente compleja o se habría detenido durante un tiempo en ese *sin darse cuenta había querido*, que engloba, realmente, los problemas más abstrusos de las acciones voluntarias, pero de hecho, la idea le vino envuelta en una bruma bastante aceptable. Y, no siguiéndose de ese punto, como he de admitir, ninguna conclusión lógica clara, llegó a la comprobación experimental.

Apuntó resueltamente a su vela y concentró la mente, aunque tuvo la sensación de que hacía una estupidez.

—Levántate —dijo.

Pero en un segundo esa sensación había desaparecido. La vela se

elevó, quedó suspendida en el aire un vertiginoso momento y, por lo que el señor Fotheringay coligió, cayó con estrépito en el tocador, dejándole a oscuras salvo por el mortecino resplandor de la mecha.

Durante un rato el señor Fotheringay estuvo sentado a oscuras, completamente quieto.

—Realmente ha sucedido, después de todo —dijo—. Lo que no sé es cómo voy a explicarlo.

Suspiró profundamente y empezó a palparse los bolsillos en busca de una cerilla. No pudo encontrar ninguna y se levantó y buscó a tientas por la mesa.

—Ojalá tuviera una cerilla —dijo.

Recurrió al abrigo. Allí tampoco había ninguna, y entonces se le ocurrió que los milagros eran posibles incluso con cerillas. Extendió una mano y la miró con el ceño fruncido en la oscuridad.

—Que haya una cerilla en esa mano —dijo.

Notó que un objeto ligero caía por la palma y los dedos se cerraron sobre una cerilla.

Tras varios intentos inútiles de encenderla descubrió que era una cerilla de seguridad. La tiró y luego se le ocurrió que podía haberla querido encendida. Así lo hizo, y la vio ardiendo en medio del felpudo del tocador. La cogió a toda prisa y se apagó. Percibió que sus posibilidades se ensanchaban. Cogió a tientas la vela y volvió a colocarla en su palmatoria.

—Ahora, ¡enciéndete! —dijo el señor Fotheringay.

En el acto la vela estaba llameando mientras descubría un pequeño agujero negro en el paño que cubría el tocador con un mechón de humo elevándose de él. Durante un rato pasó la mirada del agujero a la llamita y de nuevo al agujero, luego levantó la vista y vio su propia mirada en el espejo. Con esta ayuda se comunicó consigo mismo en silencio durante un tiempo.

—¿Qué pasa ahora con los milagros? —dijo finalmente el señor Fotheringay dirigiéndose a su imagen reflejada en el espejo.

Las subsiguientes meditaciones del señor Fotheringay fueron de una descripción rigurosa, pero confusa. Todo lo que podía comprender era que por lo que a él se refería se trataba de un caso de pura voluntad. La naturaleza de las primeras experiencias le desanimó a hacer más experimentos excepto los de tipo más

cauteloso. Pero levantó una cuartilla de papel, y volvió rosa y luego azul el agua de un vaso, y creó un caracol que aniquiló milagrosamente y se proporcionó un milagroso cepillo de dientes nuevo. En algún momento, ya a altas horas, había comprendido que el poder de su voluntad debía de tener alguna cualidad especialmente rara y cáustica, un hecho del que había tenido indicios antes, pero sin certeza corroborada. El susto y la perplejidad de su primer descubrimiento estaba ahora matizado de orgullo ante las pruebas de su singularidad y por vagos presentimientos de ventaja. Se dio cuenta de que el reloj de la iglesia estaba dando la una, y como no se le ocurrió que podía librarse milagrosamente de sus deberes cotidianos en Gomshott, volvió a la tarea de desvestirse para meterse en la cama sin más dilaciones. Cuando luchaba para sacarse la camisa por la cabeza se le ocurrió una idea brillante.

—Que esté en la cama —dijo, y así fue.

—Desvestido —precisó, y encontrando frías las sábanas, añadió apresuradamente—: y en mi camisón. No, en un bonito y suave camisón de lana. ¡Ah! —suspiró con inmenso deleite.

—Y ahora que me quede cómodamente dormido...

Se despertó a la hora usual y estuvo pensativo durante todo el desayuno, preguntándose si la experiencia de la noche anterior no sería un sueño especialmente intenso. Finalmente volvió a pensar en experimentos cautos. Por ejemplo, tenía tres huevos para desayunar, dos se los había suministrado la patrona, buenos, pero de tienda, el otro era un delicioso huevo de ganso, puesto, cocinado y servido por su voluntad extraordinaria. Se fue a Gomshott deprisa en un estado de profunda excitación, aunque cuidadosamente disimulada, y sólo se acordó de la cáscara del tercer huevo cuando la patrona habló de ella por la noche. No pudo hacer nada durante todo el día por culpa del asombrosamente nuevo conocimiento de sí mismo, pero eso no le produjo ningún inconveniente, porque lo compensó milagrosamente en los últimos diez minutos.

Según avanzaba el día su estado mental pasó del asombro a la euforia, si bien las circunstancias de su expulsión del *Dragón Largo* eran todavía desagradables de recordar y una embrollada relación del asunto que había llegado a oídos de sus colegas originó algunas chanzas. Era evidente que había de tener cuidado al levantar

objetos frágiles, pero por otra parte su don prometía cada vez más según le daba vueltas en la cabeza. Pretendía entre otras cosas aumentar su riqueza personal mediante actos de creación poco ostentosos. Dio la existencia a un par de espléndidos gemelos de diamantes y los aniquiló de nuevo precipitadamente cuando el joven Gomshott cruzó la contaduría hasta su mesa. Temía que el joven Gomshott se preguntara cómo los había obtenido. Vio con toda claridad que el don requería cautela y atención para ejercitarlo, pero, hasta donde podía discernir, las dificultades que acompañaban a su dominio no serían mayores que las que ya había hecho frente en la práctica del ciclismo. Fue quizás esa analogía tanto como la sensación de que no sería bienvenido en el *Dragón Largo*, la que le llevó después de cenar al callejón de detrás de la fábrica del gas, a ensayar algunos milagros en privado.

Sus intentos adolecían posiblemente de cierta falta de originalidad, pues, aparte del poder de su voluntad, el señor Fotheringay no era un hombre muy excepcional. Le vino a la cabeza el milagro de la vara de Moisés, pero la noche era oscura y poco propicia para el control adecuado de grandes serpientes milagrosas. Luego recordó el cuento de Tannhäuser que había leído en la parte posterior del programa de la Filarmónica. Eso le pareció singularmente atractivo e inofensivo. Clavó su bastón —un bastón muy bonito hecho de tronco de palmera enana— en el césped que bordeaba el sendero y ordenó a la madera seca que floreciera. El aire se llenó inmediatamente de perfume de rosas, y mediante una cerilla, él mismo vio que este maravilloso milagro se había realizado, desde luego, a la perfección. Unas pisadas que se aproximaban pusieron fin a su satisfacción. Asustado por un descubrimiento prematuro de sus poderes se dirigió apresuradamente al floreciente bastón:

—Vuelve atrás.

Lo que quería decir era: *Vuelve a ser como antes*, pero desde luego estaba confuso. El bastón retrocedió a velocidad considerable, y llegó, irreprimible, un grito airado y una palabrota procedentes de la persona que se acercaba.

—¿A quién tira zarzas, estúpido? —gritó la voz—. Me ha dado en la espinilla.

—Lo siento, viejo —dijo el señor Fotheringay, y entonces,

dándose cuenta de lo embarazoso de su explicación, se atusó nerviosamente el bigote. Vio avanzar a Winch, uno de los tres policías municipales de Immering.

—¿Qué significa esto? —preguntó el policía—. ¡Anda! Es usted, ¿no? ¡El tipo que rompió la lámpara del *Dragón Largo*!

—No significa nada —respondió el señor Fotheringay—. Nada en absoluto.

—¿Entonces por qué lo hace?

—¡Oh, aburrimiento! —dijo el señor Fotheringay.

—Aburrimiento, ¡ya! ¿Sabe que ese palo hace daño? ¿Para qué lo hace, entonces?

De momento al señor Fotheringay no se le ocurrió ninguna razón por la que lo había hecho. Su silencio pareció irritar al señor Winch.

—Esta vez, joven, ha estado agrediendo a la policía. Eso es lo que ha hecho.

—Escuche, señor Winch —dijo el señor Fotheringay, enojado y confuso—, lo siento mucho. El hecho es que...

—¿Sí?

No pudo pensar en otra cosa que la verdad.

—Estaba ensayando un milagro.

Trató de decirlo de una forma casual, pero por más que lo intentó no lo consiguió.

—¡Haciendo un ...! Vamos, no diga tonterías. ¡Haciendo un milagro, nada menos! ¡Un milagro! ¡Bueno, esto sí que es divertido! Vaya, ¿no era usted el tipo que no creía en milagros...? El hecho es que éste es otro de sus estúpidos trucos de magia... eso es lo que es. Pues bien, le digo...

Pero el señor Fotheringay nunca oyó lo que el señor Winch iba a decirle. Se dio cuenta de que se había delatado, de que había arrojado su secreto a todos los vientos del cielo. Una violenta racha de irritación le impulsó a la acción. Se enfrentó al policía rápida y furiosamente.

—Vale —dijo—, ya he aguantado bastante. Yo te enseñaré un estúpido truco de magia, ¡claro que lo haré! ¡Vete al Hades! ¡Vete ya!

¡Estaba solo!

El señor Fotheringay no llevó a cabo más milagros esa noche, ni

tampoco se molestó en ver lo que había sido de su floreciente bastón. Volvió a la ciudad, asustado y muy tranquilo, y se fue a su dormitorio.

—¡Cielos! —dijo—, es un don poderoso, extremadamente poderoso. Apenas quería decir ni la mitad de lo que dije. ¡Me pregunto cómo será el Hades!

Se sentó en la cama y se quitó las botas. Iluminado por una feliz idea, transfirió el policía a San Francisco, y, sin ninguna interferencia más con la causalidad normal, se fue sensatamente a la cama. Por la noche soñó con la ira de Winch.

Al día siguiente el señor Fotheringay oyó dos interesantes noticias. Alguien había plantado un bellissimo rosal trepador contra la casa privada del señor Gumshott padre en Lullaborough Road, y el río iba a ser dragado hasta el molino de Rawling en busca del policía Winch.

El señor Fotheringay estuvo abstraído y meditabundo todo el día, y no realizó ningún milagro excepto ciertas disposiciones para Winch, y el milagro de completar el trabajo del día con escrupulosa perfección a pesar del enjambre de pensamientos que le zumbaba por la cabeza. La extraordinaria abstracción y humildad de su actitud fue destacada por varios y constituyó un motivo de bromas. La mayor parte del tiempo estuvo pensando en Winch.

El domingo por la tarde fue a los oficios religiosos, y cosa bastante curiosa, el señor Maydig, que tenía cierto interés en temas de ocultismo, predicó sobre *cosas que no son legítimas*. El señor Fotheringay no asistía regularmente a los oficios, pero el sistema de escepticismo contundente al que ya he aludido, se encontraba ahora muy debilitado. El tono del sermón arrojó una luz completamente nueva sobre estos novedosos dones y de repente decidió consultar al señor Maydig inmediatamente después del servicio. Tan pronto como lo tuvo decidido se estuvo preguntando por qué no lo había hecho antes.

Al señor Maydig, hombre flaco y excitable, de muñecas y cuello notablemente largos, le produjo una gran satisfacción la petición de una conversación privada por parte de un joven cuya despreocupación por los asuntos religiosos era tema de general observación en la ciudad. Después de algunos imprescindibles retrasos le llevó al despacho de la residencia eclesiástica, contiguo a

la iglesia, le sentó cómodamente y, en pie delante de un animado fuego —sus piernas proyectaban un arco de sombra a lo Cecil Rhodes sobre la pared opuesta—, pidió al señor Fotheringay que expusiera su negocio.

Al principio el señor Fotheringay estaba un poco avergonzado y encontró alguna dificultad en presentar el asunto.

—Mucho me temo que va a ser difícil que me crea... —y cosas así durante algún tiempo. Finalmente probó con una pregunta y solicitó la opinión del señor Maydig sobre los milagros.

El señor Maydig estaba todavía diciendo:

—Bueno... —en un tono extremadamente judicial, cuando el señor Fotheringay le interrumpió de nuevo:

—Supongo que no creerá que una persona corriente, como yo mismo por ejemplo, que pudiera estar sentada aquí mismo ahora, pudiera disponer de algún tipo de don en su interior que le capacitara para hacer cosas por medio de su voluntad.

—Es posible —dijo el señor Maydig—. Algo de eso, quizás, es posible.

—Si pudiera utilizar con toda libertad algo de lo que hay aquí creo que le podría explicar mediante una especie de experimento —dijo el señor Fotheringay—. Bueno, fíjese, por ejemplo, en esa tabaquera que está sobre la mesa. Lo que yo quiero saber es si lo que voy a hacer con ella es un milagro o no. Sólo medio minuto, por favor, señor Maydig.

Frunció el ceño, apuntó a la tabaquera y dijo:

—Conviértete en un florero con violetas.

La tabaquera hizo lo que se le ordenó.

El señor Maydig se sobresaltó violentamente con el cambio y se quedó mirando del taumaturgo al florero. No dijo nada. Pronto se aventuró a inclinarse sobre la mesa y oler las violetas. Eran recién cortadas y muy finas. Luego miró fijamente al señor Fotheringay de nuevo.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó.

El señor Fotheringay se tiró del bigote.

—Sólo lo dije, y ahí tiene. ¿Es eso un milagro, o magia negra, o qué es? Y ¿qué cree que me pasa? Eso es lo que quería preguntar.

—Es un suceso de lo más extraordinario.

—Y tal día como hoy la semana pasada no tenía más idea que

usted de que pudiera hacer cosas como ésa. Me sobrevino totalmente de repente. Es algo raro en mi voluntad, supongo, y eso es todo cuanto puedo decir.

—Es eso... lo único. ¿Podría hacer otras cosas como ésa?

—¡Cielos, claro que sí! —respondió el señor Fotheringay—, exactamente cualquier cosa.

Pensó y, de repente, recordó un truco de prestidigitación que había visto.

—¡Ahora! —apuntó—. Transfórmate en un jarrón de peces. No, eso no, transfórmate en un jarrón de cristal lleno de agua con peces de colores nadando en su interior. ¡Así está mejor! ¿Lo ve, señor Maydig?

—Es asombroso. Es increíble. Usted es o el más extraordinario... Pero no...

—Podría cambiarlo en cualquier cosa —dijo el señor Fotheringay—. Realmente cualquier cosa. ¡Ahora! Conviértete en una paloma, ¿quieres?

Al otro momento una paloma azul estaba aleteando por la habitación y haciendo que el señor Maydig se agachara cada vez que se le acercaba.

—Párate ahí, quieres —dijo el señor Fotheringay, y la paloma colgó inmóvil en el aire.

—Podría cambiarla de nuevo en florero —dijo, y después de colocar a la paloma en la mesa hizo ese milagro.

—Supongo que dentro de poco querrá su pipa —dijo, y restableció la tabaquera.

El señor Maydig había seguido todos estos últimos cambios en una especie de silencio exclamativo. Miró fijamente al señor Fotheringay y, con mucho cuidado, cogió la tabaquera, la examinó y la volvió a colocar en la mesa.

—¡Bien! —fue la única expresión de sus sentimientos.

—Ahora, después de eso, es más fácil de explicar a lo que vine —dijo el señor Fotheringay, y procedió a una relación larga y enrevesada de sus extrañas experiencias, comenzando con el asunto de la lámpara del *Dragón Largo* y complicada con persistentes alusiones a Winch. Según avanzaba en el relato, el pasajero orgullo que había producido la consternación del señor Maydig desapareció, y se convirtió de nuevo en el señor Fotheringay

corriente del trato cotidiano. El señor Maydig escuchó atentamente, la tabaquera en la mano, y su porte cambió también con el curso de la narración. Pronto, mientras el señor Fotheringay abordaba el milagro del tercer huevo, el ministro le interrumpió con una ondeante mano extendida...

—Es posible —dijo—. Es creíble. Es sorprendente, pero reconcilia algunas dificultades. El poder de hacer milagros es un don, una cualidad especial como la genialidad o la clarividencia... hasta ahora le ha sucedido a gente excepcional en muy raras ocasiones. Pero en este caso... Siempre he dudado de los milagros de Mahoma, de Buda y de Madame Blavatsky. Pero, ¡por supuesto! ¡Sí, es simplemente un don! Ejemplifica tan bellamente los argumentos de ese gran pensador —el tono de voz del señor Maydig bajó—, su Excelencia el Duque de Argyl. Aquí topamos con leyes más fundamentales, más profundas que las leyes ordinarias de la naturaleza. Sí, sí. ¡Continúe, continúe!

El señor Fotheringay pasó a contar su percance con Winch, y el señor Maydig, ya no sobrecogido ni asustado, comenzó a estirar los miembros y a añadir asombros.

—Esto es lo que más me ha preocupado —siguió el señor Fotheringay—. Esto era sobre lo que más necesitaba que me aconsejaran. Por supuesto, está en San Francisco, donde quiera que esté San Francisco, pero desde luego es embarazoso para los dos, como comprenderá, señor Maydig. No veo cómo puede comprender lo que ha sucedido y me atrevería a decir que está asustado y exasperado de forma tremenda y tratando de echarme el guante. Y diría que sigue poniéndose en camino para venir aquí. Yo lo devuelvo mediante un milagro cada pocas horas cuando pienso en ello. Y desde luego eso es algo que no podrá entender y necesariamente le enojará, y además si cada vez compra un billete le costará mucho dinero. He hecho lo más que he podido por él, pero desde luego es difícil para él ponerse en mi lugar. Posteriormente pensé que sus vestidos podían haberse chamuscado, ya sabe, si el Hades es lo que se supone que es, antes de que lo trasladara. En ese caso supongo que en San Francisco lo hubieran encerrado. Por supuesto que le ordené un traje nuevo y puesto encima tan pronto como pensé en ello. Pero, como ve, estoy ya metido en un endiablado enredo...

El señor Maydig puso aspecto serio.

—Comprendo que esté metido en un lío. Sí, es una posición difícil. Cómo ha de solucionarlo... —se volvió difuso e indeciso—. Sin embargo, vamos a dejar a Winch por un rato y a discutir el problema más general. Creo que no se trata de un caso de magia negra o algo así. Creo que no hay el menor matiz de delincuencia en todo ello, señor Fotheringay, ninguna de ningún género, a no ser que haya suprimido hechos materiales. No, son milagros, puros milagros, milagros, si puedo decirlo, de la más alta categoría.

Empezó a dar pasos por la alfombra de la chimenea y a gesticular, mientras el señor Fotheringay estaba sentado con el brazo sobre la mesa y la cabeza en el brazo con aspecto preocupado.

—No sé cómo voy a solucionar lo de Winch —dijo.

—El don de hacer milagros, obviamente es un don muy poderoso —dijo el señor Maydig—; encontraremos una solución para Winch, no se preocupe. Mi querido señor, es usted un hombre de lo más importante, con las posibilidades más sorprendentes. ¡Aportando pruebas, por ejemplo! Y en otros aspectos, las cosas que puede hacer...

—Sí, he pensado en una cosa o dos —dijo el señor Fotheringay—. Pero algunas de ellas salieron un poco torcidas. ¿Vio usted aquel pez del principio? El tipo de jarrón equivocado y el tipo de pez incorrecto. Y pensé en preguntar a alguien.

—Un comportamiento apropiado —dijo el señor Maydig—, un comportamiento muy apropiado, el comportamiento más apropiado.

Se detuvo y miró al señor Fotheringay.

—Es prácticamente un don ilimitado. Comprobemos sus poderes, por ejemplo. A ver si realmente... Si realmente son todo lo que parecen ser.

Y de esa manera, por increíble que pueda parecer, en el estudio de la casita de detrás de la iglesia congregacionalista, la tarde del domingo 10 de noviembre de 1896 el señor Fotheringay, incitado e inspirado por el señor Maydig, empezó a hacer milagros. Se recaba la atención del lector respecto de la fecha de forma especial y definitiva. El lector objetará, probablemente ha objetado ya, que ciertos puntos de esta historia son improbables, que si cualquiera de

las cosas de este tipo ya descritas hubieran ocurrido realmente habrían aparecido en todos los periódicos hace un año. Encontrará especialmente difíciles de aceptar los detalles que siguen a continuación, porque entre otras cosas implican que él o ella, el lector en cuestión, tuvo que haber muerto de forma violenta y sin precedentes hace más de un año. Ahora bien, un milagro no es nada si no es improbable, y de hecho el lector fue muerto de forma violenta y sin precedentes hace un año. En el subsiguiente curso de esta historia eso quedará completamente claro y creíble, como lo admitirá todo lector sensato y razonable. Pero éste no es lugar para el fin de la historia, estando como estamos a poco más de la mitad. Al principio los milagros realizados por el señor Fotheringay eran pequeños y tímidos, menudencias con copas y mobiliario de salón, tan débiles como los milagros de los teósofos y, aun débiles como eran, eran recibidos con estupor por su colaborador. Él hubiera preferido dejar solucionado el asunto de Winch, pero el señor Maydig no se lo permitía. No obstante, después de haber hecho una docena de estas trivialidades domésticas, su sensación de poder aumentó, su imaginación comenzó a dar señales de estimulación y su ambición creció. Su primera empresa de mayores dimensiones se debió al hambre y a la negligencia de la señora Minchin, el ama de llaves del señor Maydig. La comida a la que el ministro condujo al señor Fotheringay estaba mal puesta y era poco atractiva como refrigerio para dos laboriosos hacedores de milagros, pero estaban sentados, y el señor Maydig lamentaba con dolor más que con ira las deficiencias de su ama de llaves, cuando al señor Fotheringay se le ocurrió que tenía una oportunidad por delante.

—No cree, señor Maydig —dijo—, si no es tomarse libertades... que yo...

—¡Mi querido señor Fotheringay! ¡Por supuesto! ¡No faltaba más! El señor Fotheringay ondeó la mano.

—¿Qué tomamos? —preguntó con generosa liberalidad, y, a petición del señor Maydig modificó la cena muy a fondo.

—En cuanto a mí —dijo echando un ojo a lo seleccionado por el señor Maydig—, soy siempre especialmente aficionado a la jarra de cerveza y a una buena rebanada de pan con queso fundido al estilo de Gales, y eso es lo que pediré. No soy muy dado al borgoña —y de inmediato la cerveza y el queso galés aparecieron puntualmente

a sus órdenes. Estuvieron mucho tiempo sentados cenando, hablando de igual a igual, como pronto percibió el señor Fotheringay con una sensación de sorpresa y satisfacción, de todos los milagros que harían próximamente.

—Y por cierto, señor Maydig —dijo el señor Fotheringay—, quizá pudiera ayudarlo... en plan casero.

—No entiendo bien —dijo el señor Maydig llenándose un vaso de viejo borgoña milagroso.

El señor Fotheringay se sirvió un segundo queso galés que quedaba y dio un bocado.

—Estaba pensando —dijo— que podría (ñam, ñam) hacer (ñam, ñam) un milagro con la señora Minchin (ñam, ñam), hacerla mejor.

El señor Maydig bajó el vaso y miró dubitativo.

—Ella... se opone fuertemente a las interferencias, ya sabe, señor Fotheringay. Y de hecho son más de las once y media y probablemente esté en la cama y dormida. Cree usted que en general...

El señor Fotheringay consideró estas objeciones.

—No veo que no se deba hacer mientras duerme.

Durante un tiempo el señor Maydig se opuso a la idea y luego cedió. El señor Fotheringay emitió las órdenes y un poco menos cómodos, quizá, los dos caballeros continuaron con su comida. El señor Maydig se estaba explayando sobre los cambios que podría esperar al día siguiente en su ama de llaves con un optimismo que pareció incluso al sentido del yantar del señor Fotheringay un poco forzado y agotador cuando desde arriba empezó a llegar una serie de confusos ruidos. Se intercambiaron miradas interrogativas y el señor Maydig abandonó apresuradamente la habitación. El señor Fotheringay le oyó llamando a su ama de llaves y luego oyó sus pisadas subiendo suavemente hasta ella.

En un minuto o así el ministro volvió, el paso leve y la cara radiante.

—Maravilloso —dijo—, ¡y conmovedor! ¡De lo más conmovedor!

Empezó a dar pasos por la alfombra de la chimenea.

—Un arrepentimiento, un arrepentimiento de lo más conmovedor... por la rendija de la puerta. ¡Pobre mujer! ¡Un cambio de lo más maravilloso! Se había levantado. Se debió de

haber levantado inmediatamente. Se había despertado para romper una botella privada de brandy que tenía en su baúl. ¡Y para confesarlo además!... Pero esto nos da, nos abre, el panorama más sorprendente de posibilidades. Si hemos podido obrar este milagroso cambio en ella...

Al parecer la cosa es ilimitada —dijo el señor Fotheringay—. Y en cuanto a Winch...

—Completamente ilimitada.

Y desde la alfombra de la chimenea el señor Maydig, dejando a un lado la dificultad de Winch, desplegó una serie de maravillosas propuestas, propuestas que inventaba sobre la marcha.

Ahora bien, cuáles fueron esas propuestas no concierne a lo esencial de esta historia. Baste decir que estaban pensadas en un espíritu de infinita benevolencia, la clase de benevolencia que solía calificarse de panza llena. Baste decir también que el problema de Winch siguió sin resolver. Ni siquiera es necesario describir hasta qué punto esa serie llegó a realizarse. Hubo cambios sorprendentes. A altas horas los señores Maydig y Fotheringay se encontraban cruzando a toda velocidad la fría plaza del mercado bajo la quietud de la luna en una especie de éxtasis de taumaturgia, el señor Maydig, todo agitación y gesto, el señor Fotheringay, conciso e hirsuto y ya nada avergonzado de su grandeza. Habían reformado a todos los borrachos del distrito parlamentario, cambiado toda la cerveza y alcohol en agua —el señor Maydig se había impuesto al señor Fotheringay en este punto—, además habían mejorado considerablemente las comunicaciones ferroviarias del lugar, drenado la ciénaga de Flinder, mejorado el suelo del monte de Un Árbol y curado la verruga del vicario, e iban a ver qué se podía hacer con el dañado muelle del Puente Sur.

—La ciudad —jadeó el señor Maydig— no será la misma mañana. ¡Qué sorprendidos y agradecidos estarán todos!

Y justo en ese momento el reloj de la iglesia dio las tres.

—Oiga —dijo el señor Fotheringay—, son las tres. Tengo que volver a casa. He de estar en el trabajo a las ocho. Y además la señora Wimms...

—Estamos sólo empezando —dijo el señor Maydig rebosante de la dulzura del poder ilimitado—. Estamos sólo empezando. Piense en todo el bien que estamos haciendo. Cuando la gente se

despierte...

—Pero... —objetó el señor Fotheringay.

El señor Maydig le cogió de repente por el brazo. Tenía los ojos brillantes y desorbitados.

—Mi querido amigo —dijo—, no hay prisa. Mira —apuntó a la Luna en el cenit—, ¡Josué!

—¿Josué? —dijo el señor Fotheringay.

—Josué —dijo el señor Maydig—. ¿Por qué no? Párala.

El señor Fotheringay miró a la Luna.

—Está un poco alta —dijo después de una pausa.

—¿Por qué no? —repitió el señor Maydig—. Por supuesto que no se para. Detienes la rotación de la Tierra, ya sabes. El tiempo se para. No es que estemos haciendo daño a nadie.

—¡Hum! —dijo el señor Fotheringay—. Bueno —suspiró—. Lo intentaré.

—Ahora.

Se abotonó la chaqueta, y se dirigió al globo habitable, con tanta seguridad como tenía en sus poderes.

—Ya, para de rotar, ¿quieres? —dijo el señor Fotheringay.

Atropelladamente estaba volando de pies a cabeza en el aire a una velocidad de docenas de millas por minuto. A pesar de los innumerables círculos que estaba describiendo por segundo, pensó, porque el pensamiento es maravilloso —a veces tan lento como la brea fluyendo, a veces tan instantáneo como la luz. Pensó en un segundo y quiso:

—Que baje sano y salvo. Pase lo que pase, que baje sano y salvo.

Lo quiso justo en el preciso momento, porque sus vestidos calentados por su rápido vuelo por el aire estaban ya empezando a chamuscarse. Bajó con una enérgica, aunque de ningún modo peligrosa, sacudida a lo que pareció ser un montículo de tierra recién removida. Una gran masa de metal y cascotes, extraordinariamente parecida a la torre del reloj del medio de la plaza del mercado, se estrelló contra la tierra cerca de él, revotó sobre él y voló hecha piedras, ladrillos y cascotes como una bomba que estalla. Una vaca volando por el aire golpeó uno de los bloques y se aplastó como un huevo. Hubo un estrépito que hizo que todos los más violentos estrépitos de su vida anterior no parecieran sino el sonido de polvo cayendo y fue seguido por una serie descendente de

estrépitos menores. Un fortísimo viento rugió por toda la tierra y el cielo de forma que apenas si pudo levantar la cabeza para mirar. Durante un rato estuvo demasiado atónito y sin aliento incluso para ver dónde estaba o qué había pasado. Y su primer movimiento fue para palparse la cabeza y cerciorarse de que el pelo que flotaba al viento era todavía el suyo.

—¡Cielos! —jadeó el señor Fotheringay, apenas capaz de hablar a causa del vendaval—. ¡Me he librado por un pelo! ¿Qué ha salido mal? Tormentas y truenos. Y hace sólo un minuto una noche apacible. Es Maydig el que me ha metido en este tinglado. ¡Qué viento! Si sigo haciendo estas estupideces tendré un accidente estúpido...

—¿Dónde está, Maydig? ¡En qué maldito lío está todo!

Miró a su alrededor hasta donde los aleteos de su chaqueta le permitían. El aspecto de las cosas era realmente extraño en extremo.

—El cielo está bien, de todas formas —dijo el señor Fotheringay—. Y eso es casi todo lo que está bien. Y hasta parece que se aproxima un terrorífico vendaval. Pero allá arriba está la Luna. Exactamente igual que estaba en este momento. Brillante como el mediodía. En cuanto al resto... ¿Dónde está el pueblo? ¿Dónde... dónde está todo? ¿Y qué diablos puso este viento a soplar? Yo no ordené ningún viento.

El señor Fotheringay luchó en vano por ponerse en pie, y después de un fracaso permaneció a cuatro patas, aguantando. Revisó el mundo iluminado por la luna en dirección a sotavento, con las puntas de la chaqueta ondeando sobre su cabeza.

—Hay algo que está realmente mal —dijo el señor Fotheringay—. Pero qué es... sólo Dios sabe.

A lo largo y a lo ancho no se veía nada en el blanco resplandor a través de la bruma de polvo que iba por delante del rugiente vendaval más que revueltas masas de tierra e incipientes montones de ruinas, nada de árboles, ni casas, ni formas familiares, sólo un páramo de desorden desvaneciéndose por fin en la oscuridad bajo las columnas y serpentinas de los remolinos, los rayos y truenos de una tormenta que se levantaba rápidamente. Cerca de él, en el lívido resplandor, había algo que podía haber sido alguna vez un olmo, una aplastada masa de astillas, temblaba de las ramas a la

base, y más lejos una retorcida masa de vigas de hierro — obviamente el viaducto sobresalía de una apilada confusión.

Ya sabe, cuando el señor Fotheringay detuvo la rotación del sólido globo terráqueo, no había hecho ninguna estipulación concerniente a las trivialidades que se mueven por su superficie. Y la tierra gira tan deprisa que su superficie en el ecuador viaja a bastante más de mil millas por hora y en estas latitudes a más de la mitad de esa velocidad. Así que el pueblo, y el señor Maydig, y el señor Fotheringay, y todos y todo habían sido lanzados violentamente hacia adelante a unas nueve millas por segundo —es decir, de forma mucho más violenta que si hubieran sido disparados por un cañón. Y todos los seres humanos, todas las criaturas vivas, todas las casas y todos los árboles —todo el mundo tal y como lo conocemos— habían sido lanzados de esa manera, y machacados y destruidos completamente. Eso era todo.

Desde luego el señor Fotheringay no comprendió plenamente estas cosas. Pero se percató de que su milagro había fracasado, por lo que le sobrevino un gran asco hacia los milagros. Ahora estaba a oscuras porque las nubes se habían arremolinado y tapaban el momentáneo vislumbre de la luna y el aire estaba lleno de irregulares copos de granizo, torturados y luchadores. Un gran rugido del viento y las aguas llenaban el cielo y la tierra, y, escudriñando con la mano de visera a través del polvo y el aguanieve en dirección al viento, vio, a la luz de los rayos, una vasta pared de agua cayendo a cántaros que venía hacia él.

—¡Maydig! —gritó la débil voz del señor Fotheringay entre el estrépito de los elementos—. ¡Aquí! ¡Maydig!

—¡Detente! —gritó el señor Fotheringay al agua que avanzaba—. ¡Oh, por amor de Dios, detente!

—Sólo un momento —dijo el señor Fotheringay a los rayos y truenos—. Deteneos un momento mientras recopilo mis pensamientos... ¿Y ahora qué hago? —se preguntó—. ¿Qué hago? ¡Cielos! Ojalá estuviera aquí el señor Maydig.

—Ya sé —dijo el señor Fotheringay—. Y por amor de Dios, que esta vez salga bien.

—¡Ah! —exclamó—, que nada de lo que voy a ordenar suceda hasta que diga ¡ya!... ¡Cielos! Ojalá lo hubiera pensado antes.

Elevó la vocecita contra el vendaval gritando más y más alto en

el vano deseo de oír su propia voz.

—¡Ahora!.. ¡allá va! Ten cuidado con lo que acabo de decir. En primer lugar cuando se haya realizado todo lo que tengo que decir, que pierda mis poderes milagrosos, que mi voluntad sea como la de cualquier otro y que terminen todos estos peligrosos milagros. No me gustan. Preferiría no haberlos hecho. Nunca. Eso es lo primero. Y lo segundo es que vuelva al momento de antes de empezar los milagros, que todo sea exactamente igual que era antes de que aquella bendita lámpara se volcara. Es mucho trabajo, pero es el último. ¿Lo has cogido? Ningún milagro más. Todo como estaba. Yo de vuelta en el *Dragón Largo* justo antes de beber mi media pinta. ¡Eso es! Sí.

Metió los dedos en el montículo, cerró los ojos y dijo:

—¡Ya!

Todo se volvió completamente inmóvil. Se dio cuenta de que estaba firme, de pie.

—Eso dice usted —dijo una voz.

Abrió los ojos. Estaba en el bar del *Dragón Largo* discutiendo de milagros con Toddy Beamish. Tuvo una vaga sensación de algo grande olvidado que pasó instantáneamente. Ya sabe, excepto por la pérdida de los poderes milagrosos, todo volvía a estar como había estado, su inteligencia y memoria, por tanto, eran ahora exactamente lo que habían sido al comienzo de esta historia, de forma que no supo absolutamente nada de todo lo contado aquí, no sabe nada de todo lo contado aquí hasta el día de hoy. Y entre otras cosas, desde luego, todavía no cree en los milagros.

—Le digo que los milagros, hablando con precisión, no pueden existir —dijo—, mantenga lo que mantenga. Y estoy preparado para demostrárselo pase lo que pase.

—Eso es lo que usted piensa —dijo Toddy Beamish—, demuéstrelo si puede.

—Escuche, señor Beamish —dijo Fotheringay—. Entendamos claramente lo que es un milagro. Es algo contrario al curso de la naturaleza hecho por el poder de la Voluntad...



HERBERT GEORGE WELLS (Bromley, 1866 - Londres, 1946). Narrador y filósofo político de nacionalidad inglesa. Escritor moderno, de gran capacidad creadora y originalidad temática, H.G. Wells se encuentra en la línea de novelistas que exponen una visión realista de la vida y mantienen una enérgica creencia en la capacidad del hombre para servirse de la técnica como medio para mejorar las condiciones de vida de la humanidad.

Un accidente infantil por el que se rompió la tibia y su larga convalecencia lo obligaron a permanecer durante meses en reposo. Con ocho años de edad, esta impuesta quietud propició el descubrimiento de la lectura y en particular, guiado por su padre, de autores como C. Dickens o W. Irving. En su juventud, Wells estudió biología en la Normal School of Science de Londres, y alejado del humanismo clásico, se situó en una posición más cercana a las ciencias, que le proporcionó buena parte de la energía creadora que nutrió su trayectoria como novelista.

Su producción podría dividirse en tres etapas: la de novela científica, la familiar y la sociológica. La novela científica comenzó con el fin de la Segunda Guerra Mundial y se convirtió pronto en un género popular, y las escritas por Wells son obras maestras del género gracias a su interés científico, así como a sus sólidas

estructuras estilísticas y a su prodigio imaginativo. Basta como ejemplo la primera de ellas, *La máquina del tiempo* (1895), en la que el inventor de la máquina puede viajar hacia el pasado o el futuro con un sencillo movimiento de palanca. El protagonista viaja al año 802701 y contempla un panorama patético, consecuencia de la doctrina evolucionista, en un mundo habitado por dos especies humanoides: los *eloi*, vegetarianos ociosos, apacibles y simpáticos, desprovistos de inteligencia, y los desalmados y terribles *morlocks*, habitantes del subsuelo y herederos de las clases sojuzgadas, que de vez en cuando suben a la superficie para devorar a los *eloi*.

A ésta le siguieron *La visita maravillosa* (1895) y *El hombre invisible* (1897). Muchos de los inventos y procedimientos científicos que marcaron el siglo xx fueron imaginados por Wells a finales del xix, tales como la bomba atómica, y aparecen en novelas como *La isla del Dr Moreau* (1896), *El primer hombre en la luna* (1901), *Manjar de dioses* (1904) o *La guerra en el aire* (1908).

Kipps (1908) fue su primera novela familiar, a la que le siguió *Tono-Bungay* (1909), una notable sátira sobre la sociedad inglesa de finales del siglo xix y la aparición de los *nuevos ricos*. A ésta le siguieron *Ann Verónica* (1909), *The History of Mr. Polly* (1910) y *Matrimonio* (1912). La novela sociológica o didáctica de Wells es la que comprende más títulos, de los que se destacan *El nuevo Maquiavelo* (1911) y *El mundo liberado* (1914), en la que describe una guerra europea realizada con bombas atómicas y radioactividad.

El autor publicó más de ochenta títulos en los que siguió la tradición de J. Bunyan y D. Defoe al margen de la influencia que los autores franceses y rusos ejercían sobre novelistas contemporáneos suyos como H. James, G. Moore y J. Conrad.

Notas

[1] *El misterio de Edwin Drood*. Novela de misterio que Dickens dejó inacabada a su muerte. El final ha sido objeto de numerosas especulaciones.(N. del T.) < <

[2] No se sabe de ningún europeo que haya visto un *Æpiornis* vivo, con la dudosa excepción de Macer, quien visitó Madagascar en 1745.-H.G.W. < <

[3] Juego de palabras.*Figure* significa figura y también número. (N. del T.) < <

[4] *Observaciones sobre una reciente recesión de los Microlepidópteros*,
Boletín trimestral, Real Sociedad de Entomología < <

[5] *Rélicas a ciertas observaciones...* Ibíd., 1864. < <

[6] *Ulteriores observaciones...* Ibíd. < <

[7] Nota de Stevenson. (*N. del T.*) < <